

Las milicias valencianas en la Guerra Civil, 1936-1937

Miguel Asensio Gómez



DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA

Delegació de Memòria Històrica



Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil (1936-1937)

Miguel Asensio Gómez

Coordinadora de la edició:

Eva M. García Barambio

Copyright del text:

Miguel Asensio Gómez

Copyright de la portada:

Guerra en España: nuestro ataque dará comienzo a las 22:43 del día h. Soldados republicanos en el frente. Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu - Col.lecció: BV Fondo gráfico, Estados mayores de estrategia (1ª línea) - Ubicació: BFZ - Signatura: Fzas/61-80 Serie D.

Editorial:

Diputació de València. Delegació de Memòria Històrica

Imprime:

Impremta de la Diputació de València



ISBN:

978-84-7795-866-6

Prólogo

La Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia ha hecho una fuerte apuesta por las fuentes orales, como medio de transmisión de testimonios directos de los hechos y acontecimientos que han marcado la historia valenciana. El estudio que hoy ponemos en sus manos, *Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil, 1936-1937*, debe entenderse en este marco y contexto.

Con este estudio se pretende, de manera didáctica, dar a conocer a la ciudadanía, la vivencia de la Guerra Civil en nuestras tierras. Para ello, se han integrado, junto con el análisis de la contienda, los relatos de vida personales y singulares de decenas de valencianos y valencianas, que reaccionaron ante la sublevación militar, para luego marchar a los diferentes frentes en defensa de la II República. Modelo de trabajo con el que deseamos, por un lado, rememorar aquellos sucesos que trastocaron la normalidad de la ciudad de Valencia y por otro, recordar a aquellas personas que, por no ser personajes destacados, no suelen tener nombre ni rostro en los grandes relatos sobre la guerra, pero que con su esfuerzo construyeron la historia. Su memoria se ha convertido en un legado esencial, en un patrimonio cultural y en una reivindicación: La ciudadanía fue la que sufrió de manera directa las consecuencias de la guerra, y por ende, debe aparecer en su relato.

Esta publicación aborda un periodo clave que comprende desde la rebelión militar de julio de 1936, hasta el triunfo de la militarización, impulsada por los gobiernos republicanos. Sin duda, este momento histórico, atrae el interés de los estudiosos, pero también de la ciudadanía. Por esa razón, con este trabajo, pretendemos alcanzar el objetivo de difundir e integrar en nuestra memoria como pueblo, el conocimiento de la experiencia del Golpe de Estado de 1936 en Valencia y de los valencianos y valencianas que partieron al frente para luchar por los valores democráticos que hoy nos rigen. Estamos convencidos y convencidas, que trabajos como este, servirán para democratizar el conocimiento de nuestro pasado más traumático y para iluminar aquellos retazos, donde nunca debió haber oscuridad.

Ramiro Rivera Gracia

Diputado delegado de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia

Índice

Introducción	9
---------------------------	---

Capítulo 1

Una contextualización de la conspiración cívico-militar	13
La reacción contra el Frente Popular. La escalada de la tensión y la violencia	13
La trama golpista	18
La sublevación militar	23
Lealtades y deslealtades de la oficialidad del Ejército	28
Ilustraciones	32

Capítulo 2

La sublevación en Valencia	35
Los días previos al golpe Militar. La trama cívico-militar en Valencia	35
La rebelión en Valencia. El fracaso del general Manuel González Carrasco	41
El Acuartelamiento de la Tercera División Orgánica del Ejército	45
El Pueblo Valenciano ante la Rebelión Militar	48
La constitución del Comité Ejecutivo Popular. Un poder alternativo al Estado	53
El asalto a los cuarteles de la Alameda	59
Ilustraciones	65

Capítulo 3

La Organización de las milicias valencianas. Los primeros Combates	69
Las primeras Milicias de Voluntarios marchan al frente	70
La campaña de las Islas Baleares	73
Milicias valencianas en el frente de Teruel	76
La Columna de Hierro: El Paradigma Revolucionario	89
Ilustraciones	95

Capítulo 4

Los Milicianos en el frente. Entre la Guerra y la Revolución	101
Las mujeres en el frente	112
La infraestructura sanitaria en el frente	117
Las conexiones entre el Frente y la Retaguardia valenciana	119
Las Mujeres en la Retaguardia	123
Saqueos e incautaciones en la Retaguardia	125
La violencia en la retaguardia. Los grupos de incontrolados	127
El tiroteo de la plaza Tetuán	131
Ilustraciones	138

Capítulo 5

La militarización de las Columnas de Milicianos	145
La llegada del Gobierno de Largo Caballero a Valencia	147
El proceso de militarización	154
La CNT en el Gobierno de Largo Caballero. La aceptación del mando único	159
El Frente de Teruel. La ofensiva de Navidad de 1936	163
La militarización de la Columna de Hierro	166
La participación de los valencianos en las Brigadas Mixtas	176
El final de la Guerra Civil	179
Ilustraciones	182

Conclusiones	193
---------------------------	------------

Material consultado

Fuentes orales	197
Prensa histórica	199

Bibliografía	203
---------------------------	------------

Introducción

La Guerra civil española ha supuesto uno de los episodios más traumáticos e importantes de la historia reciente europea y nacional. En ella, se enfrentaron diferentes maneras de concebir la sociedad, la religión, la economía y el país. En el caso valenciano, durante la guerra se contrapusieron dos sistemas sociopolíticos y económicos: el comunismo libertario y la democracia burguesa reformista, representada por la República. Ambos sistemas convivieron y mantuvieron un duro pulso por capitalizar la derrota de la sublevación cívico-militar, por gestionar la retaguardia y por organizar las milicias que partieron a los diferentes frentes, especialmente al de Teruel.

Nuestra intención es dar a conocer los entresijos de la conspiración cívico-militar que desencadenó el golpe de Estado, que, tras su fracaso, devino en la Guerra Civil. Para ello, nos centraremos en el clima de violencia política impulsada por la extrema derecha tras el triunfo del Frente Popular en febrero de 1936 y en el desarrollo de la trama golpista en el ámbito nacional, hasta llegar al caso particular valenciano. El gobierno republicano, con una clara línea política reformista y progresista, se enfrentaba a la polarización política de la sociedad. Las tendencias más radicales del movimiento obrero entendían que el programa reformista de la República, era insuficiente e incapaz para satisfacer sus demandas de justicia social. Al mismo tiempo, la extrema derecha, los monárquicos, y algunos militares conservadores, percibían que el nuevo gobierno republicano atacaba la esencia de la Nación: el orden, la propiedad, la unidad del país y la Iglesia. Esta visión reduccionista de la Nación aglutinaría a los conspiradores e impulsaría el desarrollo de la trama.

En la ciudad de Valencia, la sublevación fue dirigida por el general González Carrasco y el comandante Barba, quienes fracasaron a la hora de aunar a una oficialidad dividida y acuartelada. Ni el Gobierno central, ni el general de la División, Martínez Monje, lograron resolver el bloqueo político y militar. La acción del pueblo valenciano, armado por sus sindicatos y partidos políticos, fue la que acabó con los rebeldes al ocupar la ciudad y emprender el asalto a los cuarteles militares de la Alameda. Durante esas

semanas, el Comité Ejecutivo Popular, órgano de creación espontánea que representaba a todas las fuerzas sindicales y políticas antifascistas, se erigió como poder alternativo a las instituciones estatales y canalizó la acción popular con la creación de las milicias de voluntarios.

El grueso del estudio se orienta al análisis de la etapa revolucionaria de 1936 a 1937. Las columnas valencianas se articularon a través de voluntarios civiles y militares, y partieron de manera apresurada a los frentes, Central, de Extremadura, de Andalucía y el de Baleares, aunque el más destacado fue el de Teruel, que pronto recibió el sobrenombre del Frente de los valencianos. A tierras turolenses marcharon la mayoría de milicias valencianas, sin apenas armamento, munición, ropa adecuada, instrucción militar y disciplina. Unido a todo ello, las desconfianzas entre milicianos, militares y miembros de los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado, todavía dificultaron más el correcto desarrollo de estas milicias en el frente.

En este contexto se conformó la Columna de Hierro, uno de los paradigmas revolucionarios, que pretendió de manera simultánea, hacer la guerra e implantar la revolución social. Su relevancia fue enorme, ya que integró y canalizó a los valencianos discrepantes con las políticas de centralización y militarización de las milicias. Hemos ahondado en las tensiones, rifirrafes y conflictos entre este sector de milicianos y las políticas del Gobierno de Francisco Largo Caballero. Su ejecutivo, tal y como exponemos, impulsó la reestructuración de las instituciones estatales y del ejército, a través de medidas encaminadas a la formación del Ejército Popular de la República. Este, debía basarse en la disciplina militar, la jerarquía, la instrucción y el mando único centralizado en el Ministerio de Guerra. El conflicto político entre estas dos maneras de entender y hacer la guerra, cobró, como veremos a lo largo del estudio, una enorme importancia en la retaguardia valenciana y derivó en conflictos de todo tipo entre las diferentes fuerzas antifascistas, sobre todo, entre anarcosindicalistas y comunistas. Por último, los pocos avances en el Frente de Teruel y la derrota de las fuerzas republicanas en la ofensiva de finales de 1936, junto con todas las medidas decretadas por el ejecutivo, terminaron de convencer a los milicianos, de la necesidad de la militarización.

Precisamente, para el estudio de la vivencia de la rebelión militar, de la toma de las calles por parte del pueblo, del asalto a los cuarteles de la Alameda y de la marcha al frente, hemos recurrido a la bibliografía especializada, a la prensa de la época y especialmente, a los testimonios de los ciudadanos que vivieron tales hechos. El fondo documental utilizado para el estudio de las fuentes orales ha sido el *Fons Arxiu de la*

Mèmoría-Fundació Salvador Seguí de València, conformado por 165 entrevistas a trabajadores y trabajadoras valencianos y valencianas, provenientes del campo y la ciudad, que experimentaron la proclamación de la II República, el desarrollo de la Guerra Civil y finalmente el exilio o la represión. Estas entrevistas se realizaron durante la última década del siglo XX y fueron recientemente transcritas por la Universidad de Valencia. A través de ellas, podemos completar los datos y el relato histórico con la experiencia directa de sus protagonistas, que fueron quienes realmente vivieron éstos hechos. Debemos señalar, que para respetar el derecho al anonimato y a la protección de datos, hemos considerado oportuno citar a los testimonios por su nombre, pero abreviando sus apellidos a las iniciales. De esta manera, el derecho al olvido, también permanece límpido e inmarcesible.

Por mediación de los testimonios, las personas pueden reconstruir su relato de vida y sus experiencias personales en un momento histórico determinado, lo que nos abre la puerta a los significados y recursos culturales de una época concreta. Por ello, consideramos que las fuentes orales son un medio de conocimiento idóneo para el estudio del pasado, de las experiencias, de las personas y de la vida cotidiana, muchas veces no registradas por las fuentes tradicionales. Con su análisis, podemos llegar al centro de gravedad de las personas, al núcleo principal de las emociones que experimentaron, tanto en la retaguardia revolucionaria, como en el frente bélico. Las emociones y experiencias vividas durante el conflicto, compartidas entre compañeros, amigos y familiares, definieron la identidad antifascista y democrática de los valencianos y valencianas que defendieron a la II República. En consecuencia, mediante la historia oral y el análisis de las fuentes orales, pretendemos comprender y dar cuenta de la diversidad en la que se expresa la experiencia humana durante la rebelión militar y la Guerra Civil en el frente y la retaguardia.

De hecho, la pluralidad de perspectivas, opiniones y significados, respecto a los acontecimientos ocurridos durante la Guerra Civil en el País Valenciano, es enorme. Generalmente, los recuerdos más recurrentes versan sobre la ocupación de las calles, por parte del pueblo valenciano, ante las primeras noticias de rebelión militar y sobre la experiencia en el Frente de Teruel. Ambos acontecimientos quedaron grabados en la memoria de sus protagonistas y nos aportan diversidad y heterogeneidad de percepciones de los mismos sucesos, con independencia de las posiciones de poder. Por ello, hemos considerado acertado profundizar en los detalles cotidianos en primera línea de batalla, en las expectativas de los jóvenes milicianos que partieron al frente sin saber que se iban a encontrar, en sus ideales de lucha y en las relaciones conflictivas con el resto de fuerzas antifascistas. Asimismo, las fuentes orales, nos permite conocer de

primera mano la experiencia de las mujeres milicianas en el frente, así como de las que permanecieron en la retaguardia. La incorporación de una perspectiva de género resulta esencial para una mejor comprensión de la contienda bélica y del rol femenino en las columnas de milicianos. Sin duda, la Guerra Civil representó un proceso de liberación para la mujer que no estuvo exento de retrocesos y limitaciones.

El recuerdo de los valencianos y valencianas nos abre una puerta hacia la comprensión de la sociedad en la que vivían y nos facilitan un análisis de la vivencia del conflicto “desde abajo”. Con lo que ponemos el énfasis en las historias de vida de la gente común y nos alejamos de monografías e investigaciones centradas exclusivamente en las grandes figuras de la Guerra, tanto militares como políticas. Todo ser humano es un agente histórico de su tiempo y merece ser estudiado. Se trata de dar voz a las personas silenciadas, a aquellas que no han tenido reconocimiento o cuya memoria ha quedado soslayada, ya sea por su condición humilde, de género o ideológica. En definitiva, a través de este estudio pretendemos poner en valor y difundir el peso del recuerdo del conflicto en la construcción de la memoria e identidad de los valencianos y valencianas.

Finalmente, este estudio ha sido posible gracias a las políticas públicas para la recuperación de la Memoria Histórica y Democrática del pueblo valenciano, implementadas por la Delegación de Memoria Histórica de la Diputación de Valencia. La Diputación de Valencia, ha demostrado lo relevante y necesario que es recordar y sacar del olvido a los ciudadanos y ciudadanas que defendieron los principios democráticos frente a la rebelión reaccionaria y dictatorial. Con este estudio, esperamos, darle presencia a la ausencia y cumplir con las máximas trazadas por la Delegación de Memoria Histórica, la de servir a los principios de verdad, justicia y reparación de las víctimas de la Guerra Civil y de la dictadura Franquista, para que su memoria no caiga en el olvido.

Capítulo 1

Una contextualización de la conspiración cívico-militar

La reacción contra el Frente Popular. La escalada de la tensión y la violencia.

Tras el triunfo del Frente Popular en las elecciones del 16 de febrero, los partidos progresistas volvían con mayor fuerza y apoyo a las instituciones. Parecía que en España las reformas político-sociales y económicas iniciadas en la primera legislatura y paralizadas por los gobiernos conservadores desde 1933-1936, volvían a coger impulso. Para las fuerzas conservadoras, la derrota electoral supuso un varapalo sin precedentes. De hecho, en la provincia de Valencia la victoria del Frente Popular resultó arrolladora e indiscutible en su primera vuelta, obteniendo nueve diputados frente a los tres que obtuvo la CEDA, el partido de derechas más votado a nivel nacional.

La estrategia legalista de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que se basaba en obtener el poder “desde dentro” para acabar con la República e instaurar un régimen democrático corporativo de tintes fascista, muy similar a la vía austriaca, parecía haberse difuminado. El discurso de la CEDA pasó a considerarse como moderado y fracasado frente a la dialéctica agresiva y más radical de figuras como Calvo Sotelo, del partido Renovación Española. A quién, se consideraba como el gran opositor al régimen republicano e incitador al «exterminio de la semilla revolucionaria hasta en los vientres de las madres»⁽¹⁾. Del mismo modo, Falange también experimentó una enorme afluencia de antiguos militantes y simpatizantes de la CEDA. De esta manera, algunos de los sectores más reaccionarios, percibieron como fracasada la vía democrática y comenzaron a virar hacia opciones más radicales e ilegales.

1. Paz, Abel, *Crónica de la Columna de Hierro*, Barcelona, Virus -Memoria-, 2001, p. 14.

La primavera de 1936 fue de todo menos pacífica y estable. España sufrió un azote extremadamente intenso de crispación y de violencia callejera. La tensión en la calle estaba estrechamente vinculada a la dialéctica, de los principales líderes políticos y diputados a Cortes, cada vez más enconada y violenta. El 15 de abril de 1936, Calvo Sotelo pronunció una apocalíptica disertación, en la que contabilizaba 74 muertos y 345 heridos desde el triunfo del Frente Popular⁽²⁾. Al día siguiente, su estrategia de radicalizar y movilizar el espíritu combativo de sus epígonos fue continuada por Gil Robes, el cual contabilizó 269 muertos y 1.287 heridos⁽³⁾. A partir de los años 70, la historiografía comenzó a revisar esas cifras, estableciendo el número de víctimas entre el 3 de febrero y el 17 de julio en 269 muertos según Juan J. Linz⁽⁴⁾ y Stanley Payne⁽⁵⁾. Con posterioridad, Rafael Cruz⁽⁶⁾ ha señalado 189 incidentes con el resultado de 262 víctimas mortales, mientras que Eduardo González Calleja ha detectado 236 incidentes y un total de 351 víctimas mortales, lo que supone una tasa de 1,48 muertos por enfrentamiento⁽⁷⁾. La violencia político-social e ideológica sería una constante a lo largo de todo el territorio español.

Los enfrentamientos solían estar organizados desde la cúpula de los partidos políticos o a través de grupos de militantes bien organizados y armados, cuyo móvil gravitaba en torno a la polarización ideológica y la desestabilización del orden republicano, tanto por posturas fascistas como antifascistas. La tipología de las acciones violentas solía ser la de enfrentamientos individualizados o de grupos pequeños, acciones atomizadas, donde la espontaneidad en su desarrollo solía combinarse con un mínimo de planificación y premeditación. Los grupos paramilitares de las diferentes organizaciones políticas radicalizadas, desplegaron con espectacularidad todo un repertorio de enfrentamientos simbólicos que preconfiguraron, en cierta manera, «los frentes políticos que acabaron por formar los bandos contendientes en la Guerra Civil»⁽⁸⁾.

La actividad violenta desarrollada, expresada, sobre todo, en forma de atentados individuales y enfrentamientos callejeros multitudinarios, se convirtió, durante los primeros meses de gobierno del Frente Popular, en el reflejo más espectacular de la violencia política. Pese a la extendida creencia de que los conflictos se sucedían preferentemente en áreas urbanas, Rafael Cruz asegura que el 59% de los acontecimientos

2. González Calleja, Eduardo, «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 1, 2011, nº41, p. 6.

3. *Ibid.*, p. 6.

4. Linz, Juan José, *Crisis, breakdown, & reequilibration*, Londres, Johns Hopkins University Press, 1978, p. 188.

5. Payne, Stanley, *EL colapso de la República: los orígenes de la Guerra Civil (1933 -1936)*, Madrid, La esfera de los libros, 2005, p. 282.

6. Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 167.

7. González Calleja, Eduardo...*op.cit.*, p. 6.

8. *Ibid.*, p. 10.

tos violentos con víctimas mortales se produjeron en áreas rurales, especialmente del Sur de España, donde la lucha de clases, la polarización política y la tradición insurreccional mantenían su arraigo.

Parece que Falange fue el partido político que capitalizó la mayoría de las acciones violentas, ya que, como colectivo reúne el mayor número de víctimas y de responsables de muertes, lo cual hace gala de su trayectoria de confrontación contra el Frente Popular. Sin duda, su objetivo era crear clima de enfrentamiento en el país, debilitar la revolución obrera de los sindicatos de izquierda y desestabilizar a la República, creando un ambiente de ingobernabilidad que legitimase la necesidad de un golpe militar. Esta estrategia tenía como punto esencial la movilización de la juventud. Para ello, el 1 de marzo, José Antonio Primo de Rivera ordenó al Sindicato Español Universitario (SEU), su incorporación a las milicias del partido. No es de extrañar que, ante esta política de movilización masiva, Falange se presente como la organización responsable de más de una cuarta parte de las víctimas, producidas por enfrentamientos entre grupos contrarios ideológicamente.

Ante esta situación de caos y violencia, el 14 de marzo de 1936, el Gobierno reacciona con la detención de Primo de Rivera y de casi toda su Junta Política, acusados de tenencia ilícita de armas. El 5 de junio, Primo de Rivera fue trasladado de la cárcel Modelo de Madrid y posteriormente a la cárcel de Alicante. A partir de este momento, la implicación de Falange en la conspiración se intensificaría todavía más. Como prueba de ello, Primo de Rivera redactó desde la prisión una carta dirigida a los oficiales del ejército, instándoles a la rebelión para mantener los valores fundamentales de la nación.

Víctimas mortales según la adscripción política:

Falange/SEU/CONS	59	16,8%
Alfonsinos/RE	3	0,8%
AP/CEDA/JAP	9	2,5%
Carlistas	4	1,1%
Sindicalistas y jóvenes católicos	3	0,8%
Militares y policías de derecha	3	0,8%
Derechistas sin identificar	21	5,9%
Liberal-demócratas	2	0,5%
PRR	1	0,2%

PNV	1	0,2%
ERC	2	0,5%
UR/IR/PRRS	4	1,1%
PSOE/UGT/JJSS	42	11,9%
PCE/UJCE/JSU	20	5,6%
CNT/FAI/JJLL	15	4,2%
CNT o PSOE	1	0,2%
Militares y policías de izquierda	2	0,5%
Izquierdistas sin identificar	61	17,3%
Militares y policías sin identificar	10	2,8%
Falange o izquierdistas	5	1,4%
Falange o PSOE	1	0,2%
CNT o Militares y policías sin identificar	1	0,2%
Desconocidos	81	23,0%
<i>Total</i>	351	100,0%

Cuadro extraído de González Calleja, Eduardo. «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», Mélanges de la Casa de Velázquez, 41-1 | 2011, p. 17.

Las cifras disponibles desmienten la argumentación difundida por la historiografía franquista sobre la persecución de derechistas. No existió ese supuesto “martirologio derechista”. Según los estudios de Rafael Cruz, el 56% de los muertos eran jornaleros agrícolas, obreros o simpatizantes izquierdistas, el 19% eran derechistas, patronos o propietarios y el 7% policías o militares, algunos de ellos izquierdistas, como el teniente Castillo y el capitán Faraudo. Contrariamente a lo que pueda parecer, el agente que más víctimas produjo fue el propio Estado. Las fuerzas de Seguridad del Estado fueron «las responsables de la mayor parte de las bajas sufridas por la izquierda, al intentar sofocar manifestaciones y tumultos»⁽⁹⁾. Según los datos que aporta Cruz, las fuerzas del orden y del ejército causaron el 43% de las 262 víctimas mortales computadas desde febrero a julio de 1936.

La represión estatal podría decirse que formaba parte de la estrategia falangista y de las fuerzas derechistas en general, aunque tuvo consecuencias que también les afectó de lleno. Las provocaciones tenían como respuesta la convocatoria por parte

9. Payne, Stanley...op.cit., p. 297.

de la CNT y UGT de huelgas generales, protestas y manifestaciones masivas, que en ocasiones culminaba con el asalto y destrucción de los centros o sedes de partidos y agrupaciones derechistas. A lo que se sumaba el enfrentamiento con las fuerzas del orden. La República, vista como una oportunidad para alcanzar la igualdad social, desde muy pronto empezó a perder apoyos en el movimiento obrero más radicalizado, que veía como sus demandas no se satisfacían y la represión estatal se intensificaba. Así lo refleja el testimonio del valenciano, Progreso M.H., militante anarcosindicalista:

«Era una época de efervescencia social. Se dieron muchos movimientos provocados en muchos casos por la CNT, que era opositora a una República considerada de aspirinas, una aspirina un poco débil, que no daba un carácter social a su acción» (10).

En el mismo sentido se pronuncia Gracia V. F., natural de Burriana, quien recuerda que en muchos pueblos la gente salió a las calles, como si de una manifestación se tratara. Gracia V. F. recordaba a una mujer vestida de republicana, con su gorro frigio y la bandera tricolor liderando la manifestación. Era un ambiente de fiesta y alegría que tras el paso de la euforia dejó una sensación de incógnita: «¿La República solucionaría los problemas de orden social?»⁽¹¹⁾. Sin duda, el régimen republicano, nacía como símbolo de un nuevo tiempo de prosperidad y de justicia social. Las esperanzas puestas en ella fueron probablemente excesivas. Se exigían cambios profundos e inmediatos pese a los problemas económicos existentes y la crispación política y social. La República, con una línea política burguesa, reformista y moderada no podía satisfacer las demandas de los sectores proletarios más radicales. Por lo que no tuvo más remedio que hacer frente a la radicalización y el malestar de la reaccionaria extrema derecha y a la decepción y conatos insurreccionales de la extrema izquierda revolucionaria. En palabras de Santiago F. S., sindicalista de la CNT: «El gobierno cayó precisamente porque no cumplió ni un solo átomo de lo que había prometido»⁽¹²⁾. La República se encontraba arrinconada por los extremismos y acosada por los constantes episodios violentos.

Pese a las constantes dudas sobre el compromiso republicano, la proclamación de la II República, significó para muchos militantes de sindicatos de izquierda el comienzo de una nueva etapa de derechos y libertades. El miliciano valenciano Álvaro P.G. percibía este momento como el de la eclosión de la vida política y la libertad:

10. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Progreso M. H., Volumen 3, Sig.FSV 71, p. 493.

11. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Gracia V. F.Volumen 7, Sig.FSV 129, p. 449.

12. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista Santiago F. S., Volumen 2, Sig.FSV 129 A II, p. 547.

«Después de la proclamación de la República, empezó a hablarse de comunismo, de republicanismo, de socialismo y de anarquismo. A partir del año 1931 es cuando empieza España a vivir un poco más abiertamente»⁽¹³⁾.

Del mismo modo, Marc T. O. recuerda cómo se celebró la proclamación de la II República en la ciudad de Valencia. Por aquel entonces Marc T.O. tan sólo tenía 12 años, pero se encaminó a la actual plaza del Ayuntamiento, entonces conocida como la plaza de Emilio Castelar, atraído por la multitud y los festejos. Allí se encontró la plaza llena de gente coreando gritos como “¡Viva la República!” y portando banderas muy diferentes a la que conocía. Ante la curiosidad, Marc T.O. le preguntó a un señor que caminaba a su lado:

«¿Disculpe, que quiere decir esto? “Cuando seas mayor la comprenderás, esta es la bandera republicana, la bandera de la libertad del trabajador, la bandera de que se ha acabado ya la monarquía opresora”»⁽¹⁴⁾.

Aquel episodio se le quedó grabado y desde ese momento comenzó su politización y militancia activa en la CNT.

La trama golpista

Poco antes del V Aniversario de la República, con el pretexto del cortejo de la muerte del tiroteado alférez de la Guardia Civil, Anastasio de los Reyes, un grupo de militares, miembros de las fuerzas del orden público y milicianos derechistas se manifestaron contra el Gobierno. Al llegar a la Plaza de Cibeles, en un arrebato espontáneo y descerebrado, el grupo más violento pretendió asaltar el Congreso, lo que se saldó con 5 muertos y 35 heridos⁽¹⁵⁾. Este tipo de actos violentos llevaron al gobierno a «suspender las elecciones municipales de abril de 1936»⁽¹⁶⁾. La violencia de las calles manifestaba la insostenibilidad de la situación y la necesidad de actuar de manera férrea contra los enemigos de la República. Con esa intención, el gobierno de Casares se manifestó «beligerante contra el fascismo» y puso en marcha un nuevo proyecto de ley de actividades peligrosas y contra el terrorismo. Se inició con ello un proceso de detenciones de sospechosos enemigos de la República durante el mes de abril, que sin duda puso

13. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Álvaro P. G., Volumen 6, Sig.FSV 101, p. 376.

14. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Marc T. O, Volumen 7, Sig.FSV 127, p. 268.

15. González Calleja, Eduardo...op.cit., p. 24.

16. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación militar. La incertidumbre marcó las primeras semanas de la Guerra Civil en la Comunidad Valenciana», en *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Girona Albert y Santacreu José Miguel (dircs.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006, p. 31.

en riesgo la trama golpista, que se encontraba demasiado cerca de los círculos de poder⁽¹⁷⁾. Por lo que la fecha determinada para su “alzamiento”, el 20 de abril tuvo que aplazarse.

La trama golpista también se vio afectada por la política de traslados de oficiales militares, que inició la República con el fin de proteger la capital del Estado de potenciales insurrectos. Algunos de los afectados fueron el general Goded, destinado a las Islas Baleares, el general Franco, destinado el 22 de febrero a las Islas Canarias, con lo que fue sustituido en el Estado Mayor Central por José Sánchez Ocala y Beltrán y el general Mola, a Navarra, quién asumió las labores de dirección del golpe de Estado. En paralelo, el teniente coronel Valentín Galarza Morante, conocido como el técnico de la conspiración, desarrolló labores de coordinación y enlace entre los militares golpistas y los sectores civiles. Galarza fue un férreo opositor al régimen republicano desde sus inicios, incluso llegó al extremo de tener en su despacho fotografías de la Familia Real. A sus 54 años, tras una profusa carrera militar, Galarza conocía sobradamente los entresijos militares y a la alta oficialidad. Todo ello, le sirvió para actuar como enlace entre la Unión Militar Española (UME), los grupos monárquicos, Acción Española y Renovación Española. La fortuna le acompañó durante la guerra, periodo donde se mantuvo prisionero para finalmente ser liberado y ostentar altos cargos durante el primer franquismo, como ministro de Gobernación⁽¹⁸⁾. Como figuras clave, a la trama se le sumaron los hermanos Jorge y Juan Vigón Suero-Díaz, oficiales retirados por la ley Azaña de 1932. Ambos fueron muy activos en la conspiración y se situaban próximos al grupo Acción Española. Gracias a su labor de conexión, los militares huidos tras la Sanjurjada, -el intento de golpe de estado el 10 de agosto de 1932-, se reunieron en París junto con Calvo Sotelo con la intención de profundizar en el papel o trama civil del golpe militar. Durante la Guerra Civil lideró el Estado Mayor del Ejército del Norte y de Franco, y también sería premiado en el franquismo junto a su hermano con los cargos de ministro del Aire en 1940 y de Obras Públicas respectivamente.

Este clima político-social, no es óbice para plantear que las violencias de uno y otro bando condujeron de manera inevitable a la Guerra Civil. Tal y como apunta J. Fontana, «eso es una falacia inadmisibile»⁽¹⁹⁾. La maniobra de crear desórdenes sociales y conflictos con la extrema izquierda respondía a una estratagema de deslegitimación

17. Calzado Aldaría, Antonio, «España en armas. El fracaso del golpe de Estado provoca una Guerra Civil con graves repercusiones internacionales», en *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Girona Albert y Santacreu José Miguel (dirs.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006, p. 10.

18. García Álvarez-Coque, Arturo, *La Fractura del Ejército ante el 18 de Julio. El Estado Mayor durante la Guerra Civil*, Granada, Comares, 2018, p. 24.

19. Fontana Lázaro, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Austral, 2013, p. 97.

de la República por parte de la prensa y de los sectores conservadores. Además, la violencia social existente, puede entenderse también como una respuesta a la enorme represión vivida durante el bienio negro o contrarreformista (1933-1936), donde las insurrecciones anarquistas de diciembre de 1932 y de enero y diciembre de 1933, junto con los sucesos de octubre de 1934 acarrearón una feroz represión en las filas del movimiento obrero. Durante los dos años de gobierno conservador, se repartieron 270.000 licencias privadas de armas de fuego ⁽²⁰⁾, que fueron aprovechadas por el terrorismo falangista y derechista para presionar por un estado de alarma, que justificase públicamente la intervención militar frente al desorden republicano ⁽²¹⁾. Ante esta situación, se produjo un choque entre el gobierno legítimo y democrático, que a través de reformas moderadas pretendía conseguir la transformación social, y unas fuerzas orientadas a liquidar la democracia y cualquier intento de transformación.

Conviene destacar, que el 14 de abril de 1931, la proclamación de la II República no encontró una gran oposición en el ejército, más bien las actitudes fueron de prudencia, indiferencia e incluso de ilusión moderada. Pese a las actitudes dominantes del Ejército, si existió una pequeña parte partidaria de la subversión en pos de evitar la disolución de lo que entendían como Patria. En general, a la mayoría de militares y oficiales les preocupaba más en ese momento conservar su empleo y seguir medrando en su carrera militar. Es cierto, que «la mayoría silenciosa del Ejército no era republicana, pero tampoco se manifestaba en contra del recién proclamado régimen» ⁽²²⁾, aunque las posturas conservadoras irían evolucionando hacia actitudes cada vez más contrarias al devenir político de la República.

Sin duda, los sucesos de Asturias de 1934 produjeron una profunda radicalización de muchos soldados y oficiales del ejército, ya que el temor a una revolución proletaria se había tornado una realidad palpable, al igual que la preocupación por el separatismo catalán y vasco, así como los ataques contra la esencia católica de la nación. A todo ello, se le debe sumar el peso del discurso corporativista de quienes rechazaban la sumisión del poder militar al poder civil. La tradición intervencionista militar se mantenía en activo, de hecho, las elites y los sectores derechistas entendían al ejército como el garante del orden y escudo contra los movimientos populares y revolucionarios, que amenazaban su *status* y privilegios. El ejército contaba con la aprobación de estos segmentos de la población e incluso era animado a sublevarse. Estos recelos se habían materializado con el intento insurreccional fracasado del general Sanjurjo, el 10 de agosto de 1932 en Madrid y Sevilla. Las conspiraciones continuaron durante

20. Fontana Lázaro, Josep...op.cit., p. 97.

21. Paz, Abel...op.cit., p. 10.

22. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 19.

los siguientes años y se vieron favorecidas por la amnistía del 25 de abril de 1934, realizada por el gobierno derechista a los participantes de la Sanjurjada. Pese a ello, el general se exilió a Portugal, desde donde continuó trabajando en la conspiración que haría realidad el golpe de Estado del 18 de julio de 1936.

La tensión militar se hizo patente nada más conocerse la victoria electoral del Frente Popular, el 16 de febrero de 1936. En ese momento, Francisco Franco ostentaba el cargo de jefe del Estado Mayor Central, gracias a su contacto con la CEDA y en especial con Gil Robles, exministro de la Guerra. Ambos, intentaron que Portela Valladares, jefe del gobierno saliente, junto a Alcalá Zamora, presidente de la República, declarasen el Estado de Guerra. La desconfianza hacia el nuevo gobierno y el clima de exaltación política y nerviosismo en las Cortes y en las calles tensó la situación hasta el límite.

Paralelamente a la victoria electoral del Frente Popular, se produjo una reunión clave en el domicilio madrileño de José Delgado, miembro de la CEDA. No conocemos los detalles, pero tal y como señala Antonio Calzado, entre los asistentes se encontraban oficiales de alta graduación como «Franco, Goded, Mola, Orgaz, Villegas, Varela y Fanjul. Todo ellos eran conservadores, pero defendían diversas ideologías, como «el antimarxismo, el antirrepublicanismo, el primorriverismo, el tradicionalismo y el antiparlamentarismo, etc.»⁽²³⁾, además, les unía un pasado y una tradición común, el africanismo militar. El fracaso de la CEDA en su intento de construir un Estado corporativo-fascistizado⁽²⁴⁾ y la crispación en las calles, les hizo comprender la situación político-social como favorable para que el ejército interviniese. Se había extendido la idea de que les había llegado el momento de actuar, aunque fuese contra un gobierno electo por vía legal y democrática. Las urnas habían hablado, el pueblo había dado la espalda a los partidos fascistas y radicalmente conservadores, pero los militares golpistas no estaban dispuestos a escuchar.

A medida que la trama fue desarrollándose, se intensificaba y cobraba más importancia la imbricación entre los elementos civiles conservadores; los militantes cedistas; los carlistas; y sobre todo los falangistas, que resultaron indispensables para la creación de sus Secciones Militares. Del mismo modo, no hubiese sido posible preparar la rebelión militar sin la financiación de capitalistas y financieros de la extrema derecha monárquica, como; el Duque de Alba; Luca de Tena; el general Barrera; J. Lizárraga; y Juan March, entre muchos otros. En las labores de coordinación destacó la clandes-

23. Calzado Aldaria, Antonio...op.cit., p. 9.

24. *Ibid.*, p. 10.

tina y derechista Unión Militar Española (UME). Esta era una asociación fundada en Madrid en diciembre de 1933 y que reunía a jefes y oficiales del Ejército Español descontentos, cuando no contrarios a la II República en general y a la reforma militar de Manuel Azaña, en particular. Su jefatura nominal la ostentó el propio general Sanjurjo y la organización fue ganándose las simpatías de la oficialidad. Especialmente, con el aumento de la conflictividad social y el desarrollo de los trágicos y violentos sucesos de octubre de 1934, en Asturias principalmente, pero también en muchas otras zonas del país.

La UME no era homogénea ideológicamente, es más, en un inicio se manifestaba apolítica, pero sin duda sirvió de aglutinante para aquellos militares subversivos, que representaban una minoría muy activa y en los que pesaba la tradición intervencionista y la idea de salvar a España de sus enemigos⁽²⁵⁾. Ya en 1935, cuando la República estaba en manos de las derechas, el general de división Goded y su hombre de confianza, el comandante Carlos Lázaro se entrevistaron con el comandante Bartolomé Barba, una de las figuras clave del golpe de Estado en Valencia y fundador de la UME -junto con el teniente coronel Emilio Rodríguez Tarduchy, futuro falangista-. El comandante Barba, a través de los oficiales pertenecientes a la UME, presionó para que el 6 de mayo de 1935, Gil Robles entrase en el gobierno en calidad de Ministro de la Guerra. A través del ministerio, se favorecería a muchos de los futuros militares golpistas mediante ascensos y puestos claves en el Estado Mayor Central. En definitiva, la UME se dedicaría a actuar como enlace coordinador de la trama, a la vez que creaba un clima de aceptación y de incitación a la sublevación a través de todo tipo de soflamas patrióticas. En contraposición se constituyó también clandestinamente, en 1934 la Unión Militar Republicana Antifascista (UMRA), una asociación de mucho menor peso entre la oficialidad, concentrada principalmente en Madrid.

La trama se tejía entre militares, civiles y grandes financieros, pero fue un singular episodio violento, el asesinato de Calvo Sotelo, dirigente de Renovación Española, convertido posteriormente en símbolo para los rebeldes. Desde hacía meses, Madrid era el principal escaparate de la violencia política, especialmente a partir de los atentados de marzo y episodios de enfrentamientos y agresiones en abril de 1936. La escala de violencia había ido *in crescendo* hasta el asesinato del teniente de la Guardia de Asalto, José del Castillo. Parece ser que José del Castillo se encontraba avisado de los rumores que corrían sobre la posibilidad de que un grupo derechista atentase

25. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 26.

contra su vida. Pese a ello, el 12 de julio, tras una jornada de ocio asistiendo a una corrida de Toros, el Teniente del Castillo acudió a su puesto de trabajo. Al caer la noche, cuando se encontraba llegando al cuartel, a la altura de la calle de Augusto Figueroa, cuatro pistoleros de extrema derecha le dispararon. No conocemos con exactitud la identidad o adscripción política de sus asesinos. El historiador Ian Gibson⁽²⁶⁾ considera que se trataba de requetés carlistas, mientras que Paul Preston⁽²⁷⁾ los identifica como falangistas. Probablemente el teniente del Castillo era miembro de la UMRA, y sus compañeros no tardaron en responder tras su muerte. La tesis más comúnmente aceptada es que Fernando Condés, oficial de la Guardia Civil y vinculado al PSOE, organizó como venganza un grupo para asesinar a Gil Robles, líder de la CEDA. El azar quiso que Gil Robles no se encontrase en su domicilio, lo que causó un cambio en el plan, José Calvo Sotelo pasaba a ser el objetivo primordial. Con una orden de detención falsa fue obligado a abandonar su domicilio e ingresar en un automóvil, en el que finalmente fue disparado por Luis Cuenca Estevas. El cadáver fue conducido al depósito del cementerio del Este.

Con frecuencia, este dramático y condenable episodio fue utilizado por los militares golpistas para legitimar y argumentar su rebelión, aunque la documentación existente prueba que llevaban meses preparando la conspiración. Lo que sí parece probable es que el asesinato del dirigente monárquico, del 13 de julio, precipitó el desarrollo de la conspiración e impulsó la adhesión de lealtades que se encontraban todavía dubitativas, como bien podía ser la de Franco, el cual se sumó a última hora al golpe, aunque se había mantenido durante meses en contacto con los golpistas. Finalmente, el 17 de julio de 1936 la sublevación militar se llevó a cabo en los territorios coloniales españoles y el 18 se produjo en la Península.

La sublevación militar

El 14 de febrero de 1936, la CNT había denunciado públicamente a través de un escrito la existencia de una conspiración militar y prevenía a la clase obrera sobre cómo hacerle frente. El texto se tituló *¡En Pie de Guerra el Proletariado, Contra la Conjura Monárquica y Fascista!*⁽²⁸⁾. En el escrito afirmaban combatir al fascismo, pero no defender a la República. El gobierno saliente del Frente Popular hizo caso omiso a este llamamiento público de la CNT. Una vez los rumores y presiones se fueron

26. Gibson, Ian, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

27. Preston, Paul, *Franco, Caudillo de España*, Madrid, Mondadori, 1994.

28. Paz, Abel...op.cit., p. 8.

agudizando, el Ministro de la Guerra se vio obligado a realizar una declaración pública el 18 de marzo, en la que reconocía «la existencia de rumores calificados como falsos y desprovistos de todo fundamento, sobre el negativo estado de ánimo de parte de la oficialidad y del Ejército»⁽²⁹⁾. En esta declaración, el ministro se limitó a asegurar que los militares se encontraban dentro de la disciplina y del cumplimiento de sus deberes, subordinados a las disposiciones del gobierno legalmente constituido. La política de traslados no logró evitar el desarrollo de la trama conspirativa, de hecho, todo parece indicar que proporcionó a los militares insurrectos mayores cuotas de autonomía y facilitó que los focos rebeldes se repartieran por distintas regiones, dificultando su apaciguamiento. Además, la presencia de golpistas en el aparato estatal era una realidad. En la Subsecretaría del Ministerio de Guerra, se encontraban conspirando el comandante Joaquín Boneta Arvizu como agente doble, que facilitaba información al general Moral y le ponía sobre aviso de las intenciones del Ministro Casares Quiroga de destituirle. En ese mismo ministerio, se encontraban golpistas como Martín-Montalvo, López Maristany y el grupo de Uzquiano⁽³⁰⁾.

Las autoridades republicanas sabían que se preparaba una intervención militar, pero desconocían su calado y subestimaban su fuerza y amplitud. La idea de una Sanjurjada se les antojaba como un mal menor u oportunidad para aplastar a los enemigos del régimen y reafirmar su autoridad. Pese a que infravaloran la conspiración, tomaron medidas urgentes que acabaron siendo esenciales para mantener a Madrid bajo control. El 15 de mayo de 1936, ante las noticias de un golpe inminente, Casares Quiroga, presidente del Gobierno y Ministro de la Guerra designó como ayudante de campo al comandante Luis Barceló, destacado miembro de la UMRA, al cual se le confirió el mando del Grupo de Infantería del Ministerio de la Guerra⁽³¹⁾. Del mismo modo, el 7 de junio, el comandante Manuel Estrada se integraba en la Subsecretaría de dicho ministerio. De esta manera, el ministerio pasaba a estar reguarnecido por líderes militares fieles a la República. Durante el golpe de Estado del 18 de julio de 1936, la confusión y la incertidumbre fueron notorias. El comandante Ramón Ruiz-Fornells, agregado a la Sub-secretaría, habla de «momentos desde luego muy confusos [...] una desorientación en todo el mundo y una sorpresa grande para muchos»⁽³²⁾. Pese al estado de desorientación, el Ministerio de la Guerra se mantuvo bajo control de los oficiales de la UMRA, donde destacaron figuras como el ya señalado Barceló, pero también el secretario de Azaña, el teniente coronel

29. *Ibid.*, p. 9.

30. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, pp. 29-36.

31. *Ibid.*, p. 44.

32. Arxiu Històric de la Ciutat de Barcelona (AHCB), Fonts Orals, Colecció Ronald Fraser. Entrevista al coronel Ramón Ruiz-Fornells, por Ronald Fraser, Madrid, 25-7-1974, en García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*

Juan Hernández Saravia. El ministerio se mantuvo leal a la República, pero su ministro no soportó el envite. Casares Quiroga dimitió y fue sustituido por el general Miaja del 18 al 19 de julio, bajo el auspicio del breve gobierno de Martínez Barrio. Finalmente, el puesto ministerial lo ocupará Luis Castelló, aunque durante los primeros compases de la Guerra Civil, la autoridad efectiva la ejerció Hernández Saravia.

En cuanto a los sublevados, conocemos sus objetivos gracias a la Instrucción Reservada número 1, redactada por el general de Brigada Emilio Mola⁽³³⁾. En ese documento, el denominado Director de la trama, señalaba que la acción debía ser extremadamente violenta, para reducir así lo antes posible al enemigo, «que es fuerte y bien organizado». Asimismo, la orden indicaba que se debía encarcelar y aplicar castigos ejemplares a todos los directivos de partidos políticos, sociedades o sindicatos izquierdistas. Se trataba de acabar con cualquier reminiscencia democrática. En el mismo documento, Mola justificaba la trama en pos de las gravísimas circunstancias que, a su parecer, atravesaba la Nación. El Frente Popular había hecho del Gobierno un prisionero de las organizaciones revolucionarias, lo cual llevaba sin remedio a una situación caótica y sangrante, que sólo podía evitarse mediante la acción violenta. Para ello, el Ejército, como defensor de la Patria, debía forzosamente levantarse en rebeldía, conquistar el poder e imponer desde el orden, su concepto de paz y justicia. Sin duda, para lograrlo, Mola tenía en mente acabar físicamente con las izquierdas y someter a la población mediante el terror y la brutalidad. Lo mismo se puede aplicar para los militares fieles a la República:

«Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes que aquel que no está con nosotros está contra nosotros, y que como enemigo será tratado. Para los compañeros que no sean compañeros, el movimiento triunfante será inexorable»⁽³⁴⁾.

Mola recurrió a su particular interpretación del artículo primero de la Constitución, para legitimar la intervención armada. En este, se establecía como misión esencial del Ejército, la defensa de la Patria de sus enemigos interiores y exteriores⁽³⁵⁾. Esos enemigos se encontraban personificados en el Frente Popular, los partidos de izquierda y las fuerzas revolucionarias. Sin duda, esta visión paternalista del ejército, tremen-

33. La Instrucción Reservada no se encuentra digitalizada, pero puede consultarse en el Archivo Militar de Ávila, Fondos de la Guerra Civil, armario 34, legajo 4, carpeta 8. Asimismo, como modo de democratizar el patrimonio cultural y documental de la guerra, se puede leer parcialmente en la bibliografía especializada e íntegramente el documento en el blog de Francisco Espinosa.

34. Sánchez Pérez, Francisco (coord.), *Los mitos del 18 de Julio*, Barcelona, Crítica, 2013, p. 70. Reproduce la instrucción Reservada número 5 del general Emilio Mola.

35. *Ibid.*, p. 42.

damente reduccionista, imperaba en la psique de los militares golpistas. Además, esta guarda relación con la visión del ejército y del poder del dictador, Miguel Primo de Rivera, quien debió influir en Mola. El Ejército, debía erigirse como el nuevo Cirujano de Hierro, que salvase la integridad nacional de los segregacionismos periféricos, de la masonería y del republicanismo laico, así como de las ideologías extranjeras como el marxismo, que traían desorden y caos a través de la lucha de clase. El objetivo último parecía asemejarse más a un directorio o dictadura militar que a un pronunciamiento tradicional, propio del siglo XIX. De hecho, parece que, en un primer momento, Mola no estaba ni siquiera interesado en acabar con la bandera republicana.

Pese a las maquinaciones de Mola, algunos aspectos de la trama conspirativa parecen no estar suficientemente bien preparados. La sublevación en Valencia sin duda podría catalogarse como una planificación defectuosa, al igual que la toma de la capital nacional. Parece que, desde el inicio, se asumió el fracaso de los golpistas en Madrid debido a múltiples razones. En primer lugar, el problema residía en que en Madrid había organismos superiores a las Divisiones Orgánicas, como el Ministerio de la Guerra y el Gobierno. El propio Mola, en la Instrucción Reservada número 1 se esperaba una actitud fría, de neutralidad en la capital, por ello la marcha convergente sobre Madrid resultaba clave para hacer triunfar el golpe. No son pocos los historiadores que han interpretado en el plan de Mola la asunción de una guerra civil de corta duración como consecuencia del fracaso del golpe⁽³⁶⁾.

El director había fijado como líder del denominado alzamiento al general Sanjurjo, todavía exiliado en Portugal. Como meta principal, los rebeldes debían hacerse con el control de las Divisiones Orgánicas, a través de la sublevación de sus generales de División al mando y de su Estado Mayor. En los casos en los que el General al mando de la División no se uniese al levantamiento, éste debía ser reducido y suplantado por los golpistas. Las Divisiones respondían a un nuevo modelo organizativo que sustituyó a las regiones militares y que fue implantado por decreto de Manuel Azaña en su etapa como ministro de la Guerra. Una División estaba constituida por «dos Brigadas de Infantería, dos Regimientos, un escuadrón de Caballería, una Brigada de Artillería ligera, así como por múltiples servicios, entre ellos, los grupos de Ingenieros, Intendencia y Sanidad»⁽³⁷⁾. Las Divisiones contaban con su propia jefatura de Estado Mayor al servicio del jefe de la División. Con el control de estas, se entendía que el resto de oficiales y militares se someterían debido al principio de obediencia militar al superior.

36. Bahamonde, Ángel, *La conjura del Coronel Casado*, Madrid, Cátedra, 2014, p. 72.

37. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 17.

El alzamiento se produce el 17 de julio de 1936 en el Norte de África, donde los golpistas contaban en el Protectorado de Marruecos con 45.000⁽³⁸⁾ hombres, provenientes de los cuerpos militares más preparados para el combate. Disponían de la Legión y de las tropas coloniales Regulares, conformadas por marroquíes y españoles. Las primeras víctimas se suceden allí, en el aeródromo militar de Sania Ramel⁽³⁹⁾, dirigido en aquel momento por el primo hermano del general Franco, el comandante Ricardo Lapuente Bahamonde, el cual permaneció leal al gobierno de la República frente a las fuerzas coloniales marroquíes, dirigidas por el coronel Sáenz de Buruaga, que se apresuró a cercar la base aérea. Lapuente sería fusilado por delito de traición el 4 de agosto, con el visto bueno de su primo.

En Marruecos, los tres jefes de los estados mayores de Ceuta, Melilla y de la Jefatura Superior en Tetuán se sumaron a la sublevación. Los máximos dirigentes si se mantuvieron fieles a la República y por ello fueron reducidos. Nos referimos al Jefe Superior de las Fuerzas Militares de Marruecos, el general Agustín Gómez Morato y a los jefes de las Circunscripciones Occidental y Oriental, los generales Osvaldo Capaz Montes y Manuel Romerales Quintero⁽⁴⁰⁾ respectivamente. En Ceuta, Yagüe encabezada la rebelión comandando la Segunda legión y Carlos Asensio a los regulares de Tetuán, mientras que, en Melilla, Juan Seguí como teniente coronel retirado se alzaba y detenía a Romerales, jefe de la Circunscripción Oriental. Mientras tanto, el general Franco se había desplazado desde Santa Cruz de Tenerife a la isla de la Palma de Gran Canarias, por motivo de la misteriosa muerte del general Amado Balmes mientras manipulaba su propia pistola. El autor Ángel Viñas asegura que fue un asesinato⁽⁴¹⁾. Sea como fuere, este infortunio sirvió a Franco para tener una coartada con la que desplazarse a la capital canaria y desde allí, marchar rumbo a Tetuán a través del afamado avión *Dragon Rapide*, financiado por el capitalista Juan March, muy activo en la trama civil de la conspiración.

Los brotes rebeldes se consolidaron en zonas periféricas, lo cual ayudó a mantener cierto optimismo en el Gobierno republicano, ya que los golpistas necesitaban de transporte marítimo y aéreo de gran envergadura para convertirse en una verdadera amenaza. La aviación se había mantenido fiel a la República y la Marina de Guerra también, gracias a que las tripulaciones hicieron frente a la insurrección de su oficialidad. Con lo que no contaba el Gobierno fue con la ayuda logística Nazi y de la Italia

38. Calzado Aldaria, Antonio...op.cit., p. 13.

39. *Ibid.*, p. 14.

40. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 60.

41. Viñas, Ángel, Ull Laita, Miguel y Yusta Viñas, Cecilio, *El primer asesinato de Franco: La muerte del general Balmes y el inicio de la sublevación*, Barcelona, Crítica, 2018.

fascista de Mussolini, quién desde hacía un tiempo financiaba a José Antonio Primo de Rivera con 50.000 liras al mes⁽⁴²⁾.

Con la intención de evitar un mayor derramamiento de sangre y una cruenta guerra fratricida, el gobierno trató de comunicarse y negociar con las fuerzas rebeldes. Con esa intención, el breve ejecutivo de Martínez Barrio ofreció el Ministerio de Guerra a Mola en un hipotético gobierno de concentración militar⁽⁴³⁾, a lo que el general rebelde se negó. Incluso cuando la sublevación parecía fracasada en varias de las ciudades más importantes de la geografía española, las negociaciones no llegaron a buen término. Nos referimos al intento de pactar con los rebeldes del comandante de artillería Antonio Morales Serrano⁽⁴⁴⁾, miembro del Estado Mayor Central (EMC), quién años atrás, había trabajado al lado del general Franco cuando éste dirigía el EMC. Éste comandante a través del diputado socialista Fernández-Bolaños, apoyado por su amigo Indalecio Prieto, trató de negociar una salida al conflicto, con escaso éxito.

Así daba comienzo la Guerra Civil española (1936-1939), uno de los acontecimientos más catastróficos, sangrantes y luctuosos de la historia contemporánea española. Durante su transcurso, más de 200 núcleos urbanos fueron devastados, 500.000 viviendas destruidas y más de 350.000⁽⁴⁵⁾ personas perdieron su vida de manera directa por la causa bélica. Al sumar a los civiles muertos por ejecución sumaria, traspasaríamos las 500.000 vidas perdidas. Del mismo modo, provocó que más de 500.000 personas tuvieran que exiliarse en la inmediata postguerra en pésimas condiciones, dejando todo atrás y huyendo del terror. Este ilegítimo golpe de Estado causaría una fractura interna en la sociedad española que todavía hoy, está por sanar.

Lealtades y deslealtades de la oficialidad del Ejército

En los primeros días tras la insurrección acaecida en Marruecos y Canarias, se dirimió la posición y fidelidad de cada División Orgánica a lo largo de todo el territorio. El 18 de julio en Sevilla se sublevó el general Queipo de Llano, profundamente vinculado hasta el momento a la República, lo cual provocó el efecto dominó en Cádiz, Huelva, Córdoba y Granada. El día 19 se subleva en Navarra, el general Mola y en Zaragoza lo hace el veterano general Cabanellas. Saliquet hizo lo propio en Valladolid, Dávila en Burgos y Moscardó en Toledo. Excepto Menorca, el resto de Islas Baleares cayó

42. Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza Editorial, 1974, p. 168.

43. Calzado Aldaria, Antonio...*op.cit.*, p. 15.

44. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 47.

45. Rodríguez Cortés, Pablo, Preciado Terrádez, Emilio y Verdet Gómez, Federico, *Godolleta y la Guerra Civil (1936-1939)*, Valencia, Ayuntamiento de Godolleta, 2018.

bajo las fuerzas rebeldes, comandadas en un inicio por Goded. Los movimientos en el norte de España se hicieron esperar, pero el día 20 el dominio golpista en Galicia se evidenciaba a través de la figura de Martín Alonso. En Oviedo se produjo la traición de Aranda y en Vitoria, asumió el control el golpista teniente coronel Alonso Vega.

En Zaragoza, el líder de la División, Cabanellas se sublevó con éxito, pero en el resto de Divisiones donde triunfó el golpe, los generales se mantuvieron leales al gobierno y fueron sustituidos⁽⁴⁶⁾. Con ello, se pretendía declarar el Estado de guerra y deponer a las autoridades del Frente Popular. Como paso final, las fuerzas sublevadas junto a las milicias adictas debían marchar de manera convergente sobre Madrid. De las nueve Divisiones Orgánicas, hoy sabemos que seis de los líderes de sus Estados Mayores estaban comprometidos con la conspiración en diferente grado. De los nueve, permanecerían tres fieles a la República por prudencia y miedo, en muchos casos esperando el momento idóneo para pasarse a las líneas enemigas. Los comprometidos con la trama fueron; Luis Pérez-Peñamaría Vélez, líder de la I División, cuya base radicaba en Madrid; Manuel Moxó Marcaida (Cuarta División, Barcelona); Federico Montaner Canet (Quinta División, Zaragoza); José Ungría Jiménez (División de Caballería) y Juan Quero Orozco, quién no estaba enterado, pero se sumó de manera espontánea (Séptima División, Valladolid).⁽⁴⁷⁾ La oficialidad perteneciente a los Estados Mayores de cada División estaba poco informada de la conspiración, quizá porque los golpistas no se fiaban debido a la lealtad de estos hacia sus superiores. De hecho, sólo el 7% de la oficialidad del Estado Mayor participó en la trama golpista⁽⁴⁸⁾. Esta era la más preparada en la táctica, estrategia y logística militar. De entre sus oficiales, 113 prestaron servicio a la República, de los cuales, 62 lo hicieron durante toda la guerra⁽⁴⁹⁾, el resto perecieron, se ocultaron o cambiaron de bando. Entre los golpistas situamos a 176, de los cuales 66 fueron fusilados por traición.

En cuanto a los diez generales que se encontraban a la cabeza de las divisiones peninsulares y de la Jefatura Superior en Marruecos, sólo se sublevó uno. En cambio, buena parte de la oficialidad media, fue captada para la conspiración. Nos referimos a comandantes, capitanes y tenientes. Sin embargo, encontramos una escasa implicación de coroneles, tenientes coroneles y generales, muchos de los cuales no se integraron hasta última hora en el golpe militar. Parece ser que en el conjunto del Ejército, los miembros implicados de manera directa en el plan de Mola eran muy pocos, si bien es cierto que había un segundo círculo más amplio, conformado por elementos de

46. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 58.

47. *Ibid.*, p. 27.

48. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 28.

49. *Ibid.*, p. 124.

confianza. En el bando republicano permaneció el 33%⁽⁵⁰⁾ de la oficialidad. En ese sentido, el autor, Salas Larrazábal⁽⁵¹⁾ contabiliza 15.343 oficiales en activo, de los cuales, 3.500 se mantuvieron leales a la República, aunque la cifra decrecería a lo largo de la contienda a causa de las deserciones y las bajas. Su optimismo contrasta con las cifras de Michael Alpert⁽⁵²⁾, el cual considera que en 1938, la República tan sólo contaba con 2.000 oficiales. Puell de la Villa da otras cifras, ya que incluye a los oficiales y jefes con mando en la Guardia Civil y en la Guardia de Asalto, con lo que cifra un total de 12.610⁽⁵³⁾ oficiales con mando de armas. Por su parte, Antonio Calzado⁽⁵⁴⁾ contabiliza 14.000 oficiales sublevados y 150.000 soldados, por los 8.500 oficiales y 160.000 soldados de tierra de la República, que contaba también con una obsoleta Aviación y una descabezada Marina de Guerra.

En lo que sí coinciden la mayoría de especialistas sobre el tema, es que aproximadamente la mitad de la oficialidad de las fuerzas armadas quedó repartida en cada uno de los dos bandos. Arturo García Álvarez-Coque⁽⁵⁵⁾ utiliza el concepto de leal geográfico a la hora de referirse a la actuación de los militares según su ubicación geográfica durante la sublevación. Para este autor, muchos de los militares republicanos se encontraban auténticamente convencidos de la viabilidad y la necesidad del régimen republicano. Sus carreras se habían visto beneficiadas por los ascensos impulsados por el gobierno del Frente Popular y gozaban de su confianza. En cambio, otros militares se mantuvieron fieles a la República por el temor a las represalias y a ver truncada su carrera profesional. La incertidumbre, las convicciones personales, el sentido del deber y el éxito o implantación de la rebelión⁽⁵⁶⁾, fueron elementos clave para decidir las lealtades militares

España quedó dividida en dos bandos, dos zonas territoriales muy diferentes. La República pasó a controlar en torno al 54% del territorio, con el 60 %⁽⁵⁷⁾ de la población española, además de mantener las zonas más urbanizadas e industrializadas. Es decir, la República logró conservar en torno a 270.000 km² donde habitaban 14 millones de personas⁽⁵⁸⁾. El bando sublevado se hizo con el control de las zonas más productoras del agro español, a excepción del País Valenciano y Murcia, con lo que pasaron a controlar a 10 millones de habitantes y una superficie territorial de 230.000 km² y el

50. *Ibid.*, p. 134.

51. Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980, pp. 63-64.

52. Alpert, Michael, *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2007, p. 102.

53. Puell de la Villa, Fernando, *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000, p. 80.

54. Calzado Aldaria, Antonio...*op.cit.*, p. 19.

55. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 117

56. Alonso Baquer, Miguel, *Franco y sus Generales*, Madrid, Taurus, 2005, p. 44.

57. Alonso Baquer, Miguel...*op.cit.*, p. 12.

58. Calzado Aldaria, Antonio...*op.cit.*, p. 22.

20 % de la producción industrial ⁽⁵⁹⁾. El Gobierno republicano contó con las reservas del Banco Central y más del 60 % de las entidades financieras, pero la necesidad de buscar materiales bélicos en el extranjero, cuyo precio se encontraba disparado debido a la especulación y las dificultades planteadas por el Comité de no Intervención, no ayudó a mantener saneados los recursos económicos. Del mismo modo, la gestión poco unificada durante 1936, debido al debilitamiento y casi desarticulación del aparato estatal, unido a la fuga de capitales, dificultó enormemente a la República sacar partido de esta ventaja inicial.

Sin duda, el bando golpista acertó a la hora de presentar la guerra como un enfrentamiento entre la revolución y la contrarrevolución, con lo que se ganaron las simpatías de los sectores conservadores de Gran Bretaña e incluso de Francia, donde gobernaba el Frente Popular de León Blum, en ese momento temeroso de una reacción violenta de la extrema derecha. Del mismo modo, los sublevados contaron con el apoyo de grandes empresas internacionales, como «la Texas Oil Company, que suministró casi dos millones de toneladas de petróleo con un crédito a largo plazo y sin garantías entre 1936 y 1939» ⁽⁶⁰⁾. Además, recibieron la ayuda de las dictaduras europeas, como la portuguesa de Salazar, que permitió «el paso de armamento destinado a abastecer a las tropas de Mola» ⁽⁶¹⁾, la de la Alemania nazi de Hitler, que decidió participar el 25 de julio de 1936, al igual que la de la Italia de Mussolini. Sin olvidarnos de la incorporación de los bereber de «Beni-Urriáguel del Rif, puestos a disposición de Franco como comandante del Ejército de África» ⁽⁶²⁾. Sin la ayuda italiana y alemana, cuyo total se calcula en más de «116 millones de libras esterlinas -570 millones de dólares-, no habrían podido mantener la guerra» ⁽⁶³⁾.

Asimismo, la República contó con el reproche y la oposición del catolicismo internacional. Sus políticas de laicidad y secularidad, conllevaron la reacción furibunda de la Iglesia, la cual no dudó en sacralizar el llamado “alzamiento” y en convertir un golpe de estado en una supuesta “guerra santa” o “cruzada por Dios y por España”, término acuñado por el obispo Pla i Daniel. Las redes de propaganda y presión de la Iglesia a nivel internacional fueron un poderoso aliado para los intereses del bando rebelde. La creación de las Oficinas Católicas de Información Internacional en Zaragoza y Salamanca ⁽⁶⁴⁾ sirvieron para ganar apoyos. Al igual que la carta ⁽⁶⁵⁾ de septiembre de

59. *Ibid.*, p. 23.

60. Fraser, Ronald... *op.cit.*

61. Calzado Aldaria, Antonio... *op.cit.*, p 26.

62. *Ibid.*, p 26.

63. Fraser, Ronald... *op.cit.*

64. González Gullón, José Luis y César Moreno, Antonio, «La propaganda católica en el extranjero de las dos españas durante la guerra civil (1936-1939)», *Stud. hist., Hª cont.*, 2013, nº 31, p. 53.

65. García, Hugo, *Mentiras necesarias, La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008, p. 64.

1937 emitida por el episcopado española los católicos del mundo, con el objetivo de contrarrestar la mala imagen que los sublevados habían proyectado en el catolicismo internacional al asesinar a 17 sacerdotes vascos y a miles de obreros y campesinos. Sin duda, la Iglesia aportaría el gran mito de cruzada o guerra santa en el escenario de una confrontación fratricida. Este mito funcionaría como base legitimadora del relato fundacional de la Guerra y del Franquismo, un relato que, «se sitúa en un espacio y un tiempo, más allá del propio espacio-tiempo y actúa por fuerza propia una vez fue aceptado»⁽⁶⁶⁾. En definitiva, la Iglesia y los rebeldes pretendían introducir sentido donde no lo había y con ello, recibir la adhesión social necesaria para realizar su particular proyecto.

Ilustraciones



El General Emilio Mola.
Fecha: 1930. Autor: Desconocido.

66. Renilla García, Adrián, «¡Por Dios y por España! ¡La segunda cruzada de Franco», en La Historia, lost in translation! Actas XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea, González Damián A, Ortiz, Manuel y Sisinio, Juan (eds.), Albacete, Universidad Castilla la Mancha, 2017, p. 353.



El General José Sanjurjo Sacanell.
Fecha: 1928-1932. Autor: Desconocido. Fuente:
Narodowe Archiwum Cyfrowe, 1-E-6532



Retrato del Gral. Francisco Franco Bahamonde
Fecha: Desconocida. Autor: Desconocido.
Fuente: Biblioteca Virtual de Defensa



José Calvo Sotelo (1893-1936), con uniforme del Cuerpo
de Abogados del Estado.
Fecha: 1930. Autor: Desconocido.



Presidente del Gobierno de la República, Santiago
Casares Quiroga. Fecha: Desconocida.
Autor: Desconocido.



Cartel de propaganda de la Guerra Civil. Fecha: 1937-1938. Autor: Desconocido.

Fuente: <https://artsandculture.google.com/asset/civil-war-poster-39-unknown-signed-by/9wEp8tQwGhpLuvv>.

Capítulo 2

La sublevación en Valencia

En el caso de la ciudad de Valencia, la planificación del golpe experimentó cambios notorios horas antes de su puesta en práctica. Sin duda, la figura más representativa entre los golpistas fue la del comandante y miembro del Estado Mayor, Bartolomé Barba, considerado como el principal instigador del golpe militar en Valencia. A lo largo de su carrera se había asociado con militares africanistas, pese a no pertenecer nunca a ese colectivo. Sus contactos con Franco ya venían de su época como profesor de la Academia General Militar de Zaragoza, donde Franco ejerció como director hasta su supresión por orden de Azaña. Su mala relación con Azaña y con el republicanismo fue *in crescendo*, hasta el punto de participar en los sucesos de Casas Viejas de enero de 1933, cuando señaló al gobierno como responsable de la represión al afirmar que «seguía las órdenes de Azaña de disparar “tiros a la barriga” para reducir a los rebeldes»⁽⁶⁷⁾.

Los días previos al golpe Militar. La trama cívico-militar en Valencia

El comandante Barba encabezó, como jefe honorífico, la Junta conspiradora en Valencia y tejió diferentes redes de enlace con los elementos civiles derechistas y paramilitares de la Derecha Regional Valenciana (DRV), de Falange y con los tradicionalistas. Los contactos se produjeron a principios de junio en la playa del Saler. A estas soslayadas reuniones asistieron; «el teniente coronel Cabellos; el comandante Barba; los capitanes Latorre, Frígola, Tío y Mariano Puigdollers en representación de la Comunión Tradicionalista; el conde de Caspe en representación de Renovación Española; y Ma-

67. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 25.

nuel Attard por la DRV»⁽⁶⁸⁾. Probablemente también acudiría a estas reuniones Carlos Solís, jefe de las milicias falangistas. En definitiva, en estos encuentros se acordó, que el peso del golpe recaería en los militares y que los grupos civiles derechistas apoyarían al Ejército, adoptando la disciplina militar. La DRV había sido fundada por Luis Lucia en marzo de 1930 para aunar a los diferentes colectivos conservadores valencianos⁽⁶⁹⁾. Gracias a su coalición con la CEDA, Luis Lucia fue diputado en las legislaturas de 1933 y 1936 y ministro de Comunicaciones en los gobiernos de Lerroux y de Chapaprieta en 1935. Desde hacía semanas circulaban rumores de todo tipo, que fueron reproducidos desde la prensa. Es el caso del diario *Claridad*, de tendencia caballerista, que el 7 de julio ya hablaba de los preparativos de un posible golpe de estado. Estos rumores fueron acompañados de enormes tensiones que cristalizaron en los hechos del 11 de julio.

Esa noche, militantes de Falange y de las derechas monárquicas ocuparon la emisora de Radio Valencia y torpemente avisaron de que la revuelta estaba próxima. Tal y como recuerda Enrique M.N., secretario del Sindicato Único de ferrocarriles de Valencia, adscrito a la CNT, el miércoles por la noche se presentó en Radio Valencia Doña María Rosa Urraca Pastor, carlista turolense. En su intervención se lanzaron consignas antirrepublicanas, pero lo que identificó como una deslealtad, fue que al terminar su intervención:

«En vez de decir el “¡Viva España!” que sucedía en los actos que se celebraban, Doña Urraca soltó el “¡Arriba España!”. Y aquel grito llamó la atención al pueblo valenciano».

Para Enrique M.N., esa terminología indicaba que se trataba de un mitin fascista, que no podía quedar sin respuesta: «Aunque era la hora de cenar todo el pueblo se lanzó a la calle, a Radio Valencia, por si estaba Urraca». En su testimonio habla de una enorme aglomeración que se convirtió en una manifestación popular de condena hacia la intervención falangista y que se dirigía a las instalaciones de Radio Valencia, las cuales se encontraban en la actual calle de Don Juan de Austria. Cuando llegaron los alterados manifestantes, Doña Urraca ya no se encontraba en el lugar: «pues claro como era un pájaro, la urraca había desaparecido». Su intervención en la radio se entendió como una provocación y una advertencia de que algo iba a ocurrir y tuvo serias consecuencias. Por un lado, Falange quedó muy tocada, ya que se produjeron numerosas detenciones que afectaron a sus dirigentes. Por otro lado, la acción popular puso su énfasis en la DRV, cuya sede, situada en la Plaza Tetuán, fue asaltada. Enrique M.N. participó en aquel evento:

68. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 38.

69. *Ibid.*, p. 32.

«Entonces nos dirigimos a la Derecha Regional Valenciana en la plaza de Tetuán. Allí mientras los cenetistas nos dedicábamos a destrozar lo que tenían las derechas, los comunistas se encargan de requisar el archivo para llevárselo»⁽⁷⁰⁾.

Este asalto culminó con el incendio de la sede, situada en el palacio de Cervelló. En lo que se refiere a Doña Urraca, esta militante carlista⁽⁷¹⁾ prosiguió su actividad por los radios del bando rebelde y realizó una importante labor de proselitismo con la intención de «elevar los ánimos de la población y justificar el Movimiento Nacional»⁽⁷²⁾.

Parece ser que esta demostración de fuerza amedrentó relativamente a las derechas, ya que, según su testimonio, la presencia de matones y los actos violentos descendieron hasta el 18 de julio. En palabras de Enrique M.N.: «A partir de aquel día, el ciudadano valenciano no veía ninguna oscuridad uniformada por la calle, salvo la Guardia Municipal»⁽⁷³⁾.

En la DRV existían diferentes posturas o pareceres en torno a la acción política a seguir, en el caso de que los militares ejecutaran el planificado golpe de estado. Sin duda, una parte importante de su militancia se posicionaba a favor de la participación en los grupos paramilitares y de la colaboración total con los militares rebeldes. De hecho, esta tendencia, tras una reunión días antes del golpe, acabó imponiéndose al grupo minoritario, que apostaba por mantener la vía legalista⁽⁷⁴⁾. Su líder, Luis Lucía ofreció los recursos del partido a los conspiradores y prometió en un principio unos 1.250 hombres, cifra que aumentó a 10.000⁽⁷⁵⁾ y que alcanzaría los 50.000 hombres⁽⁷⁶⁾ con el objetivo de constituir una milicia al servicio del Ejército. Sin duda, las juventudes de la organización se encontraban «bien encuadradas, organizadas, preparadas para la lucha armada y muy presentes en las provincias de Valencia y Castellón»⁽⁷⁷⁾. Con todo ello, la DRV se alejaba de la vía electoralista de la CEDA, mientras que José Antonio, líder de Falange, dudaba desde la prisión sobre el papel de su partido en la conspiración. El exdiputado temía que su militancia quedara convertida en una vanguardia, sacrificable como tropas de choque. Quizá por estas sospechas, en Valencia

70. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Enrique M. N., Volumen 4, Sig.FSV 01, p. 41.

71. La región valenciana contaba con 6.555 militantes y 60 agrupaciones, en: Carrionero Salimero, Florencia, «La mujer tradicionalista: las margaritas», en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, VV. AA., Madrid, Ministerio de Cultura, 1991, p. 188-201.

72. Moral Roncal, Antonio Manuel, «Auge y caída de una líder carlista en el franquismo: María Rosa Urraca Pastor», *APORTES*, 1/2013, nº 81, año XXVIII, p. 77.

73. Enrique M. N., Sig.FSV 01...op.cit., p. 41.

74. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 32.

75. *Ibid.*, p. 38.

76. Smyth, Terence, *La CNT al País Valencià 1936-1937*, Valencia, Eliseu Climent, 1977, p. 24.

77. Paz, Abel...op.cit., p. 21.

sólo ofrecieron 60⁽⁷⁸⁾ militantes, aunque el número total de afiliados tampoco debió ser mucho mayor, probablemente no eran más de 300⁽⁷⁹⁾, entre los que destacaba el capitán falangista José Santiago Molina, vinculado a la UME. Entretanto, los carlistas prometieron «5.000 requetés, aunque a las primeras horas de la rebelión, afirmaban poder reunir solamente dos grupos de 200 hombres»⁽⁸⁰⁾. Finalmente, a las pocas horas de conocerse las noticias del golpe de estado, Luis Lucia hizo pública su fidelidad a la República a través de un telegrama y desaconsejó a los militantes de DRV cualquier participación en el golpe militar⁽⁸¹⁾. La DRV no compareció en aquel singular momento histórico, Luis Lucia huyó de la ciudad para esconderse en el Maestrat y posteriormente tras su detención «negó cualquier participación en la conspiración»⁽⁸²⁾.

A pesar de los apoyos civiles locales, los golpistas valencianos, buscaron la dirección de militares foráneos. Se consideraba a la ciudad de Valencia como la tercera plaza más importante y prestigiosa de España. Por lo que, dominar la ciudad era un paso necesario en la agenda golpista, pero nada sencillo. Los golpistas necesitaban la mayor parte del personal disponible para tener más posibilidades de éxito. Por esta razón, los permisos de verano y el licenciamiento de la tropa podían restar operatividad y eficacia al operativo golpista. Asimismo, los conspiradores consideraron a la jefatura del Estado Mayor como poco fiable, al mando de la cual se encontraba el coronel Adolfo Machinandiarena, figura que se mantuvo fiel al gobierno legítimo republicano. Para tener éxito en sus planes, los golpistas valencianos, entendieron que necesitaban a una figura prestigiosa, con empuje y fortaleza para convencer a las tropas y oficiales valencianos de sublevarse. Para ello, inicialmente y a petición personal del comandante Barba, el general de división Goded fue elegido para dirigir la operación en Valencia. Probablemente, Manuel Goded era uno de los militares más prestigiosos y con mayor formación del Ejército. Éste formaba parte de la elite militar al pertenecer al Cuerpo del Estado Mayor y al Generalato, cualidades poco frecuentes y singulares. Desde el inicio se le vio como el gran rival de Franco e incluso era considerado por la mayoría de sus compañeros como el militar más capacitado para dirigir la guerra⁽⁸³⁾. Entre sus méritos se encontraba su precocidad y enorme talento, ya que fue «el militar más joven en ingresar en la Escuela Superior de Guerra, con 15 años»⁽⁸⁴⁾ y alcanzó el generalato a los 43, en el desembarco de Alhucemas.

78. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 24.

79. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 38.

80. *Ibid.*, p. 38.

81. *Ibid.*, p. 43.

82. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 28.

83. Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2007, p. 76.

84. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 38.

Durante los primeros compases de la II República, Goded tuvo numerosos enfrentamientos con Azaña, quién no dudó en cesarle de la dirección del Estado Mayor Central tras los sucesos de Carabanchel del 27 de junio de 1932. En ese barrio madrileño se encontraban ubicadas las academias militares, a las cuales, se trasladó a tres regimientos de infantería sin informar con anterioridad al ministerio de Guerra. Con ello, se pretendía que las tropas confraternizaran con los alumnos y asistieran al discurso de los generales Villegas, Caballero y el propio Goded. Durante el discurso, las críticas a la política militar desempeñada por Azaña y al proyecto de Estatuto catalán fueron constantes. «Goded tan sólo estaba allí como invitado especial y extraoficial»⁽⁸⁵⁾, pero aun así, decidió participar del entusiasmo de sus compañeros generales. Su intervención parece ser que culminó con la frase «¡Viva España!, silenciando el preceptivo ¡Viva la República!»⁽⁸⁶⁾. Todo ello, conllevó un enfrentamiento con el teniente coronel Julio Mangada, disconforme con los discursos antirrepublicanos, que culminó con la orden de arresto de Mangada, emitida por el general Villegas. El incidente se saldó con las destituciones de Goded, Villegas y Caballero, a pesar de que el propio Azaña no calificó el episodio de delito o indisciplina, sino como una falta de indiscreción y torpeza. Existe la versión defendida por Goded, en la cual, «él mismo pidió su dimisión por compañerismo y lealtad hacia sus compañeros»⁽⁸⁷⁾.

A raíz de este episodio, el general Goded participó en todas las conspiraciones antirrepublicanas. Probablemente, prefirió hacerse cargo de Barcelona movido por la ambición y por las malas noticias que su ayudante Carlos Lázaro le comunicó sobre la situación de los golpistas en Valencia. El comandante Lázaro se había «entrevistado en junio de 1936 en Pamplona con el general Mola, quien le conminó a «marchar con urgencia a Valencia para enterarse con exactitud del estado en que se encontraba aquella guarnición»⁽⁸⁸⁾. En su visita a la capital levantina, a pesar del optimismo triunfante del comandante Barba, Carlos Lázaro tomó consciencia de la falta de consistencia de los apoyos a la trama golpista. En Valencia, tras una reunión con el teniente coronel de Ingenieros, D. José Cabello, descubre que Martínez Monje, el general que comandaba la III División Orgánica, con sede en Valencia y Braulio Solsona, Gobernador Civil, tenían montado un servicio para vigilar la llegada de Goded y aprehenderle. Asimismo, según la declaración que realizó en 1940, le informaron de que «la mayor parte de la guarnición de Artillería estaba en contra de la rebelión, con los Ingenieros no se podía contar seguro y en Infantería, los mandos eran francamente contrarios»⁽⁸⁹⁾.

85. Preston, Paul, *Coming of the Spanish Civil War*, London, Routledge, 2004, p. 368.

86. *Ibid.*, pp. 52-53.

87. Jackson, Gabriel, *Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, EEUU, Princeton University Press, 2012, p. 592.

88. García Álvarez-Coque, Arturo, *Los militares de Estado Mayor en la guerra Civil española (1936-1939)*, Tesis Doctoral publicada, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2018, p. 116.

89. AHN, FC-Causa General, «Declaración del coronel Carlos Lázaro Muñoz», 30 de dic. 1940, 1513, 18, ff. 7-8. Reproducido en García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 40.

En cuanto a la Caballería, la oficialidad estaba dividida, «los capitanes y tenientes tenían un excelente espíritu, pero los comandantes eran contrarios y el coronel, que se mostraba favorable, era de carácter poco decidido, mientras que la Guardia Civil, en su mayoría era partidaria del golpe»⁽⁹⁰⁾. Lázaro, se entrevistó con el máximo dirigente de la Guardia Civil de la ciudad, el general Luis Grijalvo. Este le confirmó «que estaba con el Movimiento, pero que no se uniría al mismo, hasta que el general Goded, estuviera puesto al frente de la Capitanía General de Valencia»⁽⁹¹⁾. Para corroborar las informaciones, el comandante Lázaro se entrevistó con el coronel de Caballería, quien no se atrevía a recibirle por temor a que se supiera su vinculación con la trama. Ante esta situación, el comandante Lázaro concluyó «que había muy pocas esperanzas de que en Valencia tuviera un resultado feliz el Alzamiento»⁽⁹²⁾. Se les había informado equivocadamente con noticias ilusorias.

En ese momento, el comandante Mut, desde Barcelona se comunicó con Mola exigiendo que fuera Goded quién comandará el alzamiento en lugar de Manuel González Carrasco, quién sustituyó a Goded en Valencia. Sin duda, los cambios a última hora y la falta de planificación dificultaron el éxito de la rebelión. El propio Barba, años después afirmó que si «Goded hubiese ido a Valencia, la guerra no hubiera alcanzado las proporciones que ha tenido, y en Valencia, desde luego se hubiera triunfado»⁽⁹³⁾. Del mismo modo, otros compañeros consideraron un error este cambio a última hora. Parece ser que el general Varela, vinculado a la UME, entendía que el fracaso en Barcelona respondía a la tardía llegada de Goded a la capital catalana, como resultado de sus labores de dirección de la rebelión en las Baleares. Asimismo, Millán Astray afirmó que Barcelona era un territorio decisivo para los intereses de los golpistas, donde sin duda, Goded podía tener más protagonismo, «podía tocar de nuevo la gloria»⁽⁹⁴⁾. Sin duda, Goded buscaba una posición de primer orden para encabezar el Movimiento Nacional, pero su fracaso en Barcelona y la consiguiente condena a consejo de guerra, concluyó con su fusilamiento a los 54 años, el 12 de agosto de 1936. Este desbarajuste trastocó los planes de Mola y culminó con sendos fracasos en Barcelona y Valencia. En todo caso, en ambas plazas existía un reducido porcentaje de éxito, por ello resulta lógico que eligiera la plaza que podía otorgarle mayor poder y prestigio.

90. García Álvarez-Coque, Arturo... *op.cit.*, p. 116.

91. *Ibid.*, p. 40.

92. AHN, FC-Causa General, «Declaración del coronel Carlos Lázaro Muñoz», 30 de dic. 1940, 1513, 18, ff. 7-8. Reproducido en *Ibid.*, p. 40.

93. AHN, FC-Causa General, «Declaración del coronel Carlos Lázaro Muñoz», 30 de dic. 1940, 1513, 18, ff. 7-8. Reproducido en *Ibid.*, p. 40.

94. *Ibid.*, p. 41.

La rebelión en Valencia. El fracaso del general Manuel González Carrasco

En la ciudad de Valencia se encontraba la sede de la Tercera División Orgánica del Ejército, la cual se encontraba liderada por el general Fernando Martínez Monje. Tras la reestructuración del Ejército llevada a cabo por Manuel Azaña, la III División Orgánica paso a conformarse por; la 3ª Brigada de Artillería, con sede en Valencia; dos Brigadas de Infantería; la 5ª situada en Valencia (liderada por el general Gámir); la 6ª en Alicante (liderada por el general García Aldave); un Batallón de Zapadores; y la Comandancia Militar de Cartagena y su base naval, dirigida por Martínez Cabrera. Concretamente, en la ciudad de Valencia permanecían los Regimientos de Infantería: Otumba nº 9, el Guadalajara nº 10, el Regimiento de Artillería ligera nº 5, un Regimiento de Caballería, el Lusitania nº 8 y el ya nombrado Batallón de Zapadores en Paterna, junto con dos compañías de Infantería en Xàtiva. A todo ello, debemos sumar los efectivos de los cuerpos y fuerzas de Seguridad del Estado. En cuanto a la Guardia Civil, tenía en Valencia «el 5º Tercio, con tres comandancias, Valencia interior, Valencia exterior y Castellón, y un total de 13 compañías»⁽⁹⁵⁾. También estaba el cuerpo de Carabineros de la 2ª Zona y el cuerpo de Guardias de Asalto. Realmente los golpistas en los cuarteles valencianos no representaban un número especialmente cuantioso, pero en general, la oficialidad si simpatizaba con las ideas derechistas de orden y unidad de España, frente a los desafíos autonomistas que representaban los estatutos autonómicos y contra la amenaza anticlerical y marxista.

En Alicante estaba situado el Regimiento de Infantería Tarifa nº 11, liderado por el coronel Rodolfo Esplá y la Caja de Reclutas nº 22, dirigida por el teniente coronel Félix Ojeda, además del Regimiento de Infantería Vizcaya nº 12 en Alcoy, comandado por Santiago Pérez Frau. Al mando de estos se encontraba el general José García-Aldave como máximo dirigente de las tropas en Alicante, el cual se mantuvo expectante y prudente, esperando noticias de Valencia, aunque parece ser que simpatizaba más con los golpistas. De entre estos oficiales, el teniente coronel Félix Ojeda optó por el bando golpista, mientras que el coronel Rodolfo Esplá se mantuvo fiel desde el inicio al gobierno republicano⁽⁹⁶⁾ y otros como Santiago Pérez Frau permanecieron dubitativos y muy pendientes del devenir de los sublevados.

En cuanto a Castellón de la Plana, allí se encontraba un regimiento de ametralladoras comandado por el teniente coronel Primitivo Peire, también fiel al gobierno republicano.

95. Paz, Abel...op.cit., p. 21.

96. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 36.

Tan sólo dos días antes del golpe de estado, el general andaluz, Manuel González Carrasco llegaba a Valencia, sin haber tenido a penas contacto con las tropas valencianas y sin conocer la ciudad. Parece ser que aceptó la dirección de la intervención militar, «no por orden de Mola, sino por el deseo personal, de que ninguna región quedase abandonada»⁽⁹⁷⁾ y por el requerimiento de los conspiradores valencianos. Parece ser que Carrasco nada más llegar a la ciudad, se reunió con Barba, para conocer la situación, la cual no podía ser más negativa. El operativo golpista había sufrido un duro golpe con las detenciones de los capitanes Pascual Latorre, de Ingenieros y Enrique Tío de la Guardia Civil, junto con el comandante de Artillería Gomá, sustituido por el teniente José Maestre, y el teniente coronel de Caballería, José Cabellos, todos ellos miembros de la Junta valenciana de la UME. Tal y como afirma Eladi Mainar, «el golpe no nació con buena estrella»⁽⁹⁸⁾. Entre los integrantes de la Junta de la UME en Valencia también se encontraban «el teniente coronel de Caballería, José Granados y el comandante de Infantería, Juan Cañada»⁽⁹⁹⁾.

En cuanto al Estado Mayor, parece que fue informado de la conspiración el 17 de julio por el propio Barba, pero su líder, el coronel Adolfo Machinandiarena y su segundo, el teniente coronel Pascual Arbós, pese a sus inclinaciones conservadoras, se mantuvieron leales al gobierno⁽¹⁰⁰⁾, lo cual sin duda fue crucial para que los golpistas fracasaran. En cuanto a la oficialidad, se encontró dividida. Parece que los capitanes Soto Sierra, Garijo y el comandante López Piñero intentaron convencer a Martínez Monje de rebelarse, a la vez que éste recibía presiones de Martínez Barrio, en pos de controlar la situación en los cuarteles. La falta de apoyos internos para imponerse y obligar a Martínez Monje a declarar el Estado de Alarma y a ceder el mando de la División dificultó enormemente la viabilidad de la rebelión. Al igual que el escaso soporte de los apoyos civiles y la irrupción del fervor revolucionario de los militantes cenetistas y ugetistas, que no dudaron en ocupar las calles y hacer frente a los sublevados. Ante las dudas, los militares tomaron la opción de acuartelar a las tropas como medida de prevención, a la espera de noticias de Barcelona y Madrid.

El día 19 de julio, González Carrasco debía hacerse con la Capitanía General, situada en la Plaza de Tetuán de Valencia. Allí se estaban reuniendo oficiales y civiles, grupos paramilitares de Falange y DRV, cuya sede se encontraba en frente de Capitanía. Quizá por falta de garantías, González Carrasco decide suspender su intervención y enviar a Joaquín Maldonado, dirigente de las juventudes de la DRV a comunicar la anulación

97. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 80.

98. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 39.

99. *Ibid.*, p. 38.

100. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 80.

del plan al resto de golpistas, que se reunían para asaltar la División ⁽¹⁰¹⁾. En Capitanía General, parece que se habían reunido cerca de 30 oficiales ⁽¹⁰²⁾ que se quedaron sin dirección, perdiendo la oportunidad de actuar. Durante toda la jornada del día 19, González Carrasco se mantuvo escondido en la calle Cádiz, en el barrio de Ruzafa, probablemente acobardado por la intensa presencia de espontáneas milicias obreras, guardias de asalto, guardias civiles y por las noticias que llegaban sobre el fracaso de la rebelión en Barcelona. Tras el fracaso de González Carrasco, el despacho de Martínez Monje se mantuvo alerta y pasó a estar fuertemente escoltado por Guardias de Asalto. González Carrasco no dio órdenes, ni planificó una estrategia clara, de hecho, su inacción durante los días 18 y 19 le llevó a emprender un plan desesperado y a todas luces con pocas posibilidades de éxito.

El día 20 de julio, González Carrasco decidió entrar de paisano junto con el comandante Barba en el edificio de la División, abriéndose camino gracias a su carnet militar. La plaza de Tetuán había sido pacificada el día anterior por la Guardia de Asalto, que había disuelto al tumulto de derechistas paramilitares «armados con pistolas, escopetas y comandados por el capitán García Bonmatí» ⁽¹⁰³⁾. En las dependencias del Estado Mayor, ambos golpistas coincidieron con el jefe de servicio, el capitán Soto Sierra, el cual, parece que les advirtió sobre la imposibilidad de que su plan tuviera éxito. Les señaló que no contaban con el número suficiente de tropas ni de miembros de la Guardia Civil. En abril de 1937, Soto Sierra abandonaría el bando republicano para servir en el bando franquista, aunque este acto a favor de la sublevación en Valencia, no le sirvió para evitar su procesamiento en 1938 por haber servido en las filas republicanas. De hecho, sería acusado de no ayudar al comandante Barba y al general González Carrasco en la toma de la sede de la III División. El comandante Barba, durante el proceso judicial no dudó en decir que el capitán, Soto Sierra les amenazó con dar aviso a Martínez Monje para que ordenase su detención. En su relato, insiste en que les traicionó y echó de la División ⁽¹⁰⁴⁾.

Tras este fracaso, el comandante Barba y el general González Carrasco, huyeron y se «ocultaron de casa en casa de simpatizantes, mientras los Cuerpos de Seguridad del Estado les pillaban los talones» ⁽¹⁰⁵⁾. González Carrasco salió desde Alicante con pasaporte falso, cortesía de los italianos, dirección al Norte de África para más tarde llegar a Sevilla el 23 de noviembre de 1936. El comandante Barba logró pasar a la zona franquista en febrero de 1937 ⁽¹⁰⁶⁾ tras haber estado en Francia. No sería juzgado y achacaría en gran medida la responsabilidad del fracaso del golpe a la actitud leal de Martínez Monje al ha-

101. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 44.

102. *Ibid.*, p. 44.

103. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 42.

104. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 82.

105. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 44.

106. García Álvarez-Coque, Arturo...op.cit., p. 83.

cer esperar tanto la declaración del estado de guerra. En cambio, la inactividad de González Carrasco le valió en 1937 un juicio por delito de negligencia. Durante ese proceso, González Carrasco aludiría diversas razones para no acudir a la sede de la División el día 19. En primer lugar, alegó que no tenía los apoyos suficientes y que en la Plaza Tetuán, solamente se reunieron seis oficiales. En segundo lugar, argumentó que no encontró a los comandantes Cañada y Arredondo, que debían informar de los apoyos reunidos en la plaza, ni tampoco recibió contestación del Estado Mayor de la División, que decidió permanecer leal al gobierno. Del mismo modo, mantuvo que solicitó sin éxito una compañía de la Guardia Civil como escolta. Y por último, aludió a la situación de inferioridad a la que se enfrentaban al tener al Regimiento de Artillería, leal a la República, acuartelado al lado de la sede de la División⁽¹⁰⁷⁾. Todo ello le valió una condena de 8 años de separación del servicio por negligencia, la cual fue conmutada en 1941 a 6 meses y un día con las mismas accesorias⁽¹⁰⁸⁾.

Otros militares golpistas que se destacaron fueron; los capitanes Carijo, Francisco Frígola y el comandante López Piñero, entre otros. Carijo era oficial del Estado Mayor y colaboró al menos desde 1938 con los servicios de información franquistas⁽¹⁰⁹⁾ y formó parte del Estado Mayor del coronel Casado, siendo uno de los oficiales que negociaron un pacto en Burgos, con el objetivo de poner fin a la guerra. Finalmente, Carijo fue procesado por las autoridades franquistas y recibió una condena de 6 años, que le fue indultada al poco tiempo, aunque si se le obligó al retiro en 1943. En el caso de López Piñero, ostentó labores de dirección del Estado Mayor del ejército del Norte republicano, pero a la caída de Santander, marchó a Francia por mar, para llegar en octubre de 1937 a la zona franquista. Debido a sus servicios en el SIPM, el Servicio de Información y Policía Militar franquista fue indultado y posteriormente retirado en 1942. En cuanto al capitán Frígola, ostentó un papel clave como enlace de la junta de conspiradores con los generales Mola y Goded. Con el fracaso de la sublevación, mantuvo las apariencias y se integró en el Estado Mayor del XIII Cuerpo de Ejército para pasarse al bando enemigo en mayo de 1937. Finalmente, conviene señalar, que algunos oficiales leales, cuya acción fue crucial para repeler la rebelión del ejército, acabaron cambiando de bando con el tiempo. Es el caso del coronel Machinandiarena, jefe del Estado Mayor de la III División, el cual, con la llegada de Miaja a Valencia y la disolución del Estado Mayor, fue trasladado a Madrid en septiembre, donde se ocultó y fue encarcelado. Finalmente logró evadirse a la zona franquista en noviembre de 1937⁽¹¹⁰⁾, donde fue procesado y condenado a más de 6 años por negarse a sumarse al “Alzamiento Nacional” e informar de la sublevación al general de la División.

107. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 81.

108. *Ibid.*, p. 83.

109. *Ibid.*, p. 83.

110. *Ibid.*, p.83.

El Acuartelamiento de la Tercera División Orgánica del Ejército

El control de la República en buena parte del territorio y la escasa actividad del general González Carrasco, infundió cierto aire de desánimo, con lo que la mayoría de la oficialidad dispuesta a rebelarse comenzaba a desmoralizarse. Pese a ello, los intentos de sublevarse no cesaron durante las dos semanas de acuartelamiento. La estrategia de González Carrasco se había centrado en convencer sin éxito a los coroneles de los distintos Regimientos que componían la División, de que se unieran a la sublevación y le acompañasen en la toma de Capitanía General. Estos oficiales eran; Juan Muñoz, coronel de Caballería, Vicente Sendra, de Artillería, Leopoldo Gómez, del Regimiento de Infantería de Guadalajara nº 10 y Jesús Velasco, del Otumba nº 9. La fidelidad a la República de Jesús Velasco, quizá pudo influir al resto de coroneles. Probablemente, estos oficiales eran conscientes de las fatales consecuencias de participar en un enfrentamiento militar entre compañeros, era tremendamente arriesgado. Sin duda, Martínez Monje era consciente de las tribulaciones de los coroneles, a los cuales reunió reiteradamente para pedirles claridad y fidelidad a la República y en torno a su persona. Esta labor cristalizó con la constitución de comisiones de oficiales en cada cuartel ⁽¹¹¹⁾, con el objetivo de que todos los oficiales se entrevistasen con Martínez Monje y declarasen su lealtad al régimen republicano. Estas comisiones estaban formadas por un mando superior, un capitán y un teniente y sirvieron también para que muchos golpistas salvaran su vida al mantener una fachada de lealtad.

Los Regimientos cuyos oficiales apoyaban el golpe con mayor claridad era el de Caballería y el de Infantería, Guadalajara nº 10. De hecho, el comandante Barba tuvo en mente infiltrarse con la ayuda del capitán Suárez Vigil en el cuartel de Caballería, escondido en uno de los carros de aprovisionamiento. El plan se canceló, tras la detención de Suárez, horas antes de su puesta en práctica. Barba pretendía ocupar con la caballería, los puntos clave de la ciudad, lo cual sería relativamente sencillo al mantenerse acuartelados todos los Regimientos. Este acuartelamiento fue decretado por Martínez Monje para disminuir el nerviosismo y la tensión. Era una medida preventiva, aunque posiblemente tuvo un efecto contrario al deseado, ya que avivó la desconfianza entre los propios militares y las fuerzas obreras, organizadas y armadas, que habían tomado las calles. Dentro de los cuarteles, la mayoría de la alta oficialidad se mantenía más cauta e indecisa respecto a que actitud adoptar. El peligro de que sus carreras militares se vieran afectadas y la disciplina militar de lealtad al superior debieron ser factores claves para su vacilación. No debemos olvidar que la mayoría

111. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 48.

de coroneles, tenientes coroneles y los generales Martínez Monje, Gámir y Cavanna se mostraban públicamente como partidarios del Gobierno republicano. Pese a ello, autores como Abel Paz los define como indecisos, que finalmente se mantuvieron fieles a la República y en el caso de Martínez Monje, como militar fiel que jugaba a dos bandas para engañar a los golpistas⁽¹¹²⁾.

En cambio, en la oficialidad media, la mayoría era favorable al golpe. De nuevo en el Regimiento de Caballería se dieron algunos de los episodios más críticos del acuartelamiento. En una de las visitas de Martínez Monje, el teniente Ribera le acusó de no haber apoyado el levantamiento en armas y le encañonó con su arma⁽¹¹³⁾. Lo normal es que Ribera hubiese sido detenido y castigado, pero no recibió ningún tipo de correctivo, lo cual es sintomático de las dudosas lealtades del regimiento. Tradicionalmente, el cuerpo de Caballería había mantenido un fuerte sentimiento monárquico y elitista que había ido evolucionando hacia un sentimiento antirrepublicano. Por ende, la mayoría de su oficialidad se inclinaba a favor del golpe, salvo su comandante Sánchez Navajas y el capitán Castillo⁽¹¹⁴⁾, los cuales tuvieron que remar contra marea.

La oficialidad del Regimiento de Infantería Guadalajara nº 10 se posicionaba claramente a favor de los golpistas, incluso permitieron la entrada de falangistas⁽¹¹⁵⁾ para instruirlos militarmente. Pese a que el coronel al mando del Regimiento, declaró que no toleraría acciones contra la República, algunos oficiales golpistas iniciaron tareas de defensa del cuartel ante un posible ataque de fuerzas obreristas y del Frente Popular. Según Mainar, los rebeldes prepararon diversas ametralladoras, un mortero y a un batallón de soldados, liderados por el comandante Manuel Fernández Cordón⁽¹¹⁶⁾. A los oficiales fuera de control, se les declaró disponibles forzosos por su insubordinación y acabó asumiendo el mando del Regimiento el teniente coronel Pérez Salas. Asimismo, el jefe de la Guardia Civil, Luis Grijalvo estaba dispuesto a secundar la rebelión siempre que la División declarase el estado de guerra⁽¹¹⁷⁾.

Incluso en el Regimiento más fiel a la República, el de Infantería Otumba nº 9 destacaron varios oficiales golpistas, como el teniente coronel Manrique de Lara, miembro de Falange y los comandantes Alonso Orduña, García Nieto y Cañada⁽¹¹⁸⁾. Frente a estos destacó la figura del coronel Jesús Velasco Echave, el cual ya había previsto

112. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 21.

113. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 83.

114. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 49.

115. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 48.

116. *Ibid.*, p. 49.

117. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 79.

118. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 49.

en un informe redactado tras los sucesos de rebelión en Melilla y Tetuán, que podía producirse algún movimiento semejante en Valencia. Desde el inicio, se declaró leal al gobierno y se erigió como una figura clave para mantener el Otumba nº 9 bajo control y desanimar a los golpistas, los cuales se plantearon asesinarlo⁽¹¹⁹⁾.

El cuartel del 5º Regimiento de Artillería Ligera se mantuvo fiel desde el inicio del conflicto. Tradicionalmente, el cuerpo de Artillería y el de Ingenieros habían constituido las élites técnicas del ejército⁽¹²⁰⁾ y sus oficiales habían ostentado un gran prestigio. En el caso que nos ocupa, el comandante era Joaquín Pérez Salas, militar de enorme reputación, que junto al teniente coronel José Escobar y los capitanes Atilano Sierra y Manuel Gallego lograron mantener al regimiento fiel al régimen republicano, pese a las dificultades. El 1 de agosto, un día antes del fin del acuartelamiento, Pérez Salas es detenido por los golpistas, que toman el cuartel a través de la figura del teniente coronel Ríos. Parece ser que informaron vía telefónica a la División del cautiverio al que habían sometido a Salas y se ofrecieron a negociar el fin de la sublevación, a cambio de concesiones⁽¹²¹⁾. Para éstos militares, la condición *sine qua non* era no marchar al frente de Madrid con las columnas de milicianos. Ante esta situación de tensión irresoluta, el Comité Ejecutivo Popular, CEP, fijó como fecha para asaltar los cuarteles el 1 de agosto. El empoderamiento del CEP «para dirigir y dar eficacia a la acción de los elementos populares»⁽¹²²⁾ mostraba la falta de resolución de Braulio Solsona y de Martínez Monje para resolver el problema militar. Los obreros llevaron el peso de la acción, empuñaron las armas y pasaron a controlar estratégicamente la ciudad.

Debemos resaltar que cuando llegó la orden de conformar milicias y partir al frente, las tropas se encontraban acuarteladas, por lo que no fueron bien vistas por muchos militares, que no querían enfrentarse a sus compañeros sublevados, algunos de ellos, viejos amigos, jefes a los que admiraban o familiares que la propaganda del momento insistía en deshumanizar. Así los transmite Vicente Guarner, jefe de Orden Público de la *Generalitat Catalana*:

«Yo estaba lejos de sentir satisfacción alguna ante el infortunio de compañeros de armas, algunos amigos íntimos, que habían quedado vencidos y con quienes había

119. *Ibid.*, p. 52.

120. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 3.

121. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...*op.cit.*, p. 67.

122. Girona Albuixech, Albert, «Algunes Reflexions a l'entorn dels Comitès-Govern de la Guerra Civil española (1936-1939)», en Aurora Bosch, Isamel Saz y Albert Girona (coords.) *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià. La Guerra Civil española*, Valencia, Universitat de València, 1982, p. 20.

convivido en África y en guarniciones catalanas; otros muchos más jóvenes habían sido discípulos míos en la Academia de Toledo. No los consideraba enemigos, sino equivocados, discrepantes»⁽¹²³⁾.

Aquellos militares que se mantuvieron fieles a la República experimentaron todo tipo de presiones y dificultades que antes de la rebelión hubiesen sido inimaginables. Las autoridades republicanas, en la mayoría de los casos fueron sustituidas por un poder alternativo, el de los comités y organizaciones políticas y sindicales, que generalmente se oponían y despreciaban al cuerpo militar y que no dudaron en iniciar una durísima persecución de los militares desafectos. De nuevo Guarnier explicita esta situación:

«Se desconfiaba sistemáticamente de todo militar profesional y más de aquellos que, como yo, no teníamos “carnet” del partido predominante ni de ninguna organización»⁽¹²⁴⁾.

Del mismo modo, tras el fracaso del golpe, resultaba muy arriesgado huir a la zona franquista, ya que si eran descubiertos podía perderlo todo. Además, la llegada al bando franquista podía conllevar también un proceso de depuración y castigo⁽¹²⁵⁾. Jesús Pérez Salas describe esta sensación de la siguiente manera:

«Todos padecimos el choque moral de vernos obligados a romper con la mayoría de la oficialidad de un ejército, de la que formábamos parte y a la que nos unían lazos que eran muy difíciles de desatar»⁽¹²⁶⁾.

El pueblo valenciano ante la rebelión militar

El estado de incertidumbre se extendió a lo largo de dos semanas, pero la oficialidad rebelde finalmente no llegó a dar el paso al entender que no contaban con el apoyo de Fernando Martínez Monje, jefe de la División, y que tampoco contaban con las fuerzas suficientes para reducirlo y ocupar su lugar. La ausencia de un liderazgo claro y fuerte, la resistencia al golpe de militares clave, como Jesús Velasco y Joaquín Pérez Salas y la lealtad del Estado Mayor fueron algunos de los elementos que sin duda hicieron fracasar a los golpistas. Del mismo modo, las noticias del fracaso de la sublevación en

123. Guarnier, Vicente, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, Gregorio del Toro, 1975, pp. 130-131.

124. *Ibid.*, p. 153.

125. García Álvarez-Coque, Arturo...*op.cit.*, p. 112.

126. Pérez Salas, Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939). Bosquejo del problema militar español; de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma*, México, Imprenta Grafos, 1947, p. 259.

Madrid y Barcelona amedrentaron y desanimaron a los golpistas. Según Vicente Guarner, jefe de Orden Pública de Cataluña y organizador de la UMRA en la ciudad condal, «el ejemplo de Barcelona evitó en gran medida el levantamiento militar en todas las comarcas levantinas»⁽¹²⁷⁾. Aunque probablemente, el elemento clave que desencalló la situación en Valencia fue la reacción popular ante la intervención militar.

Las autoridades, a través del Gobernador Civil, Braulio Solsona, trataron de transmitir normalidad los primeros días de la sublevación. De hecho, muchos valencianos celebraron con relativa tranquilidad las fiestas de julio, en la verbena en los diferentes barrios valencianos. En los sindicatos, partidos políticos y en el gobierno civil, la situación se vivía con extrema gravedad y tensión. La CNT tenía un enorme peso en la ciudad de Valencia pese a sus conatos revolucionarios y la represión vivida durante la República. El papel de los grupos de la FAI fue decisivo durante las primeras semanas de julio, en las que se destacó el grupo Nosotros, integrado por los hermanos Pellicer, futuros fundadores de la afamada Columna de Hierro. Del mismo modo, la UGT valenciana tenía un enorme peso y en muchas cuestiones compartía posiciones con la CNT, de hecho, podríamos decir que la UGT valenciana se encontraba un tanto radicalizada, seducida por la idea de la Revolución. En cambio, el Partido Comunista, no tenía apenas fuerza a nivel nacional hasta el inicio de la Guerra Civil, momento en que su dirección había pasado de Bullejos a José Díaz.

Tras los sucesos de Unión Radio, el movimiento obrero valenciano, canalizado principalmente por UGT y CNT se encontraba en sobre aviso de la posibilidad de una insurrección militar. Por ello, al conocerse las primeras noticias sobre el golpe de estado, multitud de sindicalistas y partidarios del Frente Popular salieron a las calles con la intención de oponerse al golpe militar. Para algunos valencianos, las patrullas de control se habían conformado y mantenido a partir del episodio de Doña Urraca en Radio Valencia, con el fin de «demostrar a las autoridades y al propio ejército que no les sorprenderían dormidos»⁽¹²⁸⁾. La CNT y la UGT protagonizaron la movilización popular al declarar la huelga general el 19 de julio y creando el periódico UGT-CNT como portavoz del Comité de Huelga y del futuro Comité Ejecutivo Popular, CEP. Los cenetistas que formaban parte del comité eran; Domingo Torres, futuro alcalde de Valencia, José Pros, Juan Candel, Artiáñez, Juan Acha y Juan López⁽¹²⁹⁾, posteriormente ministro de comercio, junto a los ugetistas Pérez Carreteros y Vicente Romero.

127. Guarner, Vicente...op.cit., p. 136.

128. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Enrique M. N., Volumen 4, Sig.FSV 53, p. 111.

129. Paz, Abel...op.cit., p. 27.

Ante la posibilidad de un movimiento conjunto de militares sublevados y civiles facciosos, el Comité de Huelga tomó la iniciativa y movilizó a sus militantes para que tomaran posiciones clave de la ciudad y sobre todo en los alrededores de los cuarteles de la Alameda. A través del Comité de Huelga, ambas centrales sindicales trataron de armar a sus militantes por todos los medios posibles, pero también de organizar los servicios mínimos de Policía y abastecimiento durante las jornadas de paro, etc. Para ello, establecieron horarios concretos para los comercios y mercados, que no siempre se cumplieron debido al temor, al acaparamiento y también a la especulación. El primer distrito ocupado por las masas fue el portuario, donde la CNT dominaba holgadamente. Allí lograron armarse al apoderarse de los fusiles de las armerías de los barcos del puerto, lo cual supuso todo un revés para el gobernador civil Solsona. El cual se encontraba cada vez más desplazado, tras negarse a armar a ambas centrales sindicales, con el objetivo de mantener el monopolio del poder estatal y evitar conflictos en las calles.

Los militantes anarcosindicalistas habían tomado la decisión de prepararse para el inminente golpe en mayo de 1936. En el Congreso Nacional de la CNT, celebrado en Zaragoza, la organización solucionó su crisis interna y reintegró a la parte escindida, los Sindicatos de Oposición de la CNT. Parece ser que acudieron 649 delegados en representación de 550.595 afiliados -con carnet al día-⁽¹³⁰⁾. En este encuentro, la autocrítica y la definición del concepto de comunismo libertario fueron los temas más importantes, junto con la articulación de un plan frente a la posible intervención militar. La CNT, sabía que podía ser crucial el papel del pueblo en armas y de los grupos confederales de defensa, al igual que la necesidad de pacto y entendimiento con la UGT para evitar los fracasos y el aislamiento de las insurrecciones de 1932 y 1933. La estrategia versaba en no desgastarse con otros conflictos, esperar el momento adecuado y almacenar la mayor cantidad de materiales y armamento de manera discreta. Resulta interesante, como los grupos anarquistas de la FAI previeron la importancia de Marruecos en la sublevación. Por ello, pretendieron buscar una alianza entre «las secciones de la CNT del Protectorado de Marruecos con las fuerzas nacionalistas marroquíes y evitar que la élite del ejército cruzara el estrecho»⁽¹³¹⁾. Del mismo modo, se buscaba intensificar los contactos con la Asociación Internacional de Trabajadores, AIT y la Central General de Trabajadores francesa, CGT, con el propósito de impulsar entre el pueblo francés una ola de simpatía por la revolución española, que impidiera al gobierno galo apoyar a los posibles sublevados. Asimismo, la división socialista entre Indalecio Prieto y Largo Caballero, quien acabó tendiendo más hacia la alianza con los comunistas, dificultaron una alianza con la dirección de la UGT, pero no tanto con sus bases.

130. Paz, Abel...op.cit., p. 11.

131. *Ibid.*, p. 12.

En relación a las fuerzas izquierdistas en Valencia, el partido con mayor tradición era el Partido de Unión Republicana Autonomista, PURA, fundado por Blasco Ibáñez. El PSOE se encontraba radicalizado en Alicante y Valencia, pero con menos arraigo en Castellón. En cuanto a la CNT, la región valenciana fue representada en su Congreso Nacional de mayo de 1936 por 112 sindicatos que aglutinaban a unos 100.000 afiliados cotizantes y la FAI a unos 150 anarquistas aproximadamente⁽¹³²⁾.

Para profundizar en los preparativos llevados a cabo por el movimiento obrero valenciano días antes de la rebelión militar, disponemos del testimonio de Domingo Torres, secretario del Sindicato de Transportes y alcalde de Valencia durante la Guerra Civil.

«La verdad es que, en los días previos a la sublevación, nosotros habíamos trabajado intensamente en la preparación de medios para combatirlos. Un grupo habíamos trabajado allá en el puerto, en un almacén acumulando materiales, porque la Naval nos estaba construyendo bombas de mano en cantidad, pero al mismo tiempo, nosotros habíamos recogido todas las mercancías del puerto y las habíamos almacenado para que no se perdieran y después las pudiéramos repartir con arreglo a los planes nuestros»⁽¹³³⁾.

De esta manera, cuando la sublevación dio inicio en todo el país, muchas patrullas de obreros estaban preparadas y tomaban el control de la calle, armados con utensilios de todo tipo: escopetas y pistolas, con las que sitiaron y asaltaron algunas iglesias, al aseverar que desde sus campanarios se había disparado contra los obreros. Los primeros episodios de violencia anticlerical se dieron el 19 de julio, cuando supuestamente, un grupo de obreros atacó un convento de dominicos y algunas iglesias fueron incendiadas, como el colegio de Santo Tomás y la iglesia de los Santos Juanes⁽¹³⁴⁾.

En un momento de caos y tensión, el descontento popular ante el posible golpe militar se dirigió contra el poder religioso⁽¹³⁵⁾. De hecho, el germen de la Columna de Hierro proviene de uno de estos grupos que se dedicaban a incautar edificios religiosos, a veces con mala fortuna, tal y como ocurrió con las expediciones en Segorbe y Viver, donde varios miembros de estos grupos murieron a manos de la Guardia Civil. Estas acciones anticlericales eran vistas por muchos como actos de venganza y justicia social frente a una institución erigida como defensora del patrón y de una sociedad basada en el privilegio y la explotación. Para el ex miembro de la Columna de Hierro,

132. Paz, Abel...op.cit., p. 22.

133. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Domingo T. M., Volumen 7, Sig.FSV 170, p. 229.

134. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 56.

135. «La influencia del jesuitismo», *Fragua Social*, 19-07-1937, p. 3.

Ramón Q. D., la República y su política de laicismo había roto con la servidumbre al estamento clerical y había traído consigo mayores cuotas de libertad. A su juicio, el golpe militar provocó una expansión de odio popular, pero al mismo tiempo de alegría al ver a los obreros en las calles. «Yo mismo estuve en el convento y veíamos como la gente se congregaba delante de los cuarteles, sin nada, con los garrotes o con lo que fuera, allí esperando a que les pegaran un tiro»⁽¹³⁶⁾.

Estos actos fueron condenados con unanimidad por la CNT y la UGT. El Comité de Huelga no dudó en reunirse con Martínez Monje para tratar de controlar a los grupos descontrolados, que se tomaban la justicia por su mano y que ayudaban a difundir una imagen negativa de la República a nivel internacional. A estos efectos, ambas centrales sindicales realizaron un comunicado condenando estos actos y pidiendo serenidad y disciplina en el movimiento antifascista. Por su parte, el Partido Comunista Español, PCE, se opuso también a estas acciones y señaló a los anarquistas como los responsables directos de éstos actos vandálicos y anticlericales. Desde Unión Radio⁽¹³⁷⁾ se emitieron mensajes pidiendo a la ciudadanía respeto por los templos religiosos. En este contexto, algunas personalidades se expusieron a parar estas acciones descontroladas, como el doctor Peset, rector de la Universidad de Valencia y diputado a Cortes, que evitó que la iglesia del Patriarca fuera asaltada. Pese a ello, a lo largo de estas semanas, buena parte de las iglesias locales fueron saqueadas o incendiadas, sus imágenes, consideradas símbolo del adoctrinamiento y de esclavitud fueron destruidas, con lo que se perdió un patrimonio histórico-artístico de gran valor. Asimismo, un buen número de párrocos fueron encarcelados y asesinados durante los primeros meses de la contienda, ante un Estado desmembrado e incapaz de frenar la violencia desencadenada en las calles. Pese a ello, también se dieron casos en los que religiosos y religiosas fueron reintegrados en las instituciones republicanas o revolucionarias. Según el testimonio del ex miembro de la Columna de Hierro, Vicente P.G.:

«En los conventos se les dijo a las monjas claramente: “La que quiera irse a su casa se vaya a su casa y la que quiera vivir aquí, puede hacerlo como enfermera...” las más ancianas se fueron a su casa, las otras se quedaron como enfermeras»⁽¹³⁸⁾.

Del mismo modo, el cónsul Británico en Valencia, escribía en uno de sus informes que el gobierno republicano había acogido a 125 religiosas en el asilo de Santa Mónica⁽¹³⁹⁾. En las áreas bajo control republicano, la violencia “roja”, ejercida por grupos de des-

136. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ramón Q. D., Volúmen 6, Sig. FSV 108, p. 482.

137. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 56.

138. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Vicente P. G., Volumen 6, Sig.FSV 82, p. 13.

139. *Ibid.*, p. 58.

controlados, ajenos al gobierno, centró sus acciones principalmente en derechistas, militares y el clero. Fueron estos los principales focos de la violencia “purificadora” del verano de 1936. En ese sentido, Julián Casanova calcula que «se produjeron 55.000 asesinatos en el territorio controlado por la República»⁽¹⁴⁰⁾.

En cuanto a las víctimas totales en el País Valenciano, Vicente Gabarda ha cuantificado un total de 4.715⁽¹⁴¹⁾, principalmente en los meses de agosto y septiembre, donde se realizaron asaltos a las prisiones, a las propiedades y a las casas. Progresivamente, el Estado lograría imponerse y controlar la situación, pero hasta entonces, «la justicia del gobierno fue incapaz de imponerse, no pudo detener el terror»⁽¹⁴²⁾.

La constitución del Comité Ejecutivo Popular. Un poder alternativo al Estado

La situación era muy compleja, ni Martínez Monje con el acuartelamiento lograba controlar a todos sus subordinados y ni Braulio Solsona, ni el gobierno central de Giral solucionaban el conflicto. Ante la debilidad republicana, los sindicatos asumieron el liderazgo y se encaminaron a la constitución del Comité Ejecutivo Popular (CEP) como poder alternativo con el que satisfacer sus demandas e instaurar medidas revolucionarias. Este Comité se creó el 22 de julio a iniciativa de los partidos obreristas y de izquierda, junto a los sindicatos UGT y CNT. El Comité partió con el objetivo de «coordinar la defensa de la República y de dirigir, conducir y dar eficacia a la acción de los elementos populares»⁽¹⁴³⁾. El CEP se instaló en el edificio del Gobierno Civil y posteriormente en el Palacio de la Generalitat. El verdadero peso lo ostentaban la CNT y la UGT con dos representantes cada uno. La Federación Socialista Valenciana contaba con uno, Esquerra Republicana también, al igual que el Partido Comunista, Izquierda Republicana, el partido Sindicalista, la Unión Republicana y el Partido Obrero de Unificación Marxista, POUM. En total, eran 12 consejeros para las carteras de Milicias y Guerra, Justicia, Hacienda y Banca, Trabajo, Comercio e Industria, Abastecimiento, Propaganda y Prensa y Transporte y Agricultura. Esta institución mantuvo un carácter federalista y descentralizador que promovía un proyecto de autogobierno, que posteriormente «se ha querido considerar como embrión de la *Generalitat Valenciana*»⁽¹⁴⁴⁾.

140. Ors, Montenegro Miguel y Soler Santacreu José Miguel, «La violencia revolucionaria en las tres provincias valencianas», en *La guerra civil en la Comunidad Valenciana volumen 9*, Ors, Montenegro Miguel y Soler Santacreu José Miguel (coords.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006, p. 33.

141. Gabarda, Vicente, *La Represión en la retaguardia republicana. País Valenciano, 1936-1939*, Valencia, Alfons el Magnànim, 1996, p. 19.

142. Ruiz, Julius...op.cit., p. 131.

143. Gabarda, Vicente...op.cit., p. 22.

144. Girona Albuixech, Albert...op.cit., p. 34.

El CEP nació como organismo espontáneo que se auto-concedió el derecho a defender la República y dirigir los cambios revolucionarios en la retaguardia. Por esta razón, debemos considerar al CEP como un instrumento de poder ejecutivo y revolucionario, ya que asumían competencias de gestión y dirección, pero también canalizaban cambios radicales, alejados de la evolución reformista republicana. Su organización era de tipo asambleario, por lo que las reuniones eran constantes para facilitar las alianzas y que todas las fuerzas, partidos y sindicatos pudieran estar representados y abrazar al mayor conjunto de trabajadores. Como bien señala Albert Girona, esta característica diferencia a los comités españoles de los soviets rusos, « en los que sólo el partido estaba representado, mientras que en España, estaban representados un buen número de partidos y sindicatos»⁽¹⁴⁵⁾. Pese a esta voluntad de independencia, el Gobierno central contaba con poder en el seno del organismo, ya que podía nombrar al Presidente de los Comités, que se veían obligados a ratificarlos. Sólo en Aragón, el Presidente fue elegido con los concejeros, acción que se consideró ilegal y devino en conflictos constantes hasta su disolución en 1937. El equilibrio de poderes en estos Comités fue desigual y en muchos casos, se fue imponiendo la ley del más fuerte en los Comités Ejecutivos de las distintas localidades del País Valenciano. Es decir, los cargos se elegían en función de la correlación de fuerzas, de la representatividad de cada organización, sindicato o partido. Los pulsos de poder implicaban que la autoridad del CEP, en muchas ocasiones no llegaba más allá de la Comarca de L'Horta. Las aspiraciones de autonomía, la situación de dispersión y el entramado de relaciones complejas, provocaron constantes desacatos y conflictos entre el CEP y muchos otros Comités locales.

En sus primeras reuniones, con la intención de adelantarse a una potencial rebelión en los cuarteles, la central sindical anarquista pidió al CEP tomar los centros de Teléfonos, Correos, Telégrafos y la Emisora de Unión Radio⁽¹⁴⁶⁾ y bloquear con las milicias las posiciones estratégicas próximas a las guarniciones militares. La siguiente petición exigía que se entregaran armas al pueblo, para que éste pudiera salvaguardar la situación. En caso de recibir una negativa de las autoridades, el pueblo procedería inmediatamente al asalto de los cuarteles. El Frente Popular desconfiaba de la CNT y temía su ascenso. Por ello, siempre dieron su apoyo al gobernador civil, Solsona y al Gobierno central. Ante las demandas y el ultimátum lanzado a los militares para que se disolviesen y aclarasen su lealtad, el gobierno de Giral reaccionó enviado a Valen-

145. Girona, Albuixech, Albert...op.cit., p. 36.

146. Paz, Abel...op.cit., p. 28.

cia, una Junta Delegada del Gobierno liderada por Martínez Barrio, presidente de las Cortes y expresidente del gobierno, junto con Ruiz Funes, Ministro de Agricultura, y los subsecretarios ministeriales Carlos Esplá y Martínez Echevarría⁽¹⁴⁷⁾.

El gobierno de la República pretendió solucionar así la situación de los cuarteles y tomar el control de la ciudad. La Junta Delegada llegó el 21 de julio y al día siguiente. El testimonio de Domingo Torres es un reflejo del estado de desconfianza del proletariado en relación a los militares y al Gobernador Civil. Para él, Martínez Monje «estaba comprometido para sublevarse»⁽¹⁴⁸⁾, pero no lo hizo debido a la llegada de la Junta Delegada. Del mismo modo, para la CNT, Solsona era un desleal que junto con Manuel Uribarri, se dedicaba a acumular armamento en el Gobierno Civil y en la plaza de toros. Según el testimonio de Torres, en conversaciones privadas con la Junta Delegada, el cenetista planteó que la Junta Delegada debía anular y sustituir al Gobernador Civil:

«Si no te proclamas Gobernador Civil y metes a Solsona en sus habitaciones particulares, lo matamos». Ante este problema le contestaron: «¿no tienes otra solución?», hazte cargo del gobierno y este señor que se meta en sus habitaciones, a Solsona no lo queremos ver más»⁽¹⁴⁹⁾.

A partir de este momento, los enfrentamientos entre los representantes del gobierno y los del nuevo poder obrero fueron constantes. La Junta Delegada pretendía que los sindicatos disolvieran la huelga para evitar problemas laborales y de abastecimiento. Igualmente, aspiraban a ganarse el apoyo de las tropas y demostrar que eran leales, con lo que el CEP y sus milicias dejarían de tener razón de ser, el poder estatal quedaría reforzado y las calles pacificadas. La posición del ejército se basaba en la desconfianza hacia las milicias y en la exigencia de que el orden se reestableciera para disolver el acuartelamiento. En cambio, las milicias exigían el fin del acuartelamiento y la entrega de armamento militar para resolver la cuestión y acabar con la tensión⁽¹⁵⁰⁾.

Los miembros de la Junta Delegada fijaron su residencia en un chalet de la Malvarrosa, lo cual alimentó el rumor de que en caso de que las tropas se sublevaran, ellos saldrían de la ciudad inmediatamente vía marítima. Algunos miembros del CEP decidieron personarse en uno de los navíos militares que se encontraba amarrado en Valencia y explicaron a su comandante las sospechas en torno a la Junta. Según el testimonio de Domingo Torres, el comandante les dio la palabra de que «no serían admitidos en

147. Paz, Abel...op.cit., p. 25.

148. Domingo T. M., Sig.FSV 170...op.cit., p. 230.

149. *Ibid.*, p. 16. 232.

150. Smyth, Terence...op.cit., p. 29.

su barco en caso de salir de estampida». Es más, les dijo que «en el momento en que ustedes vayan a la acción para acabar con la sublevación interna de los cuarteles, denme la posición para que yo pueda bombardear esos cuarteles. Eso nos prometió el comandante⁽¹⁵¹⁾». Ante la lealtad mostrada, los cenetistas exigieron armamento, con lo que obtuvieron en torno a 15 fusiles.

Una vez reforzados, la delegación cenetista acordó presionar a la Junta Delegada para que entregaran las armas acumuladas en la plaza de toros para ser repartidas entre la UGT y la CNT. Aquella propuesta derivó en una reunión en la Malvarrosa, en la residencia de los miembros de la Junta. Allí, una comisión encabezada por Domingo Torres fue recibida por Martínez Barrio. Así lo recordaba Torres:

«Nosotros íbamos de mal humor, porque decíamos que a las fuerzas populares y a las fuerzas organizadas no se les había dado participación en lo que se estaba haciendo en la plaza de toros y nosotros no toleraríamos, que gente extraña a las dos organizaciones sindicales hicieran algo que no debían de hacer. Martínez Barrio estaba en su mesa y por una escalinata que había, desde el piso de arriba bajaba Funes, el ministro de Agricultura y se puso a gritar. Yo le digo “usted es un idiota, usted se calla, usted no sabe nada, usted será de la Junta Delegada del Gobierno, pero aquí no pinta nada, usted se calla y escucha y si no le conviene se va”. «Hombre, hombre», Martínez Barrio se puso así...»⁽¹⁵²⁾.

Sin duda, el desapego a la autoridad y a la jerarquía pesaba en estos hombres anarquistas que no se amedrentaron ante políticos de primer nivel, para ellos, ese señor se sumó tarde a la reunión, mostrando poco respeto e «intervino como si fuera el patrón». Durante la reunión, las amenazas y tensiones fueron constantes. Los cenetistas querían asumir una posición de mando y poder, por ello no dudaron en aludir a su reciente “alianza” con el buque de la Marina:

«Si ustedes abandonan, ustedes no pueden ir a ningún sitio, porque en ese barquito no les admitirán. Si ustedes están aquí para huir en caso de que salgan las fuerzas a la calle y se creen que no vamos a resistir, pues se equivocan y además ustedes no pueden huir, porque ustedes se frien en el mismo plato, en la misma paella que nosotros estamos friéndonos, aquí nos jugamos la piel todos»⁽¹⁵³⁾.

151. Domingo T. M., Sig.FSV 170...op.cit., p. 233.

152. *Ibid.*, p. 234.

153. Domingo T. M., Sig.FSV 170...op.cit., p. 235.

Finalmente, la reunión se resolvió con el acuerdo de que las armas de la plaza de toros serían entregadas a la CNT y a la UGT y repartidas en el Ayuntamiento. Del mismo modo, acordaron no dispersar los efectivos militares, guardar sus formaciones y a la oficialidad fiel a la República. Eso sí, los militares que habían mostrado su apoyo a la sublevación debían ser detenidos.

Pese a los acuerdos puntuales, la tensión entre ambos organismos fue en aumento y llegó a su máximo el 23 de julio. Ese día, el portavoz de la Junta, Carlos Esplá, tras una reunión con el CEP, anunció unilateralmente la disolución del Comité y la centralización de las funciones gubernativas en la propia Junta Delegada y en un Consejo Consultivo que debía formarse a través de los representantes de las fuerzas del Frente Popular. Esta medida recibió el apoyo del PCE y de Izquierda republicana, mientras los sectores obreros, la UGT, la CNT, los socialistas, URN y el POUM se opusieron y se resistieron a disolver el CEP, ya que consideraban que todavía tenían la suficiente fuerza como para resistir el envite del gobierno. La Junta Delegada parecía que había logrado restablecer la autoridad del gobierno y sometido a las organizaciones obreras como mecanismo de desmovilización popular, nada más lejos de la realidad.

La situación valenciana era muy diferente a la de Madrid o Barcelona. Las tropas se mantenían acuarteladas, lo que significaba, que los potenciales golpistas todavía no habían sido detenidos y, por ende, las organizaciones obreras sospechaban de buena parte de la oficialidad. A todo ello, hay que añadirle las problemáticas económicas agudizadas por la huelga general, entre las que destacaba la situación de paro obrero y penuria alimentaria. Tanto UGT como CNT, decidieron buscar soluciones conjuntas a estos problemas que impedían volver a la normalidad anterior. Ambas organizaciones pactan realizar un levantamiento gradual de la huelga revolucionaria y un plan de aprovisionamiento, basado en la incautación de las existencias con el fin de someter a un riguroso control el abastecimiento y evitar así despilfarros, ocultaciones y acaparamientos ⁽¹⁵⁴⁾. De manera inteligente, desarrollaron un plan que requería de los trabajadores de los sindicatos de alimentación y en parte de los de transportes. Mientras que el resto de ramos presentes en la huelga podían mantenerse movilizados y ejercer control y presión en las calles, ante la amenaza militar todavía no solucionada. Para muchos obreros en paro, la posibilidad de enrolarse a las milicias y partir al frente podía significar la solución a sus problemas económicos. Un ejemplo de ello lo encontramos en Álvaro P.G., quien se vio seducido por el entusiasmo y la posibilidad de poner fin a sus problemáticas laborales:

154. Paz, Abel...op.cit., p. 30.

«El día 22 estaba todo revuelto. Mi grupo de amigos y yo vimos columnas, gente que se marchaba y a la juventud inquieta. Yo me había quedado sin trabajo hacía poco tiempo y buscando trabajo es cuando surgió la oportunidad»⁽¹⁵⁵⁾.

El plan del CEP no convenció a Carlos Esplá, quién lo rechazó, aduciendo que tales funciones debía realizarlas el Ayuntamiento. Sin duda, ambos poderes pugnaban por el control de la retaguardia en un momento en que las tropas acuarteladas, en una maniobra de presión contra el CEP, piden su supresión y el fin de la huelga, algo incomprensible si realmente eran fieles al gobierno. En las distintas localidades valencianas, la situación que se vivió fue variada. En muchos pueblos, la clase obrera y los militantes antifascistas tomaron el poder de manera espontánea y montaron guardias en caminos y carreteras, armados con escopetas de caza, pistones oxidados y algunas armas requisadas de la Guardia Civil local para las que encontrar munición se convirtió en todo un reto. Algunos incluso se ofrecieron a viajar hasta Valencia para participar en un hipotético asalto de los cuarteles, que finalmente se acabó produciendo.

La CNT había sido la primera en exigir armamento al Gobierno Civil para sus afiliados y simpatizantes. Como era de esperarse, Braulio Solsona, en su estrategia de mantener el control, se negó a repartir armas, aludiendo que la tropa se había mantenido fiel y que no existía peligro alguno. El propio CEP continuó solicitando armamento de los depósitos de requisas de la Guardia Civil, pero sería desde Madrid y Barcelona⁽¹⁵⁶⁾ desde donde llegaría el armamento, ciudades donde las fuerzas obreras habían triunfado y disponían de material requisado. En vista de que las tropas seguían acuarteladas y no se satisfacía las demandas del CEP, este solicitó al general Luis Grijalvo, dirigente de la Guardia Civil, conformar conjuntamente patrullas de guardias y milicianos para vigilar las calles. Del mismo modo, debido a que la situación militar no se había aclarado, siguieron tomando precauciones e instalaron ametralladoras y morteros en el edificio de la Caja de Ahorros, situado cerca de la sede de la División⁽¹⁵⁷⁾ y en otros edificios desde donde observar los cuarteles de la Alameda. Con estas medidas, demostraban poderío y firmeza frente a los militares y el Gobierno y trataban de evitar venganzas y actos violentos contra personas supuestamente derechistas. Las autoridades estaban sobrepasadas ante las ingentes cantidades de denuncias sobre personas contrarrevolucionarias o potencialmente golpistas, incluso llegaron a pedir que no realizasen tantas⁽¹⁵⁸⁾.

155. Entrevista a Álvaro P. G., Sig.FSV 101...op.cit., p. 378.

156. Paz, Abel...op.cit., p. 32.

157. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 62.

158. *Ibid.*, p. 62.

El Asalto a los Cuarteles de la Alameda

A medida que transcurrían los días, los golpistas valencianos se estaban quedando aislados. En Castellón y Alicante, habían fracasado por falta de apoyos y por inactividad, ya que estuvieron esperando una reacción en Valencia, que llegó tarde con la retardada declaración del estado de guerra. Dónde las dudas persistieron fue en Alcoy, Játiva y Paterna, donde la intervención del sargento Fabra fue clave para atajar la rebelión del cuartel de Zapadores y Minadores liderada por Pascual Latorre. Los hechos ocurrieron el 30 de julio, cuando Fabra y sus hombres de confianza se presentaron en la Sala de Banderas armados con pistolas y fusiles con el objetivo de detener a los insurrectos. Tras un intenso tiroteo, en el que perdieron la vida un capitán, un teniente y un alférez ⁽¹⁵⁹⁾, los rebeldes fueron sometidos y trasladados a Valencia mediante autobuses de la Guardia de Asalto.

Éste fue el primer cuartel asaltado por milicianos, que decidieron intervenir hasta la llegada de los guardias de asalto. Esta derrota de los golpistas funcionó «como detonador para desbloquear la situación en Valencia» ⁽¹⁶⁰⁾. Las milicias obreras impacientes, entendieron que había llegado el momento de actuar. En la ciudad de Castellón de la Plana, el dirigente del Batallón de Ametralladoras, Primitivo Peire derrotó a los golpistas, mientras que en Alicante la situación era más compleja. La oficialidad de los regimientos de Infantería y de la Caja de Reclutas se posicionaba favorable a la conspiración, pero la figura del coronel Rodolfo Esplá, jefe del Regimiento de Infantería y la llegada al puerto del buque destructor José Luis Díez ⁽¹⁶¹⁾ el 22 de julio, acabó dirimiendo la situación de manera favorable a la República. Dos días después, el general José García-Aldave cedería su mando a Rodolfo Esplá, quien dirigiría las detenciones de los golpistas. En Játiva, la guarnición se mantuvo del lado del pueblo y en Alcoy, el coronel Santiago Pérez Frau, del Regimiento de Infantería, se mantenía indeciso, a la espera de la actuación del general García-Aldave, jefe militar de Alicante. Finalmente, la situación se resolvió con la sustitución de Pérez Frau por Arturo Giral, leal a la República ⁽¹⁶²⁾.

La Junta Delegada, en sus pocos días de existencia logró la reorganización de una escuadra en Valencia con los barcos, *Lepanto*, *Alcalá Galiano*, *Almirante Lobo* y *Almirante Miranda*, además de reestablecer la línea de ferrocarril con Cataluña y convencer de la necesidad de poner fin a la Huelga. El 29 de julio, el Comité de Huelga decidió la

159. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 67.

160. Paz, Abel...op.cit., p. 33.

161. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 65.

162. *Ibid.*, p. 65.

vuelta al trabajo, pero miles de obreros no transigieron y continuaron con la huelga. Con ello, la situación en los cuarteles no se solucionó. Los militantes comunistas habían aumentado la tensión con un desfile ante el Gobierno Civil y los milicianos de las distintas centrales sindicales y partidos políticos, se congregaban en la rivera derecha del río Turia, frente a los cuarteles de la Alameda. El ministro de la Guerra, el general Luis Castelló se había desplazado a Valencia para evitar males mayores y apoyar a Solsona en las negociaciones para evitar el asalto fijado para el 1 de agosto por el CEP. Las negociaciones no llegaron a buen puerto, Castelló decidió servirse de su autoridad para prohibir al dirigente comunista, José Antonio Uribes el asalto, pero se le hizo caso omiso. Posteriormente, los comunistas trataron de obtener el máximo rédito político de aquel episodio.

Días antes de producirse el choque directo entre civiles y los militares acuartelados, la historiografía ha señalado que la CNT puso en marcha la fabricación de coches blindados a través de la Unión Naval de Levante, pero según el testimonio de Domingo Torres, esas planchas no servían por su nula resistencia: «las balas las perforaban»⁽¹⁶³⁾. Por esa razón, el CEP buscó la solución en los Altos Hornos de Sagunto, donde se puso en libertad a los ingenieros para que trabajarán con la condición de que no saldrían del recinto de dónde vivían, una zona acotada de modelo de Ciudad Jardín. Las planchas producidas en Sagunto eran trasladadas a la Unión Naval de Levante, pero continuaban fallando. Entonces descubrieron la forma de que las balas no traspasaran el blindado: «a través de un compartimento de planchas, relleno de un material muy presente en el puerto: la estopa y amianto. Con esta solución se evitaba que las balas traspasaran el amianto». Ese fue el primer paso para la fabricación del blindaje de los camiones en los astilleros y la fabricación en la fundición de bombas de mano. El segundo elemento clave en el relato de Torres, fue la llegada desde Alcoy, a finales de julio e inicios de agosto de un compañero especializado en la industria de guerra. A su llegada, los compañeros obreros comenzaron a recoger y trasladar al puerto de Valencia todas las materias primas necesarias que se encontraban en los depósitos químicos.

«Por aquellos días llegamos a fabricar aproximadamente unas 36.000 bombas. Se hacían unas cajitas de 12 bombas. Esas eran las bombas que estallaban al golpe, no eran bombas que llevaban detonadores ni Cristo con el condón»⁽¹⁶⁴⁾.

El 1 de agosto se inició el asalto a los cuarteles. Centenares de civiles cruzaron el río

163. Domingo T. M., Sig.FSV 170...op.cit., p. 230.

164. *Ibid.*, p. 232.

Turia a nado o por los puentes con la intención de acabar con el acuartelamiento. No tardó demasiado en producirse el primer tiroteo entre los defensores y los asaltantes de los cuarteles. El primer cuartel en ocuparse tras un intenso tiroteo fue el de Infantería, Guadalajara nº 10 y el siguiente, el de Caballería, Lusitania nº 8, en parte gracias a la colaboración de muchos soldados que pensaron en asesinar a los oficiales rebeldes y que decidieron abrir las puertas a los milicianos. Los oficiales traidores hicieron frente al ataque hasta el final, la mayoría cayeron muertos o fueron detenidos, como el capitán Suárez Vigil y el teniente Arnedo. Otros resultaron heridos, como el capitán Martínez Somalo y el teniente Carratalá⁽¹⁶⁵⁾ y otros oficiales se refugiaron y cambiaron sus uniformes por ropa de civil para escapar. Al asalto se sumaron las fuerzas de la Guardia de Asalto y de la Guardia Civil, junto con el buque de guerra de la Marina, que se había comprometido a colaborar con el CEP en el combate, si los cuarteles se sublevaban⁽¹⁶⁶⁾. Conviene destacar, que el cuartel de Zapadores ubicado en el barrio de Ruzafa no opuso resistencia alguna⁽¹⁶⁷⁾.

El 2 de agosto, los enfrentamientos continuaron, pero los Regimientos más propensos a la rebelión fueron los primeros en caer. El resto de cuarteles, es decir, Sanidad, Intendencia y el resto de la Infantería fueron controlados por el CEP y los Regimientos de Infantería y Caballería fueron disueltos y reorganizados de nuevo⁽¹⁶⁸⁾. Como resultado, miles de civiles, generalmente militantes de partidos políticos y de la CNT y la UGT penetraron en los cuarteles y «se hicieron con 2.560 mosquetones y 2.183 fusiles, junto con los animales del cuartel de Caballería y toda clase de víveres y muebles -camas, colchones, radios, etc.-»⁽¹⁶⁹⁾. Quizá con el alboroto y la confusión, gran parte del armamento custodiado en el Parque de Artillería quedó inadvertido y pasó a estar bajo control del Gobierno.

Todavía hoy queda el testimonio inédito de algunos valencianos que participaron en el asalto a los cuarteles de la Alameda. Es el caso de Enrique M.N., secretario del Sindicato único de ferrocarriles de la CNT y miembro del Comité Regional de la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias (FIJL). La consigna que recibió el sindicato ferroviario fue la de seguir los dictámenes del Comité que se había creado junto con la UGT. Por esa razón, el pueblo permaneció vigilante a la orilla del Turia, esperando el momento para resolver la situación. Enrique M.N. lo especifica de la siguiente manera:

165. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 70.

166. Paz, Abel...op.cit., p. 32.

167. Gabarda, Vicente...op.cit., p. 22.

168. Smyth, Terence...op.cit., pp. 29-30.

169. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 69.

«A los ocho días es cuando, visto que ni comían ni dejaban comer, los obreros se lanzaron al asalto de los cuarteles, que entonces estaban todos en la Alameda. Íbamos a cruzarlo por el puente del Mar. Yo fui al asalto contra la Caballería. En un inicio las masas movilizadas iban a cruzar por el puente del Mar, pero desde los cuarteles se les cortó el paso debido a las ametralladoras emplazadas en los tejados»⁽¹⁷⁰⁾.

«¿Entonces qué hicimos? nos juntamos un grupo en el puente, resistiendo el fuego de las ametralladoras, como si hubiera una resistencia fuerte y los demás nos echamos atrás, al cauce del río, que estaba seco y había un par de metros por donde discurría el agua. Pues cruzamos el río por el cauce y nos lanzamos al otro lado de la Alameda. Entonces nos fuimos aproximando hacia los cuarteles y allí se entabló un tiroteo espantoso»⁽¹⁷¹⁾.

Enrique M.N. recuerda cómo las puertas del cuartel del Regimiento de Caballería se abrieron para que saliera el capitán Abellán, campeón de competiciones hípicas, junto con un teniente subordinado suyo. Además, su testimonio asevera que cuando el mando huyó por la parte trasera hacia el cuartel de la Guardia Civil, en el camino de Arrancapinos, los soldados dejaron las armas y muchos de ellos comenzaron a saludar al grito de: «¡Viva la República! y cerrando el puño». Esta breve confraternización no despistó a los milicianos en su afán de requisar el máximo armamento posible. Tras el asalto al cuartel de Capuchinos, Enrique M.N. y sus compañeros incautaron para la CNT, en varios viajes, todos los fusiles que encontraron. De ahí que se pudiera organizar las milicias: «Todo el mundo fue armado de lo que requisamos en los cuarteles. Conseguimos muchas armas que antes no teníamos»⁽¹⁷²⁾.

El asalto a los cuarteles supuso un acontecimiento singular, un antes y después para las masas obreras. Ramón Q.D., recuerda que se encontraba en un convento ocupado por la CNT cuando se enteró del inicio de la operación al grito de: «Que salen, que salen del cuartel. Y todos a correr como si lo fuésemos a parar con la mano, porque... ¿cómo los íbamos a parar?... Yo fui con mi escopeta»⁽¹⁷³⁾.

En cuanto a la figura de Martínez Monje, el testimonio de Domingo Torres aporta una información inédita respecto a su grado de fidelidad a la República. Torres asegura

170. Enrique M.N. Sig.FSV 01...op.cit., p. 42.

171. *Ibid.*, p. 43.

172. Entrevista a Enrique M.N. Sig.FSV 01...op.cit., p. 44.

173. Entrevista a Ramón Q. D. Sig. FSV 108...op.cit., p 482.

que llegó a sus manos una documentación que acusaba a Martínez Monje de golpista y que inmediatamente entregó al jefe de policía de Valencia para que investigase a fondo la cuestión.

«Lo que pasó es que la documentación que yo recogí, pues es una documentación que le acusaba, pero y ese es el pero, yo le entregue al jefe de policía la documentación y éste se ve que era amigo de Monje. Esa documentación de no haberla entregado, pues hubiera sido un arma, pero como la entregué, éste se la sirvió en bandeja a Monje. La cuestión es que después cuando se le preguntó que había hecho con esa documentación, no dio explicaciones. Yo no tuve la perspicacia de guardar para el futuro, la entregué de corazón de buen alma, creído que ese hombre, pues, no serviría al enemigo y lo sirvió de esa manera»⁽¹⁷⁴⁾.

Las dos semanas de parálisis política se resolvieron con la intervención popular coordinada por el CEP e impotente, la Junta Delegada asistió a su total desprestigio. El gobierno no fue capaz de resolver por sí mismo el conflicto, sus políticas moderadas no disimulaban su terror a una posible revolución. El triunfo de la acción popular consolidó el poder de las fuerzas sindicales y del CEP en los compases iniciales de la Guerra Civil. Los errores de los militares y civiles golpistas fueron notorios. La UME no logró establecer conexiones y fidelidades sólidas con los jefes de los regimientos ni con buena parte de los mandos de la Guardia Civil que, «se encontraron durante los primeros días perdidos y faltos de liderazgo fuerte»⁽¹⁷⁵⁾. La eficacia del entramado civil tampoco funcionó. Las detenciones que realizó la República poco antes del golpe y el telegrama de Luis Lucía⁽¹⁷⁶⁾ en el que se declaraba fiel al gobierno, desorientó y amedrentó a muchos militantes derechistas. Del mismo modo, el fracaso de la conspiración en Madrid, Barcelona y Cartagena y la reacción de las fuerzas populares, canalizada a través de UGT, CNT y los partidos políticos, desanimó a los golpistas. El fracaso del golpe contrarrevolucionario acabaría creando las condiciones para que se iniciará un complejo proceso revolucionario que abarcaría todos los ámbitos, desde lo social y lo político, a lo económico y militar de la vida valenciana.

A partir de este momento, los autoproclamados comités locales, se alzarían como los órganos de gobierno y gestión en la retaguardia e impulsarían políticas transformadoras, como las colectivizaciones y la desmembración y sustitución del ejército por un poder alternativo, las milicias⁽¹⁷⁷⁾, que debían ser los garantes del proceso revolucionario, al mismo tiempo que combatientes en la contienda. Pese a las deficiencias

174. Entrevista a Domingo T. M., Sig.FSV 170...op.cit., p. 236.

175. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 70.

176. Gabarda, Vicente...op.cit., p. 21.

177. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit., p. 71.

en cuanto a materiales, disciplina y preparación, estos milicianos mantuvieron durante los primeros compases de la guerra, «un halo de heroicidad y valentía»⁽¹⁷⁸⁾. Estos eran voluntarios que dejaban su vida atrás por luchar contra los militares sublevados. Además, sus avances y experiencias en el frente fueron constantemente recogidas en los diversos medios, lo que ayudó a fomentar todavía más esa imagen de coraje y arrojo. A fin de cuentas, los ciudadanos habían asistido a la resolución de conflicto del bloqueo político y militar de la ciudad gracias a la intervención de dichas milicias. El testimonio de Enrique M.N. explicita el apoyo popular que recibieron los milicianos tras el asalto:

«Se me ocurrió coger un fusil meterme una gorra, para ir a visitar a mi madre, porque entonces vivía en la calle Cardenal Benlloch. Ellos habían pasado toda la noche bajo ruido del tiroteo e imagínate como estaría la pobre mujer y se me ocurrió ir vestido así a casa. Al entrar en la calle, ya se había cesado el fuego, ya la gente estaba en la calle gritando y aplaudiendo... El que quiera negar que aquello fue una explosión de entusiasmo inenarrable miente, falta a la verdad»⁽¹⁷⁹⁾.

Una vez resuelta la cuestión, el entusiasmo se extendió por toda la ciudad a medida que se iba conociendo que los rebeldes, denominados fascistas habían sido derrotados. El País Valenciano podía respirar con más calma y organizar su retaguardia a la vez que estructuraba la marcha de las milicias a los frentes. Con el gobernador civil, Braulio Solsona fuera de juego tras su dimisión y la disolución de la Junta Delegada el 5 de agosto, el CEP quedó libre de trabas y de poderes paralelos⁽¹⁸⁰⁾. Con ello, el CEP se mantuvo en el ejercicio de funciones representativas y de orden, gestionando la retaguardia y el avance sobre el frente. El poder revolucionario prevaleció, pero el gobierno central nunca dejó de buscar alguna figura o institución desde la cual asentarse y ejercer su autoridad, aunque con escaso éxito. Para ello, el general Martínez Monje, fue sustituido por el general Miaja, figura clave en la defensa de Madrid en noviembre de 1936. Su poder fue más simbólico que efectivo, ya que los regimientos quedaron disueltos y mezclados con las milicias obreras. Los generales, ahora sin tropas, «solo podían sentarse a esperar tiempos mejores»⁽¹⁸¹⁾.

La zona republicana se encontró en un proceso de vertebración de un poder alternativo en torno a Comités Populares o Revolucionarios. El movimiento obrero irrumpió

178. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006, p. 35.

179. Enrique M.N. Sig.FSV 01...op.cit., p. 43.

180. López, Juan, «19 de Julio Levantino», *Fragua Social*, 18-07-1937, p. 13.

181. Paz, Abel...op.cit., p. 34.

con fuerza y sustituyó a los poderes institucionales en todas sus facetas, pasando a controlar el poder en la retaguardia a través de sus milicias, nacidas del propio movimiento popular valenciano, durante las jornadas de lucha contra el acuartelamiento de las tropas. Es decir, «la contrarrevolución armada del 18 de julio, creó la situación y el pretexto para la revolución social»⁽¹⁸²⁾. La revolución sería la respuesta a las problemáticas no solucionadas por el Estado, como el problema de la tierra, la estructura oligárquica del Estado, el poder del Ejército, muy presente en la vida pública y en la represión obrera, la Iglesia como institución privilegiada, la propiedad industrial, la banca, etc.

Ilustraciones



Retrato de Luis Lucia, dirigente de la Derecha Regional Valenciana. Fecha: Desconocida. Autor: Desconocido. Fuente: Diario de Valencia, núm. 136.



Doña María Rosa Urraca Pastor. Fecha: 1932. Autor: Desconocido. Fuente: Hormiga de Oro, número 12 de mayo de 1932.

182. Girona Albuixech, Albert...op.cit., p. 20.

Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil



El General Manuel Goded Llopis.
Fecha: Entre 1927-1936. Autor: Ilustrowany Kurjer
Codzienny. Fuente: Narodowe Archiwum Cyfrowe.



Fotografía del periodista y político Braulio Solsona,
Gobernador Civil de Valencia. Fecha: Publicada en 1927.
Autor: Desconocido. Fuente: Popular Film, número 24
de 13 de enero de 1927, página 6.



Mariano Ruiz-Funes, Ministro de Agricultura del 16
de febrero al 19 de julio de 1936. Fecha: septiembre de
1936. Autor: Desconocido. Fuente: Narodowe Archiwum
Cyfrow, 1-E-6636.



Cartel de la Guerra Civil española. Fecha: 1936. Autor:
Desconocido. Fuente: <https://artsandculture.google.com/asset/spain-civil-war-anniversary/oQGUG86rWqJUq>.



Cartel de la Guerra Civil: Como ha sembrado la Iglesia su religión en España. Fecha: 1936. Autor: Desconocido.
Fuente: <https://artsandculture.google.com/asset/como-ha-sembrado-la-iglesia-su-religion-en-espa%C3%B1a-how-the-church-has-planted-their-religion-in-spain-unknown/vgHUZNOOJZJtyQ>

Capítulo 3

La Organización de las milicias valencianas. Los primeros combates

Tras la derrota de la sublevación en casi la mitad del territorio nacional, el gobierno experimentó notables dificultades para hacerse con el control de la situación y dilucidar el grado de lealtad de las tropas y oficiales. La zozobra y la desconfianza ante el peligro de nuevas potenciales amenazas, el Ministro de la Guerra, el general Luis Castelló decretó la disolución de los regimientos donde la oficialidad se había sublevado, lo cual terminó de dinamitar al Ejército. «Muchos soldados no volverían a la disciplina militar, pero otros se enrolaron en columnas de voluntarios»⁽¹⁸³⁾. De esta manera, «el gobierno creó una situación en la que no existía un ejército operativo con el que combatir contra los sublevados»⁽¹⁸⁴⁾ y donde los oficiales quedaban huérfanos de protección ante las perspicacias que levantaban en las organizaciones obreras y políticas en relación a su lealtad.

En Valencia, el CEP asumió a través de sus secretarías de Guerra y de Milicias la defensa militar de la revolución y la organización de milicias, en su mayoría enviadas al Frente de Teruel. Hasta el 5 de agosto de 1936, ninguno de los dos bandos contaba con fuerzas militares suficientes para imponerse, al contrario. En este momento imperaba la Guerra de Columnas. Estas unidades de combate trataban de romper el frente por diversos puntos y se caracterizaban, tanto en uno como en el otro bando por la falta de medios técnicos, como por su composición: milicianos voluntarios civiles, comprometidos ideológicamente con uno de los dos bandos y miembros de las Fuerzas de Seguridad

183. Azaña, Manuel, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Critica, 1986, p. 70.

184. Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación...op.cit.», p. 88.

del Estado, soldados y oficiales del Ejército⁽¹⁸⁵⁾. La principal diferencia estribaba en que las columnas rebeldes se encontraban dirigidas por oficiales que imponían férreamente la disciplina militar. Además, los milicianos derechistas contaban con una paga de tres pesetas. Antonio Calzado cifra al inicio de la guerra un total de 25.000 milicianos voluntarios provenientes de Falange -llegarían a ser 200.000- por 12.000 pertenecientes a los requetés carlistas⁽¹⁸⁶⁾. La situación en el bando republicano era más variada. Buena parte de los milicianos socialistas y anarquistas rechazaban la disciplina militar y se presentaban como milicianos del pueblo, no como soldados, mientras que la mayoría de comunistas y republicanos apoyaban más la idea de conformar un ejército profesionalizado y de mando único y centralizado.

De por sí, el término miliciano remitía a una concepción y a una organización armada muy diferente de la del Ejército tradicional y que tenía raíces históricas, tanto nacionales como europeas. El nivel de militarización era inferior al de un Ejército formal, sin apenas disciplina ni mandos claros. Al fin y al cabo, se trataba de civiles que «se encontraban en el ejercicio de las armas voluntariamente por unos motivos que consideraban honorables y justos»⁽¹⁸⁷⁾. Las primeras milicias aparecieron en el siglo XVII en Europa como fuerzas auxiliares, pero ya las encontramos en las Trece Colonias americanas y en la Revolución francesa de 1789 con un alto grado de politización. En España surgieron con José I Bonaparte, impulsor de una milicia cívica y con la Constitución de 1812 que establecía un plan de milicias urbanas que daría lugar, el 15 de abril de 1814 a la Milicia Nacional. La organización miliciano reaparecería durante la guerra carlista de 1833 bajo el nombre de Guardia Nacional. En 1869 se volvió a constituir una milicia ciudadana, los Guardias de la Libertad, transformada en I República en Voluntarios de la Libertad⁽¹⁸⁸⁾. Finalmente, durante la Guerra Civil española, algunas de las milicias que se formaron, contaron con enorme peso militar, pero otras manifestaron un sesgo revolucionario evidente. Estas se componían por civiles armados por sus sindicatos o partidos políticos gracias a las incautaciones realizadas en el asalto de los cuarteles de la Alameda.

Las primeras Milicias de Voluntarios marchan al frente

El impulso de las milicias y de las organizaciones obreras para la defensa de la legalidad republicana al grito de «armas para el pueblo», hizo tambalearse al efímero gobierno de Martínez Barrio, conformado el mismo 18 de julio. Sin duda, este ejecutivo se vio en la difícil tesitura de poner fin a la sublevación militar sin dar pie a la eclosión

185. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006, p. 9.

186. *Ibid.*, p. 9.

187. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»... *op.cit.*, p. 33.

188. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»... *op.cit.*, p. 34.

de la revolución social que pregonaban algunas organizaciones obreras. El siguiente ejecutivo, liderado por José Giral, ante la descomposición del Ejército y la avalancha de espontáneas milicias obreras optó, el 3 de agosto de 1936, por crear los Batallones de Voluntarios, donde podía encuadrar a la antigua oficialidad del Ejército republicano junto con las Milicias Voluntarias impulsadas por el CEP desde el 20 de julio.

Esta medida, era un claro intento por mantener la estructura militar y controlar las milicias recientemente creadas, a las que se les había otorgado «la misión de vigilar las entradas y salidas de los cuarteles»⁽¹⁸⁹⁾. El ejército no podía reconstruirse siguiendo las directrices y antiguas estructuras, se había licenciado a las tropas vía decreto y buena parte del pueblo y de las milicias de partidos políticos y sindicatos sospechaban de los oficiales. Realmente el recelo y la tensión era mutua, las organizaciones obreras creían ver potenciales rebeldes en los oficiales del antiguo ejército, y estos rechazaban a todas luces las transformaciones revolucionarias implementadas por las nuevas autoridades y sus milicias.

En el marco de creación del Ejército de Voluntarios, la primera columna se organizó cuando todavía las tropas se encontraban acuarteladas. Ante la negativa de muchos militares y oficiales, sólo los más fieles al gobierno acataron las órdenes. Los responsables del desarrollo de la primera columna fueron el general Gámir y el coronel Arín, secundados por la Junta Delegada y por el Ministro de la Guerra, el general Luis Castelló, muy consciente de la necesidad de movilizar oficiales al frente de Guadarrama⁽¹⁹⁰⁾. Los preparativos se sucedieron a un ritmo vertiginoso y corrió a cuenta del personal leal al gobierno, mucho menos preparados que los oficiales del Estado Mayor. En este proceso colaboraron también el capitán Francisco Belda Benet y el retirado teniente coronel de la Guardia Civil, Francisco Michavila⁽¹⁹¹⁾. La labor de ambos se orientó a organizar el refuerzo de la tropa en la estación de ferrocarril, donde recogían a los soldados que se encontraban de permiso o inactivos tras el decreto de desmovilización dictado por el gobierno central. Las tropas eran conducidas a la plaza de toros de Valencia, la cual se asemejaba cada vez más a una ciudad militarizada, en guerra.

Una vez allí, las tropas eran instruidas por el capitán de la Guardia Civil, Uribarry, designado por todas las fuerzas políticas como dirigente de la defensa de la ciudad.

189. Gabarda, Vicente...*op.cit.*, p. 22.

190. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats. Les columnes valencianes en la Guerra Civil española (1936-1937)*, Valencia, PUV, 1998, p. 19.

191. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 42.

Su mando en la ocupación de los cuarteles de la Alameda le valió un enorme prestigio, por lo que el CEP le eligió como Jefe de las Milicias Voluntarias. La prensa local, como el diario *La Voz de Valencia* calculaba que debía de haber en torno a 1.500 hombres en la plaza de toros, ahora reconvertida en el lugar de centralización de las tropas, desde donde eran asignadas a los diferentes escuadrones. Allí se dieron situaciones del todo variopintas. El militante de las Juventudes Libertarias, Amadeo Casares recuerda como las tropas se alimentaban de los toros seleccionados para la feria de julio: «Todos los días elegían un toro, lo mataban, lo hacían en bistec y se lo comían en el hotel Metropol»⁽¹⁹²⁾.

Desde luego, la iniciativa de mandar columnas al frente cuando los potenciales golpistas todavía se encontraban en los cuarteles fue arriesgado, ya que los militares leales partieron al frente el 22 de julio. Esta primera columna, estaba dirigida por el coronel Tirado⁽¹⁹³⁾ y formada íntegramente por 1.000 militares de regimientos valencianos, tenía el objetivo de tomar posiciones en Guadarrama para evitar el avance enemigo hacia Madrid. Su fracaso se debió a la enorme cantidad de bajas que sufrió, lo que conllevó el abandono de sus posiciones y de su armamento en Colmenar Viejo, lo que finalmente, condujo a su disolución. Del mismo modo, una segunda columna, partió el 1 de agosto a través de dos trenes. Estaba conformada por militares del 9º Regimiento de Infantería, con dos unidades de artillería y ametralladoras al mando de Pérez Salas y de Manuel Eixea, como responsable último. Fueron despedidos por una enorme multitud, que se aproximó a la estación para mostrar su entusiasmo y apoyo. Al poco llegaron a Guadarrama, donde combatieron al lado de una compañía de la Guardia Civil y de la Guardia de Asalto⁽¹⁹⁴⁾.

Asimismo, desde Alicante también partió dirección a Andalucía la columna Maroto, con 270 hombres de la CNT y algunas mujeres. Algunas columnas salen de Alicante dirección Albacete, única localidad en manos rebeldes que pertenecía a la III División Orgánica. Los rebeldes estaban liderados por Fernando Chápuli, teniente coronel de la Guardia Civil, lo cual denota el poco peso de los militares locales frente a las numerosas Fuerzas de Seguridad del Estado de la ciudad. El 25 de julio, la aviación republicana bombardeó Albacete, a la vez que la Artillería golpeaba las posiciones rebeldes. Al mediodía, ante las pocas perspectivas de victoria, Chápuli se suicidó y poco después, el comandante militar, Martínez Moreno fue asesinado. Con ello, horas más tarde los insurrectos se rendían. Otras columnas alicantinas marcharon hacia Córdoba, pero los guardias civiles que las conformaron se cambiaron de bando⁽¹⁹⁵⁾.

192. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 21.

193. Salas Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Vol 1, Editora Nacional, 1973, p. 308.

194. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 35.

195. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 59.

La campaña de las Islas Baleares

La primera gran expedición organizada por el CEP se realizó junto con el Comité de Milicias de la *Generalitat Catalana* con la intención de tomar las Islas Baleares. La dirección del proyecto recayó en el capitán Albert Bayo, jefe de la base aeronaval de Barcelona, a la cual se unió el 7 de agosto Manuel Uribarry, capitán de la Guardia Civil, con un centenar de milicianos, carabineros, guardias de asalto y guardias civiles de Valencia. La expedición salió el 2 de agosto de Barcelona, con 2.000 voluntarios de la CNT, *Estat Catalá*, el PSUC y el POUM⁽¹⁹⁶⁾. El navío donde viajaron era el *Mar Cantábrico* y fueron escoltados por los destructores *Almirante Miranda* y *Almirante Antequera*. Gracias al libro de Albert Bayo, conocemos las graves disputas entre él y Uribarry por comandar la expedición.⁽¹⁹⁷⁾ Los choques de caracteres y los pulsos de poder se reiteraron a lo largo de esta corta campaña. El primer paso fue tomar Formentera, con mucha facilidad. Seguidamente, piden la rendición del comandante de Ibiza y mandan una barca a parlamentar, la cual fue recibida con disparos desde la isla. Ello supuso que los destructores abrieran fuego contra los rebeldes, un bombardeo que se detuvo gracias a la intervención de un buque inglés que facilitó la negociación. Finalmente, los rebeldes se rindieron y su capitán, Ledesma y el ingeniero Belenguer se suicidaron en el castillo que corona la ciudad⁽¹⁹⁸⁾. Esta campaña no gozó del apoyo del Gobierno central, más bien fue impulsada por los poderes revolucionarios implantados en Cataluña y Valencia, movidos por el entusiasmo popular. Terence Smyth apunta a que el objetivo de esta expedición era hacerse con un millón de unidades de munición y ocho ametralladoras⁽¹⁹⁹⁾. Pese a ello, el Ministerio de Guerra entendía que con esta campaña se estaban diversificando esfuerzos y recursos de manera inútil, para tomar posiciones que no suponían una amenaza, mientras que Madrid se encontraba a las puertas de su perdición. A su parecer, Mallorca hubiese sido un objetivo mucho más importante a nivel estratégico. Dado que, desde allí, la aviación italiana bombardeó durante toda la guerra las costas de Levante.

La campaña de Mallorca fue desastrosa. Probablemente los conflictos entre Alberto Bayo y Uribarry por comandar la expedición restó eficacia a la operación. La tensión llegó a tal punto, que Uribarry decidió retirarse y volver a Valencia, donde fue aclamado como un héroe por el pueblo valenciano y gozó de un enorme prestigio entre las distintas columnas de milicianos. Mientras tanto, Bayo no se decidía a atacar Mallorca

196. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 31.

197. Bayo, Alberto, *Mi desembarco en Mallorca*. Mallorca, Palma de Mallorca, Miquel Font Editor, 1987, p. 50.

198. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 32.

199. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 36.

hasta que el Comité de Milicias de Cataluña presionó duramente para que se realizase la intervención militar. Ésta se llevó a cabo la noche del 15 al 16 de agosto por la costa oriental, entre Portocrist y Punta Amer⁽²⁰⁰⁾. Unas semanas después, el 3 de septiembre, con la contraofensiva rebelde y la llegada de sus apoyos italianos, las tropas de Bayo no pudieron más que retirarse y dejar el material y armamento a pie de playa. Los rebeldes recuperaron Ibiza y Formentera el 20 de septiembre. Con ello obtuvieron un preciado material de guerra, extremadamente escaso en las filas republicanas. A la vuelta a Barcelona, a Bayo le esperaba un consejo de guerra que lo condenó a muerte. En definitiva, los recursos del bando republicano fueron dilapidados en una campaña corta, donde las consecuencias económicas y la pérdida de material bélico y de vidas humanas fueron fatales para los intereses republicanos.

Tras la apresurada llegada a Valencia, Uribarry se dispuso a organizar una nueva columna conformada en un inicio por unos 1.800 hombres, más un escuadrón de Caballería del Regimiento Lusitania nº 8, una Compañía de la Guardia Civil, la 14ª Compañía de Guardias de Asalto de Valencia, una sección de Carabineros y otra de ametralladores y de milicianos a caballo⁽²⁰¹⁾. Al proyecto se sumaron militantes de la CNT y la UGT, además de las columnas Tierra y Libertad de Alcoy, la columna Paco Galán o Balas Rojas, la columna Del Rosal y la columna Perea de Alicante⁽²⁰²⁾, lo que hacía un total de 2.100 hombres⁽²⁰³⁾. Ésta columna era la mejor preparada hasta la fecha, incluso llegó a contar con un equipo de radio y teléfonos, una sección de explosivos comandada por un ingeniero electricista, un hospital móvil, una biblioteca y una orquesta⁽²⁰⁴⁾. Con todo ello, probablemente fue la primera columna con presencia de mujeres, que animosamente prestaron servicio a la causa⁽²⁰⁵⁾, algo que sería bastante común a lo largo de los primeros meses de contienda. La columna partió al frente de Madrid en tren a las 11 de la noche, tras recibir el apoyo popular en el andén⁽²⁰⁶⁾. La gran decepción se materializó cuando no llegaron a Madrid, sino al Escorial, donde las milicias pasaban unos días hasta ser movilizadas. En su caso, marcharon a Toledo, al pueblo de San Vicente del Puerto para luego dirigirse al frente de Extremadura.

Esta columna tenía el objetivo de tomar y asegurar la posición en torno al pueblo de Guadalupe, para desde allí, marchar hacia la localidad de Alia. En Guadalupe tuvieron la dudosa suerte de enfrentarse a la élite del ejército enemigo, las tropas legionarias y los regulares, liderados por el comandante Castejón. Las tropas de Uribarry no es-

200. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 33.

201. *La Voz Valenciana*, 14-08-1936.

202. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 36.

203. Salas, Ramón...*op.cit.*, pp. 313-314.

204. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 34.

205. *La Voz Valenciana*, 13-08-1936.

206. «La Columna Fantasma vuelve al frente», *Fragua Social*, 22-10-1936, p. 3.

taban acostumbradas al combate, les faltaba experiencia y probablemente capacidad frente a un enemigo muy poderoso. Un superviviente de la columna, F. Llovera narra con sorpresa la presencia de marroquíes en las filas enemigas: «esta mañana ha llegado una pequeña cantidad de moros, y la columna ha batido rápidamente a los rifeños que han huido campo a través»⁽²⁰⁷⁾. Asimismo, Llovera incide en el clima árido y la poca disponibilidad de agua para hidratarse correctamente, como aspectos que incidieron en su derrota tras la contraofensiva de Castejón: «La sed llegó a todos. Y no tenían cantimploras»⁽²⁰⁸⁾. En su testimonio escrito, Llovera explica que las tropas abandonaron sus posiciones para ir a beber al río, momento aprovechado por el enemigo para realizar su ataque. La interpretación de Uribarry es bien diferente. Para él, la posición se pierde por los problemas de logística que se repetirán en el frente de Teruel: la falta de artillería y aviación. El capitán Uribarry había solicitado apoyo de la artillería que no llegó a tiempo, con lo que no tuvo más remedio que abandonar la posición y el material bélico, y batirse en retirada. Sin la logística necesaria, no podía más que ceder terreno ante el avance imparable de las tropas enemigas. Ésta columna fue conocida como la columna Fantasma y todavía presentó algo de combate en la zona del Valle del Tajo, hasta que se disolvió tras la caída de Toledo a manos del general Franco. Según uno de sus integrantes, Ricardo F. G., la columna recibía ese nombre debido a que «Un día estábamos aquí y mañana estábamos allá. Así era la cosa»⁽²⁰⁹⁾.

Esta dinámica de ir retrocediendo ante las ofensivas enemigas fue muy similar en la mayoría de columnas del bando republicano, que debían taponar el avance enemigo hacia Madrid. La mayoría fueron columnas improvisadas, donde la presencia de milicianos, sin disciplina ni vínculo entre la oficialidad, generalmente poco instruidos y sin experiencia, provocó abandonos, deserciones, asesinatos de oficiales y el incumplimiento de las órdenes. Ante este ambiente, resultaba inconcebible detener el avance de un ejército profesional, de élite, donde la disciplina y la obediencia a la oficialidad eran absolutas. El equilibrio entre ambos bandos acabó rompiéndose pronto, con la participación efectiva de la Alemania de Hitler y la Italia fascista en favor de los sublevados. Los primeros envíos de material fueron diez *Junkers-52* y nueve *Savoia-81* que luego pasaron a ser veinte *Junkers* más y algunos cazas, lo que permitió un puente aéreo que transportó a la Andalucía sublevada a unos 900 legionarios en julio de 1936.

El plan trazado por los rebeldes, consistía en que el Ejército de África, liderado por Francisco Franco conectase en Mérida con las tropas del Ejército del Norte liderado por Mola, para así unificar la zona rebelde y avanzar hacia Madrid. Para el 5 de agosto, 2.500 hombres atravesaban el estrecho de Gibraltar desde África, en lo que fue

207. Llovera, Fernando, *La Columna Uribarry, Crónica de guerra*, Valencia, Gráficas Turia s.d., 1936, p. 30.

208. *Ibid.*, p. 31.

209. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ricardo F. G., Volumen, Sig.FSV 30, p. 462.

definido por los propagandistas rebeldes como «el convoy de la victoria»⁽²¹⁰⁾. Este fue posible debido a las gestiones diplomáticas italianas, que lograron que, desde Tánger, ciudad bajo mandato internacional, se expulsara a los buques de guerra republicanos, que además se vieron lastrados por las rebeliones internas de sus tripulaciones. A todo ello, se le suma que el puente aéreo continuaba funcionando con grandes resultados, ya que transportaba aproximadamente unos 500 soldados al día a la Península. Los legionarios, élite del ejército en cuanto a combate se refiere avanzaban con facilidad frente a las columnas de voluntarios, improvisadas y sin los materiales necesarios.

Tras el fracaso de su columna y habiendo aprendido la lección, Uribarry volvió a Valencia, con la intención de formar su tercera columna. En esta ocasión la disciplina militar debía de ser el eje vertebrador de la columna: «Si el caudal de heroísmo y valor que han vertido nuestras milicias, hubiera sido canalizado y encuadrado en una disciplina, la guerra hubiera acabado ya [...] El enemigo nos da ejemplo»⁽²¹¹⁾. Ésta columna gozaría de un mando único y de un mayor número de técnicos: «Es una determinación impuesta por la experiencia que es preciso poner en práctica si queremos tener un triunfo rápido y seguro». En esta ocasión, Uribarry marchó al sector del Algodor, en Toledo con 1.269 milicianos valencianos⁽²¹²⁾. Ésta nueva Columna Fantasma se mantendría hasta el decreto de militarización, momento en que pasó a convertirse en la 46ª Brigada Mixta del Ejército Popular de la República.

Milicias valencianas en el Frente de Teruel

La etapa miliciana duró desde julio de 1936 hasta marzo de 1937, momento en que las últimas columnas aceptaron la militarización. La actividad de los milicianos valencianos se centró en los frentes de Madrid, Extremadura, Andalucía y la expedición a las Islas Baleares, pero fue el frente de Teruel el que se convirtió rápidamente en el objetivo inmediato del CEP, por su cercanía y por su posición estratégica. De hecho, a este frente se le conocería como el frente de los valencianos. La ciudad de Teruel se integraba en la V División Orgánica con sede en Zaragoza, bajo mando del veterano general golpista Miguel Cabanellas. La pequeña guarnición con la que contaban estaba dirigida por el coronel Mariano García Brisolany y la Caja de Reclutas operaba bajo el mando del comandante Virgilio Aguado. A todo ello, se sumaban «unos cincuenta guardias civiles, sesena Guardias de Asalto y algunos Carabineros»⁽²¹³⁾. El triunfo rebelde se debió a que el Gobernador Civil turolense, confiando en la lealtad de las tropas, no quiso armar a las masas que habían declarado de manera espontánea

210. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil»...op.cit., p. 15.

211. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 35.

212. *Ibid.*, p. 36.

213. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 37.

la huelga general y organizado una manifestación frente al Gobierno Civil. El comandante Aguado lideró la rebelión a la que se sumaron falangistas y requetés y declaró el estado de guerra. Para el 20 de julio, el Gobernador Civil ya había sido detenido y las fuerzas obreras neutralizadas. Los rebeldes controlaban la conexión vía tren con Zaragoza, lo cual facilitó la llegada del comandante Antonio García Ayxemus, quién tomó el control de Teruel siguiendo las órdenes de Franco y reprimió duramente a las fuerzas frentepopulistas y revolucionarias de la provincia, especialmente en zonas mineras como Libros, Ojos Negros y Utrillas, donde los obreros lograron repeler el ataque inicial y contraatacar⁽²¹⁴⁾. Los sindicatos y partidos políticos consideraban que Teruel podía ser conquistado con relativa facilidad, ya que no podían ser auxiliados constantemente por Zaragoza, la cual se enfrentaba a las columnas que se aproximaban desde Barcelona para dar soporte al frente del Norte y de Madrid.

Antes de organizar una ofensiva sobre Teruel, el presidente de la Junta Delegada, Martínez Barrió, trató de negociar con los rebeldes, con promesas de mesura y comprensión si accedían a deponer las armas. Ante la negativa, la República envió aviones para que lanzaran octavillas, pero uno de ellos fue abatido y sus restos fueron paseados como un trofeo por la ciudad. Con el fracaso de las negociaciones, las columnas de milicianos recientemente creadas, partieron apresuradamente hacia el frente de Teruel.

El CEP pretendía conformar columnas de milicias en las que hubiese un guardia civil por cada tres milicianos, pero la Junta Delegada entendía que debía ser a la inversa. La propuesta de Martínez Barrió fue la que se impuso, lo cual tendría trágicas consecuencias. Unos días después, el 25 de julio partió hacia Teruel la columna Casas-Sala. La columna, estaba dirigida por el coronel Hilario Fernández Bujanda, del cuerpo de Carabineros, el capitán Luis Sierra y el teniente Joaquín Oset Merlo y tenía como delegado político al diputado por Izquierda Republicana por Castellón, Francisco Casas Sala, de quien la columna tomó su nombre⁽²¹⁵⁾. La columna estaba formada por dos compañías de guardias civiles de Segorbe y Vinaroz y unos 500 milicianos. Desde Castellón marchó a Sagunto sin armamento, con la promesa de recibirlo más adelante. Una vez en Sagunto, se les agasajó con una paella en la Glorieta y se les sumó las fuerzas lideradas por Bujanda y centenares de milicianos de otras poblaciones. El día 27 de julio, a las seis de la mañana, la columna partió hacia Sarrión, recibiendo incorporaciones de milicianos a su paso. Se detuvieron en Segorbe donde se uniría una compañía de la Guardia Civil de Cuenca⁽²¹⁶⁾, para luego llegar a Barracas el 28 de julio.

214. Paz, Abel...op.cit., p. 35.

215. Juan Luis Porcar Orihuela, «La Columna Casas Sala, Memòria Històrica de Castelló», *Millars, Espai i Història*, vol. 11, 2018, n° 30, p. 49.

216. Juan Luis Porcar Orihuela...op.cit., p. 49.

Al día siguiente llegaron a Sarrión a las siete de la mañana en 45 vehículos -autobuses, camiones, coches ligeros, etc.-⁽²¹⁷⁾.

En Sarrión se dividieron en dos grupos. Uno de ellos, liderado por el capitán Sierra y el diputado Casas Sala marchó a Mora de Rubielos, ocupada fácilmente, sin tiroteos. En paralelo, el resto de la columna, dirigida por Fernández Bujanda se encaminó hacia la Puebla de Valverde, lugar en el que los guardias civiles se sublevaron y tras veinte minutos de tiroteo, acabaron con la vida de 60 milicianos, hirieron a decenas y se apoderaron del armamento⁽²¹⁸⁾. Estas fuerzas sublevadas se unieron a las fuerzas golpistas turolenses, les proporcionaron armamento y hombres en un momento crítico de necesidad. Se cifra en 411 guardias civiles⁽²¹⁹⁾ los que se unieron a las guarniciones turolenses, y en 47 el número de prisioneros⁽²²⁰⁾, entre los que destacan el capitán Cirera, jefe de milicias, el catedrático de Teruel Araújo, el coronel Fernández Bujanda y Francisco Sala, ejecutados posteriormente, mientras que el comandante Ríos Romero apostó por el suicidio. Años después, uno de los guardias civiles sublevados, el teniente Juan B. Marí Clerigués, redactó por escrito estos sucesos, lo cual nos resulta útil a la hora de comprender la perspectiva y la vivencia de los golpistas valencianos.

En su relato, la tensión estuvo presente desde el primer instante en que los desmanes y el caos de los milicianos irrumpió en Castellón, sin que las autoridades pudieran reconducir la situación. Para él, «los milicianos no respetaban nada», lo que provocaba que «a todos los guardias civiles les hirviese la sangre». Esta argumentación está en consonancia con la defendida en *Historia de la Cruzada* de Joaquín Arrarás. En última instancia, en el relato de Marí Clerigués, el Teniente de Alcalde de Castellón, Don Pascual Albella, trató de poner remedio a los desmanes en la retaguardia, ordenando el envío de los milicianos junto con las fuerzas del orden al frente. Este intento de mantener el prestigio de la República y el orden es visto como inútil y tardío por el Guardia Civil. Parece ser que la convivencia no debió de ser sencilla durante los pocos días de marcha hacia Sarrión. Los conflictos y tensiones eran de esperar entre un cuerpo conservador, la Guardia Civil y los milicianos, generalmente militantes cenetistas y ugetistas históricamente reprimidos por la Benemérita.

En su narración abundan las acusaciones de descontrol y violencia revolucionaria: «Tiempo faltó a los milicianos para dejar sus vehículos y dedicarse al pillaje y al incendio, pues a los pocos minutos se veían las llamas en lo alto de la iglesia. Habían sacado

217. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 35.

218. *Ibid.*, p. 35.

219. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 20.

220. Marí Clerigués, Juan B, «La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional», *Revista de Estudios Históricos*, 1969, nº 3, p. 103.

ornamentos e imágenes, destrozándolos en la calle»⁽²²¹⁾. Las acusaciones abundan en su escrito, incluso llega a aseverar que un grupo de milicianos intentaron, al caer la noche, rociar de gasolina los coches de los oficiales y prenderles fuego. Lo que sí parece evidente, son las mutuas y constantes desconfianzas y disputas entre milicianos voluntarios y profesionales. Tanto él, como el Sargento Boix y demás oficiales esperaron el momento oportuno para sublevarse. De hecho, dice Marí que ya en Sagunto pensaron en sublevarse, pero desecharon la idea porque Sagunto «era un hervidero de milicianos armados [...] acertamos en el proyecto, porque la utilidad de nuestra sublevación de Puebla fue mucho mayor que una suicida rebelión en Sagunto». La ocasión se presentó cuando el Gobernador Civil de Castellón dio la orden de avanzar hacia Teruel vía telefónica. El primer grupo en avanzar fue el del capitán Hernández para parlamentar con los enemigos situados en Puerto Escandón. En su relato no queda claro quién inició la sublevación, pensamos que pudo ser el Capitán Martínez, pero también pudo haberlo iniciado cualquier otro oficial. Una vez disparado el primer tiro, no había vuelta atrás. Durante el enfrentamiento, usaron para parapetarse coches, camiones, ventanas y esquinas de las casas, donde metían a milicianos y los desarmaban mientras seguía el tiroteo. Finalmente, al verse superados, los milicianos huyeron en desbandada a esconderse en el monte, en los establos y corrales. Para Marí, estos milicianos «no eran cobardes ¡no!; sino que los guardias tiraban mejor y con más coraje y disciplina»⁽²²²⁾.

En definitiva, estos hechos tuvieron un enorme impacto en la retaguardia valenciana y precipitó la salida hacia Teruel de la Columna de Hierro, tal y como atestigua Elías Manzanera⁽²²³⁾, miembro de la afamada columna de milicianos. Asimismo, el también exmiliciano de la Columna de Hierro, Enrique M. N., sorprendido por los hechos consideraba que fue un grave error confiar en los guardias civiles.

«Nosotros creíamos que se habían adherido de verdad a la República, pero se adhirieron para hacer las bajas que pudieron y por ello se llegó al frente de Teruel diezmado, pero al menos se llegó»⁽²²⁴⁾.

Del mismo modo, Vicente P. G. aporta una versión diferente de lo ocurrido. En su relato, tras la llegada a Sarrión, la columna se detuvo a descansar, momento en que los militares aprovecharon para ejecutar su plan:

221. Marí Clerigués, Juan. B...op.cit., p. 100.

222. Marí Clerigués, Juan B...op.cit., p. 101.

223. Manzanera, Elías, Documento histórico. *La columna de Hierro*, Barcelona, octubre del 36, 1981.

224. Entrevista a Enrique M. N., Sig.FSV 01...op.cit., p. 44

«Y pararon en la plaza del pueblo a comer, la plaza es realmente pequeñita. Claro la Guardia Civil, los oficiales ya sabían lo que iban a hacer y aquellos inocentes dejaron las escopetas, lo dejaron todo y se pusieron a comer. Allí los cercaron y los llevaron al paredón del cementerio»⁽²²⁵⁾.

La tercera versión que recuperamos de estos hechos la aporta Roque Santamaría, también miembro de la Columna de Hierro:

«La Guardia civil dio un descanso en la Puebla de Valverde para proseguir la marcha al día siguiente. Pero al despertar, los milicianos se encontraban con que sus compañeros Guardias Civiles los estaban encañonando. Los desarmaron, los redujeron, dieron caza a los que pudieron, y a los que detuvieron los fusilaron en el acto»⁽²²⁶⁾.

Con esta acción, los rebeldes no sólo consolidaron su poder en Teruel, sino que los protagonistas de esta traición serían los que se enfrentaron lo largo de la contienda con las diferentes columnas de milicianos valencianos. Por esta razón, fueron premiados tras la Guerra con una medalla militar como recompensa y reconocimiento. En cuanto a los supervivientes, algunos milicianos lograron volver a la retaguardia a pie o en transporte, repletos de heridas en los pies y con un terrible aspecto. La ciudad de Sagunto los acogió y su alcalde José Doñate, el 13 de septiembre «presentó una moción al Pleno municipal para proponer erigir un monumento a los milicianos caídos»⁽²²⁷⁾, a manos de sus traicioneros compañeros, que partieron a defender las libertades republicanas. Del mismo modo, solicitó una subvención estatal para los familiares de éstos. La moción fue aceptada y firmada, lo cual supuso una prueba de adhesión al bando republicano y por ende la condena franquista de las autoridades locales tras la Guerra.

Con todo ello, el CEP y las milicias valencianas vieron como sus sospechas y recelos ante los militares tenían su razón de ser, en un momento en que las tropas todavía se encontraban acuarteladas. En cuanto a los sublevados, este episodio fue esencial para el mantenimiento de Teruel en un momento en que Zaragoza no podía auxiliarles. El jefe de la comandancia turolense, Pedro Simarro Roig reconoció que gracias a la Columna Casas-Sala se había salvado Teruel⁽²²⁸⁾, que pasaba a tener «el 22 de agosto 2.142

225. Entrevista a Vicente P. G., Sig.FSV 82, p. 14.

226. Paz, Abel...op.cit., p. 40.

227. Girona Rubio, Manuel, *Una Miliciana en la Columna de Hierro "María la Jabalina"*, Valencia, PUV, 2007, p. 35.

228. Mari Clerigués, Juan B... op.cit., p. 104.

hombres y un armamento considerablemente superior al del 19 de julio»⁽²²⁹⁾. Estos números irían en aumento gracias a los refuerzos venidos desde Zaragoza, entre los que destacaba un grupo de guardias civiles conocidos como la Calavera⁽²³⁰⁾. Con lo que a finales de octubre, Teruel contaba con «4.051 soldados encuadrados en compañías, escuadras y baterías comandados por Muñoz Castellanos y una columna móvil de 1.853 hombres, junto con centenares de voluntarios falangistas y requetés»⁽²³¹⁾.

Tras este escándalo, el CEP asumió el control de la organización de las milicias, con lo que otorgó mayor peso numérico y fáctico a los milicianos. Con tal intención se habían creado las delegaciones de Guerra y de Milicias, dirigidas por José Bedito y José Antonio Uribes respectivamente. El primero era un teniente retirado por la ley Azaña y militante de Esquerra Valenciana que se consolidó como una de las figuras más relevantes y con mayor personalidad del CEP, a la hora de defender su autonomía e impulsar la formación de las columnas. De hecho, los enfrentamientos con el Ministerio de Guerra fueron frecuentes, al igual que con el general Miaja. La Delegación se instaló en la sede de la División Orgánica, posición simbólica con la que buscaba erigirse como órgano dirigente de la guerra.

La estructura de la delegación era muy jerárquica e independiente del Gobierno central y se reservaba funciones esenciales como el aprovisionamiento de los combatientes, la gestión de la industria de armamento y la dirección de las actividades en el frente. Se conformaba a través de varias secciones. En primer lugar, se articuló la Secretaría General y Oficina de Servicios, que se ocupaba; de la organización de convoyes militares y su abastecimiento; de la administración interna de la Delegación, de facilitar las consultas y peticiones que le llegaban a su dirigente, Bedito; y de expedir autorizaciones para los hospitales militares y salvoconductos para las zonas de guerra, con lo que pretendían controlar a los viajeros que entraban y salían del frente⁽²³²⁾. En segundo lugar, contaban con una Sección de Industrias de Guerra, orientada a investigar y preparar las materias primas para fabricar municiones y «planchas blindadas impenetrables para las balas a menos de 25 metros»⁽²³³⁾, lo cual conllevó la incautación de fábricas, talleres y maquinaria. Asimismo, la Delegación contaba con una Sección de Estado Mayor que se ocuparía de dirigir las operaciones en el frente de Teruel. La sección del Gabinete de Información y Control, se formó principalmente con militares miembros de la UMRA para supervisar a los militares. Los clasificaban en

229. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 44.

230. Alfonso Casas Ologaray, «Guerra Civil en la Comarca de Teruel», *De la Historia*, 2018, n° 11, p. 172.

231. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...*op.cit.*, p. 39.

232. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 39.

233. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...*op.cit.*, p. 24.

tres categorías: los afectos, los desafectos y los indiferentes. Sus inspectores elaboraron cerca de 2.000 expedientes personales. Para velar por la viabilidad económica de la Delegación, se creó una Sección de Avituallamiento de Guerra, que se ocupó de la intendencia militar y de poner en marcha colectas y suscripciones para conseguir víveres, materiales y dinero. Por último, crearon una Sección de Sanidad, con el objetivo de crear toda una red sanitaria en base a siete hospitales de sangre en localidades próximas al frente, farmacias y un tren hospital. En síntesis, la Delegación de Guerra nació con funciones estrictamente de carácter bélico, orientadas a la dirección y mantenimiento del frente, al aprovisionamiento y producción de los materiales necesarios para mantener el combate y a la propaganda a través de su propia radio, la EA5DG, mediante la cual informaban a los combatientes de lo que ocurría en el frente.

Conviene destacar que durante la Guerra la propaganda se convirtió en un arma arrojada con la que atacar al enemigo, pero también una herramienta con la que movilizar y convencer a la población. Desde la Delegación de Guerra se grabaron diferentes reportajes gráficos y documentales sobre la vida en el frente e informaron sobre la situación de las columnas a la opinión pública. El propio Benedito visitaba el frente y asistía a los actos de las columnas, de hecho, estaba bien visto entre muchos de los milicianos más radicalizados, próximos a la CNT-FAI. Benedito mostró una fuerte personalidad y carisma al defender la gestión del CEP ante el gobierno central y las guarniciones militares valencianas, que veían su proyecto como utópico y se oponían a la dirección militar del CEP⁽²³⁴⁾. Por ello, no es de extrañar que el emisario del Ministerio de la Guerra, Martín Blázquez, protagonizara un tenso rifirrafe con Benedito, al tratar de imponer la línea política del Gobierno central en Valencia. Blázquez recuerda en sus memorias los reproches de Benedito respecto a la gestión del gobierno:

«El Gobierno siempre quería cosas de Valencia, y nunca daba cosas a cambio. Nuestra Columna de Hierro no puede tomar Teruel porque ustedes de manera egoísta, guardan todas las municiones para ustedes. Pero nosotros producimos nuestra munición sin preguntarles a ustedes nada. Vuelva a Madrid y dígame a Largo Caballero que ponga esto en su pipa y que se lo fume»⁽²³⁵⁾.

En cambio, el comunista José Antonio Uribes se mantuvo siempre dentro de la línea marcada por el Ministerio de Guerra del Gobierno central, con lo que su estrategia siempre se orientó hacia el desarrollo de una política de centralización y mando único que iba en claro detrimento de la independencia del CEP. Durante las primeras semanas del conflicto, Uribes dejaba clara su postura: «para reafirmar la victoria no bastaba

234. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 26.

235. Martín Blázquez, José, *I helped to build an army*, Londres, Secker and Warburg, 1938, pp. 227-228.

el entusiasmo [...] era necesaria la unidad de acción no distorsionada por iniciativas individuales»⁽²³⁶⁾. El CEP, ante las presiones del gobierno central decide crear el 7 de septiembre un nuevo organismo, las Milicias Populares Antifascistas de Valencia, ante el consentimiento de todas las organizaciones sindicales y políticas, incluida la CNT. Este proyecto recayó en la Delegación de Milicias, cuyo líder, Uribe, siempre defendió la necesidad de acción de todos los grupos y formaciones voluntarias. Estas milicias estarían conformadas por «integrantes de las milicias de partido o sindicato de entre 21 y 35 años, excepto las quintas de 1934 y 1935, previo aval del partido o del sindicato correspondiente»⁽²³⁷⁾. Parece ser que solamente reclutaron 1.000 voluntarios a los que instruyeron para ser técnicos de Artillería y demás armas de difícil manejo. Pese al apoyo del PCE y del Gobierno de Largo Caballero, la medida tuvo escaso éxito, probablemente relacionado con el poco interés de los partidos políticos y sindicatos en disolver sus milicias e integrarlas en una nueva formación, donde perderían el control sobre ellas. Las necesitaban para la revolución y preservar su influencia política y sindical. Con ello, queda patente que la política de la Delegación de Milicias iba encaminada «en dirección opuesta al momento, y sobre todo, al movimiento libertario, que pretendía limitar»⁽²³⁸⁾.

Conviene señalar, que no todos los milicianos ingresaban en las columnas movidos exclusivamente por el compromiso político. Tal y como hemos señalado con el testimonio de Ponce L.G., a veces la solución a los problemas económicos radicaba en alistarse a las milicias. El problema del paro era evidente y se había visto agudizado por la declaración de la huelga general. La distribución de armas y la difícil situación de necesidad conllevaron saqueos y abusos por todo el territorio valenciano por parte de milicianos que «no tenían recursos para mantenerse y continuar la lucha»⁽²³⁹⁾. El interés del CEP, era movilizar a todos esos hombres al frente, para así pacificar la retaguardia y eludir roces entre las distintas fuerzas políticas antifascistas y evitar debilitarse con antelación. Esta parecía la única solución real, ya que las sanciones consistían en la retirada de víveres, lo cual provocaba todavía más saqueos y actos violentos. El carnet del sindicato o del partido se había convertido en la gran garantía de aprovisionamiento, en un momento de desconfianza y zozobra. El CEP optó por el uso de vales acumulables que sólo podían canjearse por bienes de consumo, con lo que se pretendía acabar con la especulación y el acaparamiento. Pese a ello, sectores de la CNT y de otras fuerzas políticas criticaron el uso del vale por acabar siendo contraproducente⁽²⁴⁰⁾.

236. *La Correspondencia de Valencia*, 2-09-1936.

237. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 38.

238. *Ibid.*, p. 38.

239. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 32.

240. Comunicados, «Comité Ejecutivo Popular. Delegación de Milicias», *Fragua Social*, 29-09-1936, p. 4.

Por tanto, para reducir la presión en la retaguardia, las columnas de milicianos debían marchar al frente. La primera columna en salir al Frente de Teruel después de la fallida Casas-Sala, fue la Columna Torres-Benedito, conformada según Miquel Siguan por 2.000 militantes anarcosindicalistas y miembros de partidos valencianistas republicanos⁽²⁴¹⁾ junto con 1.000 soldados profesionales⁽²⁴²⁾. La columna tomaba su nombre de dos figuras clave; Domingo Torres, secretario del sindicato de transportes de la CNT y alcalde de Valencia durante parte de la guerra y José Benedito, Delegado de Guerra del CEP y militante nacionalista de Izquierda Valenciana. Los datos aportados por Eladi Mainar son muy similares, ya que contabiliza unos 2.335⁽²⁴³⁾ militantes voluntarios de la CNT, del POUM, de la UGT y del Partido Sindicalista de Ángel Pestaña, excentista que parece que contó, al igual que el partido republicano de Izquierda Valenciana, con su propio batallón, llamado Jaime Cubedo. De esta manera, la Columna expresaba su carácter unitario y deseo de ser expresión de todos los partidos políticos, incluidos los moderados republicanos y sindicatos, estos últimos, con mayor peso.

La columna se estructuraba a partir de Divisiones, que se subdividían en centurias conformadas por grupos de 25 milicianos, con un delegado responsable que «actuaba como comandante militar y jefe político»⁽²⁴⁴⁾, generalmente sin apenas instrucción militar. Por encima de estas divisiones se encontraba el Comité Central, dirigido por Domingo Torres y José Benedito. Al mismo tiempo, se formaron Divisiones algo más independientes, como la de Tronchoni, conocida también como la Columna Malatesta y Mirasol, «la Pitarch, conocida como la División Lenin, la Castellón, la Gandía, La Francisco Arín, y el grupo CNT 13, formado íntegramente por anarquistas»⁽²⁴⁵⁾.

Estos milicianos voluntarios convivieron con grupos de militares encuadrados en compañías y bien dirigidos por oficiales profesionales, que generalmente no fueron tenidos en cuenta a la hora de planificar las ofensivas. Nuevamente, Eladi Mainar contabiliza a 842 militares en esta columna, de los cuales 15 estaban representados en la Plana Mayor, otros 15 pertenecían a la Guardia Civil, 40 eran Carabineros, 261 hombres provenían de dos Compañías de Infantería del Regimiento Otumba nº 9, una Compañía de ametralladoras, una sección de morteros con 106 efectivos, 305 efectivos de Artillería, 60 hombres de Zapadores, 10 en Transmisiones y 30 en Sanidad Militar⁽²⁴⁶⁾.

241. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 29.

242. Siguan, Miquel, «Els Anarquistes valencians al front de Llevant», en *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià. La Guerra Civil espanyola*, Bosch Aurora, Saz Ismael y Girona Albert (cords.), Valencia, Universitat de València, 1982, p. 276.

243. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 55.

244. *Ibid.*, p. 53.

245. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 41.

246. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 41.

Por su parte, Abel Paz contabiliza 800 militares y 1800 voluntarios, con lo que el total de miembros se fijaría «en 2.600, que contaban con una batería, 16 ametralladoras, dos morteros de 81, dos del 50 y tres blindados»⁽²⁴⁷⁾.

La columna Torres-Benedito partió de Valencia dirección Castellón de la Plana, donde sus miembros recibieron someramente nociones básicas sobre la técnica, la logística y la disciplina militar. Tras esta breve parada, la expedición se dirigió hacia Teruel sin apenas enfrentamientos con el enemigo. Algunas de las localidades por las que pasaron fueron Fontanete, Villafranca del Cid y Cedrillas, donde si hubo un combate en el que parece que la columna se impuso con relativa sencillez. Seguidamente, pasaron por Corbalán y el curso del valle de Alfambra, donde algunos de sus combatientes fueron enterrados en el cementerio⁽²⁴⁸⁾. Finalmente, se asentaron en Valdecebro, donde se paralizó el frente durante meses, situación análoga a la del resto de columnas, que vieron como los meses pasaban y no llegaban materiales de guerra, la moral de los milicianos se minaba cada vez más y el frío y el hambre debilitaba su salud. Pese a ello, no les faltó dinamismo y lograron poner en marcha desde el frente su propia publicación llamada *Victoria*, desde donde daban aliento a los milicianos e informaban de todo lo sucedido en el frente. Como veremos más adelante, la columna participará junto con la mayoría de columnas valencianas en la gran ofensiva de diciembre de 1936, sin grandes resultados.

La columna más numerosa, la Eixea-Uribes partió hacia el frente de Teruel en septiembre de 1936. Esta estaba conformada por militares y oficiales, junto con militantes ugetistas, socialistas, comunistas y pequeños grupos del POUM, unos 164 voluntarios, lo que haría un total de 3.000 hombres⁽²⁴⁹⁾, cifra alejada de los 6.000 señalados por Ramón Salas⁽²⁵⁰⁾. Como asesores militares, contaban con el comandante de Infantería José Pérez Martínez, que fue sustituido por el teniente coronel Eixea⁽²⁵¹⁾, quién le dio nombre a la columna junto con el diputado del Partido Comunista, José Antonio Uribe, dirigente de la Delegación de Milicias del CEP. El enorme peso de la militancia comunista en esta columna estaba en consonancia con su planteamiento y dirección: el mando único, la centralización y la disciplina militar. En octubre de 1936 parece que sus números aumentaron ligeramente a «3.192 milicianos encuadrados en grupos o

247. Paz, Abel...op.cit., p. 46.

248. Alfonso Casas, Ologaray, «Guerra Civil en la Comarca de Teruel»...op.cit., p. 171.

249. Siguan, Miquel...op.cit., p. 276.

250. Salas, Ramón...op.cit., p. 309.

251. *Ibid.*, p. 309.

batallones sin una estructura militar clara»⁽²⁵²⁾, entre los que destacaban batallones como la Germanía, con 554 miembros, el Pablo Iglesias, con 383, el grupo Valencia, con 718 y el Juan Marco, con 468, todos ellos vinculados al Partido Comunista y favorables al asesoramiento soviético y a la aparición de los comisarios políticos. Además, conocemos que la columna contaba con 1.200 voluntarios de reserva reunidos en Jérica»⁽²⁵³⁾.

En relación con la presencia militar en la columna, Eladi Mainar señala la presencia de 950 efectivos⁽²⁵⁴⁾ por los 850 soldados que cifra Abel Paz. La columna contaba con una sección de Caballería de 26 hombres, 3 Compañías del regimiento Otumba nº 9, 157 artilleros, 56 zapadores, 26 hombres pertenecientes a la sección de Sanidad y 144 de Intendencia. Era de las pocas columnas con una fuerte presencia de artilleros con los que hacer buen uso de las piezas con las que contaban: «una batería de artillería de 7,5, dos ametralladoras, cinco morteros de 81mm, diez de 50 y dos tanques blindados»⁽²⁵⁵⁾. Abel Paz señala que realmente se trataba de «dos morteros de 50mm y tres blindados»⁽²⁵⁶⁾. La columna fue creciendo e integrando a otras, como la Columna del Rosal. A medida que va avanzando por Albarracín, recibió la ayuda de más fuerzas a modo de refuerzo, como la 22ª Brigada Mixta y la XIII Brigada Internacional⁽²⁵⁷⁾.

La columna tenía el objetivo de mantener la vigilancia entre Teruel y Valencia desde el Rincón de Ademuz y Alpuente. Para ello, había sido estructurada de manera acelerada, con cierta provisionalidad e inocencia, lo que se tradujo al poco tiempo en quintacolumnistas o infiltrados, que no tardaron en cambiar de bando. Es el caso del capitán del Estado Mayor de Valencia, Francisco Frígola, colaborador de Barba y Carrasco durante la conspiración. Frígola fue destinado a la columna cuando el general Miaja se hizo cargo brevemente del mando de la III División, una decisión temeraria, ya que se hizo sin esperar los informes que aclararan la situación de Frígola durante la rebelión. Su traición fue un duro golpe, no sólo para la columna Eixea-Uribes, sino para el resto también, ya que acabó revelando la posición, composición y recursos de las columnas que se situaban en el frente de Teruel.

Otra de las columnas que partió hacia el frente de Teruel fue la Columna Peire, comandada por el teniente coronel Primitivo Peire Cabaleiro, comandante de la guarni-

252. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 43.

253. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 56.

254. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...*op.cit.*, p. 55.

255. *Ibid.*, p. 43.

256. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 53.

257. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 40.

ción de Castellón de la Plana que había estado bajo las órdenes de Míaja en el frente andaluz. Se le encomendó la formación de una columna compuesta mayoritariamente por militares. Esta columna, partió al frente desde la estación de Valencia y pasó por localidades como Salinas del Manzano, Salvacañete, Cañete, Ademuz, para situarse entre Alfambra y Perales de Alfambra. La columna estaba conformada en sus inicios por 700 hombres, una batería y ocho ametralladoras ⁽²⁵⁸⁾. Eladi Mainar señala que la columna estaba formada por «un fuerte grupo de militares» ⁽²⁵⁹⁾, cuya base radicaba en el cuartel de ametralladores de la capital castellanense. Su naturaleza militar, implicaba una mayor profesionalización, disciplina e instrucción, además de que contaron con mejor armamento en comparación con el resto de columnas, aunque compartía con estas la falta de artillería.

Con el tiempo, su composición se fue diversificando, con lo que dejó de ser homogénea para dar paso a la incorporación de milicianos del POUM, de Esquerra Republicana y del Partido Comunista. A finales de 1936, la columna había crecido considerablemente, con lo que llegó a tener 2.000 hombres en el frente ⁽²⁶⁰⁾ y 1.100 voluntarios de reserva en Jérica. Su heterogénea composición conllevó disputas y tensiones internas entre aquellos poumistas castellanenses que defendían proyectos colectivizadores y aquellos que se oponían a las medidas revolucionarias. A finales de octubre de 1936, la columna emprendió una remodelación con la que los militares apuntalaron su dominio y buscaron controlar a la minoría revolucionaria. En este proceso, la columna pasó a estar dirigida por el comandante Serrano, favorable a la militarización, y también participó en la ofensiva de diciembre de 1936 sobre Teruel. Al poco tiempo, se incorporaron también pequeñas columnas como la Iberia, la Chola, la Temple y Rebeldía y la CNT 13 -promovida por el Comité de Defensa de la CNT-, en conexión con el resto.

La columna Iberia, se formó por iniciativa de militantes anarcosindicalistas valencianos, que adoptaron también la estructura de centurias, bajo la dirección de un Comité de Guerra dirigido por Vicente Sanchís, Modesto Mameli y José Padilla. Poco después, se integró en la Columna Torres-Benedito. En un inicio, se estableció en el Frente Central y posteriormente en el Frente de Teruel. Esta columna contó con servicios propios de abastecimiento y sanitarios mediante un hospital de campaña con 72 camas. Su tardía incorporación imposibilitó su participación en la ofensiva de finales de 1936 y pese a su carácter anarcosindicalista, parece que no pusieron serias pegas a la posterior militarización.

La columna Temple y Rebeldía tomó su nombre de la obra teatral que Ernesto Ordaz

258. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 46.

259. *Ibid.*, p. 29.

260. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 56.

que dedicó a la FAI⁽²⁶¹⁾. En un principio, se trataba de una centuria que se nutrió de voluntarios en Burjassot y fue enviada a Teruel. Su creación corrió a cargo de militantes anarquistas muy a finales de 1936 y participaron en la ofensiva de Navidad del mismo año, en un momento de desánimo y desmoralización en el frente.

Otra de las creaciones tardías que corrió a cargo de la Delegación de Milicias del CEP, fue la Columna la Chola, allá por noviembre de 1936. Con este nombre se trataba de rendir homenaje a la hija muerta de un militar, que había servido en Sigüenza como enfermera⁽²⁶²⁾. Su intervención en el frente fue discreta.

Buena parte de estas columnas, destacaron por su autonomía respecto al gobierno central y por su oposición, en diferentes, grados a la militarización. Por ello, no es de extrañar que el gobierno central mandara como su representante a una fuerza de confianza a un frente tan atípico y alejado de su control, como era el de Teruel. La 22ª Brigada Mixta llegó a Teruel bajo el mando del comunista Francisco Galán y como veremos posteriormente, trató de demostrar y convencer al resto de columnas sobre las ventajas de la disciplina, el mando único y la militarización. La XIII Brigada Internacional también fue destinada al Frente de Teruel y participó en la ofensiva de finales de 1936.

Finalmente, de la que más se ha escrito, la columna más afamada, la que más sobresalió en el imaginario popular y sin duda, la que causó mayor polémica es la Columna de Hierro, por lo que le prestaremos especial atención. Esta columna pasó a la historia por su defensa a ultranza de la revolución y como paradigma y modelo de la milicia confederal anarcosindicalista. Sin duda, sus resistencias a la militarización y su aureola revolucionaria la convirtieron en un símbolo de una manera diferente de hacer la guerra, que muchos años después sus miembros continuaron defendiendo. La Columna de Hierro pretendía conseguir paralelamente, allí por donde pasaba, la guerra y la revolución como una manera de derrotar al enemigo y emancipar a la humanidad. Su radicalismo queda explicitado en el testimonio de Roque Santamaría, secretario del sindicato de barberos de Valencia. Este fue enviado a Liria para organizar aquella zona, pero al volver a Valencia en agosto, decidió unirse a la columna de Hierro, en un grupo donde todos eran menores de 25 años⁽²⁶³⁾. En su relato, deja claro que la Columna de Hierro se nutrió de los individuos más extremistas de la CNT-FAI, mientras que la columna Torres-Benedito pasó a incorporar a los sectores más moderados y reformistas que protagonizaron la escisión de la CNT de 1932-1933.

261. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 57.

262. El Comité de la Columna Chola, «¡¡Cobardes!!¡¡ Asesinos!!», *Fragua Social*, 24-08-1936, p. 10.

263. Paz, Abel...op.cit., p. 38.

La Columna de Hierro: El Paradigma Revolucionario

La fundación de la columna se fija en el 6 de agosto de 1936 tras el llamamiento realizado por la CNT y la UGT para formar una columna en el convento de las Salesas recientemente ocupado por una serie de grupos anarquistas «que participaban de tareas de descubrimiento y confiscación de edificios religiosos a finales de julio de 1936»⁽²⁶⁴⁾. Este convento se convirtió en un centro de reclutamiento de voluntarios y de movilización de la columna, donde se les dio, según Vicente P.G., la oportunidad a las religiosas propietarias de quedarse como enfermeras o de irse a sus casas. Sus impulsores fueron José Segarra y José y Pedro Pellicer, figuras clave en el frente a la hora de dirigir y mantener los ideales revolucionarios entre los milicianos de la columna, sobre todo tras la muerte del primer gran líder, Rafael Martí, conocido popularmente como Pancho Villa, antiguo operador de máquinas cinematográficas en un cine de Alcoy.

En cuanto a José Pellicer, conocemos que nació en el Grao de Valencia, en una familia bienestante y católica, cuya cabeza de familia, su padre, se dedicaba al comercio de vinos. Tras cursar sus estudios en un colegio de jesuitas, ingresó en la CNT en 1932. Su vida estuvo marcada desde ese momento por la lucha social y la defensa de la revolución, lo que le conllevó graves problemas. Tras la huelga de 1934, fue detenido y condenado a marchar a Villa Cisneros, ciudad ubicada en el Sahara a la que condenaban a muchos presos, aunque el azar quiso que finalmente lo mantuvieran en Valencia. Su trayectoria vital estuvo repleta de repetidas detenciones y condenas, hasta que se enroló en la columna y alcanzó puestos de mando en el Comité de Guerra, además de dirigir la centuria *Higiene y Aseo*. Su posición política le aproximaba a la FAI, cuyos militantes encontraron en la Columna de Hierro un espacio idóneo, desde donde llevar a cabo la revolución libertaria. En cuanto a su hermano Pedro, su perfil sindical y político no estaba tan claramente definido durante la II República, aunque siempre se mantuvo próximo a la CNT-FAI. Durante la guerra, se hizo cargo de las oficinas de reclutamiento de la columna, además de hacerse cargo de la propaganda en la retaguardia. Sin duda, su carisma y presencia en la columna debió ser mucho menor que la de su hermano.

La sede de la columna se situó en la calle Alboraya, según Vicente P.G.:

«Se da la consiga desde el Sindicato de la Construcción y se coge como base el convento de las Salesas. Ahí se concentró la organización en la cual al frente está mi hermano el mayor. Allí se hacen ficheros, se hace de todo y se aprende a disparar. El convento tenía gruesos muros de piedra, con los fusiles que llevaba la guardia,

264. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 50.

con un sable largo que tenía un retroceso bestial... “Esta carga así y esta carga allá”. El que más sabía disparar era con una escopeta. Bueno y en los ficheros para la administración ¿Qué crees?, ¿a quién se puso?, a gente capacitada, no podías poner a un albañil o a un peón porque no sabía hacer la o con un canuto, se puso a seminaristas que eran jóvenes.

Desde los primeros días, la prensa informaba de que los organizadores pretendían congrega a 10.000 hombres, pero probablemente debido a la falta de armas y de transporte, la columna, no tuvo más remedio que restringir el alistamiento al alcanzar los 3.000 integrantes, lo que provocó enfados entre la militancia obrera. Todo ello, a pesar de conseguir 12.000 inscritos⁽²⁶⁵⁾. Burnett Bolloten también cifra el número de miembros en 3.000⁽²⁶⁶⁾. Abel Paz asevera que la columna contaba en sus primeros compases con 600 militares y 1600 milicianos voluntarios, lo que hacían un total de 2.200⁽²⁶⁷⁾ hombres, asesorados por el capitán de Infantería Miguel Ferrer Canet y el teniente Ramírez Rull⁽²⁶⁸⁾. En ese sentido, Mainar considera que por octubre de 1936, la presencia de militares en la columna pasó de 600 a 800; «50 carabineros, 469 efectivos del Regimiento Otumba, 142 soldados de Artillería, 36 de Zapadores y 19 de Sanidad»⁽²⁶⁹⁾. A sus recursos humanos se le deben sumar los materiales de guerra, especialmente dos ametralladoras, una batería, cinco morteros de 81mm, dos de 50 mm y dos tanques blindados. Hugh Thomas afirma que la columna estaba compuesta por 24.000 milicianos⁽²⁷⁰⁾, cifra absolutamente exagerada. Por su parte, Eladi Mainar⁽²⁷¹⁾ considera que debieron de conformarse una veintena de centurias, cada una de 110 hombres aproximadamente, lo que harían un total de 3.000 efectivos, cifra que coincide con las declaraciones de José Pellicer en el Pleno de Regionales de 1937.

Según Elías Manzanera, exmiliciano de la columna, la edad de los milicianos oscilaba entre los 22 y 26 años y se trataba mayormente de jóvenes comprometidos con el ideal. «Eran valientes e intrépidos, cargados de arrojo y de fe en sus ideas manumisoras»⁽²⁷²⁾. La mayoría de sus miembros poco tenían que ver con el mundo militar. Generalmente eran obreros de la construcción, barberos, carpinteros, impresores, jornaleros agrícolas, portuarios y metalúrgicos, entre los que destacan los del Puerto de Sagunto, de hecho, el nombre Columna de Hierro hace alusión a la siderurgia.

265. Paz, Abel...op.cit., p. 39.

266. Bolloten, Burnett, *La Guerra Civil Española: Revolución y Contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989, pp. 525-535.

267. Paz, Abel...op.cit., p. 46.

268. Salas Ramón...op.cit., p. 309.

269. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 59.

270. Thomas, Hugh, *La Guerra Civil, 1936-1939*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

271. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 54.

272. Manzanera, Elías...op.cit., p. 14.

La columna, en un inicio se estructuraba a partir de grupos de 10 hombres, conocidos como decurias, que a su vez al agruparse 10 de ellas, formaban una centuria. La organización interna era muy similar a la existente en la CNT. Cada grupo designaba un delegado y entre estos se elegía un delegado de centuria en contacto directo con el Comité de Guerra. Como aspecto singular, la Columna de Hierro eliminó la agrupación, es decir, la unión de cinco centurias, que estaba muy presente en el resto de columnas, con el fin de facilitar la práctica de la democracia directa, siguiendo siempre los postulados anarcosindicalistas. Su fe en la revolución, sin duda, dificultó sus relaciones con los militares que formaban parte de la columna. Vicente P. G. recuerda el papel necesario que desempeñaban los oficiales y soldados a la hora de manejar la artillería, al igual que los oficiales de infantería, que no dudaron en colaborar:

«Muchos oficiales de infantería... pues quisieron enseñar a disparar, a defenderse, de todo, menos la instrucción y el saludo al que nos negábamos, ¿comprendes? y ya te digo, colaboraron pero voluntariamente, no porque le pusieras la pistola, eso es falso»⁽²⁷³⁾.

La mayoría de miembros de la columna, se oponían al papel de los oficiales y detestaban la idiosincrasia militar, lo cual no fue óbice para que la UGT y la CNT entendieran la necesidad de la presencia de militares en el frente para orientar a los inexpertos milicianos, ante un rival profesionalizado y poderoso.

Las primeras 8 centurias marcharon por la carretera de Sagunto el 8 de agosto, hacia el Frente de Teruel, conscientes del trágico final de la columna de Casas-Sala. El resquemor y el miedo reinante hacia la Guardia Civil y los militares se encontraban en el ambiente, gracias a la transmisión del relato de los que lograron escapar. Además, las dificultades logísticas afectaron a la correcta marcha de la columna. La primera de las dificultades, fue la huelga de obreros ferroviarios con motivo de la pérdida de salarios, lo que dificultó la movilidad en tren, aspecto que se resolvió posteriormente. Del mismo modo, el transporte hacia Teruel se había complicado con la destrucción del puente de Mora de Rubielos, por donde pasaba el ferrocarril⁽²⁷⁴⁾, con lo que el viaje en tren quedaba prácticamente relegado, aunque, según el testimonio escrito de Elías Manzanera miembro de la columna, en torno a 150 milicianos lograron salir hacia Barracas en tren⁽²⁷⁵⁾, para al día siguiente continuar a pie hasta Sarrión. La noticia de

273. Entrevista a Vicente P. G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 13.

274. Paz, Abel...op.cit., p. 42.

275. Manzanera, Elías...op.cit., p. 18.

milicianos avanzando bajo la dirección de un comandante y cuatro oficiales también aparece el 10 de agosto de 1936 en el diario *Correspondencia de Valencia*, con lo que la información prestada por Manzanera parece acertada. La opción de marchar en automóviles también resultaba una odisea. Los problemas para obtener gasolina eran enormes, más si cabe, si tenemos en cuenta la situación de Madrid, ciudad que demandaba en torno a 150.000 litros diarios de combustible⁽²⁷⁶⁾. A ello, se le debe sumar el derroche y el mal uso de los camiones de combustible como con los que se hicieron en algunas columnas. De hecho, desde la prensa se informa de que la Columna de Hierro, el 22 de agosto se mantuvo detenida por 24 horas a la espera de la llegada de camiones y autobuses⁽²⁷⁷⁾.

A los problemas de transporte se unían los logísticos y armamentísticos. Las columnas habían salido de Valencia de manera apresurada, mal equipadas, sin apenas armamento, ni víveres y sin las condiciones necesarias para luchar en un terreno montañoso y difícil que no conocían, con temperaturas extremas que llegaron a su punto álgido en invierno. Para evitar los envíos precipitados de milicianos al frente, el CEP comenzó a exigir el aviso de la salida al frente de las columnas con 48 horas de antelación. Debido a la espontaneidad y al ritmo acelerado de los acontecimientos, muchos milicianos no llevaban más que «camisetas, pantalones y alpargatas»⁽²⁷⁸⁾, por lo que la improvisación les hizo pasar frío y penurias a su llegada a Teruel. En ese sentido, Enrique M.N., como miembro de la columna nos muestra la práctica a la que recurrían los milicianos para combatir el invierno en el frente:

«La Columna de Hierro se había ganado muy mala fama, pero muchos de los desafueros que se les atribuyen a la Columna de Hierro, de robos y de otras cosas no eran tales, sino que simplemente, como milicianos en la trinchera, se encontraban con la misma ropa que llevaban de casa y de abrigo ninguna. ¿Y entonces los milicianos qué hacían?, ¿La Columna qué hacía? Destinaba una centuria a Valencia con la misión de entrar en los teatros y cines valencianos, encender la luz e ir pasillo por pasillo entre las butacas y todos los abrigos que veían los cogían y les decían al dueño, “¿Tú quieres seguir gastándolo?”, «Sí», “Pues vente conmigo a la columna... ¿No quieres venirte a la columna? Entonces me lo llevo para que se lo ponga un miliciano”. Y los atracos que hizo de joyas, fueron atracos que luego se entregaba la mercancía al Comité Rector, que venía a

276. Smyth, Terence...op.cit., p. 39.

277. Enviados especiales, «Información del Frente de Teruel», *Fragua Social*, 27-08-1936, p. 5.

278. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 52.

ser lo que es el Gobierno Civil, es decir, que para uso particular o uso personal no se hizo ninguna de esas cosas. Sin embargo, en la propaganda se le han achacado todas las fechorías para machacarnos totalmente»⁽²⁷⁹⁾.

El frente de Teruel era un frente semicircular de setenta a noventa kilómetros, donde la Columna de Hierro se encontró con la Torres-Benedito, la 13 formada por militantes de la CNT, la Eixea-Uribes, la Columna Segorbe, la Matteoti, la Peire y una columna catalana. Todas ellas formaban un círculo en torno a Teruel con la intención de concentrar fuerzas para hacerla caer, pero los ataques conjuntos no abundaron. La autonomía de las columnas libertarias dificultó enormemente un plan de acción coordinado. El resto de columnas compartían la misma situación que la Columna de Hierro, el empuje y entusiasmo popular había movilizadado a los milicianos, pero el aprovisionamiento de víveres y armas no lograba agilizarse. De hecho, de la Columna de Hierro, salieron escasamente armadas entre 12 o 14 centurias, el resto tuvieron que arrebatarlas de las manos al enemigo. Esta situación se vivió como un sabotaje por parte del gobierno, que mantuvo desarmada a buena parte de la columna de Hierro y de la columna Torres-Benedito. La llegada de las columnas coincidió con el momento de mayor represión en tierras turolenses, cuando se llevaron a cabo los fusilamientos de la plaza del Torico o los de Pozos de Caudé⁽²⁸⁰⁾. En aquellos actos, perdieron la vida las principales autoridades republicanas y sindicalistas, al igual que muchos ciudadanos de inclinación izquierdista.

Como ya hicieron sus predecesores franceses en 1789, antes de partir al frente, la Columna de Hierro inició su política revolucionaria asaltando el símbolo del poder y de opresión, la cárcel. Los milicianos visitaron la prisión de San Miguel de los Reyes y liberaron a los presos comunes. Elías Manzanera, defiende la incorporación de muchos de los exconvictos a la columna, que eran inscritos por los delegados en función de su comportamiento recto y honrado en el Penal: «Eran compañeros de suma confianza para nosotros»⁽²⁸¹⁾. Abel Paz asocia el episodio de abrir las puertas del Penal de San Miguel de los Reyes a un pequeño grupo de milicianos que no encontraron resistencia alguna⁽²⁸²⁾. Para los militantes anarquistas que conformaban la columna, la prisión estaba repleta de compañeros, que habían cometido crímenes sociales empujados por el régimen burgués. Por esta razón, la liberación de los presos tenía un componente simbólico muy atractivo: acabar con el sistema y liberarse de la reacción punitiva. La

279. Entrevista a Enrique M. N., Sig.FSV 053...op.cit., pp. 112-113.

280. Alfonso Casas Ologaray, «Guerra Civil en la Comarca de Teruel»...op.cit., p. 172.

281. Manzanera, Elías...op.cit., p. 14.

282. Paz, Abel...op.cit., p. 39.

columna podía ser un nuevo inicio para los considerados presos del capitalismo: «Si las prisiones les habían hecho el desprecio de la sociedad, nosotros les damos la libertad y la ocasión de rehabilitarse»⁽²⁸³⁾.

Según la prensa anarquista, los expresidarios tuvieron una actitud irreprochable y nutrieron al Comité de Guerra con piezas de valor requisadas, tales como piezas de arte y joyas⁽²⁸⁴⁾. Mientras que desde el PCE y las diversas fuerzas republicanas se les criticó duramente. Desde el órgano del Partido Comunista, el diario *La Verdad*, se les definía como una banda de asesinos y ladrones, generalmente asociados a los desmanes, saqueos y asesinatos que se vivieron durante los primeros meses de guerra en la retaguardia valenciana. Según el hispanista B.Bolloten, «estos expenados pronto llevaron el oprobio a la Columna de Hierro; aunque algunos decidieron abrazar los ideales anarquistas, la inmensa mayoría no eran sino criminales que no habían experimentado ningún cambio»⁽²⁸⁵⁾. Sin duda, esa representación es la que se ha mantenido con más peso en la memoria colectiva de los valencianos. La liberación de presos, la quema de los registros de la propiedad y del juzgado como acción purificadora, el asalto a algunas iglesias y el ataque a la propiedad privada y a los símbolos de poder⁽²⁸⁶⁾, sin duda fueron expresiones revolucionarias del cambio que se anhelaba conseguir y que los milicianos en armas podían lograr. Para muchos valencianos, era el momento de construir una nueva sociedad más justa e igualitaria.

283. Mainar Cabanes, Eladi. *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 58.

284. *El Mercantil Valenciano*, 15-08-1936.

285. Bolloten, Burnett, *El gran engaño*, Barcelona, Luis de Caralt, 1961, p 275.

286. Siguan, Miquel...*op.cit.*, p. 275.

Ilustraciones



Entierro de un capitán en el cementerio del frente de Teruel. Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu – Col.lecció: BV Fondo gráfico – Ubicació: BFZ – Signatura: Fzas/1-15 Serie O.



Estados mayores de estrategia. Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu – Col.lecció: BV Fondo gráfico – Ubicació: BFZ – Signatura: Fzas/55-60 Serie D.



Voluntarios alistándose en el Cuartel General de Milicias Populares «Fernando Condés» -en la reconvertida iglesia de San Diego de Cartagena- durante los primeros días de la guerra civil española. Fecha: 23 de julio de 1936. Autor: Desconocido. Fuente: Archivo General de la Administración, Ministerio de Cultura.



Tropas republicanas en la campaña de Mallorca.
Fecha: 5 de agosto de 1936. Autor: Desconocido. Fuente: Mundo Historia.



Soldados republicanos en el Frente de Teruel. Fecha: junio de 1937. Autor: Gerda Taro.
Fuente: https://www.nytimes.com/slideshow/2007/09/21/arts/20070922_TARO_SLIDESHOW_7.html.

Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil



Republicanos en la Batalla de Teruel. Fecha: 1937-1938. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Artillería republicana. Fecha: octubre de 1937.
Autor: Concern Illustrated Daily Courier - Archivo de ilustraciones. Fuente: Narodowe Archiwum Cyfrowe, Polonia.



Voluntario abatido. Fecha: 1937. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Milicianos del General Miaja escribiendo cartas. Fecha: 1937. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil



Los soldados republicanos con un soldado en una camilla en Navacerrada. Fecha: 1937. Autor: Gerda Taro.
Fuente: https://www.nytimes.com/slideshow/2007/09/21/arts/20070922_TARO_SLIDESHOW_9.html



Guerra en España: nuestro ataque dará comienzo a las 22:43 del día h. Soldados republicanos en el frente.
Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Foto empleada como portada. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu –
Colección: BV Fondo gráfico, Estados mayores de estrategia (1a línea) – Ubicación: BFZ – Signatura: Fzas/61-80 Serie D.

Capítulo 4

Los Milicianos en el frente. Entre la Guerra y la Revolución

El primer paso de la Columna de Hierro, fue detenerse en Segorbe, como habían hecho el resto de las columnas para abastecerse y recibir cierta instrucción militar. Seguidamente, partieron hasta Sarrión, donde tuvo lugar el primer combate en el que la dirección y los consejos de los oficiales regulares del ejército fueron cruciales. Los defensores de Teruel no se mantuvieron pasivos, también conformaron columnas, que se desplegaron estratégicamente por el territorio. La columna de Aguado avanzó por la carretera de Valencia y la de Pérez del Hoyo se dirigió a Mora de Rubielos, desde donde poder envolver a la localidad de Sarrión por su parte norte. El 12 de agosto, ambas columnas entablaron combate con la Columna de Hierro. La columna de Aguado se encontraba en inferioridad numérica, por ello, cuando los milicianos valencianos fueron conscientes de su desventaja, intensificaron los ataques por este flanco.

Elías Manzanera, como exmiembro de la columna, escribió su versión de la batalla: La llegada a la Sarrión se produjo a las 18:00 horas, momento en el que se reencontraron los recién llegados con los compañeros que se habían adelantado. Entre estos último, se encontraba el grupo de Sagunto liderado por Rufino, que, tras la alerta de los vecinos, emprendió los preparativos defensivos. El ataque sorpresa de los rebeldes se produjo a las 02:00 horas, cuando varios compañeros, mientras hacían guardia, detectaron un camión proveniente de Teruel con las luces apagadas. La primera reacción, sin dar tiempo al parlamento, fue iniciar un tiroteo que se saldó con la huida de los guardias civiles y la incautación del camión: «Cuando el enemigo acecha, lo conveniente es recibirlo como merece, devolviendo golpe por golpe [...] La guerra se hace por las bravas, o no se hace de ninguna manera»⁽²⁸⁷⁾.

287. Manzanera, Elías...op.cit., p. 19.

A la mañana siguiente, tras haber tomado un supuesto destartalado palacete, Manzanera y sus compañeros se ven sorprendidos por la artillería y las ametralladoras enemigas. La Columna de Hierro contaba con dos ametralladoras con las que defenderse, manejadas por el sargento Montola y por Araico. La lucha debió de ser encarnizada e incluso se llegó al cuerpo a cuerpo, ante un enemigo que resistía frente al ímpetu arrollador de los jóvenes milicianos. La victoria vino marcada por la debilidad del flanco izquierdo de los rebeldes, que ofrecía menos resistencia. Al penetrar por ese resquicio, los milicianos pudieron acorralar al enemigo por ambos flancos, provocando su huida. La columna se enfrentó a un total de 400 rebeldes que defendían la posición y logró abatir a sus líderes, el comandante Aguado y a Pérez del Hoyo, lo cual sin duda debió de ser clave a la hora de provocar la retirada enemiga.

El relato de Vicente P.G. sobre la ofensiva de Sarrión nos aporta detalles que nos permiten conocer un poco mejor la vivencia en el frente. Lo primero que recuerda es que la primera batalla se produjo en Sarrión, en un alto que resultaba difícil de subir:

«En lo alto estaba el enemigo. Nosotros como técnica militar no teníamos, por lógica entendimos que había que rodearles, porque subir el repecho de frente era imposible, te mataban. Entonces, habían terminado la siega del trigo y estaban las gavillas a montones para ir las caballerías a retirarlas, con ello nos cubríamos».

En su testimonio, la batalla también se resolvió por los flancos: «Los rodeamos, pero al rodearlos unos cayeron al río, otros lograron salir y continuar la batalla».

El valor y el arrojo de los milicianos voluntarios valencianos, que poco tenían que ver con un ejército profesional fue enorme, pero sin duda fue el apoyo aéreo de la República lo que permitió que la columna pudiera tomar Sarrión y hacer huir a los rebeldes. La batalla se saldó con 43 enemigos muertos y 27 heridos, 4 de ellos graves, el resto fueron perseguidos por la aviación republicana, que pudo detectar entre 20 y 30 camiones enemigos y bombardear la zona⁽²⁸⁸⁾. Del mismo modo, la columna se hizo con dos camiones, dos vehículos, seis ametralladoras, cincuenta fusiles y cincuenta pistolas⁽²⁸⁹⁾. Por su parte, Elías Manzanera habla de 19 heridos trasladados a Valencia en camión y un balance de 93 muertos rebeldes, mientras que la columna sufrió 7

288. Smyth, Terence...op.cit., p. 44.

289. Paz, Abel...op.cit., p. 42.

bajas y 37 heridos tras cinco horas de combate.⁽²⁹⁰⁾ Los muertos se encontraban por todas partes, lo cual generó problemáticas que se solucionaron vía incineración. En palabras de Amadeo Casares, miembro de la columna: «En un montón quemamos los cadáveres de los guardias civiles»⁽²⁹¹⁾.

Esta victoria llenó de euforia a los milicianos, quiénes tenían como ya hemos referido un doble objetivo: Ganar la guerra y hacer la revolución. En cuanto al primero, según las declaraciones de José Benedito, Delegado de Guerra del CEP, «la toma de Sarrión impidió al enemigo volar el puente del ferrocarril de Albentosa»⁽²⁹²⁾, entre Barracas y Sarrión, lo cual hubiese detenido el avance de las columnas por el territorio turolense. La victoria y la sensación de avance alimentaron el ímpetu de los milicianos, tanto que el propio Elías Manzanera escribió: «si hubiésemos dispuesto de transporte, el asalto a Teruel estaba a nuestro alcance»⁽²⁹³⁾. La problemática del transporte fue una constante en el frente.

En cuanto al segundo objetivo, tras la batalla, los milicianos declararon el comunismo libertario en Sarrión y enviaron a un grupo, conocido como la guerrilla Drácula, a Mora de Rubielos, donde también instauraron el comunismo libertario sin esperar las órdenes del Comité de Guerra⁽²⁹⁴⁾. En Sarrión, los milicianos incautaron «la fábrica de harina *La Valenciana*»⁽²⁹⁵⁾, teóricamente en colaboración con sus propietarios y también se constituyó «una comuna, que agrupó a 14 familiar próximas a la FAI y que tan sólo se mantuvo por un año»⁽²⁹⁶⁾. Muchos milicianos habían sido campesinos durante toda su vida, por ello, no es de extrañar que algunos de ellos a la vez que luchaban en el frente, se dedicaran en Sarrión y en otras localidades a ayudar en las tareas de recogida de cosechas⁽²⁹⁷⁾.

Asimismo, los milicianos requisaron un molino para producir harina y parece ser que los lugareños compartieron sus alimentos con ellos. Del mismo modo, los milicianos además de fundar una nueva biblioteca, repararon la escuela y donaron libros. La prensa confederal narró la expedición a Mora de Rubielos, por lo que conocemos cómo los milicianos se reunieron en asamblea con los lugareños y proclamaron el comunismo libertario. Así se anunció el 18 de agosto de 1936:

290. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 44.

291. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 68.

292. *La Correspondencia de Valencia*, 13-08-1936.

293. Manzanera, Elías...*op.cit.*, p. 19.

294. Jiménez, Raimundo, «Aragón para el comunismo libertario», *Fragua Social*, 30-08-1936, p. 5.

295. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 56.

296. Girona Rubio, Manuel...*op.cit.*, p. 48.

297. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 56.

«Todo el personal del pueblo, hombres y mujeres, se pondrán al servicio de los camaradas delegados armados para el servicio de la Comunidad, procurando traer todo lo de utilidad al castillo. Todo aquel que precise alguna cosa, será atendido. Queda abolido el dinero y proclamado el Comunismo Libertario en este pueblo»⁽²⁹⁸⁾.

El pueblo se encontraba en una difícil situación. Al inicio de la guerra, los elementos de izquierda se vieron obligados a huir para salvar su vida, pero tras la llegada de los milicianos, los derechistas comenzaron a desaparecer. La columna se dedicó a «requisar las casas de los onerosos. Casas ricas en decoración con bodegas bien surtidas»⁽²⁹⁹⁾, lo que era entendido como un elemento superfluo y un lujo innecesario. El castillo se reconvirtió en depósito para los víveres y en el centro de la distribución de los recursos. Allí cada uno llevaba «lo que podía y tomaba lo necesario»⁽³⁰⁰⁾. De nuevo, los milicianos integraron al personal religioso, en este caso cinco monjas para que ayudaran en las tareas de administración y de educación. Sus nombres eran: «Trinidad Prats, de Benicolet; Teresa Tortajada, de Villar del Arzobispo; Rosario Llopis, de Beniarrés; Catalina Furió, de Verge y María Tormo, de Montesa»⁽³⁰¹⁾. Estas, en un primer momento intentaron huir, pero permanecieron en la localidad tras ser convencidas por los milicianos, quienes parece que se esforzaron en darles un buen trato. Abel Paz llega a afirmar que los miembros de la columna contactaban con sus familiares para comunicarles, que estas se encontraban bien.

Los milicianos afirmaban que la convivencia era buena y que las monjas habían visto «de que eran capaces los hombres que habían empuñado las armas para abrir un camino a la vida»⁽³⁰²⁾. A través de estas declaraciones, la Columna de Hierro pretendía realizar una contrarréplica a la campaña de difamación y desprestigio que se había iniciado contra ella. Con lo que trataban de demostrar que no eran una fuerza de ocupación militar que sometía tiránicamente a la población. Su inspiración anarquista los diferenciaba del resto de columnas, con lo que su misión de transformación social y económica se convertía en un elemento central de su razón de ser. Pese a su discurso de no sometimiento de las poblaciones, a su paso brotaban las colectividades, se abo- lía el dinero y la propiedad privada, lo cual, sin duda alguna, solo pudo hacerse a través de la violencia y la imposición. En palabras de Abel Paz:

298. El Comité, Mora de Rubielos, 18-8-1936, en Smyth, Terence...op.cit., p 50.

299. Paz, Abel...op.cit., p. 50.

300. *Ibid.*, p. 50

301. *Ibid.*, p. 51.

302. *Ibid.*, p. 52.

«Es cierto que sus hombres no eran soldados, sino obreros que cambiaron sus herramientas de trabajo por las armas [...]. Dolorosamente para ellos, tenían que cimentar un mundo prodigando sangre»⁽³⁰³⁾.

El componente revolucionario queda bien plasmado en la declaración de Martínez Armero, miembro de la columna que fue citado por Abel Paz:

«Los anarquistas no habíamos salido a guerrear por el placer de defender la república burguesa que nos había asesinado en las calles y deportado a sus posesiones en África en 1932, por tener la osadía de proclamar el comunismo libertario. No, nosotros habíamos empuñado las armas para desencadenar [la revolución] a nuestro paso cuando liberábamos territorio, disputándolo a tiro limpio al fascismo»⁽³⁰⁴⁾.

El ensayo revolucionario en Rubielos de Mora experimentó notables dificultades que fueron recogidas por la prensa. La falta de alimentos fue una constante, aunque parece ser que el sueño revolucionario fue bien visto en general, por los campesinos sin apenas tierras, concentradas en pocas manos. La incautación de las tierras de los terratenientes y su colectivización pudo representar «un proceso de emancipación para el trabajador de la tierra»⁽³⁰⁵⁾, proceso que sin duda, no estuvo libre de problemáticas.

La columna no sólo utilizó las armas para difundir y consolidar la revolución, también se sirvieron de la propaganda. Durante la Guerra fueron muchos los diarios que se crearon en el bando republicano. La mayoría de las columnas contaban con medios insuficientes o rudimentarios con los que publicar su propio diario y transmitir su hoja de ruta. En el caso de la Columna de Hierro, un grupo de milicianos pertenecientes al sindicato de Artes Gráficas de la CNT aunaron esfuerzos para crear el periódico *Línea de Fuego*, con el que mantener informados a los milicianos y a la retaguardia de los avances en la guerra, de noticias internacionales, pero, sobre todo, para difundir la revolución libertaria y oponerse a la militarización. Con la posterior reorganización de la columna, el equipo del periódico la abandonó, con lo que la publicación se detuvo hasta encontrar nuevos miembros. Curiosamente la imprenta, la redacción y la administración se llevaban a cabo en un camión que les permitía desplazarse junto con la columna, lo cual les valió el sobrenombre de “los Vagabundos”.

303. Paz, Abel...op.cit., p. 52.

304. *Ibid.*, p. 49.

305. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 56.

En cuanto a los pasos a seguir de los milicianos, de nuevo la falta de transporte impidió a la columna perseguir a los enemigos huidos. Los milicianos permanecieron 8 días en Sarrión, hasta la llegada, el 22 de agosto, de una compañía de carabineros que contaba con camiones y autobuses de Valencia y Sagunto y una batería de cañones de poco calibre ⁽³⁰⁶⁾. La impaciencia y la frustración era notoria entre los combatientes que, empujados por la reciente victoria, marcharon hacia La Puebla de Valverde, donde no encontraron grandes resistencias. Una vez allí, la estructura de la columna se ensanchó. El Comité de Guerra pasó a estar dirigido por José Pellicer, Montoya, Rodilla, Gómez y Rufino. El área de abastos generales pasó a estar gestionada por Elías Manzanera y la de comida para el frente por Diego y Gumbau. Las labores de transporte recayeron en Dolz, las de oficina en Serna, las de Información y Relaciones en Cortés y Segarra. Y finalmente se creó una sección de Varios dirigida por el miliciano Canet ⁽³⁰⁷⁾.

En La Puebla de Valverde experimentaron los efectos de la propaganda y los bulos que circulaban en el bando rebelde: «Al llegar, los lugareños nos dicen que los fascistas en retirada, decían que los rojos éramos diablos con cuernos y rabo y que estábamos medio enloquecidos de terror» ⁽³⁰⁸⁾. Al día siguiente realizaron la primera incursión sobre Puerto Escandón. Según el exmiliciano Manzanera, la columna fue recibida con un nutrido fuego de artillería y más tarde bombardeos de la aviación enemiga. «Allí fue Troya. Se armó una tremolina indecible... las balas llovían por todas partes... se produjo un encuentro aterrador» ⁽³⁰⁹⁾. Ante la lluvia de metralla y los bombardeos enemigos, la columna no supo cómo reaccionar ante el peligro de la artillería, por ello, quizá por desconocimiento o inocencia, la columna permanecía junta, lo que convertía a los milicianos en un blanco sencillo: «la confianza nos tenía apelonados» ⁽³¹⁰⁾. En ese momento, los miembros pertenecientes a la oficialidad del ejército tomaron el protagonismo y demostraron la necesidad de la instrucción militar para hacer frente al enemigo. Por un lado, los militares se encargaron de localizar la disposición de la artillería enemiga a través del telémetro, los prismáticos y la táctica militar. Por otro, los milicianos se vieron obligados a restringir el uso de la munición, debido a su escasez. En semejante escenario, donde llovían balas por todas partes, no podían permitirse quedar desarmados.

306. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 48.

307. Manzanera, Elías...op.cit., p. 17.

308. *Ibid.*, p. 17.

309. *Ibid.*, p. 20.

310. Cano, Carrillo, S, «Información del frente de Teruel», *Fragua Social*, 27-08-1936, p. 5.

Según Manzanera, los habitantes de La Puebla de Valverde, pese a ser la mayoría avanzados en edad, ayudaron en el aprovisionamiento del agua, lo cual fue clave para soportar el combate. Los milicianos lograron aguantar hasta la llegada de la noche, momento en que la artillería enemiga cesó su ofensiva y los milicianos, tras pasar toda la jornada combatiendo, se dedicaron a cavar trincheras. Con las trincheras vendría la paralización del frente. Algunos milicianos supieron entender rápidamente la situación y reaccionaron a tiempo para salvar su vida. Es el caso de Roque de Santamaria, miliciano que al escuchar aviones aproximándose, decidió que su grupo se dispersara para evitar ser un banco fácil. La confusión era enorme, ni siquiera sabían si eran aviones enemigos o aliados, del mismo modo, escuchaban cañones y tropas que se aproximaban, pero no sabían de dónde salían. En su relato, la posición del enemigo se encontraba en las lomas, desde donde disparaban sus proyectiles tomando como referencia a los camiones de la columna, ya que eran incapaces de ver a los milicianos tumbados en el suelo⁽³¹¹⁾. Durante la batalla, cualquier paso en falso podía significar la muerte, por lo que muchos milicianos no se atrevieron a avanzar por miedo a caer en un nido de ametralladoras, incluso conociendo la localización del enemigo, visible en la cima de la montaña.

La falta de armamento y la deficiente posición táctica se unía al problema de la aviación aliada que no llegó a tiempo, lo que provocó que los milicianos fueran reculando y huyendo de los proyectiles que dañaban sus transportes. Tal era la falta de armamento, que los milicianos tomaron obuses enemigos, que no llegaron a estallar, para reutilizarlos. Sin duda, la batalla se estaba perdiendo tras horas de duro enfrentamiento, pero la artillería y la aviación aliada finalmente llegaron y consiguieron nivelar un poco el desarrollo del combate, «dejó lo suyo y luego se fue»⁽³¹²⁾. En palabras de un miliciano: «Respiramos. El combate se había nivelado. Ellos aviación, nosotros también; ellos artillería y artillería nosotros. Esto equivale a decir que pronto estaremos en Teruel»⁽³¹³⁾.

Sin duda, el fuego cruzado y los bombardeos de la aviación amedrentaban a los milicianos. Según el exmiliciano Ramón Q. D., la aviación era lo más peligroso, pero: «el arma que más temor me ha producido ha sido la de estar en posición... e ir hacia un nido de ametralladoras»⁽³¹⁴⁾. En aquel momento, el líder de la columna era Pancho Villa, descrito como parco en palabras y elocuente en los hechos, se había convertido

311. Paz, Abel...op.cit., p. 45.

312. Paz, Abel...op.cit., p. 46.

313. Jiménez, Raimundo, «De nuestro enviado especial al Frente de Teruel», *Fragua Social*, 25-08-1936, p. 5.

314. Entrevista a Ramón Q. D., Sig.FSV 108...op.cit., p. 485.

«en el alma y nervio de la Columna de Hierro»⁽³¹⁵⁾. Durante la batalla, ejerció como líder y no dudo en reunir a un grupo de compañeros del Puerto de Sagunto para iniciar el asalto a una de las trincheras enemigas, ubicadas a escasamente 100 metros⁽³¹⁶⁾.

Según Manzanera, ante el avance de Pancho Villa, el enemigo realizó un alto al fuego y mostró la bandera blanca⁽³¹⁷⁾. El líder miliciano se aproximó a ellos para parlamentar la rendición, cuando fue sorprendido por la descarga de los fusiles enemigos, quiénes a traición acabaron con Rafael Martí (Pancho Villa) y sus compañeros. Según Manzanera:

«Cayó luchando como un león, porque eso era, un león con sentimientos de niño. Los fascistas expusieron su cadáver en la Plaza del Torico de Teruel, para demostrar que también los grandes combatientes caen en la pelea. Su ejemplo, pervive para honra y lección de las generaciones futuras.»⁽³¹⁸⁾

Esta versión no coincide exactamente con la dada por Pompeyo García Sánchez⁽³¹⁹⁾, quien sostiene que el asesinato se produce cuando se realizaba una entrevista pactada entre el comandante Vélez, que defendía Puerto Escandón y Pancho Villa.

Sea como fuere, contamos con más testimonios de milicianos sobre aquel episodio, relatos que quizá quedaron influidos por la obra de Elías Manzanera, ya que coinciden en gran medida con su versión de los hechos. Según Julián P., uno de los grandes atractivos de la Columna de Hierro era su fuerte liderazgo:

«Yo me fui voluntario a la llamada Columna de Hierro, que al inicio la dirigía un famoso que le llamaban Pancho Villa, o se hacía llamar Pancho Villa. Estuve en Puerto Escandón, dónde... lo mataron. Allí lo mataron porque le engañaron, quisieron parlamentar y le engañaron. Se juntaron para parlamentar y estando parlamentando el fascista sacó la pistola y le pegó uno dos o tres tiros. Me parece que como él, había otros hombres que en la guerra fueron demasiado nobles»⁽³²⁰⁾.

315. Manzanera, Elías...op.cit., p. 17.

316. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 48.

317. Manzanera, Elías...op.cit., p. 20.

318. *Ibid.*, p. 17.

319. García Sánchez, Pompeyo, *Crónica humana de la Batalla de Teruel. Historias y testimonios de 71 días de la guerra civil*, Teruel, Ed. Hijo de A. Perruca S.L., 1997.

320. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Joaquín O. Julián P., Clodualdo G., José P., Vicente F., Volumen 5, Sig.FSV 162, p. 179.

Para el también miliciano, José M.F., en aquel momento Pancho Villa se encontraba por delante de los Pellicer en cuanto a liderazgo y preeminencia en la columna. Su relato es un tanto diferente al resto y por esa razón lo rescatamos. En el parapeto, que pasó a llamarse Pancho Villa, Rafael Martí, probablemente demasiado confiado, permitió el paso a un pequeño grupo de la Guardia Civil que aseguraba que se había pasado de bando y que sólo pretendía cazar por la zona. Según su testimonio, Martí, generosamente se dispuso a recibirlos cuando el comandante de la Guardia Civil inició el tiroteo:

«Entonces Martí para demostrarles a ellos la alegría y generosidad que tenía de recibir a los que se pasaban, salió a abrazarlos y el comandante cogió la pistola y le disparó el cargador en la tripa y ahí se armó zafarrancho de combate y no quedó nadie, se los cargaron a todos y se hicieron con el parapeto. Tras ello, había gente que salía corriendo todos los días para el Grao, porque claro eso fue un bombazo, le quitó la moral a todo el mundo»⁽³²¹⁾.

Tras semejante felonía, la zona, que se perdía y recuperaba constantemente, pasó a denominarse el parapeto de Pancho Villa, situado en el vértice del ángulo formado por dos líneas defensivas «a 1.350 metros de altitud y a 500 metros de la divisoria de los términos de la Puebla, Castralvo y Aldehuelas»⁽³²²⁾. Su pérdida fue enorme. Por su valentía y bravura, Martí «se había convertido en el hombre más querido de la Columna»⁽³²³⁾. Tras estos sucesos, la máxima responsabilidad recayó en José Pellicer y José Segarra, que junto a otros compañeros integraban el Comité de Guerra. Después de estos episodios, la Columna de Hierro junto con el resto de columnas permaneció en sus posiciones, gravemente limitada por los deficientes transportes, problemas de abastecimiento y la falta de munición y armamento. A finales de agosto, se inició la fase de estabilización del frente que se agudizaría a partir de octubre, cuando Tronchoni pasó a liderar la columna. Durante este proceso, el aburrimiento y la falta de actividad se intensificaron tanto, que desde *El Mercantil Valenciano* publicaron algunos testimonios de milicianos en el frente:

«Desayunamos y el resto de la mañana se nos pasa igual que al resto de los milicianos, escuchando discos y la radio, mientras nos balanceábamos en nuestras hamacas [...] La característica de la jornada ha sido la tranquilidad, no se ha disparado ningún tiro»⁽³²⁴⁾.

321. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a José M.F., Volumen 3, Sig.FSV 160, p. 404.

322. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 49.

323. Manzanera, Elías...op.cit., p. 27.

324. *El Mercantil Valenciano*...op.cit.

La vida del miliciano en ese momento era rutinaria y transcurría principalmente en los campamentos y parapetos, debatiendo y jugando a juegos de todo tipo. A veces, la distancia con el enemigo era muy poca, lo que daba lugar a tiroteos y enfrentamientos verbales. Conocemos gracias a *Fragua Social*, que en ocasiones las centurias penetraban en el territorio enemigo sin el permiso de la dirección de la columna. A veces lo hacían para traer familiares o amigos situados en el territorio rebelde, otras veces lo hacían para sorprender al enemigo, tal y como ocurrió el 28 de octubre en Castralvo. Aquella noche, un grupo de milicianos provocaron 112 bajas enemigas y capturaron a dos rebeldes⁽³²⁵⁾.

La paralización del frente provocó un parón, aprovechado por los sublevados para reorganizar su defensa. El general Ponte fue nombrado jefe de la División turolense y este nombró al coronel Muñoz Castellanos como comandante militar del Frente de Teruel, cuya misión recaía en la defensa a ultranza del cinturón de Teruel. Para ello disponía de 4.000 hombres⁽³²⁶⁾ y una fuerza de auxilio comandada por el teniente coronel Galera, con 1.835 hombres, una batería de 75 y otra de 105 que constituían una columna móvil en sí misma. Según R. Casas de la Vega, el número de voluntarios que defendían Aragón llegó a ser de «9.767 hombres junto con 31.000 soldados»⁽³²⁷⁾. En cuanto a las fuerzas republicanas, el entusiasmo popular facilitó el ingreso de nuevos milicianos, que para el 15 de octubre de 1936 se cifraban en 8.550 y para el 25 del mismo mes en 10.430⁽³²⁸⁾. La cantidad aumentó en el Frente de Teruel a 20.000 hombres, a finales de 1936. Como sintético balance, podemos afirmar que, para septiembre de 1936, tras el agotamiento del inicial entusiasmo y del factor sorpresa de los milicianos, los defensores golpistas tenían la ventaja. Estos poseían los puntos fortificados, controlaban las defensas naturales, y sus recursos materiales y humanos estaban a la par, pero sus soldados eran profesionales, bien comandados por la oficialidad y sometidos a la técnica y disciplina militar, lo que marcaba una profunda diferencia entre ambos bandos.

Nos llama poderosamente la atención el recuerdo traumático de los milicianos en relación con los encuentros y enfrentamientos con las tropas regulares marroquíes. Elías Manzanera dejó por escrito que la Columna de Hierro logró capturar a 100 “moros” que en sus macutos llevaban de todo; joyas, relojes, utensilios de valor⁽³²⁹⁾. Manzanera también menciona que, a lo largo de la guerra, encontraron en sus mochilas cabezas cortadas. En ese sentido, el valenciano Ricardo F. G. recuerda su primer encuentro con los “moros”. En una de sus primeras batallas en el Frente de Extremadura, concretamente

325. Olcina, Arsenio, «Con los de la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 29-08-1936, p. 5.

326. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 46.

327. Casas de la Vega, Rafael, *Las milicias nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1977, p. 270.

328. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 40.

329. Manzanera, Elías...*op.cit.*, p. 27.

en Guadalupe, (Cáceres), Ferrando pudo ver cómo le cortaban el pene a un hombre y lo introducían en su propia boca. Para Ferrando, aquel episodio confirmaba el rumor tan difundido entre sus compañeros: «Los moros vinieron aquí con carta blanca. Franco les dijo que no respetaran a Madrinas, ni a casadas, ni a pequeñas ni grandes, que todo lo que agarraran, para ellos»⁽³³⁰⁾. Del mismo modo, Progreso M.H. recuerda su experiencia en el frente de Madrid, concretamente en la Sierra de Gredos, donde se toparon con un pueblo completamente destruido tras el paso de las tropas rebeldes. Las mujeres estaban aterrorizadas, ya que «habían sufrido violaciones, cosas horribles».

«Entonces supimos, que esas fuerzas árabes... que estaban con el ejército español regular eran enviadas como vanguardia... ¿no? Es decir, hacían el trabajo más sucio... les daban veinticuatro horas. Eso es cierto, no es un cuento. Les permitían durante veinticuatro horas hacer lo que les diera la gana, pero solo veinticuatro horas... Yo he visto mujeres atadas en las camas, brazos y piernas abiertas, que habían sido violadas. Después entraba el ejército regular que daba la sensación de... gente sensata... de gente educada, etc.»⁽³³¹⁾

Progreso M.H afirma que su grupo logró capturar a uno de los responsables de aquel deleznable episodio:

«Entonces moro en España era algo así como el diablo, Satán, ¿eh? Y cuando cogimos prisionero al sargento moro, llamamos al puesto de mando y nos dieron orden de llevarlo a la Columna de Rosal. Recuerdo que era Carlos Sanz quien era el comisario que... telefoneamos y nos dice: “Bueno traerlo y no le hagáis nada. Vamos primero a sacar jugo de él, a interrogarle”. Por tanto, teníamos la misión de escoltarlo hasta el puesto de mando, de manera que el individuo pudiera dar información eficaz en el interrogatorio. Pero ¿cómo atravesamos el pueblo? La gente lo vio y decían que lo conocían “que era un hijo de puta que había hecho esto, que había hecho aquello” querían lincharlo. Y nosotros nos esforzamos, pero no sé cómo... alguien trajo un cubo de... creíamos que era agua... pero era gasolina, le metió un cubazo de gasolina y metió una cerilla. Yo nunca había sentido la sensación de ver un hombre quemarse, era horrible. Además, no lo dejaban salir de allí con pinchos, con puñales, llevaban losas, llevaban cualquier cosa... no lo dejaban salir del corro que se había formado... en fin, lo lincharon esa es la verdad. Acabó carbonizándose. Pues esa imagen no la voy a olvidar nunca, porque fue una sensación terrible»⁽³³²⁾.

330. Entrevista a Ricardo F. G., Volumen, Sig.FSV 30...op.cit., p. 463.

331. Entrevista a Progreso M.H., Sig.FSV 71...op.cit., p. 503.

332. *Ibid.*, p. 504.

Las mujeres en el frente

Pese a que la mujer durante la guerra, fue objeto de una represión específica, machista y sexual, muchas, movidas por el compromiso político se unieron a las columnas y partieron al frente. El hecho de movilizarse y marchar hacia la zona de peligro es un reflejo del valor y el arrojo de estas mujeres, que en muchos casos lucharon como auténticas milicianas, con fusil en mano contra los insurrectos. No obstante, en la mayoría de los casos, la igualdad en el frente no era tal y/o no duró demasiado. Muchas de las milicianas, además de combatir, desarrollaron labores asociadas a la feminidad tradicional, como cocinar y lavar la ropa. Otras, la mayoría, directamente orientaron su labor como enfermeras, sin llegar a disparar ni un solo fusil. Desde la prensa anarquista encontramos referentes, figuras que reconocen la labor combativa de la mujer e incluso funcionan a modo de reclamo propagandístico, como ocurrió con Rosita Alonso, miliciana de la Columna de Hierro. La definían así: «Es muy valiente. Cuando se piden voluntarios para salir de avanzada, ella siempre es una de las primeras»⁽³³³⁾. Con ello, se promovía la figura de la miliciana heroína⁽³³⁴⁾, símbolo muy atractivo a la hora de movilizar a la juventud, luchadora del momento contra el fascismo. Tal debía de ser el impacto, que por las calles predominaban los carteles de guerra que representaban la «imagen beligerante de la mujer combatiente enfundada en su mono azul, a la que daban más protagonismo que a las imágenes masculinas»⁽³³⁵⁾. Quizá por primera vez, la propaganda se centró en el arrojo y el valor de las mujeres para inspirar a los hombres. Desde *Fragua Social*, se publicó:

«En la columna de la CNT hay numerosas compañeras que luchan al lado nuestro. En el primer encuentro con los fascistas se distinguieron por su arrojo, unas mujeres que podrían servir de estímulo y emulación a los varones que no han sabido dignificarse, enrolándose en las columnas que actúan en los diferentes frentes»⁽³³⁶⁾.

Las mujeres milicianas parece que adoptaron una estética varonil, ya que solían vestir de manera muy similar a la imagen proyectada por la propaganda, con el mono azul y el arma en el cinto, lo cual, tras la guerra, sirvió como acusación en el conocido caso de María la Jabalina, acusada de trastocar los modelos de género por vestir como hombre.

333. *Fragua Social*, 15-09-1936, reproducido en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 61.

334. Girona Rubio, Manuel...*op.cit.*, p. 49.

335. Nash, Mary, Rojas, *Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Taurus, 1999, p. 64.

336. Girona Rubio, Manuel...*op.cit.*, p. 50.

En ocasiones, las mujeres en el frente solían ser esposas o compañeras sentimentales de los milicianos, incluso desde el frente se formalizaron uniones a través de una ceremonia oficiada por el Comité de Guerra, ritual asociado a las uniones libres anarquistas, al margen de cualquier institución. Todo ello, no desmerece en absoluto su grado de consciencia política para estar ahí y arriesgar su integridad física. En ese sentido, Mary Nash entiende que «para muchas mujeres, la lucha armada era simplemente una continuación de su participación anterior en los movimientos sindicales y sociales»⁽³³⁷⁾. Es decir, la mayoría de milicianas provenían de sindicatos o partidos políticos, tenían ya una trayectoria militante y conocían a buena parte de los milicianos, tal y como ocurrió con María la Jabalina que, como miliciana primero y después enfermera, estuvo en la primera línea de fuego en la Columna de Hierro.

Casi todas las centurias debieron albergar a mujeres jóvenes, politizadas y decididas, que se incorporaron a la lucha en el frente. Desde *Fragua Social* se asocia a siete mujeres en el grupo de Artes Gráficas de la Columna de Hierro, entre las que destacaba Rosa Piquer como miliciana combativa en primera línea del frente⁽³³⁸⁾. Asimismo, se dice que otras se ocupaban de los menesteres domésticos, otras hacían guardias y también las había que cuidaban amorosamente a los hombres que combatían.

Este último aspecto trajo controversia tanto en la retaguardia como en el propio frente. La campaña de difamación sobre las mujeres de la columna se centró en la idea de la prostitución encubierta, la cual sin duda tuvo lugar, aunque nosotros consideramos que la mayoría de mujeres que se mantuvieron en el frente, lo hicieron movidas por su ideal de lucha y emancipación. Incluso en el seno de la columna había voces varoniles muy críticas con la presencia de las mujeres en el frente. El 21 de marzo de 1937, durante la asamblea general de la Columna de Hierro, el miliciano Falomir, pidió a la nueva organización que no se admitieran a las mujeres por ser «elementos perturbadores y porque van solamente en busca del macho»⁽³³⁹⁾. Estas declaraciones recibieron la condena de la inmensa mayoría y se le apremió a Falomir a que retirara sus palabras. Tanto es así, que el propio Pellicer, intervino para defender los derechos de las mujeres: «La que quiera, irá como miliciana con su fusil»⁽³⁴⁰⁾. Pese a sus declaraciones, no nos consta que las mujeres pudieran participar en la asamblea, lo cual es significativo del poco peso que tenían en la dirección de la columna. La condena de la mujer combativa, también se dio por parte de Manuel Uribarry, el cual en un acto de la CNT, el 10 de octubre de 1936, en el Teatro Principal de Valencia dijo: «No tolero

337. Nash, Mary...*op.cit.*, p. 114.

338. Anónimo, «Las mujeres en la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 22-08-1936, p. 1.

339. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 165.

340. *Ibid.*, p. 165.

inmoralidades [...] pero a todas aquellas que quieren hacer del Ejército una bacanal y quieren repartirse los víveres [...] les he de lanzar la condena más fuerte»⁽³⁴¹⁾.

Otros milicianos entendieron que en el frente se estaba dando un proceso de liberación e igualdad entre hombres y mujeres. Eladi Mainar cita el testimonio del miliciano Amadeo Casas: «Las mujeres rompieron unas cadenas muy grandes, las que tenían ganas de acostarse con un tío, se acostaban, eso no es puterío, eso es liberarse»⁽³⁴²⁾.

El testimonio de la exmiliciana Justa M., arroja luz sobre las tareas desempeñadas en el frente por las mujeres. En su caso, partió al frente junto a su compañero, unidos por el entusiasmo y las ganas de transformación social. Una vez en el frente la única actividad que desempeñaban conjuntamente eran las guardias nocturnas, ya que la inmensa mayoría de actividades que realizó, estaban asociadas directamente a los roles de género tradicionales. Durante los meses que se mantuvo en el frente, se dedicó principalmente a realizar curas a los heridos, lavar la ropa y cocinar. Por supuesto, estas labores no estaban exentas de peligro y se requería de un compromiso y valor muy acendrados. Justa M. recordaba:

«En el frente, un chico cayó herido del hombro y mientras lo curábamos como podíamos con el botiquín, una bala le atravesó el cráneo. Yo estaba al lado, la bala podía haberme atravesado a mi...»⁽³⁴³⁾.

La situación era de absoluta precariedad, «dormíamos en el suelo»⁽³⁴⁴⁾, siempre bajo la amenaza constante de verse sorprendidos por la ofensiva enemiga. Incluso las tareas de limpieza, a veces, se veían interrumpidas por el avance del enemigo:

«Solía limpiar la ropa con algunos compañeros en el río, aunque el jabón no abundaba, pero en Almudena no pudimos. No se podía salir del campamento porque nos acribillaban a bombas. Estábamos muy a la vista y tuvimos que huir»⁽³⁴⁵⁾.

El acoso de la artillería enemiga era tal, que el compañero de Justa M. decidió esconderla en el tronco caído de un chopo. Sin duda, los obuses no sólo realizaban grandes bajas, lograban atemorizar enormemente a los y las milicianas que vivían en el frente en pésimas condiciones.

341. Reproducido en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 62.

342. *Ibid.*, p. 62.

343. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 76, p. 609.

344. *Ibid.*, p. 610.

345. Entrevista a Justa. M., Sig.FSV 76...op.cit., pp. 609-610.

«Allí pasamos mucho. No teníamos agua, no, nada para comer. Ellos nos veían perfectamente, por eso no podíamos movernos más que por la noche para beber. Nos repartíamos los orinales. Allí sufrimos mucho y hubo bastantes hombres enterrados, la mayoría de la CNT»⁽³⁴⁶⁾.

En cuanto a la presencia de actitudes sicalípticas, Justa. M. asegura que buena parte de las mujeres presentes en el frente estaban acompañando a sus parejas, pero también había algunas que eran prostitutas. «Yo iba con mi hombre y lo demás me preocupaba poco, pero sí que habían chicas que habían sido prostitutas o que todavía ejercían»⁽³⁴⁷⁾.

En ese sentido, Vicente P.G. asevera que la columna mandó un grupo al barrio Chino de Valencia para negociar con los prostíbulos:

«Lo primero que se hizo fue mandar al barrio chino a un grupo con facilidad de palabra, a aconsejar a las prostitutas de que dejasen de ser unas esclavas de la madame y de los chulos, y que si querían seguir ejerciendo ese trabajo que se viniesen y que no fuesen explotadas por nadie. Muchas se vinieron con nosotros y al poco tiempo enfermedades venéreas. Entonces se dijo: «Bueno, pues todas a un reconocimiento, la que está infectada va a un sanatorio en la retaguardia», que no había cura»⁽³⁴⁸⁾.

Resulta curioso que Vicente P.G. hable de la liberación de la esclavitud sexual para luego ofrecer a estas mujeres la misma salida en el frente, lo que denota una sensibilidad todavía machista y paternalista, muy acorde con el contexto sociocultural del momento. Según su testimonio, las mujeres sanas podían desempeñar otros trabajos, como el de enfermera, siempre que tuviesen la capacidad necesaria, mientras que las que habían caído enfermas se mantenían en la retaguardia, en sanatorios y hospitales. También recuerda a una mujer que con la militarización ascendió a capitán y que se destacó enormemente en la columna. Lamentablemente no recordó su nombre, como suele pasar cuando se habla de las milicianas. «Conmigo había una mujer mejor, a veces mejor que los hombres... Tan espontánea, tan idealista...»⁽³⁴⁹⁾.

En síntesis, las mujeres tuvieron un papel relevante en la lucha durante los primeros meses, pero algunos partidos políticos, el Partido Comunista principalmente y sindi-

346. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 75 B, p. 602.

347. *Ibid.*, p. 610.

348. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 18.

349. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 19.

catos, buscaron ponerle fin. El Partido Comunista inició el 8 de noviembre de 1936 una campaña muy agresiva con el lema “Mujeres a la retaguardia”. No es casual que, al poco tiempo, el gobierno de Largo Caballero, que día tras día cedía terreno al Partido Comunista, acabará aprobando un decreto que prohibía a las mujeres mantenerse en el frente de batalla. Con ello, pretendían canalizar su energía en tareas tradicionalmente femeninas o que juzgaban más necesarias, como el trabajo en hospitales, fábricas, transporte, etc. El papel de la mujer pasaba de rompedor y revolucionario al de actor secundario hasta el fin de la Guerra.

«Teníamos que luchar contra el fascismo, porque sabíamos que si el fascismo ganaba, estábamos perdidos. No teníamos armas y nos pensábamos que con cuatro palos podíamos ir a luchar»⁽³⁵⁰⁾.

La orden de volver a la retaguardia coincidió con el embarazo de Mir, con lo que no tuvo más remedio que volver a casa. En retaguardia, a través de su ingenio pudo sobrevivir con muchísima dificultad y ya no pudo contactar con su compañero hasta el final de la guerra. «No sabía si estaba muerto, si estaba vivo, nada»⁽³⁵¹⁾.

La Columna de Hierro fue de las pocas fuerzas que se opuso a esta política que relegaba a la mujer a un plano discreto. Elías Manzanera, entendía que la columna estaba compuesta «por obreros manuales e intelectuales, por mujeres abnegadas y desprendidas, por la flor y la sal de la tierra del pueblo valenciano». Quizá su imagen de la columna es excesivamente ideal, como ya hemos visto, la mayoría de las mujeres desempeñaron funciones asociadas al cuidado y las tareas domésticas. Para Manzanera, estas mujeres:

«No pedían nunca nada, siempre estaban en primera línea y en todos los ataques combatían bien. Nunca pidieron permiso para ir a la retaguardia. Nadie las molestaba, ya que infundían respeto»⁽³⁵²⁾.

Según su escrito, con la militarización en 1937, dos mujeres de la columna ingresaron en la Academia Militar y obtuvieron el rango de tenientes, lo cual debió de ser un hecho singular, sin precedentes, propio de la circunstancia extraordinaria de la contienda bélica. Finalmente, el Comité de Defensa de la CNT informó de que «las dos jóvenes habían caído luchando abnegadamente al frente de sus respectivas compañías». En palabras de Manzanera, «lucharon defendiendo la libertad y el derecho de los pueblos».

350. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 75 A, p. 590.

351. Entrevista a Justa. M., Sig.FSV 75 B...op.cit., p. 602.

352. Manzanera, Elías...op.cit., p. 34.

Del mismo modo, gracias a la declaración policial efectuada por María la Jabalina, el 23 de abril de 1939, sabemos que: «Anita, la hija de la Funeraria; Carmen, una amiga suya, la más pequeña de las conocidas por las Rochas en el Puerto de Sagunto; una muchacha llamada Rita, hija de una tal Dolores; una tal Amparo, casada con el hijo de Juan “el veitindedos”»⁽³⁵³⁾ fueron miembros de la Columna de Hierro.

La infraestructura sanitaria en el frente

Las primeras bajas, certificaron la necesidad de organizar un hospital para la columna y de impulsar una Delegación de Sanidad dirigida por el miliciano Quilmes. La columna pidió al Comité de Defensa de la CNT-FAI la asistencia de servicios médicos y el Comité Popular de Sanidad de Valencia acabó estableciendo un sistema, que requería de avisar con 48 horas de antelación, de la necesidad de servicios médicos. El 9 de octubre se escribió en la prensa sobre un hospital rudimentario y básico establecido en Sarrión, tras su toma por la Columna de Hierro el 12 de agosto⁽³⁵⁴⁾. Este hospital, se erigió con el fin de aplicar las primeras curas a los heridos y tratar lesiones relativamente leves. En un principio, contaban con 22 camas y allí trabajaban dos médicos, un cirujano y varias mujeres que fueron sustituidas por personal no sindicado.

En la Puebla de Valverde, establecieron otro hospital con capacidad para 50 camas, el de Mora de Rubielos disponía de 108, el de Viver de 40 y el de Segorbe contaba con 100 camas, lo que hace unas 320 en total⁽³⁵⁵⁾. Esta pequeña red, se complementaba con una ambulancia antivenérea, enviada desde Castellón con el fin de paliar los serios problemas de salubridad provocados por la promiscuidad en el frente. Todos estos hospitales, no dejaban de ser rudimentarios, con escaso equipamiento y personal, pero cumplían con el propósito de aplicar las primeras curas y garantizar el correcto y seguro traslado de los milicianos a Valencia mediante un tren-hospital.

El objetivo era llegar con vida al Hospital Provincial de Valencia, el centro médico más importante y con más medios del País Valenciano. El hospital había sido incautado por la FAI y contaba con 66 médicos, 40 practicantes, 7 equipos quirúrgicos y enfermeras⁽³⁵⁶⁾ que habían sustituido a las religiosas, aunque algunas se mantuvieron vestidas de seglar. La nueva gestión puso en riesgo a algunos médicos, en los que se dudaba por su posible inclinación conservadora, pero finalmente la FAI les otorgó

353. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 50.

354. Salcedo, R, «Visita al hospital instalado en Sarrión por el personal del tren sanitario nº 1», *Fragua Social*, 9-10-1936, p. 10.

355. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 65.

356. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 55

carnets y los protegió. La llegada masiva de heridos provenientes de los frentes, colapsó rápidamente las infraestructuras y elevaron el costo enormemente. Por ello, con el objetivo de evitar el colapso de la institución, se propuso sin éxito que los pueblos o sindicatos pagasen alguna cantidad en proporción a sus heridos. Los primeros meses de la guerra, julio y agosto ingresaron 251 heridos por arma de fuego o metralla y la media diaria de heridos hospitalizados era de 1.003 a lo largo del segundo semestre de 1936⁽³⁵⁷⁾, cifras muy abultadas que decrecieron en diciembre de 1936 a 23 heridos diarios, probablemente a causa del estancamiento en el frente. La conocida miliciana María la Jabalina ingresó el 23 de agosto en el hospital, concretamente se le instaló en la cama 549 con pronóstico grave tras una herida de bala en el muslo izquierdo que le causó una fractura de fémur.

Buena parte de los heridos, al menos en un inicio, no se dieron por enfrentamientos directos con el enemigo, sino por problemas de instrucción militar con las armas. La prensa se hacía eco de esta problemática:

«Hasta el día 2 de octubre, se han asistido en este hospital 156 heridos, existiendo una proporción de un 35% de heridas producidas por accidentes o imprudencias, casi todas ellas evitables [...] las heridas producidas en la lucha en el frente ascienden a una cantidad insignificante»⁽³⁵⁸⁾.

El colapso inicial fue tal, que se aprobó la creación de hospitales de sangre por toda la ciudad de Valencia, en los pueblos circundantes y en conventos. Uno de ellos fue el Hospital de Sangre de Sagunto, que contaba con 30 camas, más 25 disponibles en las instalaciones de la Siderúrgica y gestionados por 4 médicos⁽³⁵⁹⁾. Del mismo modo, a finales de julio, en hospitales madrileños se encontraban ingresados militantes valencianos y del 5º Tercio de la Guardia Civil, tras las batallas de Tablada y el Alto León⁽³⁶⁰⁾.

La existencia de esta esporádica y rudimentaria red sanitaria, tuvo un gran impacto en la memoria de los milicianos que combatieron en el frente. En estos servicios sanitarios, la mujer tuvo una amplia proyección y desarrollo, que les permitió llevar a cabo múltiples funciones a la vez que exponían sus vidas en el propio frente y vivenciaban de manera directa los horrores de la guerra. Desde el inicio, se convirtieron en una figura que proyectaba seguridad entre los milicianos y cuyas labores, iban mucho más

357. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 55.

358. Salcedo, R, *Fragua Social...*op.cit., p. 10.

359. Girona Rubio, Manuel...op.cit., p. 55.

360. Smyth, Terence...op.cit., p. 35.

allá de las sanitarias, tal y como refleja el miliciano Ximo Q.M.: «Cuando caí herido, estando en el hospital, una miliciana de cultura, como las llamaban, nos enseñaba a leer y a escribir»⁽³⁶¹⁾.

Todo ello, guarda relación con el programa cultural de algunas columnas. Los milicianos no sólo pretendían derrotar al fascismo mediante las armas, sino también mediante la instrucción y la elevación cultural. Buen ejemplo de ello, son las fundaciones de escuelas en los pueblos ocupados por las columnas para sembrar así ideas y recoger cosecha segura, sin importar lo larga que sea la recolección. En ese sentido, se popularizó mucho entre los milicianos el lema «Ni una escuela sin luz, ni un cerebro sin cultura: el pan y el saber son patrimonio de todos»⁽³⁶²⁾. La revolución, también se daba en el campo cultural con el objetivo de poner fin al analfabetismo, eliminando la plaga de la ignorancia y poniendo la instrucción y la cultura al servicio del pueblo.

Las conexiones entre el Frente y la Retaguardia valenciana

La relación entre retaguardia y frente es absolutamente crucial para entender el desarrollo de la contienda. Desde la retaguardia, se debía nutrir a las columnas que combatían en el frente, con todas las problemáticas que ello conllevaba. Las primeras columnas valencianas salen de Valencia sin apenas abastecimiento, ya que todavía el CEP no había creado una sección *ex profeso*, para ello. Por lo que muchos milicianos experimentaron problemas de abastecimiento. Con el fin del acuartelamiento y el ascenso del CEP, la producción empezaba en muchos casos a colectivizarse y a estar bajo control sindical, pero el caos de muchas colectivizaciones fue notorio y las fuerzas políticas y sindicales comenzaron a acaparar recursos para nutrir a sus milicianos⁽³⁶³⁾.

La ciudad de Valencia estaba rodeada por huertas, que no tardaron en ser el objetivo de muchos milicianos, que se lanzaron a requisar cosechas y animales bajo pago de vales. Este recurso, debía de ser debidamente sellado y firmado y funcionaba a modo de recibo del sindicato o partido. Con ello, el agricultor podía exigir el pago a la organización una vez se normalizara la situación. Los vales fueron momentáneamente un requisito indispensable. Estos se podían acumular y canjear por bienes de consumo, con lo se buscaba evitar el acaparamiento de la riqueza, según la perspectiva de la CNT, aunque tanto esta como otras fuerzas políticas acabarán criticando su uso por

361. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València Entrevista a Ximo Q. M., Volumen 6, Sig.FSV 106, p. 403.

362. Manzanera, Elías...op.cit., p. 24.

363. Comunicados *Fragua Social*, 29-09-1936...op.cit., p. 4.

potenciar precisamente la especulación⁽³⁶⁴⁾. Otro de los elementos cruciales que garantizaban la supervivencia era el carnet del partido o sindicato, el cual, se presentó como la única garantía de aprovisionamiento en un momento de zozobra y caos, lo que dejaba en una difícil situación a aquellos que no militaban en ninguna organización. Por esa razón, el CEP consideraba el 27 de julio de 1936, crear un servicio para los no afiliados, una vez se hubiera comprobado que no eran facciosos encubiertos⁽³⁶⁵⁾. En cuanto al control sobre los milicianos, desde agosto de 1936, tanto el CEP como el resto de partidos políticos y sindicatos, habían realizado esfuerzos por controlar a sus respectivas columnas. En el caso de la CNT, la central sindical tenía la potestad para autorizar o desautorizar la marcha al frente de sus afiliados menores de 20 años, si no contaban con el consentimiento paterno, si no estaban bien armados y equipados o si consideraban que su presencia era necesaria en la retaguardia⁽³⁶⁶⁾.

Como hemos mencionado, el organismo superior que debía coordinar a las columnas, era la Delegación de Guerra del CEP, dirigido por José Benedito. Este organismo debía organizar el suministro a las columnas, tanto de alimentos como de armamento, en un contexto de cierta dependencia de Madrid y Barcelona, debido a la casi nula industria bélica en Valencia.

Según uno de los portavoces de la Columna de Hierro, «el 80% del armamento se ganó en el combate, mientras que el restante lo proporcionó el Estado»⁽³⁶⁷⁾, a lo que se sumaba las constantes averías de los fusiles, generalmente en manos inexpertas y sin apenas recambios de piezas. Del mismo modo, los intentos de reutilizar los cartuchos ya usados, fueron una constante debido a la falta de recambios y a la dificultad de producir pólvora. Según Terence Smyth, en enero de 1937, se producían 60.000 unidades por día de munición para un frente como el de Teruel, que albergaba unos 20.000 hombres⁽³⁶⁸⁾. Lo cual, se traducían a tres tiros por día y por miliciano. La falta de armas se intentó suplir con inventiva a través de armamento casero y la reutilización. Parece ser que se llegaron a situaciones inverosímiles, en las que milicianos llevaban «bombas de mano hechas con latas de conservas y eran encendidas con puros»⁽³⁶⁹⁾. Previamente a la Guerra, en Valencia no existía ninguna industria de guerra, por lo que el esfuerzo inicial debió de ser considerable. En primera instancia, se potenció la industria de munición de armas de mano y de blindajes resistentes a armas de bajo calibre, incluso confeccionaron un tren blindado que marcharía al frente de Teruel

364. Comunicados Fragua Social, 29-09-1936...op.cit., p. 4.

365. Smyth, Terence...op.cit., p. 31.

366. *Ibid.*, p. 47.

367. Smyth, Terence...op.cit., p. 49.

368. *Ibid.*, p. 50.

369. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 60.

el 27 de septiembre⁽³⁷⁰⁾ y bombas incendiarias para combatir a la aviación enemiga. El miliciano Elías Manzanera⁽³⁷¹⁾ escribió que el teniente coronel Pérez Salas se entrevistó un par de veces con Largo Caballero para solicitar más armamento, pero se encontró con una respuesta negativa. En definitiva, la falta de equipamiento militar, de ropa adecuada, de experiencia y formación militar, de primeros auxilios, medicinas y de víveres, posicionó a los milicianos en una difícil tesitura, en la que sus quejas parecían estar justificadas.

En cuanto al abastecimiento de alimentos, la organización de su distribución, también recaía en la delegación de Guerra del CEP, pero eran los sindicatos y partidos políticos quienes en primera instancia debían hacerse cargo de sus respectivas milicias, proveyéndolas de materiales y víveres. Las dificultades económicas, la situación de paro y precariedad y la cantidad ingente de milicianos ocasionaron que los sindicatos y partidos se vieran desbordados. De modo que, los saqueos y abusos se dieron por el territorio valenciano, por parte de columnas, que no tenían recursos para mantenerse y continuar la lucha, lo cual, sin duda alimentó todavía más la leyenda negra de columnas como la de Hierro. Con todo ello, a pesar de que iba en contra de su posición, la militarización comenzaba a verse por la CNT, como una solución al descontrol que planteaban algunos milicianos, aunque no podía imponer esta medida a sus milicias por su ideología y capacidades.

En ese sentido, el Delegado de aprovisionamiento del CEP decía:

«Un terror sin sentido ni razón invade la región; a un ritmo siempre creciente, labradores y pequeños propietarios y otras personas se dedican a malvender sus animales de corral y productores. Se han visto forzados a llegar a esta situación por culpa de individuos que se declaran como pertenecientes a organizaciones obreras y partidos de izquierda y los obligan a ceder sus gallinas a punta de pistola; en algunos casos estos motivos de pánico son reales, en otros casos son creados por las cabezas de los que propagan rumores falsos y se llenan los bolsillos atizando el pánico»⁽³⁷²⁾.

Todo ello, trajo consigo el sacrificio de una enorme cantidad de animales de leche bajo el pretexto de que con ellos se resolvería la falta de alimentos⁽³⁷³⁾. Ante este panorama de saqueos y asaltos, resulta entendible que algunos pueblos cerrasen sus límites mu-

370. Olcina, Arsenio, «Con los bravos de la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 22-10-36, p. 5.

371. Manzanera, Elías...op.cit., p. 28.

372. *La Correspondencia de Valencia*, 15-08-1936.

373. Un campesino de Levante, «A los campesinos. Salvemos nuestra economía», *Fragua Social*, 29-08-1936, p. 1.

nicipales a los sujetos exógenos y resistiesen las exacciones de comités de aprovisionamiento de las ciudades, pese a pertenecer al mismo partido o sindicato.

El recuerdo de la experiencia del frente viene marcado por el hambre en buena parte de los testimonios de los milicianos. A la llegada de la Columna de Hierro a Puerto Escandón, Vicente P.G. recuerda que la comida todavía era abundante gracias a la solidaridad de los pueblos que habían sido colectivizados o que habían caído bajo la influencia cenetista: «La comuna era la que distribuía la comida, no se daba abasto a comernos todo lo que mandaban de los pueblos, pollos, gallinas, patos, de todo»⁽³⁷⁴⁾. Allí, los milicianos se encontraron con un secadero de jamones y embutidos. Desde *Fragua Social* corrió la noticia: «¿Cuántos kilómetros de ese embutido se habrán consumido en este frente?, ¿y jamones? a pesar que comemos a todas horas siempre quedan, es una pesadilla. Hay por todos lados». En un inicio, el poder acceder a este tipo de producto cárnico fue visto como un privilegio, ya que tal y como indica Vicente P.G.:

«Ahí había unas naves grandísimas de jamones y chorizos, mortadela y de todo. A ver, imagínate que solo ha visto en tu vida el jamón en el escaparate... que veas una nave de jamones»⁽³⁷⁵⁾.

Los jamones acabaron colgados en los pinos del monte, y sin duda el descubrimiento de estas naves fue en un inicio toda una serendipia, que progresivamente, incidió en la problemática de la falta de variedad de la comida⁽³⁷⁶⁾.

Para abordar esta problemática, el Comité de Guerra de la columna constituyó una delegación de abastecimiento, que debía contactar con los diferentes pueblos con presencia cenetista para que colaborasen con las provisiones de la columna, contribuciones que fueron decreciendo a medida que se alargaba la Guerra. Gracias a *Fragua Social* conocemos que, a inicios de 1937, la columna recibió 1.000 kilos de patatas, 300 de cebollas, 100 de companaje y 500 de arroz provenientes del Comité Popular de Albuixech. Del Comité de Chelva recibieron 1.100 kilos de patatas, 800 de cebollas y 40 de garbanzos y del de Torres recibieron mantas, ropa y jerséis entre otros materiales⁽³⁷⁷⁾. En algunas ocasiones, esas ayudas se completaban empleando parte del presupuesto de la columna en la compra de alimentos⁽³⁷⁸⁾.

374. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 15.

375. *Ibid.*, p. 15

376. Jiménez, Raimundo, «Información del Frente de Teruel», *Fragua Social*, 28-08-1936, p. 5.

377. «Donativos», *Fragua Social*, 9-01-1937, p. 2.

378. *Ibid.*, p. 2.

Del mismo modo, la problemática de la ropa se fue acentuando a medida que pasaban los meses y los milicianos que salieron de Valencia en verano, se encontraron durmiendo a ras de suelo en pleno invierno en las tierras turolenses.

Las mujeres en la retaguardia

Desde la retaguardia, la solidaridad y la implicación en la guerra eran una constante que se reflejó en una multiplicidad de actividades. Algunas columnas se sufragaban a través de suscripciones, actividades culturales, como la representación de obras teatrales de carácter antifascista y revolucionario⁽³⁷⁹⁾, colectas, campañas de donativos, etc. Asimismo, algunas mujeres pertenecientes a la Asociación de Mujeres Antifascista, (AMA) de corte comunista y a Mujeres Libres, de sesgo libertario, participaron en campañas para reunir fondos y también de confección de ropa para el frente. Incluso, algo tan mundano como la entrega de la correspondencia se convertía en una actividad compleja, que no siempre llegaba a buen puerto. En lo que se refiere a la organización de las mujeres libertarias, a partir 1937 constatamos un crecimiento destacable en cuanto a la aparición de grupos de Mujeres Libres por la geografía valenciana. En ese sentido, Javier Navarro Navarro⁽³⁸⁰⁾ contabiliza treinta agrupaciones.

La primera de ellas fue fundada en Valencia a inicios de 1937, seguida de más núcleos en Cullera, Elda, Camporobles, Carcaixent, Elche, Utiel, Alcoy y Petrer. A finales de 1937 encontramos un total de 1000 afiliadas en la ciudad de Valencia, por 50 en Alcoy. El Comité Regional de Mujeres Libres anunció su constitución en una circular estableciendo su sede en la calle la Paz nº 25, con lo que compartía edificio con el Comité regional y el nacional de la CNT. En ese manifiesto invitaba a las mujeres a participar en sus actividades: «es un deber en el contexto bélico». A inicios de 1938 se creó la Federación Local a imitación de las estructuras de la CNT, para coordinar así a los distintos núcleos de barriada repartidos por toda la ciudad. Con ello, estas mujeres pretendían ser más eficaces y dinámicas a la hora de actuar y responder a las problemáticas del día a día. Pese a su entrega y disposición, «los acusados problemas económicos limitaban su capacidad de acción e impedían competir con otros grupos como la AMA»⁽³⁸¹⁾, situada bajo la órbita del Partido Comunista y con más de 50.000 miembros y 225 grupos.

379. *Fragua Social*, 17-09-1936, p. 4.

380. Navarro Navarro, Javier, *Ateneos y grupos Ácratas. Vida y Actividad Cultural de las Asociaciones Anarquistas Valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia, Colección Historia, 2002, p. 293.

381. Navarro Navarro, Javier, *Ateneos y grupos...* op.cit., p. 287.

Mujeres Libres, «trataba de implantar cambios en el ámbito de las relaciones personales y en el desarrollo de la identidad social y personal de las mujeres», por lo que impulsaron diferentes actividades, como charlas, conferencias y, sobre todo, pusieron en marcha proyectos educativos de gran valor. La Secretaría del Comité Regional, liderada por Soledad López, impulsó la creación de una escuela gratuita enfrente de su sede, en la calle. En espacios como ese, se impartían clases, cursillos de alfabetización, de educación primaria, de formación profesional y cursos de preparación para el bachillerato obrero. A menudo, en estos cursos se trataban cuestiones sociales, como la sexualidad, la maternidad consciente, el neomaltusianismo, etc. A veces, encontramos colaboraciones con academias privadas probablemente afines, véase el caso de la academia de corte y confección ubicada en la calle Avellanos⁽³⁸²⁾. También se daban situaciones en las que Mujeres Libres apoyaba y colaboraba con escuelas independientes, como la situada en la calle Sagunto.

La agrupación trataba de facilitar la participación de las mujeres, por ello ofrecía actividades gratuitas o muy económicas: «Ni pagábamos a nadie ni cobrábamos...»⁽³⁸³⁾. Se trataba de llegar a las mujeres obreras, generalmente con pocos recursos. En ese sentido, se inauguró en octubre de 1937 la casa de la Cultura de Mujeres Libres en Valencia, en la calle Luis Vives nº 7, donde se impartían clases de alfabetización y de cultura elemental, y también se fundó un Instituto de Mujeres Libres, en el que se pretendía desarrollar un extenso plan de estudios. La educación se pensó como un paso necesario para la incorporación de la mujer al mundo laboral en igualdad de condiciones, pero sobretodo, como un fin en sí mismo y con una clara finalidad ética: formar mujeres obreras cultas y conscientes que actuaran como fuente de conocimiento.

«Se aprovechó la coyuntura para capacitar profesionalmente a las mujeres sin perder de vista el objetivo a largo plazo, la instrucción femenina como antesala para su promoción social»⁽³⁸⁴⁾.

En cuanto a la actividad desarrollada a través de su sección de trabajo, liderada por Angustias Lara, se orientó a la sustitución de los hombres en sus puestos de trabajo

382. Esta academia, por una quinta parte del precio establecido daban clases a las mujeres y las instruían. Además, las mujeres de la organización podían estar todo el tiempo que quisieran en las instalaciones.

383. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevistas a Isabel M.D. y Angustias L.S., Volumen 4, Sig.FSV 151, p. 19.

384. Navarro Navarro, Javier, *Ateneos y grupos... op.cit.*, p. 285.

en sectores como transportes, servicios e industrias. Esta agrupación constituyó una bolsa de trabajo, lo cual había sido siempre una histórica reivindicación de la CNT, con lo que la instrucción en enfermería, puericultura, servicios de limpieza, conducción de tranvías o autobuses cristalizó en puestos de trabajo, lo cual resultaba clave para la independencia económica de la mujer. A lo que debe de sumarse la creación de guarderías para los hijos de las trabajadoras y «el reparto de juguetes a niños en la semana del niño, semana que sustituyó la fiesta de los Reyes Magos»⁽³⁸⁵⁾.

Desde Mujeres Libres se creó la sección del combatiente, orientada a la captación de donativos para las unidades militares y a la organización de veladas benéficas, homenajes, como el de a los héroes de Belchite, etc. A través de esta sección se intentó llevar al frente cartas y paquetes de los familiares de los combatientes, lo que tenía un efecto moral y reconfortante de gran peso y difícil de cuantificar en los milicianos. Estas prácticas posibilitaban que muchas mujeres estuvieran a la orden del día de lo que ocurría en el frente, lo que intensificaba su compromiso político y su deseo de ganar la guerra.

Saqueos e incautaciones en la retaguardia

En la misma línea para mejorar la situación en el frente, la Delegación de Abastecimiento de la Columna de Hierro, liderada por Elías Manzanera, trató de conseguir donaciones y de comprar ropa en los distintos pueblos. Según el testimonio de Manzanera, al inicio llegaban camiones con existencias a la Puebla de Valverde, donde eran almacenadas en un caserón bajo la pancarta *Comuna Libre*, para posteriormente ser compartidas con los lugareños. Del mismo modo, un camión solía venir cargado de ropa limpia y se llevaba la usada y ajada⁽³⁸⁶⁾. Manzanera retrata una estampa idílica de convivencia armoniosa entre los lugareños y los milicianos, en la que las relaciones que se daban eran ejemplo de igualdad: «La columna abastecía el lugar y el que trabajaba para ella cobraba 300 pesetas, lo que cobraba un miliciano»⁽³⁸⁷⁾. Incluso los niños del pueblo, movidos por el entusiasmo e ilusión querían ser milicianos. De hecho, para autores como Abel Paz, el problema del abastecimiento quedó resuelto a grandes rasgos, gracias a las colectividades agrícolas que apoyaban a la columna⁽³⁸⁸⁾.

385. Navarro Navarro, Javier, *Ateneos y grupos...* op.cit., p. 313.

386. Manzanera, Elías...op.cit., p. 23.

387. *Ibid.*, p. 23.

388. Paz, Abel...op.cit., p. 138.

Los milicianos actuaban siguiendo su propio programa, su ideal de acción:

«Por los pueblos por los que marchábamos, después de haberle quitado la posesión al fascista, cambiábamos el sistema de vida del campesinado y colocábamos la riqueza en manos del que la supo crear: los trabajadores» ⁽³⁸⁹⁾.

Pese a que los episodios de convivencia entre civiles y milicianos debieron reiterarse por todo el frente, las medidas impositivas y coercitivas también debieron darse en sus viajes a la retaguardia. Quizá, con la colaboración del Gobierno central en cuanto a labores de intendencia y de material de guerra, probablemente se habría mitigado la necesidad de los milicianos y con ello evitado muchos de los desmanes, como el que protagonizó José H.A.:

«Nosotros atacamos el Campillo en Navidad. En esos pequeños pueblos no había grandes propietarios. La tierra estaba muy repartida y todos tenían por costumbre comprar un cerdito pequeño y engordarlo para la Navidad. Les cogimos aquello, los cerdos y los repartimos por compañías, para que cada uno tuviera la caldera llena» ⁽³⁹⁰⁾.

Entendemos que la mayoría de las incautaciones se realizaron movidos por la necesidad, pero también se dieron episodios de abuso y de violencia incontrolada que sirvió para que desde la prensa comunista se tildara de saqueadores a los milicianos de la Columna de Hierro, achacándoles casi todos los desmanes e incautaciones que se sucedían. La inactividad bélica debido a la paralización del frente, estaba estrechamente relacionada con la falta de armamento, lo que provocaba largas temporadas en que los milicianos se mantenían pasivos en el frente. Con todos estos ingredientes, progresivamente se fue formando el caldo de cultivo idóneo para la aparición de conflictos y episodios de caos. Las acusaciones contra los miembros de la columna eran constantes, lo que dio lugar a toda una leyenda negra de la que los milicianos se defendieron al responsabilizar de los actos de violencia a grupos de descontrolados, independientes de la columna. Probablemente, algo de razón tenían, ya que algunos grupos armados cometieron fechorías en nombre de la Columna de Hierro sin haber formado parte de ella jamás.

Encontramos menciones a grupos armados establecidos en Segorbe que actuaban en

389. Un "Incontrolado" de la Columna de Hierro, «La Columna de Hierro, la militarización y el provenir revolucionario de España», *Nosotros*, 12-03-1937, p. 6.

390. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a José H. A., Volumen 3, Sig.FSV 47, p. 237.

nombre de la columna. Estos grupos «entraban en los pueblos, saqueaban las casas, robaban dinero, atropellaban a todo el que se resistía a ceder ante sus caprichos»⁽³⁹¹⁾. Para poner fin a los actos vandálicos de grupos ajenos, el Comité de Guerra de la columna movilizó a un pequeño grupo para que localizase a los incontrolados que descreditaban el nombre de la columna. En ocasiones tuvieron éxito al localizar, identificar y eliminar a los bandidos.

Así lo recuerda Vicente P.G.:

«Existían grupos no anarquistas que se dedicaban a sacar dinero o a robar. Un día, localizamos a un grupo que había obligado a un señor a dar un talón de dinero. Ese grupo fue fusilado en el camino del Grao, donde estaba la cruz, ahí se les cogió, eran cuatro chilenos y dos españoles, y casos de esos, infinidad, ¿comprendes?, infinidad. Lo que pasa es que no se podía arreglar todo».

El miliciano Manzanera, califica estos actos de misión reparadora y de limpieza social con resultados satisfactorios para todos⁽³⁹²⁾. Del mismo modo, la columna persiguió también los actos delictivos protagonizados por sus propios milicianos. Vicente P.G. recuerda que, desde la fundación de la Columna de Hierro, se estableció un código interno de conducta:

«El código de la columna era este: violación; consejo de guerra por los propios que componen tu unidad y pena de muerte; robo, consejo de guerra por tus propios compañeros y pena de muerte, y matar exactamente la misma pena. Ese era el código de la Columna de Hierro. Ahí, habías robado o habías violado y ya sabías, se formaba consejo de guerra. Este tío ha robado, al paredón. La propia centuria se encargaba de ello, ¿comprendes? Ahí, no había la posibilidad de recurrir al Comité de Guerra, ahí, respondías ante los propios compañeros y ya no había más recursos»⁽³⁹³⁾.

La violencia en la retaguardia. Los grupos de incontrolados

En el fondo, pese a los posibles desmanes protagonizados por miembros de la columna o ajenos a la misma en la retaguardia, la principal problemática que chocaba con el Gobierno central y el Partido Comunista era el modo de entender la Guerra.

391. Manzanera, Elias...op.cit., p. 22.

392. *Ibid.*, p. 22.

393. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 22.

El programa de las columnas cenetistas y sobre todo la de Hierro se resumía en el binomio Guerra y Revolución. La guerra se entendía como mecanismo que podía hacer efectiva la revolución, al mismo tiempo que protegerla, lo que constituía un axioma muy alejado de los postulados del Partido Comunista. Para estos, la Columna de Hierro y el resto de revolucionarios eran «una banda de bandidos y asesinos que se aprovechaban del caos existente, para dar rienda suelta a sus instintos de venganza y violencia»⁽³⁹⁴⁾. Con ello, pretendían asociar los asesinatos de militantes y simpatizantes de partidos conservadores y religiosos con la práctica revolucionaria. Para los observadores extranjeros, periodistas y diplomáticos, la imagen de los revolucionarios también era negativa e incluso el embajador británico en Valencia, Mr. Sullivan, calificó a la Columna de Hierro «como la última formación terrorista de la CNT-FAI»⁽³⁹⁵⁾. Esta negativa imagen también fue recogida y reproducida por el bando franquista a través de figuras como G. Aracil:

«Mientras la columna estaba en las alturas del Puerto Escandón, Valencia respiraba tranquila, pero cuando la Columna de Hierro giraba la vista a la ciudad, volvía el desasosiego; mejor dicho, el pánico»⁽³⁹⁶⁾.

Sin duda, la columna tuvo algunas actuaciones reprobables y del todo desmedidas, como el asalto el 2 de octubre de 1936 al penal de Castellón de la Plana, que contó con la colaboración del grupo Inseparables⁽³⁹⁷⁾. Los milicianos valencianos de la Columna de Hierro realizaron una saca de presos con pasado derechista para asesinarlos en los cementerios de Castellón, Alcora y Almazora. Aquella noche, murieron más de 70 personas asesinadas en los muros de esos tres cementerios. Unido a esta masacre, los milicianos asaltaron los registros del Juzgado y la Audiencia Provincial, el registro de la propiedad, el edificio del Gobernador Civil y el de la Delegación de Hacienda. Desde el *Heraldo de Castellón* se criticaron los actos de violencia en retaguardia de los milicianos⁽³⁹⁸⁾. Asimismo, hicieron lo propio en Valencia, donde pretendieron disolver a la Guardia Civil y destruir todos los archivos y documentos de las instituciones estatales. Los milicianos eligieron la plaza del Ayuntamiento para quemar en una hoguera la documentación requisada⁽³⁹⁹⁾. Del mismo modo, parece ser que en el Palacio de Justicia, reconvertido en la sede de la FAI, no sólo buscaban documentación, sino que «el juez de «Vagos y Maleantes», se había convertido en su objetivo y se salvó por no

394. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 49.

395. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 49.

396. Araceli, Gabriel, *Valencia*, Zaragoza, Tall. Ed. de El Noticiero, 1936, p. 111.

397. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 73.

398. El Diluvio, «Fingirse Milicianos es un grave delito», *Heraldo de Castellón*, 5-10-36, p. 4.

399. Paz, Abel...op.cit., p. 73.

encontrarse en el recinto»⁽⁴⁰⁰⁾. La Columna intentó asaltar también el Ayuntamiento, pero el alcalde de la ciudad, Cano Coloma supo gestionar la situación y pedir ayuda al general Miaja. El alcalde no les permitió entrar al cabildo, pero sí autorizó el desfile de los milicianos, que soslayaron así, lo que había sido una derrota⁽⁴⁰¹⁾. Vicente P.G. trata de encuadrar estas acciones en un momento de odio y venganza por la masacre de los guardias civiles traidores de la columna Casas-Sala y demás asesinatos que se produjeron a lo largo y ancho del territorio nacional:

«Hay que explicar por qué... Es que cuando llegó la noticia de esas 65 personas que fueron asesinadas por la Guardia Civil, el pueblo se levantó. Hay que explicar qué en Cartagena ocurrió exactamente igual. La barbarie que ha habido hay que explicarla, porque en Madrid lo de Paracuellos, la quinta columna... encima bombardeando a la gente, niños muertos, hombres, todos muertos, ¿comprendes? O sea, que las cosas no las han explicado, la historia dicen que la escribe siempre el vencedor, claro y cuando el vencido va a escribirla ya no queda ni dios y quién queda está como yo, ¿comprendes?...»⁽⁴⁰²⁾.

Del mismo modo, la propia Columna justificaba sus acciones alegando que se trataba de:

«Una tarea de reparación y de orientación. Reparar injusticias, orientar conciencias. Quemar en hogueras purificadoras las denuncias, declaraciones y sumarios y causas criminales que se formaban contra los pobres»⁽⁴⁰³⁾.

En definitiva, no existe ninguna justificación para tales asesinatos y actos violentos, pero los conflictos continuaron entre milicianos y retaguardia por cuestiones como la falta de armamento, de ropa, de alimentos y la desconfianza hacia la Guardia Civil, Carabineros y militares. Esta tensión fue acentuándose hasta llegar al clímax en octubre de 1936.

Otro de los episodios violentos más conocidos, fue el asalto el 23 de septiembre de 1936 a los cuarteles de la Guardia Civil, cuerpo revalorizado por el prestigio de Uribarrí. También se dieron asaltos a «joyerías, night-clubs y el desarme de la guardia del exterior del consulado británico»⁽⁴⁰⁴⁾. Desde *Fragua Social* se justificaban los asaltos

400. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 74.

401. *Ibid.*, p. 75.

402. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...*op.cit.*, p. 15.

403. *Fragua Social*, 23-11-1936, en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 73.

404. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 52.

a comercios y joyerías con la excusa de que las incautaciones eran insignificantes en comparación con lo recogido por otras organizaciones, que antes que ellos, se dedicaron a esa tarea. Además, insisten en que todas sus “compras” se pagarían posteriormente al presentar el vale que daban como garantía.

Estos actos fueron crispando la relación entre la Columna de Hierro y los comités y juntas administrativas de los sindicatos de la CNT, quiénes se reunieron con los delegados de la Columna de Hierro para reprocharles sus actuaciones en retaguardia. La CNT les acusaba de comportarse como «un grupo irresponsable, que imponía su voluntad al margen de la organización»⁽⁴⁰⁵⁾ y no dudaron en mostrar tajantemente su autoridad: «Se debe determinar si es la organización la que decide o un grupo de hombres armados»⁽⁴⁰⁶⁾. La columna respondió que sólo trataba de poner en práctica el programa revolucionario que articulaba a la propia organización sindical. Para ellos, el problema era de la CNT, que no implementaba como debía su proyecto revolucionario. Pese a la tensión de la reunión, podemos considerar que la columna salió victoriosa, ya que, a partir de ese momento, las columnas confederales estarían representadas en las sesiones extraordinarias del Comité local, junto con la FAI.

En algunos casos se tomaron medidas muy duras contra la indisciplina. La Columna Matteoti expulsó el 28 de septiembre «a dos milicianos por sobrepasar sus permisos en la retaguardia y participar en “ciertas actividades”»⁽⁴⁰⁷⁾ no autorizadas por la columna. Las estancias prolongadas en la retaguardia fueron frecuentes y trataban de evitarse a toda costa. Por esa razón, la organización confederal, en un intento de controlar a sus columnas, mandó a la Columna CNT 13 de nuevo al frente en octubre de 1936. Pero a pesar de sus intentos de controlar las acciones de algunos milicianos en la retaguardia, los episodios violentos continuaron. El 28 de septiembre de 1936, milicianos de la Columna de Hierro, con la intención de desarmar a los Carabineros, protagonizaron un intenso tiroteo en Gandía, que se saldó con varios muertos⁽⁴⁰⁸⁾. En Cheste, también se dieron altercados en contra de personas supuestamente derechistas e instituciones que se relacionaban con la explotación laboral, como el sindicato agrícola que fue incautado y los ataques contra los edificios y símbolos religiosos⁽⁴⁰⁹⁾; el asalto de la iglesia y de la ermita o la expulsión de las monjas de San José de la Montaña y del párroco José González Huguet⁽⁴¹⁰⁾. Cabe destacar, que todos estos

405. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 52.

406. «Acta de la reunión de administrativas celebrada en el local del sindicato de Metalurgia en fecha del 23 de septiembre de 1936», *Fragua Social*, 30-09-1936, p. 2.

407. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 54.

408. «Acta relación de los hechos ocurrido en Gandía el 28 de septiembre de 1936», *Fragua Social*, 2-10-1936, p. 3.

409. Rodríguez Cortés, Pablo, Preciado Terrádez, Emilio y Verdet Gómez, Federico...*op.cit.*, p. 42.

410. Castillo García, José Vicente, 2002, «De la Restauración borbónica a la transición democrática», en *Cheste y su historia*, Sánchez Verduch, M^a del Mar, Cheste, Ayuntamiento de Cheste, Valencia, 2002, p. 203.

hechos fueron duramente condenados por las fuerzas del Frente Popular⁽⁴¹¹⁾ e incluso por el órgano de prensa de la FAI, defensora de la independencia de las columnas en el frente, que pasó a criticar la poca seriedad que procesaban algunos milicianos a la hora de volver al frente:

«Es vergonzoso que vayamos doscientos hombres a Valencia de permiso, y que solamente volvamos ochenta; pensad y veréis que esto es indigno que ocurra en las circunstancias tan difíciles por las que atravesamos»⁽⁴¹²⁾.

De esta manera, los milicianos de la columna se fueron ganando el apelativo de «in-controlados» y se convirtieron en el blanco de la prensa comunista y frentepopulista. Incluso comenzaba a ser molesta para los organismos de la CNT y FAI que buscaban fórmulas para incorporarse a las instituciones estatales, tal y como ocurrió en Cataluña el 1 de octubre de 1936, momento en que la CNT, entró a formar parte en el gobierno de la Generalitat, recién bautizado como *Consejo de la Generalitat*. Su incorporación fue mal vista por los sectores colectivistas y los milicianos anarcosindicalistas más puristas, que temían perder la dirección de la Revolución en favor de pequeñas reformas. El CEP, pretendía dominar en una retaguardia pacificada, por lo que el 16 de septiembre impulsaron la formación de la Guardia Popular Antifascista, GPA, conocida popularmente como *La Guapa*. Este era un cuerpo armado «formado por miembros de sindicatos y partidos adheridos al Frente Popular»⁽⁴¹³⁾ y tenía como fin la defensa del régimen republicano. Del mismo modo, prohibieron que los milicianos portasen armas en la retaguardia. Las milicias perdían su fuerza y percibían a este cuerpo de reciente creación como un elemento represivo y contrarrevolucionario, que no dudo en atacar las colectividades de Simat de la Vallidigna, Oliva, Gandía⁽⁴¹⁴⁾, entre otras. Con ello, observamos cómo se cernía un cerco sobre las columnas valencianas que se resistían a la militarización y al mando único impulsado por el Gobierno central.

El tiroteo de la plaza Tetuán

En este ambiente de tensión y crispación, se produjo con la muerte en Valencia del sindicalista de la UGT Pardo Aracil, miembro del Secretariado Provincial de la UGT y Secretario del sindicato de mataderos. La noche del 25 de septiembre fue herido de gravedad y el día 28 de septiembre de 1936 falleció⁽⁴¹⁵⁾. Pese a no tener pruebas con-

411. Anónimo «El orden público en los pueblos», *El pueblo*, 15-10-1936, p. 3.

412. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 129.

413. *Ibid.*, p. 79.

414. *Ibid.*, p. 79.

415. Smyth, Terence...*op.cit.*, p. 53.

cluyentes, inmediatamente, se acusó a los milicianos de la Columna de Hierro de tal deleznable acto. La columna contestó el 1 de octubre a través de un manifiesto en el que negaba su implicación en tal hecho y pedía la disolución de la Guardia Civil como cuerpo reaccionario, el envío al frente de todos los cuerpos armados del Estado y «la destrucción de todos los archivos de las instituciones estatales que representaban un pasado tiránico y opresor»⁽⁴¹⁶⁾.

Unos días después, el 7 de octubre, emitieron una nota en la que reiteraban la inocencia de sus milicianos respecto a la muerte de Pardo Aracil e insistían en que nunca atacarían al resto de fuerzas antifascistas⁽⁴¹⁷⁾: «Luchar entre nosotros sería criminal en estos momentos»⁽⁴¹⁸⁾. Pese a sus esfuerzos por alejarse de tal funesto suceso, la cuestión no quedó zanjada, y como respuesta la GPA asesinó a Tiburcio Ariza, delegado de la Columna de Hierro cuando se encontraba de permiso en la retaguardia, concretamente en el barrio chino de Valencia, donde estaba ubicado su domicilio. Para algunos militantes anarquistas, este episodio respondía a «una política de provocación, con la que crear conflicto y desestabilizar a la CNT al irritar a sus sectores más extremistas»⁽⁴¹⁹⁾. El miliciano Marc T.O. se encontraba en el frente de Teruel cuando según su testimonio, Tiburcio Ariza fue herido levemente por metralla, por lo que regresó a Valencia, para recuperarse y coger fuerzas. Siguiendo con su testimonio, una vez en la retaguardia, «se armó una trifulca con la policía, que le pidió la documentación. «Él se resistió junto con sus compañeros, hasta que uno de ellos sacó una pistola y en la lucha lo mataron»⁽⁴²⁰⁾. Esto llegó a los oídos de la Columna, que decidió volver a Valencia: «Yo fui uno de los que bajó al entierro, del frente bajamos a eso»⁽⁴²¹⁾. Del mismo modo, el miliciano Enrique M.N., recordaba que desde el frente aquel episodio crispó mucho los ánimos:

«Esto ya es demasiado, esto es intolerable, decidimos bajar con una centuria armada y dos tanques para que le rindieran honores al compañero. Se sumó casi toda Valencia»⁽⁴²²⁾.

Efectivamente, el 30 de octubre la Columna de Hierro se desplazó a Valencia para participar en el funeral y señalar a la GPA como los cobardes asesinos de su compa-

416. Paz, Abel...op.cit., p. 75.

417. Manifiesto de la Columna de Hierro, «Saliendo al paso de unas falsedades», *Fragua Social*, 7-10-1936, p. 2.

418. Paz, Abel...op.cit., p. 76.

419. *Ibid.*, p. 85.

420. Entrevista a Marc T.O., Sig.FSV 127...op.cit., p. 302.

421. *Ibid.*, p. 302.

422. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València Entrevista Enrique M.N, Volumen 4, Sig.FSV 50, p. 75.

ñero, que iba desarmado debido a las exigencias legislativas aprobadas por el CEP. La columna incumplió la normativa y se presentó según la prensa de la época, con dos centurias armadas con fusiles, algunas ametralladoras y un blindado en el que llevaban el cadáver del chileno, Tiburcio Ariza. Al evento se sumaron milicianos de diferentes columnas confederales, como la CNT 13 y la Torres-Benedito. El acto dio comienzo en el convento de las Salesas, donde se había conformado la columna y tenía como meta el edificio del Gobierno Civil, situado en la Plaza Tetuán. Durante el trayecto, los milicianos observaron «tanques, balcones y ventanas con colchones y sacos de arena, y tejados ocupados estratégicamente»⁽⁴²³⁾, lo que todavía alimentaba más su desconfianza y enfado. Durante el trayecto se fueron uniendo simpatizantes, mujeres y niños también. Manzanera⁽⁴²⁴⁾ habla de 2.000 personas reunidas en aquella protesta que se inició como una muestra de duelo, pero que se convirtió «en una manifestación de fuerza»⁽⁴²⁵⁾. A la llegada a la Plaza Tetuán, se encontraron que los choques verbales con la GPA durante el trayecto, pasaban a ser disparos que parecían provenir de Capitanía General y de la antigua sede de la DRV, ahora ocupada por el Partido Comunista, así como de diversos tejados y balcones. El ataque fue inesperado, muchos no iban armados, se encontraban lejos del rival y en la plaza no había manera de cubrirse del fuego cruzado, con lo que sin duda eran un blanco fácil. En palabras de Vicente P.G.: «con el fuego cruzado de máquinas, no sé libraba casi ninguno, ¿comprendes?»⁽⁴²⁶⁾. Algunos militantes se sirvieron del mobiliario urbano disponible para cubrirse de la lluvia de balas:

«La cuestión es que allí hubo un descalabro. Yo iba con amigos, un tal Cabrera y León. En el centro de la plaza pasaba el tranvía y nos agachamos en la isleta. Pese a ello, delante de nosotros, al amigo Cabrera le entra un tiro por aquí y le sale por los pies y ya no miramos si nos disparaban o no. Lo llevamos como pudimos, lo curaron. Total que allí intervino el ejército y la policía y allí nos acorralaron a todos, nos llevaron hasta el río, nos tuvieron la noche allí al aire libre y al otro día nos mandaron fuera de la ciudad, cada uno nos subimos a una furgoneta»⁽⁴²⁷⁾.

Según Enrique M.N., el tiroteo se produjo cuando estaban saliendo de la plaza. El fuego se inició desde dos balcones acolchados con colchones, lo que nos sugiere que no fue algo improvisado:

423. Paz, Abel...op.cit., p. 87.

424. Manzanera, Elías...op.cit., p. 12.

425. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 80.

426. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 24.

427. Entrevista a Marc T.O., Sig.FSV 127...op.cit., p. 302.

«Como es natural, sembraron el pánico. La gente empezó a correr y los tanques abandonaron el féretro y retrocedieron hasta la plaza de Castelar y los milicianos que llevaban los fusiles también retrocedieron»⁽⁴²⁸⁾.

La singularidad de su testimonio recae en que la Guardia Nacional Republicana, que montaba guardia en Capitanía General, decidió colaborar con los milicianos:

«La Guardia perdió la compostura, dejó la formación y con el fusil en la mano les decía: “Bajar cobardes y luchar a pecho descubierto con estos hombres. Así no sé actúa, eso es de asesinos”. Y se sumaron a disparar, junto con nosotros contra los comunistas»⁽⁴²⁹⁾.

La versión de Enrique M.N. concuerda con la de Elías Manzanera⁽⁴³⁰⁾, aunque probablemente sean excesivamente triunfalistas. Ambos aseguran que los milicianos consiguieron abrirse camino entre el fuego y ocupar la sede comunista, donde detuvieron a los agresores posicionados en los balcones:

«Los nuestros, se hicieron con los dos centros comunistas y cogieron a los que había allí. Los tenían en las manos para tirarlos por el balcón a la calle o pegarles dos tiros. Pero mira por donde, el gobierno mando un emisario proponiendo el alto el fuego y pidiéndoles a la CNT y a la Columna de Hierro, que depusieran su actitud»⁽⁴³¹⁾.

Aquel infortunio, afectó a personas ajenas a la columna. José M.F. recuerda cómo un íntimo amigo suyo participó en aquella manifestación junto a su mujer en cinta, quién fue herida en la pierna por una bala, mientras que su marido quedó ciego debido a la explosión de una bomba⁽⁴³²⁾. Asimismo, en aquel altercado, José Pellicer resultó herido en el brazo y en la cadera y fue hospitalizado en el hospital Doctor Peset durante una semana, hasta que se le extrajo la metralla⁽⁴³³⁾. Desde *Fragua Social* se habla de pocos muertos, al contrario que los comunistas, que cifran las muertes en «150 o 160 personas junto a algunos más que se ahogaron en el río mientras huían»⁽⁴³⁴⁾. La Columna de Hierro, desde su boletín, *Línea de Fuego*, habla de 30 muertos y más de 80 heridos

428. Entrevista a Enrique M.N, Sig.FSV 50...op.cit., p. 76.

429. *Ibid.*, p. 76.

430. Manzanera, Elías...op.cit., p. 12.

431. Entrevista Enrique M.N, Sig.FSV 50...op.cit., p. 76.

432. Entrevista a José M.F., Sig.FSV 160...op.cit., p. 403.

433. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., pp. 20-21.

434. Smyth, Terence...op.cit., p. 57.

junto con 38 bajas de la Columna Torres-Benedito ⁽⁴³⁵⁾. A su vez, el Cónsul británico habla de 125 heridos y entre 18 y 25 muertos y de un evento fortuito, fruto de una discusión entra un anarquista y un comunista, ⁽⁴³⁶⁾ una versión difícil de tomarse en serio.

Para autores como Abel Paz, aquel episodio significó un ensayo de los sucesos que acaecerían en el mes de mayo de 1937 en Barcelona ⁽⁴³⁷⁾, mientras que para Eladi Mainar, la tensión acumulada en este y otros episodios explotaría en los sucesos de mayo de 1937 ⁽⁴³⁸⁾. Lo cierto es que el partido comunista defendía la política de desarme en la retaguardia, pero en esta ocasión decidieron saltársela. La versión de los comunistas es muy diferente. Para el comunista, Uribes, dirigente de la Delegación de Milicias del CEP, aquel episodio fue una respuesta al montaje que había diseñado el movimiento anarquista para hacerse primero con el Gobierno Civil, y seguidamente con la totalidad de la ciudad. De hecho, como medida preventiva, el Partido Comunista contactó con sus simpatizantes en el ejército y pidieron refuerzos en diferentes pueblos y en la Escuela Militar Antifascista, donde esperaban movilizar si fuese necesario a un total de 300 alumnos ⁽⁴³⁹⁾. Tras lo sucedido, el PCE se declaró en contra de los incontrolados que se encontraban insertos a su parecer en algunas columnas, en favor del orden y la paz en la retaguardia. Ambas fuerzas enfrentadas eran conscientes del peligro de una Guerra Civil dentro de la zona republicana, por lo que enfriar el asunto se convirtió en prioridad. Por esta razón, a través de la intervención de Federica Montseny, el gobierno trasladó a buena parte de la Columna de Hierro a Benicarló, donde se preveía un desembarco enemigo ⁽⁴⁴⁰⁾. Parece ser, que bajo ese pretexto buscaban alejar a la columna de Valencia y calmar los ánimos en la retaguardia a fin de evitar una mayor sangría.

«Se llevaron a los milicianos a Benicarló, pero el desembarco fascista no se produjo y lo único que hicieron los milicianos fue bañarse en las aguas mediterráneas en una zona muy agradable, con la incertidumbre de si desembarcarían ahora o no» ⁽⁴⁴¹⁾.

Para muchos milicianos, aquel episodio no pasó desapercibido y se entendió como una agresión preparada de antemano y que se reflejaba en la estampa de «las ametralladoras disparando a los compañeros, ya rendidos, desarmados o con los brazos en

435. Paz, Abel...op.cit., p. 87.

436. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 82.

437. Paz, Abel...op.cit., p. 85.

438. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 83.

439. *Ibid.*, p. 82.

440. *Ibid.*, p. 83.

441. Entrevista Enrique M.N, Sig.FSV 50...op.cit., p. 77.

alto»⁽⁴⁴²⁾. En cambio, la argumentación comunista, se centró en la idea de que el choque era inevitable por las constantes fricciones entre comunistas y anarquistas. Como era de esperarse, «todo aquello aumentó el resquemor y el odio a los comunistas entre los confederales, pero no motivó represalias, ni las autoridades tomaron medidas»⁽⁴⁴³⁾. Aquel día, muchos valencianos fueron heridos o perdieron sus vidas debido a las luchas de poder en la retaguardia, entre las diferentes fuerzas antifascistas que parecían olvidarse de la situación de sus compañeros en el frente y del enemigo común al que se enfrentaban. Pese a ello, quisiéramos resaltar la capacidad de comprensión del momento político y bélico que tuvo la Columna de Hierro. Quizá el Comité Nacional y Regional de Levante de la CNT, en vista del inminente nombramiento de cuatro anarquistas como ministros, presionaron a los milicianos para que entendieran, que una lucha en la retaguardia significaría una total hecatombe para el devenir de la Guerra. En ese sentido declaraban los columnistas:

«Nos tragamos nuestra bilis, ahogamos nuestros sentimientos y estando en perfectas condiciones de hacerlo, no quisimos tomar represalias ni seguir la lucha por ellos iniciada. Teniendo al fascismo delante, no es el momento»⁽⁴⁴⁴⁾.

El mes de noviembre, la Columna volvió al frente de Teruel y publicó desde *Fragua Social* un acuerdo de unión entre la CNT-FAI con el resto del bloque antifascistas⁽⁴⁴⁵⁾, a la vez que postergaba cualquier acción violenta o de venganza:

«Nos volvemos al frente, hasta terminar con los fascistas, día llegará, en que examinando y recordando estos hechos, queden las cosas y las personas en el lugar que se merecen»⁽⁴⁴⁶⁾.

Sin duda, esta decisión creó división en el seno de la columna y no sació las ganas de venganza de muchos milicianos que comenzaban a arrastrar mucha frustración ante la pérdida de autonomía de las columnas y del CEP. De hecho, es posible que este acto en honor a Tiburcio Ariza también fuera implícitamente una protesta por la rumoreada entrada de la CNT en el gobierno⁽⁴⁴⁷⁾. Con este episodio, el gobierno no logró que se aceptara la militarización en todas las columnas, pero sí supuso un punto de inflexión para la consecución de su política de disciplina militar y mando único. El

442. Paz, Abel...op.cit., p. 87.

443. Entrevista Enrique M.N, Sig.FSV 50...op.cit., p. 77.

444. Paz, Abel...op.cit., p. 88.

445. El Comité Nacional, «La CNT en la lucha armada», *Fragua Social*, 1-09-1936, p. 1.

446. Paz, Abel...op.cit., p. 88.

447. Smyth, Terence...op.cit., p. 58.

enfrentamiento estaba sobre la mesa y parecía decantarse cada vez más en favor de la política del Gobierno central. Muchos milicianos como Vicente P.G. entendieron este momento como la derrota de su modo de hacer la Guerra y la Revolución: Tras esos sucesos «se militarizó la columna»⁽⁴⁴⁸⁾.

Este tipo de acciones ayudaron a crear un retrato negativo muy afianzado entre las fuerzas políticas frentepopulistas valencianas, que apostaban por la centralización política y militar y se alejaban de las experiencias colectivizadoras de la CNT. De hecho, muchas críticas se centraban en la labor revolucionaria de las columnas confederales, ya que dejaban pasar un tiempo crucial para la recuperación del territorio turolense en manos rebeldes. Tal y como expone Eladi Mainar, casi todos los actos de pillaje y violencia se asociaban a los milicianos y a los expresidarios integrados en la columna, lo cual resulta inexacto. Esta imagen se encuentra desdibujada y esconde una realidad más diversa y compleja que hemos tratado de mostrar.

La columna no se conformaba por un puñado de revolucionarios o violentos, sino que, entre sus filas, se hallaban militares profesionales, grupo de mujeres, servicios sanitarios y culturales, de abastecimiento e incluso de propaganda, etc. Además de su variada composición, la columna tenía unos claros objetivos marcados desde su fundación: Revolución y Guerra, en los que los desmanes y las incautaciones no tenían razón de ser. Quizá, la columna se vio abocada a las espontáneas requisas debido a su posición contraria a la militarización y el mando centralizado, lo que le valió una relativa marginalidad y falta de suministro de víveres y materiales bélicos. Su espíritu indomable no encajaba con la política del gobierno, quién vio en las columnas cenevistas y sobre todo en la de Hierro, un elemento que desafiaba su autoridad y modo de llevar la guerra, al mismo tiempo que rechazaba el mando único y la disciplina militar. Finalmente, para tratar de contrarrestar lo que consideraban calumnias, la Columna de Hierro constituyó su propia emisora de radio, proyecto que corrió a cargo de Cortés y Segarra, ambos encargados de la sección de Información y Relaciones⁽⁴⁴⁹⁾. Se le dio el nombre de Estación Radio EA5-Columna de Hierro y ofrecía informativos en diferentes idiomas según el horario; De 12:00 a 13:00 horas, emitían informativos en castellano; de 13:00 a 14:00 horas, noticias de prensa en italiano, francés, alemán e inglés; de 18:00 a 19:00 horas, lo mismo pero se añade el portugués; de 19:00 a 20:30 horas, noticias y asuntos diversos en castellano; de 21:00 a 22:30 horas, noticias, música y asuntos diversos en castellano y finalmente de 22:30 a 0:30 horas, noticias y propaganda en alemán.

448. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 24.

449. Paz, Abel...op.cit., p. 59.

Ilustraciones



Grupo de mujeres milicianas en el frente en 1936. Fecha: 1936. Autor: Gerda Taró.

Fuente:https://www.nytimes.com/slideshow/2007/09/21/arts/20070922_TARO_SLIDESHOW_11.html.



Un regimiento republicano de mujeres practica con fusiles en las calles de Madrid durante la Guerra Civil Española.

Fecha: 3 de agosto de 1936. **Autor:** Desconocido. **Fuente:** <http://hdl.handle.net/10934/RM0001.COLLECT.497531>.



Mujeres soldado. Fecha: 1936. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Grupo de mujeres milicianas de la CNT-FAI en Barcelona, julio de 1936. Fecha: julio de 1936.
Autor: anónimo. Fuente: <http://madrid.cnt.es/historia/>

Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil



Mujer miliciana con la bandera de la CNT-FAI. Fecha: indeterminada. Autor: anónimo.

Fuente: <https://espanamujeresyanarquismo.files.wordpress.com/2014/08/cntuna-miliciana-sin-temor-a-los-pacos-desplega-la-bandera-rojinegra-en-barcelona-en-julio-de-1936.jpg>



Tropas rebeldes con musulmanes festejando la toma de Mora de Rubielos. Fecha: julio de 1938.

Autor: Senior. Fuente: Own work.



Republicanos fabricando bombas. Fecha: 1937. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



La artillería republicana. Fecha: 1936. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Sede del Comité Regional de Levante de Mujeres Libres. En la colección *Vida ciudadana en Valencia capital* (entre 1936 y 1939). Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu – Col.lecció: BV Fondo gráfico – Ubicació: BFZ – Signatura: Fzas/22-59 Serie F.



Hospitales de sangre y sus cuadros médicos, heridos. Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu – Col.lecció: BV Fondo gráfico – Ubicació: BFZ – Signatura: Fzas/1-54 Serie D.



Cartel de la Guerra Civil. Las armas deben estar en el frente. Fecha: 1937. Autor: Desconocido.
Fuente: Colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Cartel de la Guerra Civil: La vigilancia de la ciudad debe de estar asegurada por la Guardia Popular Antifascista.
Fecha: 1936-1937. Autor: Desconocido. Fuente: Colección del Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Capítulo 5

La militarización de las Columnas de Milicianos

No sólo los cenetistas apostaban por la guerra y la revolución de manera simultánea, el propio Largo Caballero, el 22 de agosto declaraba en el periódico socialista *Claridad*:

«La guerra y la revolución son una misma cosa, aspectos de un mismo fenómeno. No sólo no se excluyen o se estorban, sino que se complementan y ayudan. La guerra necesita de la revolución para su triunfo, del mismo modo que la revolución ha necesitado de la guerra para plantearse»⁽⁴⁵⁰⁾.

Estas declaraciones coincidían con la posición de la CNT, del POUM y de los sectores socialistas y ugetistas más radicales, entre los que se incluye a muchos de los socialistas valencianos. Para todos ellos, la revolución implicaba el fin del fascismo y de las elites sociales que tradicionalmente habían dominado el país. El sentimiento de que «la Revolución en la retaguardia era lo que hace más segura y más estimulante la victoria en los campos de batalla» parecía extenderse entre la militancia obrera durante los primeros compases de la guerra, aunque pronto se diluiría.

La postura revolucionaria de Largo Caballero no tardaría en moderarse una vez hubo asumido el 4 de septiembre de 1936 el encargo de Azaña para formar un gobierno plural, en el que todos los elementos antifascistas que defendían a la República estuviesen representados. Los socialistas asumieron 6 ministerios; Gobernación y Asuntos Exteriores, Marina y Aire Trabajo, Hacienda, Presidencia y Guerra, estos dos últimos,

450. *Claridad*, 22-08-1936, en *Ibid.*, pp. 61-62.

asumidos por Largo Caballero. El Partido Comunista recibió dos carteras; Instrucción Pública y Agricultura, ocupadas por Jesús Hernández y Vicente Uribe. El resto de carteras se repartieron entre los diferentes partidos republicanos, que poco a poco fueron cediendo protagonismo a la política comunista. Este gabinete trataba de crear consenso entre las diferentes fuerzas antifascistas al presentarse como un ejecutivo unitario capaz de reorganizar la retaguardia, recuperar la legitimidad del Estado y vencer en el campo de batalla.

Este gobierno vio la luz el 4 de septiembre. La CNT se había mantenido en negociaciones, pero su propuesta de ocupar 6 ministerios se consideró como excesiva, con lo que se mantuvo finalmente al margen durante algunos meses más. La CNT, también presentó otra propuesta alternativa, que partía de los acuerdos internos logrados en el Pleno Nacional de Regionales de la CNT de septiembre del 36, en el que concertaron proponer a la UGT conformar juntos un Consejo Nacional de Defensa con el que asumir la dirección política, militar y económica del país ⁽⁴⁵¹⁾, pero parece ser que la UGT no apoyó la medida. En Aragón sí que salió adelante, pero el Consejo Regional de Defensa de Aragón no contó con el beneplácito del Comité Nacional de la CNT, que había visto como en Cataluña, el Comité Regional se había integrado en la *Generalitat*, y ellos preveían hacer lo mismo.

Sin duda, la elección de Largo Caballero para presidir el ejecutivo fue idónea. Su gobierno tenía la difícil misión de restaurar la autoridad y funciones del Estado, desdibujado por el impulso revolucionario popular y las nuevas instituciones salientes del mismo. En el caso de Valencia, el CEP ejercía una autoridad alternativa o al margen de la estatal, con lo que la figura de Largo Caballero se presentó como la mejor oportunidad para integrar a buena parte del movimiento obrero en el proyecto del ejecutivo y en las instituciones estatales. Largo Caballero era una figura muy respetada por amplios sectores del movimiento obrero, representaba al ala izquierda del PSOE e incluso «gozaba de prestigio en algunos círculos confederales de la CNT» ⁽⁴⁵²⁾. De hecho, podemos considerar que su gobierno alcanzó buena parte de sus objetivos, ya que restauró con éxito las instituciones republicanas, acabó con las instituciones populares que rivalizaban con la autoridad estatal, militarizó a las columnas de milicianos, con lo que desarmó la retaguardia y constituyó un mando único militar a partir del cual dirigir la guerra. Para lograr todo ello, debía apoyarse en comunistas, republicanos y socialista moderados que optaban por centrarse en ganar la guerra, restituir la legalidad republicana democrática y con ello, dar al traste con los planes revolucionarios. Para octubre de 1936, poco quedaba ya del discurso de Largo Caballero sobre la necesidad de revolución y guerra.

451. Paz, Abel...op.cit., p. 62.

452. Paz, Abel...op.cit., p. 64.

El día 30 de ese mes, el presidente del gobierno mantuvo una entrevista con un periodista del *Daily Express*, en la que remarcaba la necesidad de «primero ganar la guerra y entonces podremos hablar sobre la revolución». De esta manera, parece que para su gobierno, la solución a todas las problemáticas de índole social y económico surgidos como reacción a la sublevación militar, debían de estar subordinada a un objetivo: «ganar la guerra»⁽⁴⁵³⁾. Probablemente, el discurso inicial de Largo Caballero sobre la revolución respondía a la necesidad de ganar apoyos dentro del movimiento obrero y a su carácter revolucionario, aunque Abel Paz insinúa que Caballero fue utilizado por Moscú e Indalecio Prieto⁽⁴⁵⁴⁾. Este último habría convenido, el 26 de agosto de 1936, con *Stalin* a través de un enviado especial llamado *Kolstov*, el nombramiento de Largo Caballero como idóneo para controlar la situación y detener la revolución. Sea como fuere, Largo Caballero logró los apoyos de todas las fuerzas antifascistas en un momento crítico: la ofensiva sobre Madrid.

El ejército de Franco contaba con las tropas de África, las más experimentadas y letales en combate, además, recibió la ayuda de la Alemania nazi y de la Italia fascista, por lo que todo parecía indicar que Madrid iba a caer en manos enemigas. Desde Mérida las tropas avanzaban hacia Madrid, cosechando victorias militares, pero la decisión de detenerse en el Alcázar de Toledo dio una oportunidad a Madrid. El Alcázar era símbolo para los golpistas, de la España atacada por sus enemigos y supuso una conquista crucial para Franco, «su principal baza para asentar su poder y carisma personal»⁽⁴⁵⁵⁾. Esa parada, que seguía intereses personales y no estratégicos-militares, junto con el avance lento, con la intención de desarmar la retaguardia y aniquilar las ideas democráticas e izquierdistas, proporcionó un tiempo valiosísimo al bando republicano para organizar la resistencia de Madrid. La situación era límite, los acontecimientos se sucedían y el caos y la zozobra aumentaban con el avance enemigo. El gobierno seguía en Madrid cuando Getafe, Alcorcón y Leganés cayeron en manos rebeldes, que avanzaban hasta los arrabales de Madrid.

La llegada del Gobierno de Largo Caballero a Valencia

El 6 de noviembre de 1936, ante el peligro que se cernía sobre Madrid, el Gobierno, tras su primer consejo de Ministros, decidió continuar sus actividades en Valencia, donde la situación estratégica era más beneficiosa. Durante once meses, entre noviembre y octubre, la capital del Turia se convirtió en la sede del Gobierno de la República. Por

453. Paz, Abel...op.cit., p. 65.

454. *Ibid.*, p. 66.

455. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil»...op.cit p. 16.

aquel entonces, Valencia gozaba de una situación bien diferente a la de Madrid, donde los bombardeos de la Artillería y la Aviación franquistas se producían diariamente y el frente se instalaba en las puertas de la ciudad⁽⁴⁵⁶⁾. Quizá por ello, desde la prensa madrileña se había prodigado una imagen inexacta de Valencia como «*Levante feliz*», pero lo cierto es que los problemas de abastecimiento iban en aumento, las restricciones alimenticias ya eran una realidad que se fue agravando con los bombardeos y la llegada de refugiados madrileños y posteriormente malagueños. Es más, desde el Ateneo Mercantil situado en la entonces plaza de Emilio Castelar, se colgó un enorme cartel que recordaba la proximidad del frente de Teruel, tan sólo 150 kilómetros. La guerra se instalaba en la vida de los valencianos y valencianas.

Con la salida del ejecutivo, la defensa de la ciudad recayó en la Junta de Defensa, dirigida por el general Miaja, que contaba con Vicente Rojo como jefe de Estado Mayor. En un inicio no se conocía los efectivos con los que se contaba para organizar la defensa, pero una gran parte de la población se movilizó para realizar una defensa a muerte. El eslogan de la Pasionaria lanzado en julio de «¡No pasarán!» y el de «Madrid será la tumba del fascismo» se convirtieron en lemas que animaron la moral de los defensores, que contra todo pronóstico lograron mantener la ciudad en manos republicanas hasta el final de la guerra. La defensa se logró reforzar con la llegada *in extremis* de las primeras Brigadas Internacionales, la ayuda soviética y la columna de milicianos libertarios catalanes, liderada por Buenaventura Durruti. Esta victoria ayudó a inmortalizar el mito del pueblo en armas que había detenido al fascismo.

Con la llegada del ejecutivo a Valencia, el autogobierno del CEP se vio limitado, la etapa revolucionaria iniciada en agosto parecía llegar a su fin. Se iniciaba un período en la que el protagonismo de la ciudad se incrementó enormemente como centro de atención a nivel nacional e internacional, lo que sin duda cambió la imagen de la urbe y de la vida cotidiana de los ciudadanos y ciudadanas. Del mismo modo, con la venida del ejecutivo liderado por Largo Caballero, se produjo el inicio de su política de centralización y el progresivo debilitamiento del CEP y del resto de Comités Revolucionarios repartidos por toda la geografía española. Hasta el momento, los gobiernos republicanos anteriores se habían mostrado incapaces de reconstruir la autoridad estatal e implementar una defensa eficaz y ordenada ante el avance de las tropas franquistas, al igual que de recibir ayuda internacional. La primera problemática que afrontó el gobierno fue la de presentar adecuadamente su traslado de Madrid, sin quebrantar la moral de la población madrileña que se quedó atrás. La salida del ejecutivo, sin duda fue confusa y precipitada y probablemente un error político de Largo

456. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia», en *Valencia, Capital de la República. La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Vol 7, Javier Navarro (coord.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006, p. 31.

Caballero. Con ello, el presidente del Gobierno vio cómo su prestigio quedó minado entre las filas obreras, a la vez que perdía la posibilidad de extraer rédito político de la inesperada resistencia de Madrid. En cuanto a la elección de Valencia como nueva sede del gobierno, parece que existió cierto debate. Aunque se barajó la posibilidad de Barcelona, donde residía el presidente de la República, Manuel Azaña pero, Javier Navarro baraja la posibilidad de que fuese una decisión personal de Largo Caballero, ya que en Valencia posiblemente contaba con más apoyos políticos que en Barcelona⁽⁴⁵⁷⁾. Sea como fuere, esta decisión fue vista como una medida temporal, Madrid seguía siendo la capital simbólica, la ciudad heroica que resistía al enemigo.

El primer Consejo de Ministros se reúne en Valencia el 7 de noviembre en el palacio de Benicarló, tan sólo un día después de su llegada. Allí se debatió como presentar a la opinión pública aquel espontáneo traslado, sin que pareciese una fuga o abandono, sino más bien una medida para hacer más eficaz la gestión del ejecutivo. De esta manera, el ministro de propaganda Carlos Esplá, se aseguró de que se publicara en prensa artículos sobre ello, donde se afirmaba que el gobierno se había trasladado en servicio de la victoria total y de la propia liberación de Madrid. Incluso la propaganda comunista comparó aquel traslado con el del gobierno bolchevique de Petrogrado a Moscú durante la guerra civil rusa⁽⁴⁵⁸⁾.

El gobierno conocía la situación política de la ciudad. Una vez resuelta la cuestión militar con el asalto a los cuarteles, el poder real pasó a manos del CEP y de las milicias de los sindicatos y partidos políticos, que impulsaron un proceso revolucionario que cuestionaba los mecanismos tradicionales de poder. El Estado estaba en cuestión en una Valencia revolucionaria y antifascista, que vio cambiada su fisonomía urbana. Desde finales de julio de 1936, sería habitual ver por las calles de la ciudad; milicianos con sus monos y gorras cuarteleras, armados con fusiles y pistolas; obreros empoderados ocupando espacios públicos inaccesibles hasta entonces para ellos; permanentes manifestaciones y desfiles en los que se coreaban consignas e himnos revolucionarios; la constante iconografía de banderas rojas y negras; propaganda mural de gran impacto visual a través de pancartas, carteles y pintadas con las siglas de los sindicatos y organizaciones antifascistas, etc. Valencia se había visto envuelta en una iconografía revolucionaria y obrera que expresaba el poder popular. Con el traslado del gobierno, la ciudad comenzó a llenarse de individuos trajeados, con sombreros, corbatas y brillantes zapatos. La estética burguesa volvía a estar presente, al igual que la afluencia de automóviles que generaban grandes problemas de tráfico⁽⁴⁵⁹⁾.

457. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 34.

458. *Ibid.*, p. 34.

459. *Ibid.*, p. 52.

El ejecutivo se trasladó con todos sus empleados y administrativos, por lo que la ciudad se vio envuelta por el aire de oficialidad gubernamental. En unos pocos días, Valencia se encontró sobresaturada con la llegada de políticos, asesores, diplomáticos extranjeros, burócratas, militares, intelectuales y refugiados. Para acoger a tantísimas autoridades y entidades, las autoridades acondicionaron medio centenar de edificios emblemáticos que pasaron a ser sedes oficiales o dependencias administrativas. Tal fue la avalancha de gente, que también se habilitaron hoteles y edificios nobiliarios o residenciales de grandes familias de alta alcurnia que habían sido incautados, debido a que sus propietarios habían huido o los habían cedido. Así ocurrió con los palacios de Caro, Moróder, Berbedel, Galindo, Trénor y del Barón de Llaurí⁽⁴⁶⁰⁾. La sede oficial del Gobierno se reubicó en la Capitanía General y la residencia de Manuel Azaña en la finca La Pobleta, ubicada en Potacoeli. En el palacio de Benicarló, sede actual de las Cortes Valencianas, se instaló la presidencia del Gobierno y el Ministerio de Guerra. Las Cortes Generales se ubicaron en el edificio del Ayuntamiento y posteriormente en la Lonja. En el palacio del barón de Llaurí, en la calle de Samaniego, se situó el Ministerio de Gobernación. En la calle pintor Sorolla, concretamente en el palacio de Caro, se instaló el Ministerio de Estado y el de Hacienda en casa de los Moróder, en la plaza de Tetuán. Marina y Aire se alojaron en el palacio Galindo, en la Glorieta. El Ministerio de Instrucción Pública se instaló en la sede de la Universidad Literaria, en la calle de la Nave, para posteriormente ser trasladado al hotel Palace, en la calle la Paz. En calle Caballeros se instaló el Ministerio de Industria, el de Agricultura y posteriormente el de Justicia, ubicado con anterioridad en el Palacio de Justicia y en la Casa Trénor. En Marqués de Sotelo, en el edificio de la Caja de Previsión Social, se instaló el Ministerio de Trabajo y el de Comercio en la Cámara de Comercio y posteriormente en el palacio de Ripalda, en la Alameda. El de Sanidad se emplazó en el edificio del Comité Sanitario y posteriormente en el palacio Berdebel, en la plaza del Cardenal Benlloch. El Ministerio de Obras Públicas se alojó en la plaza de Tetuán y Comunicaciones en el edificio de Correos para posteriormente pasar también a la Caja de Previsión Social. Por último, el Ministerio de Propaganda se situó en la sede de la Caja de Ahorros, frente a la Glorieta⁽⁴⁶¹⁾. La irrupción de toda la maquinaria estatal causó tirantezas con la población autóctona debido a su percepción de parasitismo burocrático y aires de superioridad o suficiencia. Javier Navarro apunta que la ciudad, experimentó «un proceso de *madrileñización*»⁽⁴⁶²⁾ en el que pasó a convertirse en el principal escenario político de la República, capital administrativa y funcionarial, imbuida de una atmósfera de provisionalidad⁽⁴⁶³⁾.

460. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit p. 41.

461. *Ibid.*, p. 42.

462. *Ibid.*, p. 42.

463. *Ibid.*, p. 43.

A la llegada del aparato estatal se le debe añadir la de los Comités regionales y provinciales de sindicatos y organizaciones políticas, periodistas extranjeros de la talla de Hemingway, Julien Bneda, Illya Ehrenburg, Alexei Tolstói o Mijail Koltsov, embajadas de otros países, como la de la URSS en el hotel Metropol, asesores y observadores internacionales, incluso espías. Muchos intelectuales, como Rafael Alberti, María Teresa León, León Felipe, Luis Cernuda, Rosa Chacel, Alejo Carpentier, César Vallejo, Octavio Paz y un largo etcétera, se instalaron en el hotel Palace que se convirtió en la Casa de la Cultura, conocida por los autóctonos como el *Casal dels Sabuts*, símbolo de la lucha por la defensa de la cultura. Antonio Machado también residió en Valencia, concretamente en Rocafort, en Villa Amparo. Este colectivo de intelectuales, desarrolló su actividad principalmente en la cafetería *Ideal Room*, situada en la calle la Paz y en la sede de la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura (AIDC), situada en la calle del Trinquete de Caballeros. Con lo que pronto se creó un microcosmos cultural, de constante actividad y agitación en Valencia. Desde estos círculos se impulsó la publicación de revistas literarias como *Hora de España* y *Buque Rojo*, en cuyas páginas escribieron Rafael Alberti, Luis Cernuda, Miguel Hernández, María Zambrano o José Bergamín. Asimismo, se celebró el 4 de julio de 1937 en el salón de Sesiones del Ayuntamiento de Valencia, el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, respaldado por el Ministerio de Instrucción Pública y la AIDC valenciana, al que asistieron intelectuales de talla mundial como Pablo Neruda, Octavio Paz, Tristan Tzara, Alejo Carpentier o André Malraux.

Los desfiles, las manifestaciones, conferencias y mítines multitudinarios en cines como el Tyrís, Olimpia, Capitol, Suizo, Metropol y en teatros como el Principal, el Apolo, el Estava o el Nostre Teatre, en defensa de la lucha antifascista y de la causa republicana en sus diversas tendencias políticas, se sucedieron con asiduidad. Del mismo modo, los actos de homenaje a las figuras más representativas de la lucha antifascista caídas en combate, y los países solidarios con la causa fueron una constante, al igual que las veladas teatrales y musicales de carácter benéfico.

Finalmente, el colectivo que más incidencia tuvo en la sociedad valenciana probablemente fue la progresiva llegada de refugiados, especialmente de Madrid y de Málaga tras su caída en febrero de 1937, pero también de las localidades más próximas a la ciudad. La población de la provincia de Valencia a inicios de 1937 era de 926.000 personas, de las cuales 160.000 eran refugiados. La población de la ciudad de Valencia en 1936 era de 386.427 personas, en 1937 aumentó a 399.955 y en 1939 alcanzó la cifra de 413.969 habitantes⁽⁴⁶⁴⁾. La ciudad aumentó su población en casi un tercio cuando sólo

464. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 46.

disponía de 20.000 plazas de alojamientos libres. El resultado fue el cambio del paisaje urbano, en el que cada vez era más frecuente la mendicidad y la presencia de niños vagando por las calles. Si bien, la solidaridad no desapareció, pero fue disminuyendo progresivamente, al mismo tiempo que el hambre y las bombas se intensificaban en la ciudad. No es de extrañar, que desde finales de 1936 los precios de productos básicos se dispararan y dieran lugar al mercado negro, la especulación y el acaparamiento, por lo que las autoridades obligaron al racionamiento. En un inicio, se estableció un control sobre productos como el azúcar, el aceite, las legumbres, la carne y posteriormente el arroz y el pan. Los restaurantes también se adaptaron a la situación al ofrecer el asequible cubierto de guerra ⁽⁴⁶⁵⁾.

En estos momentos, las acusaciones en torno a la llegada de burócratas, diplomático y militares como causantes del aumento de los precios se intensificaron. Ante esta situación, muchos valencianos y valencianas marcharon a las localidades limítrofes para abastecerse o apostaron por reconvertir sus patios o balcones en gallineros o conejeras, lo cual estaba perseguido por las autoridades a fin de evitar mayores problemas de salubridad. Sin duda, la carencia de alimentos y los bombardeos fueron las mayores preocupaciones de la retaguardia valenciana. En cuanto a estos últimos, los primeros se dieron desde el mar. El 12 de enero de 1937, un buque enemigo bombardeó los poblados marítimos y el 15 de marzo, la aviación enemiga italiana, causó 33 muertes y más de un centenar de heridos. La ciudad, acosada por los bombardeos, instaló un total de 25 sirenas con las que dar aviso a la población y evitar el mayor número de muertos. En cuanto a las víctimas totales en la zona republicana por efecto de los bombardeos, las cifras se elevan a «11.000 por 4.000 víctimas de la zona sublevada» ⁽⁴⁶⁶⁾.

Cómo ya hemos señalado, el CEP puso en marcha la organización de milicias de voluntarios, gestionó las incautaciones de campos, de fábricas y empresas, impulsó la puesta en marcha de colectividades agrarias e industriales y trató de socializar algunos servicios públicos. Del mismo modo, a través de las patrullas y posteriormente con la Guardia Popular Antifascista, se hizo con el control del orden público en la retaguardia. Incluso, puso en marcha una nueva justicia popular y gestionó la política de abastecimiento de la población. Todas estas iniciativas tenían como «objetivo la instauración de un orden social, político y cultural completamente nuevo» ⁽⁴⁶⁷⁾.

El aparato estatal, no podía permitir la existencia de un poder alternativo, por lo que no tardó en emprender medidas. Las Cortes se reunieron por primera vez el 1 de

465. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 47.

466. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil»...op.cit., p. 23.

467. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 41.

diciembre en el Ayuntamiento de Valencia para respaldar al gobierno y su política de unidad de acción y de mando para dirigir y ganar la guerra. Poco después, en septiembre de 1936, el CEP recibió un duro golpe, al ser sustituido su presidente Ernesto Arín, próximo a las tesis sindicalistas, por el socialista Ricardo Zabalza, quien había sido desde antes de la guerra, secretario Nacional de la Federación Española de Trabajadores del Campo. Parece ser que profesaba una sólida amistad y lealtad hacia Largo Caballero⁽⁴⁶⁸⁾, lo que debió de influir en su nombramiento como Gobernador Civil. Todo ello, supuso un claro cambio en la política de la retaguardia a favor de la centralización y militarización. Bajo su dirección, el 30 de septiembre la Delegación de milicias del CEP declaró que ya no proporcionaría a las organizaciones políticas y sindicales cupones de aprovisionamiento, mientras retuviesen a sus milicias en la retaguardia o al margen del control de la Delegación. Esta medida, junto a la prohibición de mantener armadas las milicias en la retaguardia, dificultaba enormemente al CEP mantener su poder y control de la actividad revolucionaria en las calles⁽⁴⁶⁹⁾. Del mismo modo, el salario de 10 pesetas sólo podría percibirse al aceptar la militarización y pasar a formar parte del nuevo Ejército Popular de la República.

Con todo ello, el gobierno se aseguraba el control de la retaguardia y eliminaba cualquier amenaza armada, a la vez que debilitaba a los disidentes que combatían en el frente. «Con todo el aparato de decretos y normas, el Gobierno daba un paso de gigante en la reconstrucción del Ejército de la República»⁽⁴⁷⁰⁾. La tarea centralizadora se culminó el 23 de diciembre de 1936 con el decreto que disolvía el CEP y creaba un nuevo organismo, el Consejo Provincial. En esos momentos, la autoridad del Gobierno se imponía en la retaguardia, donde las patrullas, los paseos, y las actividades de grupos de incontrolados desaparecían. En cambio, en el frente, el Gobierno todavía encontraba resistencia en algunas columnas valencianas, principalmente la de Hierro que asistía impotente a la toma de control, por parte del gobierno, de las labores de distribución de municiones y armamento. Este consejo, también estaba liderado por Ricardo Zabalza, Gobernador Civil de Valencia y actuó de manera similar a una diputación extraordinaria de guerra con pocas competencias en la retaguardia. En estos momentos comenzaba una etapa de disoluciones de comisiones gestoras y comités populares revolucionarios que comenzaron a ser sustituidos por consejos municipales subordinados a la línea política del Gobierno central.

468. Mainar Cabanes, Eladi, «Revolució, bombardejos i fam: la València de la Guerra Civil», en *València Capital de la República 1936-1937. Com es viu una guerra? La vida quotidiana d una ciutat de rereguarda*, Navarro, Javier y Valero, Sergio (eds.) Vol 2, Valencia, Ajuntament de València, 2017, p. 37.

469. Smyth, Terence...op.cit., p. 55.

470. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 94.

El proceso de militarización

El Estado comprendió desde el inicio de la contienda, de que se trataba de una guerra moderna, donde el Estado debía organizar todos los aspectos del frente y de la retaguardia; la economía -la producción y las gestiones mercantiles-, la diplomacia y el conjunto de aparatos de persuasión y coacción estatales con los que apaciguar y controlar la retaguardia. Con la militarización, las columnas debían integrarse en la jerarquía militar de un Ejército que debía profesionalizarse para aumentar su eficacia. Se requería de un mando único establecido en el Ministerio de Guerra y el Estado Mayor central; de unos mandos formados en Escuelas Populares de Guerra y de Estado; y de un Comisariado General de Guerra, destinado a impulsar un Ejército comprometido con la República⁽⁴⁷¹⁾. Con todo ello, los milicianos pasaban a estar sometidos al Código de Justicia Militar y sus batallones a integrarse en las Brigadas Mixtas, base del nuevo Ejército Popular de la República. En ese sentido, se pusieron en marcha todo tipo de medidas encaminadas a implementar el mando único y la profesionalización de las unidades, con rito desigual en los diferentes territorios que dominaba la República. En la zona central obtuvo menos rechazo que en Valencia y Cataluña, donde las instituciones revolucionarias y las milicias tomaron el control tras la derrota de la sublevación.

Las primeras medidas e incentivos que el Estado emprendió, todavía con Giral como presidente, se orientaron a la movilización de tropas instruidas y a convencer a los milicianos de la necesidad de la militarización. Entre ellas se sitúa el decreto 18 de agosto, mediante el cual, los oficiales retirados por la Ley Azaña podían reintegrarse tras ser avalados por las fuerzas frentepopulistas⁽⁴⁷²⁾. En cuanto a la militarización, trataron de convencer a muchos voluntarios con «la promesa de que con el fin de la contienda accederían a los Cuerpos de Seguridad y Vigilancia del Estado, como la Guardia de Asalto o la Guardia Civil»⁽⁴⁷³⁾. La situación fue descrita por el presidente de la República, Manuel Azaña de la siguiente manera:

«Los estados de situación de las fuerzas que redactaba el Ministerio todos los días, de los cuales conservo algún ejemplar, muestran la inverosímil heterogeneidad de aquel ejército y la desigual composición, en número y calidad de sus unidades»⁽⁴⁷⁴⁾.

471. Calzado Aldarín, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil»...op.cit., p. 17.

472. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 91.

473. *Ibid.*, p. 92.

474. Azaña, Manuel...op.cit., p. 70.

La tarea de reconstruir lo que se había hundido no era sencilla, pero se debía articular un nuevo ejército con el que ganar la guerra a un adversario superior en cuanto a potencial bélico, instrucción, disciplina y números. Para ello, otra de las medidas seguidas fue la de recurrir a los oficiales en reserva y encuadrar a los soldados y cabos pertenecientes a quintas anteriores a 1936 en los diversos regimientos a través de un decreto emitido el 31 de julio de 1936, que afectaba a Cataluña y al País Valenciano⁽⁴⁷⁵⁾. La respuesta fue la movilización de milicias anarquistas en contra de ese decreto y en defensa de que las milicias se oficializasen como el nuevo cuerpo armado que articulase la lucha contra los rebeldes. El siguiente paso del gobierno de Giral fue el decreto del 3 de agosto, con el que se oficializaba la creación de los Batallones de Voluntarios. Decreto que se completaría el día 12 del mismo mes, con la creación de escuelas para la instrucción de oficiales, generalmente ignorados por los líderes milicianos. Tan sólo una semana después, se aprobaba un nuevo decreto en el que se demandaba el alistamiento a los jóvenes que hubiesen acabado el servicio militar antes de la insurrección y que se encontrasen en la reserva. Estos debían de ser avalados por sus respectivos sindicatos o partidos políticos a fin de evitar posibles episodios de espionaje o de traición. El Gobierno continuó desarrollando políticas atractivas para favorecer el alistamiento, como la asignación de «un sueldo de 10 pesetas diarias»⁽⁴⁷⁶⁾, todo un reclamo en aquel momento. Incluso desde medios anarquistas como *Fragua Social*, se insistía en la necesidad de que los ciudadanos se alistaran en el Ejército Voluntario:

«La República os dará un sueldo de 10 pesetas, para que vuestras familias no padezcan hambre. Si alguien de vosotros muriera por la República, vuestros hijos tendrían una pensión suficiente para sobrevivir»⁽⁴⁷⁷⁾.

Pese a la campaña propagandística que experimentó el decreto, su éxito fue más bien dudoso y supuso una sangría económica no esperada por el Gobierno. Ello, se debe a la picaresca de algunos, que desde el frente exageraban las listas de voluntarios adscritos a las unidades para así recibir dinero extra⁽⁴⁷⁸⁾. Ante esta situación, los comunistas mostraron responsabilidad y apostaron por la reducción de sus salarios, con lo que su compromiso con la hoja de ruta del gobierno era total. Este proceso continuó con los decretos del 20 y el 30 de septiembre, en los que Largo Caballero impulsó la militarización de todas las fuerzas que combatían en el frente y fijó la edad mínima

475. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 89.

476. *Ibid.*, p. 90.

477. *Fragua Social*, 17-09-1936, p. 2.

478. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 90.

para alistarse, la cual pasó a ser de 20 a 35 años. Este decreto fue ampliado el 16 y el 30 de octubre de 1936, pero no tuvo una aplicación inmediata, las resistencias eran constantes, pero el PCE presionaba para su total aceptación.

Como ya hemos adelantado, muchos valencianos que se encontraban en el frente no aceptaron la militarización con facilidad. La sensación de abandono en el frente por parte del gobierno central había creado un sentimiento de rechazo y hostilidad que se fueron agudizando a medida que las columnas iban perdiendo independencia a manos del Estado. Abel Paz, considera que el CEP, debido a su situación de independencia, no encontró todo el apoyo que necesitaba del Gobierno central⁽⁴⁷⁹⁾, por lo que recurrió al Comité de Milicias de Cataluña en busca de colaboración. La situación interna de las columnas tampoco era fácil. En su seno convivían militares y milicianos con relativa dificultad. Estos militares asesoraban en las acciones bélicas, planificaban las acciones militares y eran principalmente considerados como técnicos militares muy competentes y con una marcada inclinación de defensa de la causa popular⁽⁴⁸⁰⁾. El miliciano Progreso M.H. recordaba en una entrevista la poca formación militar que tenían los milicianos:

«Yo tenía un fusil Mauser y cuando estaba disparando se me acercó el oficial: “¿Tú dónde tiras chaval?”. «Pues a las casas, a la ventana aquella que hay un rebelde allí». Me dice: «A ver, tira». Y dice: “¿Ves el polvo? Allí está tu bala”. «Hombre, si he apuntado a las ventanas», y dice: “Pero es que hay un alza, tienes que tenerlo en cuenta” y entonces aprendí. Yo creo que era un fenómeno general entre todos nosotros, sobre todo los jóvenes, que no sabían... la mayoría ni siquiera había visto un arma en la vida»⁽⁴⁸¹⁾.

La Columna de Hierro fue más reticente a la militarización, pero curiosamente contaba con algunos de los militares más prestigiosos del momento en su Comité de Guerra: el teniente coronel Joaquín Pérez Salas y el capitán de Artillería Atilano Sierra, fundadores de la UMRA en Valencia. Pese a no tener mando directo sobre la columna, ambos gozaron de prestigio entre los milicianos. En ese sentido se pronunciaba Vicente P.G.:

479. Paz, Abel...op.cit., p. 54.

480. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 59.

481. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Progreso M. H., Volumen 3, Sig.FSV 70, p. 490.

«Lo relacionado con la técnica militar, pues claro, era cosa de los militares como Pérez Salas, de Artillería. ¿Cómo íbamos poner a uno que no sabe ni cómo se pone el proyectil a un cañón o cosas de esas?»⁽⁴⁸²⁾.

Con milicianos sin experiencia ni disciplina y militares sin mando directo con grandes deficiencias en cuanto a armamento y munición, se puede entender que los oficiales apostasen por estrategias conservadoras que no expusieran a grandes riesgos a los milicianos, lo que se traduciría en escasos avances en el frente de Teruel. Estas tácticas prudentes, en ocasiones fueron percibidas por algunos milicianos como un intento de boicot por parte del gobierno. Lo cierto es que el apoyo aéreo proveniente del aeródromo de Manises no actuaba por Teruel. En ese sentido, desde la prensa más afín al modo de entender la guerra de las columnas confederales, se criticaba la falta de medios con los que continuar el avance por el frente turolense: «Nos habían dicho que marcharíamos protegidos por aviones. ¿Cómo es que no llegan?»⁽⁴⁸³⁾.

Los problemas logísticos y de armamento fueron recurrentes y conllevaron discusiones y desavenencias entre los Comités de Guerra de las columnas y el Ministerio de Guerra. El conflicto fue tal que el Comité de Guerra de la Columna de Hierro declaró que el Frente de Teruel se mantenía desabastecido por parte del Gobierno de manera deliberada, con lo que por su propia cuenta intentaron comprar armas a Bélgica en una negociación desesperada que fracasó⁽⁴⁸⁴⁾. De hecho, «en Alcoy se conformó una columna de 1.000 milicianos, que al mantenerse fuera de las disposiciones del gobierno, no se llegó a armar»⁽⁴⁸⁵⁾. Esta problemática no afectó a los milicianos socialistas y comunistas, que fueron adoptando todas las medidas del ejecutivo, por lo que algunos militantes anarcosindicalistas acabaron enrolándose en sus columnas. La vivencia del miliciano Manuel F. refleja esta misma situación:

«Me llevaron a la trinchera y me dice el oficial: “Oye, Fabra ¿Tú has visto cómo estamos aquí? Aquí, un día de estos, se empieza una batalla y aquí no tenemos... no teníamos ni armamento”»⁽⁴⁸⁶⁾.

Del mismo modo, los militares fueron vistos con recelo por muchos milicianos y se mantuvieron en una segunda línea hasta la militarización impulsada por el gobierno.

482. Entrevista a Vicente P.G., Sig.FSV 82...op.cit., p. 16.

483. «De nuestro enviado especial al Frente de Teruel», *Fragua Social*, 25-08-1936, p. 5.

484. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 61.

485. Paz, Abel...op.cit., p. 107.

486. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Manuel F.A., Volumen 2, Sig.FSV 26, p. 347.

En un pleno de columnas confederales, José Pellicer, dirigente de la Columna de Hierro mostró su profunda desconfianza hacia los militares.

«No somos enemigos de la técnica, pero los que tanto la alaban deben saber que en España los militares que no se han sublevado, ha sido por cobardía o sencillamente por no tener la oportunidad»⁽⁴⁸⁷⁾.

Así pues, el frente de Teruel se mantuvo mal armado, sin estrategia clara y con una estructura deficiente hasta 1937, año en que todas las milicias aceptan la militarización. Hasta entonces, los milicianos se mantuvieron en pésimas condiciones en un frente paralizado, donde la guerra de trincheras daba lugar a variopintas experiencias⁽⁴⁸⁸⁾. El caso de Ángel M.M. resulta mucho más común de lo que puede parecer. Según su testimonio, fue nombrado Comisario de Agitación y Propaganda:

«Mi trabajo consistía en dirigirme al enemigo por medio de unos altavoces a las trincheras, porque aquello era una guerra de palabras. En fin, los que han hecho la guerra saben que de trinchera a trinchera pues era eso»⁽⁴⁸⁹⁾.

En el mismo sentido se pronuncia el alicantino Álvaro P. G., miembro de la Columna Maroto que combatió en el frente central y en el de Andalucía. Cuando estaba batallando en la ciudad universitaria de Madrid, se encontró con que el elemento que les separaba de la trinchera enemiga era un simple camión.

«Allí nos llamábamos de todo. Claro, sabían o se lo imaginaban que, a pesar de ser un Ejército de Voluntarios entrenados, ahí debía de haber de todo, comunistas, socialistas, anarquistas y de todos los colores. Quizás hayas oído esta frase en algún lado, pero yo la he oído más de una vez desde la trinchera enemiga: “Ahí estás, que no nos separa más que una letra”»⁽⁴⁹⁰⁾.

Igualmente, Abel Paz, considera que, con el sistema de milicias, la táctica a seguir debió de ser la de la guerrilla, las infiltraciones y la táctica de tierra quemada. El autor estima que hacer la guerra de tú a tú, tal y como aconsejaban los técnicos rusos fue un error que conllevó el derramamiento de sangre en batallas como la de Teruel y

487. Mainar Cabanes, Eladi, «La Columna de Hierro», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006, p. 89.

488. Anónimo, «Unas horas en el frente Eixeá-Uribes», *Fragua Social*, 11-10-1936, p. 4.

489. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ángel M.M., Volumen 5, CFI46_A, p. 59.

490. Entrevista a Álvaro P. G., Sig.FSV 101...op.cit., p. 384.

la del Ebro ⁽⁴⁹¹⁾. Esta guerra de trincheras no fue apoyada por muchos milicianos que entendían que con la falta de armamento y de preparación no podían combatir de tú a tú con un enemigo más fuerte y completamente profesionalizado. De ahí que algunos comenzaran a apostar por una modalidad diferente: la guerra de guerrillas.

En la misma línea, se pronunciaba el miliciano Ximo Q.M.: «Lo único que puedo decir, es que debimos hacer grupos de guerrilla, sí, y distribuirlos por toda España» ⁽⁴⁹²⁾. Igualmente, Santiago F.S. entendía que el gobierno de la República cometía una imprudencia al intentar «improvisar en tres meses un ejército regular clásico, para enfrentarse a otro ejército con años de experiencia» ⁽⁴⁹³⁾. Para él, «formar frentes de trincheras de combate que no nos servían nada más que para derrotas continuas, era una equivocación» ⁽⁴⁹⁴⁾. Del mismo modo, el valenciano Vicente G.O., como miliciano, apostó por las Brigadas Móviles en un intento de rehuir de una estrategia clásica de trincheras. Estas Brigadas debían de ser:

«Más que un ejército, un cuerpo de guerrillas con cierta independencia, con cierta cohesión, pero con disciplina militar. Mataban a muchos y éramos muy inexpertos en la guerra de trincheras, como guerrilla aún valíamos algo, pero como militares no, o eso pienso yo» ⁽⁴⁹⁵⁾.

La CNT en el Gobierno de Largo Caballero. La aceptación del mando único

El pensamiento de los milicianos parece que no iba del todo desencaminado respecto a la viabilidad militar en los frentes. Los propios informes militares reflejan pocas posibilidades reales de victoria ⁽⁴⁹⁶⁾ a causa de las deficiencias materiales de todo tipo y la falta de disciplina y de formación. En este contexto de impulso de la militarización, la CNT había abandonado el apoliticismo al apostar por entrar el 4 de noviembre de 1936 en el Gobierno de Largo Caballero, con el objetivo de aumentar sus parcelas de poder en la política de defensa y en el aparato militar ⁽⁴⁹⁷⁾. Esta arriesgada jugada política le valió cuatro ministerios en el ejecutivo: la cartera de la Industria pasó a Juan

491. Paz, Abel...op.cit., p. 136.

492. Entrevista a Ximo Q. M., Sig.FSV 106...op.cit., p. 422.

493. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Santiago F.S., Volumen 2, Sign. CF 129_B II, p. 536.

494. *Ibid.*, p. 536.

495. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Vicente G.O. Volumen 3, Sig.FSV 40, p. 117.

496. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 40.

497. *Ibid.*, p. 99.

Peiró, la de Comercio a Juan López, Juan García Oliver ocupó el ministerio de Justicia y Federica Montseny el de Sanidad, pero también enormes críticas por parte de sus militantes.

Los propios ministros de la CNT se quejaron del traslado del ejecutivo a Valencia, consideraron que «el gobierno tomó la decisión tras su entrada para así hacerles partícipes de una decisión impopular y de impredecibles consecuencias políticas»⁽⁴⁹⁸⁾. Al ser una decisión tomada por los representantes de todas las fuerzas políticas, el gobierno se blindaba ante las críticas y la propia CNT no podía apoyarlas. Todo ello, le costaría el puesto a Horacio M. Prieto, Secretario General del Comité Nacional de la CNT. La entrada en el gobierno de la CNT suponía la aceptación de la centralización y militarización de los frentes, con lo que las columnas que se mantenían en contra perdieron los pocos apoyos con los que contaban. Para la CNT, el debate pasaba a centrarse en la necesidad de mantener y consolidar los logros revolucionarios y las parcelas de poder obtenidas hasta el momento, lo cual no fue visto con buenos ojos por las fuerzas comunistas que apostaban por políticas moderadas y cierta progresiva oposición al liderazgo de Largo Caballero.

El cerco de la militarización se estrechaba en el frente. El nuevo marco legal penalizaba las deserciones, con lo que quienes «abandonaran las columnas, eran forzados a militarización al ser llamada su quinta al frente»⁽⁴⁹⁹⁾. Asimismo, el 16 de octubre, el Gobierno publicó una circular con la que se daba a conocer el acuerdo alcanzado con los ministros de la CNT, para que el mando único de la contienda se centralizara en el Ministerio de la Guerra. La propaganda estatal respecto a la necesidad de disciplina militar y mando único también convenció a buena parte de la retaguardia y de los milicianos, que no observaban grandes avances en el frente. La consigna estaba clara: la guerra se perdería si se mantenían unas milicias, que a todas luces se habían mostrado ineficaces contra un ejército profesional y disciplinado.

La incorporación de la CNT al ejecutivo también tuvo su respuesta desde el frente. La mayoría de columnas confederales no vieron con buenos ojos esta decisión política⁽⁵⁰⁰⁾, pero sin duda, la Columna de Hierro canalizó las críticas más duras. Desde *Línea de Fuego* se publicó un comunicado el 4 de noviembre, en el que criticaban la actitud de la confederación al aceptar lo que siempre se había atacado: «Desde ahora ya no se hablará de libertad, sino de sometimiento a nuestro “gobierno”, único orga-

498. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 33.

499. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 93.

500. Paz, Abel...op.cit., p. 93.

nismo capacitado para dirigir la guerra y la vida económica»⁽⁵⁰¹⁾. El Estado al que habían soñado derrocar parecía fortalecerse gracias a una organización que se presentaba como libertaria. La confusión era enorme y las críticas no sólo se limitaban a la entrada de la CNT en el gobierno, sino que también se centraban en la sola presencia del ejecutivo en la capital del Turia. En el Pleno Confederal de la Región Levantina, personalidades muy conocidas como Tomás Cano Ruiz ponían en duda la capacidad de Valencia para acoger a todos los huidos de Madrid:

«La venida a Valencia del Gobierno de la República ha traído consigo centenares, cuando no millares, de burócratas que están infestando por completo y que están consumiendo todas las reservas y todas las posibilidades económicas y de alojamiento que la ciudad tiene»⁽⁵⁰²⁾.

Cano Ruiz, alegaba que los hoteles y las casas pasaron a estar ocupados por el aparato del gobierno, mientras que los milicianos que bajaban del frente no encontraban donde resguardarse:

«[Los milicianos] tienen que permanecer tirados en la calzada, tirados en el arroyo, han de permanecer durmiendo en las aceras, no pueden tener un lugar donde sentarse a comer, no encuentran una cama donde echarse a dormir, mientras que estos burócratas están consumiendo las disponibilidades que la ciudad tiene»⁽⁵⁰³⁾.

El Comité Nacional de la CNT había apoyado el traslado del Gobierno a Valencia y por ende, no veía con buenos ojos la postura de los milicianos valencianos y de los sectores más radicales que rechazaban las políticas del ejecutivo. Todo ello, coincide en un momento en que las columnas comenzaban a arrastrar un enorme descredito. Los altercados y errores en la retaguardia, la falta de materiales básicos para continuar la lucha y obtener significativos avances, y la pérdida del fervor y entusiasmo inicial se tradujo en una decaída de voluntarios y de apoyos. Este último aspecto resulta crucial, ya que no había suficientes reclutas nuevos para cubrir las bajas del frente. El CEP se había disuelto poco después de la llegada del gobierno de Largo Caballero y el grueso de las fuerzas antifascistas se habían integrado en su gabinete, por lo que ya no favorecían con la misma entrega el envío de milicianos al frente. Del mismo modo, el ejecutivo se negó a retribuir económicamente a las columnas a no ser que se militarizaran, lo que, junto a la legislación para pacificar y prohibir la presencia de milicianos armados en la retaguardia suponía un duro golpe a las columnas.

501. Paz, Abel...op.cit., p. 93.

502. *Fragua Social*, 17-02-1937, p. 5.

503. *Ibid.*, p. 5.

Para Abel Paz, la decisión del gobierno de no armar a las milicias que no se sometían al decreto de militarización, dejaba claro la prioridad de acabar con la revolución⁽⁵⁰⁴⁾. Asimismo, como puntos de inflexión, el fracaso de la ofensiva de diciembre de 1936 en el frente de Teruel, junto con los hechos de octubre de 1936 pusieron sobre la mesa, la necesidad de un mando único que evitase más conflictos políticos en el seno del bando republicano. En definitiva, pese a que iba en contra de su posición ideológica, la militarización comenzaba a verse por parte de la CNT, como una solución a sus problemas económicos⁽⁵⁰⁵⁾, pero también como medio para obtener puestos relevantes en el nuevo ejército republicano. Con la creación del Comisariado de gran impronta soviética, se pretendía tener control sobre la inclinación política de los soldados y coordinar adecuadamente las relaciones entre los mandos militares y los combatientes. Por lo que la presencia en el Comisariado resultaba crucial para mantener la relevancia de la CNT en el transcurso de la Guerra.

En el frente, las columnas aparte de experimentar carencias de todo tipo y falta de armamento y ropa, se sumaron nuevas presiones con la llegada de la 22ª Brigada Mixta en noviembre de 1936, liderada por el comunista Francisco Galán. En un principio, esta brigada mostró una actitud respetuosa y conciliadora con las columnas localizadas en el Frente de Teruel, pero nunca dejaron de promover la idea de un Ejército Popular, una vez culminada la militarización. La Brigada sirvió de altavoz del gobierno e impulsó su propio órgano de prensa: *En Marcha*, desde donde difundir su ideario y desarrollar una buena relación con los milicianos: «Nuestra salutación a los camaradas de la Columna de Hierro y Torres-Benedito que luchan a nuestro lado»⁽⁵⁰⁶⁾.

Desde la brigada fueron constantes los discursos apologéticos sobre las ventajas de la «figura del comisario político, de la militarización y la disciplina»⁽⁵⁰⁷⁾, aunque en su seno también se dieron actos de indisciplina o delitos que eran juzgados en asambleas internas⁽⁵⁰⁸⁾. Asimismo, la escasa preparación de sus oficiales también les afectaba negativamente: «había comandantes de batallón que no sabían interpretar un mapa»⁽⁵⁰⁹⁾. Del mismo modo, trataron de no descuidar la vertiente cultural, con el impulso de Rincones Antifascitas en cada batallón: «Es imprescindible que exista en cada batallón un Rincón Antifascista, con cuatro sillas, unas pancartas rojas y unos pocos libros y prensa»⁽⁵¹⁰⁾.

504. Paz, Abel...op.cit., p. 117.

505. Smyth, Terence...op.cit., p. 59.

506. *En Marcha*, 1-12-1936, en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 47.

507. *Ibid.*, p. 47.

508. *Ibid.*, p. 47.

509. Llorens, Carlos, *La Guerra en Valencia y en el frente de Teruel*, Valencia, Fernando Torres, 1978, p. 73.

510. *En Marcha*, 9-02-1937, en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 47.

La llegada de esta brigada no mejoró precisamente el descrédito de las columnas, pero sí significó el inicio de la militarización en el Frente de Teruel. La paralización en el frente, el inicio de constantes desertiones y el desánimo alimentaron todavía más la imagen de indisciplina y caos de algunas columnas que se dedicaban principalmente «a tareas de fortificación de líneas»⁽⁵¹¹⁾. La situación llegó al extremo en diciembre, cuando la centuria 30 de la Columna de Hierro fue acusada de abandonar el frente el 24 de diciembre⁽⁵¹²⁾, lo que desanimó enormemente al resto de columnas. Su abandono implicaba dejar desguarnecida su posición un par de días antes, de que diera inicio la ofensiva de navidad de 1936, por lo que la columna los declaró desertores. El ideal de no violentar, provocó que la columna dejara a sus miembros «elegir si seguir o abandonar, lo que debilitó la resistencia y el ataque por el flanco del cementerio de Teruel»⁽⁵¹³⁾. Esta desertión fue utilizada por la 22ª Brigada Mixta para criticar la falta de disciplina y capacidad de las columnas para ganar la guerra.

El descrédito de los últimos baluartes contra la militarización iba en aumento. Nos referimos a la Columna Maroto. Esta había partido de Alicante con 6 centurias, pero tras agotar las municiones y ante la falta de armamento, se quedaron a pocos kilómetros de la ciudad de Granada. Tras ubicar su cuartel en Guadix, permanecieron estancados, por lo que se dedicaron a la implantación del comunismo libertario por la región. La práctica revolucionaria chocaba con el programa comunista, por lo que el conflicto entre fuerzas antifascistas detonó en una campaña de difamación sobre su líder, Maroto, quién fue juzgado y condenado por un tribunal militar. Finalmente salió inocente del proceso, pero también muy debilitado, con lo que la columna tuvo más remedio que pasar a formar parte de la 147ª Brigada Mixta⁽⁵¹⁴⁾. Sin duda, el devenir de esta columna con el de la Columna de Hierro es muy similar. Ambas se erigieron como paradigma de la revolución y la guerra como binomio y se resistieron hasta el último momento a la militarización. En semejante situación de presión gubernamental sobre el modelo de la milicia se produjo la ofensiva de diciembre de 1936 sobre Teruel.

El Frente de Teruel. La ofensiva de Navidad de 1936

La ofensiva sobre Teruel de finales de 1936, se planteó conjuntamente entre el Ministerio de Guerra y el CEP para tomar la capital turolense. El gobierno entendía que, si la ofensiva fracasaba, el modelo de las columnas de milicianos se vería todavía más arrinconado y agotado, mientras que los milicianos percibían la ofensiva como una

511. Paz, Abel...op.cit., p. 146.

512. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 121.

513. Mainar Cabanes, Eladi, «Teruel resiste la ofensiva miliciana (Navidad de 1936)», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006, p. 110.

514. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 62.

oportunidad para demostrar su arrojo y efectividad. De fondo, se encontraba la posibilidad de evitar que las tropas franquistas pudiesen avanzar en un doble sentido: hacia Madrid; y por Aragón hasta el litoral valenciano con la intención de partir la zona republicana en dos, lo cual acabaría ocurriendo.

El Ejército Popular de la República contaba en mayo de 1937 con 600.000 combatientes ⁽⁵¹⁵⁾, aunque persistían graves problemas, como su baja operatividad; el irregular aprovisionamiento de material de guerra; la inferioridad aérea; y las limitaciones técnicas y humanas, entre otras. Junto con todo ello, la estrategia más repetida por el Ejército republicano, implementada en la ofensiva de Teruel de diciembre de 1936, se basaba en un fulgurante ataque, que daba lugar a un estancamiento en las posiciones ocupadas. Con el agotamiento de la tropa, el frente quedaba paralizado y los soldados no lograban hacer frente a las rápidas contraofensivas franquistas, bien lideradas y dirigidas gracias a la jerarquización de aquel ejército. Finalmente, la superioridad aérea y de la Artillería de los sublevados marcaba la diferencia y obligaba a la retirada republicana. Estas tácticas defensivas, coordinadas por Vicente Rojo, respondían a la necesidad de alargar la guerra y resistir a ultranza, a la espera de la eclosión de un conflicto europeo.

En noviembre, poco antes de la ofensiva navideña, el reparto de fuerzas en el frente de Teruel era el siguiente: La Columna Torres-Benedito contaba con 4.000 hombres, la Columna de Hierro con 4.000, la Columna Eixea-Uribes con 3.500, la Columna del Rosal con 4.500 y la Peire con 1.500. En reserva, se mantenían 3.500 hombres, lo que hacía un total de 20.000 hombres ⁽⁵¹⁶⁾. Por ello, no es de extrañar que la República se encomendara a la superioridad numérica ⁽⁵¹⁷⁾ y a la introducción de cuerpos sometidos a la disciplina militar, como la Brigada Mixta 22 y a la XIII Brigada Internacional, que contaba con «excombatientes de la I Guerra Mundial, bajo la dirección del comunista alemán Wilhem Zaisser y asistidos por una pequeña fuerza de aviones» ⁽⁵¹⁸⁾. Esta última estaba conformada por tres batallones, el Henri Vuillemin, cuyos miembros provenían principalmente de Francia, el Chapaiev y el Louise Michel conformado por franco-belgas principalmente. Así pues, pese a que el Ejército Popular de la República se encontraba en activo desde el 16 de octubre de 1936, la mayoría de unidades combatientes en el frente de Teruel continuaban siendo columnas de milicianos valencianos.

La dirección del operativo recayó en Jesús Velasco Echave, militar competente que

515. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil»...op.cit., p. 26.

516. Salas Ramón...op.cit., p. 529.

517. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 122.

518. *Ibid.*, p. 122.

siempre mantuvo su lealtad a la República, aunque, según Mainar ⁽⁵¹⁹⁾, cabe la posibilidad de que en última instancia, fuese José Benedito, el delegado de Guerra del CEP, el líder de la operación. El «jefe del Estado Mayor era Arderius, el asesor de operaciones era el coronel ruso Petrov y el puesto de mando se estableció en Cedrillas» ⁽⁵²⁰⁾. La Columna Peire operó sobre Celades, Santa Bárbara y el Cerro Gordo; la Torres-Benedito actuó sobre Concud; la Columna del Rosal marchó hacia Albarracín y Gea de Albarracín; la Columna de Hierro avanzó por la carretera de Sagunto-Teruel; y la XIII Brigada Internacional asaltó Teruel por la parte del cementerio ⁽⁵²¹⁾.

La ofensiva dio inicio el 25 de diciembre de 1936 con la intervención aérea de 18 aviones dirigidos por André Malraux, con órdenes de bombardear la estación de ferrocarril y la central eléctrica, junto con el apoyo de la artillería, comandada por los capitanes Gállego y Atilano Sierra. Seguidamente, atacaron las columnas y 15 carros blindados. El día 26 bombardearon la estación de ferrocarril y la fábrica de electricidad de la ciudad, con lo que lograron cortar las comunicaciones telegráficas y la carretera general, lo cual dio ánimos a los soldados y milicianos para continuar su avance. También se bombardeó cerca de Alcalá Real una concentración de soldados nacionales y varias posiciones enemigas en Puerto Escandón, Muela de Villastar y Campillo de Campo. La actividad aérea no tardó en ser respondida por la aviación rebelde, que entabló combate por el cielo.

El problema vino dado por el mal tiempo y la niebla espesa que disminuía la efectividad de la aviación que, pese a ello, logró derribar un Heinkel enemigo. La infantería tampoco funcionó como se esperaba. La Columna Peire fracasó en tomar las posiciones de Celades, vértice Santa Bárbara y Cerro Gordo, al igual que la Torres-Benedito con Concud ⁽⁵²²⁾. La XIII Brigada Internacional se posicionó cerca del cementerio de Teruel, pero pronto, uno de los oficiales del Batallón Henry Vuillemin se pasó a las filas enemigas e instó a sus compañeros a hacer lo mismo. El batallón Chapaiev, se posicionó a 500 metros de Teruel, pero la artillería enemiga les obligó a retirarse. A los pocos días, acabaron perdiendo el 50 % de sus miembros ⁽⁵²³⁾. Tras su fracaso, se trasladó a Utiel para después marchar junto al Batallón Juan Marco al frente de Málaga y posteriormente al de Córdoba. La Columna de Hierro actuó junto con la XIII Brigada Internacional, pero tampoco tuvo éxito en un inicio, aunque acabaría tomando «10 trincheras con ametralladoras y facilitando que 60 soldados rebeldes se pasaran al

519. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 124.

520. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 146.

521. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 146.

522. *Ibid.*, p. 147.

523. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 122.

bando republicano, con armamento y municiones»⁽⁵²⁴⁾. La Eixea-Uribes se instaló en los Altos de Marimezquita, la Muela de Villastar, las Carboneras y el Cerro de Perdigón y al oeste de la Hoz, pero son rechazados en Villastar.

A partir del día 28, parece más evidente que la ofensiva está fracasando, pero aun así, «la Columna del Rosal junto con la Eixea-Uribes cortan la carretera de Bezas entre el Campillo y San Blas»⁽⁵²⁵⁾ y continúan ejerciendo presión en el ataque. La ofensiva, como vemos, conllevó varios ataques simultáneos con escaso éxito. El líder de las tropas rebeldes, Muñoz Castellanos tuvo que pedir refuerzos a Zaragoza para hacer frente a una fuerza de 20.000 hombres⁽⁵²⁶⁾. La Brigada Mixta 22 luchó en un inicio al lado de la Columna de Hierro, pero seguidamente fueron trasladados a Alfambra, junto con la Torres-Benedito⁽⁵²⁷⁾, la cual logró ocupar las masías de Chantre y cortar la línea del ferrocarril.

La prensa, en un inicio habló de éxito militar⁽⁵²⁸⁾, pero, según el oficial Pérez Salas, la falta de comunicación y coordinación entre las columnas y los efectivos militarizados, junto con la escasez de material y de artillería efectiva se tradujo en un claro fracaso⁽⁵²⁹⁾. Lo cierto, es que las columnas apenas tenían experiencia, no habían combatido desde agosto-septiembre y sus miembros y cuadros técnicos, no tenían la suficiente instrucción, a lo que debe sumarse su indisciplina. El fracaso de la operación mostró que semejantes carencias solo podían solucionarse con la militarización. En cuanto a las columnas que ya habían aceptado la legislación del Gobierno, todavía les faltaba experiencia. Con todo, la derrota se consumó y fue utilizada para desprestigiar a las columnas confederales. De hecho, Francisco Galán les acusó de absoluta indisciplina y de no impedir más desertiones durante la ofensiva. Como resultado, durante las siguientes semanas de decaimiento, las columnas valencianas fueron progresivamente aceptando la militarización, al igual que las catalanas, salvo la Columna de Hierro y la de Maroto, las cuales aún tardarían unos meses más en hacerlo.

La militarización de la Columna de Hierro

Desde el inicio de la contienda, los comunistas habían apoyado la iniciativa del gobierno de Giral de constituir un Ejército de Voluntarios. Con ello, consideraban que los oficiales y militares mantenían un enorme peso en el devenir de la guerra, pero también permitía configurar un ejército uniforme, no dividido en unidades

524. Paz, Abel...op.cit., p. 148.

525. *Ibid.*, p. 147.

526. *Ibid.*, p. 147.

527. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 48.

528. Acha, Juan C., «Han empezado las operaciones en el Frente de Teruel», *Fragua Social*, 29-12-1936, p. 2.

529. Pérez Salas, Jesús...op.cit., p. 131.

vinculadas a diferentes organizaciones políticas. El Partido Comunista consideraba que la organización y la disciplina militar eran la clave para obtener buenos resultados en los frentes de batalla. Por ello, no dudaron en presionar con sus dos ministros en el gobierno de Largo Caballero y a través de sus asesores soviéticos⁽⁵³⁰⁾, con el objetivo de conseguir puestos cruciales en el ejército. No es de extrañar, que cada derrota militar se convirtiera en una oportunidad para hacer propaganda de sus tesis. En ese sentido, la 22ª Brigada Mixta, que había sido cordial con las columnas que rechazaban la militarización, inició una campaña muy crítica con la disidencia: «Para ganar la guerra es imprescindible, que cuando el mando militar ordene un avance, cuando ordene efectuar un servicio, no se discuta y se haga»⁽⁵³¹⁾. Con ello, pretendían evitar la muerte de los compañeros que habían servido a la causa antifascista. Las apuestas por la militarización también comenzaron a ser expresadas por milicianos confederales de prestigio como Cipriano Mera y Tronchoni, que no dudaban en pedir respeto por los jefes militares, por el orden en el frente⁽⁵³²⁾. Mera declaraba:

«La sangre de mis hermanos vertida en la lucha me hizo cambiar de criterio. Comprendí que, para no ser definitivamente vencidos, teníamos que construir nuestro propio Ejército, un ejército tan potente como el del enemigo, un ejército disciplinado y capaz, organizado para defensa de los trabajadores. Desde entonces, no cesé de aconsejar a todos los combatientes la necesidad de someterse a nuevas normas militares»⁽⁵³³⁾.

Del mismo modo, el miliciano Enrique M.N., reconoce como necesaria presencia militar entre tanto miliciano:

«Estuvimos como milicianos, pero carecíamos de conocimientos técnicos. A las milicias se incorporaron también, soldados, incluso muchos sargentos y algún que otro oficial. Esos eran los que nos servían de dirección, los que nos formaban, los que asumían el mando en... los avances y en las retiradas»⁽⁵³⁴⁾.

De hecho, con la militarización, Enrique M.N., alcanzó el rango de Teniente Jefe de Cartografía e Información en el Estado Mayor de la 215ª Brigada Mixta. Parece que la necesidad del conocimiento y la preparación de los militares se iba imponiendo poco a poco, a pesar del rechazo de buena parte de las milicias confederales a las condecoraciones, al saludo militar, a los castigos y a las muestras de jerarquía. Para ellos, la

530. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 97.

531. *En Marcha*, 7-03-1937, en Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 48.

532. Tronchoni, «Del Frente Teruel. Impresiones de Guerra», *Pragua Social*, 3-09-1936, p. 8.

533. Anónimo, «El Frente Popular restringido», *Solidaridad Obrera*, 1-12-1937, p. 1.

534. Entrevista a Enrique M.N., *Sig.FSV 01...op.cit.*, p. 46.

disciplina no era una cuestión de castigo o instrucción, sino de lealtad y respeto de clase. Por supuesto, el sistema de columnas de milicianos no era perfecto, de hecho, nació de la necesidad imperiosa de hacer frente a un ejército sublevado. Su organización y estructuración fue apresurada, llevada cabo por los sindicatos y partidos políticos que no tenían experiencia en materia militar. Al estructurarse por individuos de la misma clase social, en su seno no existía una clara jerarquización. Todos, tropas y líderes recibían la misma paga, comida y ropa, y entablaban relaciones de igualdad completa.

Las milicias confederales pretendían ser un ejemplo de democracia interna, baluartes de la revolución y ejemplo en miniatura de un modelo de sociedad sin clase ni privilegio, donde los títulos y las condecoraciones estaban de más. No obstante, su actuación en el frente no fue la deseada, no sabían cómo ganar la guerra y tampoco contaban con los medios para hacerlo. Pese a ello, supieron dar batalla a las tropas rebeldes. «Un ejército mecanizado no brota de la tierra»⁽⁵³⁵⁾, se requiere de tiempo. Si el gobierno hubiera esperado hasta contar con tropas adiestradas, nunca habría podido enfrentarse al enemigo y la Guerra hubiese sido corta. Ramón Salas en *Historia del Ejército Popular de la República* también insiste en que la indisciplina y descontrol de las columnas no era tal. La Columna de Hierro, con su costumbre de hacer la guerra por su cuenta y su carácter díscolo, ayudó a generalizar la idea falsa de que las milicias frentepopulistas eran indisciplinadas. Realmente, el problema de la disciplina «se reducía a no aceptar otra autoridad que la de sus partidos o sindicatos»⁽⁵³⁶⁾.

Por esa razón, Mariano R. Vázquez, secretario del Comité Nacional de la CNT, reconoció la necesidad de las tácticas e instrucción militar al mismo tiempo que trató de asegurar, que con la militarización no se consentirían abusos ni privilegios militaristas⁽⁵³⁷⁾. Las columnas se convertirían en Brigadas que mantendrían su antigua composición dice, pero esta vez bien dotadas para que fuesen eficaces⁽⁵³⁸⁾. En ese sentido se pronunciaba el miliciano Progreso M.H.:

«En el fondo nos tuvimos que adaptar. Pese a la polémica de aceptar o no la militarización, con sus más y sus menos, yo creo que era algo que se imponía. Nuestra lucha era una lucha esporádica, era una lucha sin organización, sin planificación, sin nada, hacíamos lo que podíamos, pero realmente no hubiéramos podido nunca mantenernos frente a un ejército organizado cómo era el de ellos [los rebeldes].

535. Paz, Abel...op.cit., p. 122.

536. Salas Ramón... op.cit., p. 309.

537. Paz, Abel...op.cit., p. 142.

538. El Secretario, «¿Militarización?», Nosotros, 11-02-1937, p. 4.

Por consiguiente, la militarización le daba un sentido militar, estricto, le daba una estructura y una organización a nuestra propia lucha. Por tanto, la militarización sí, pero no en el sentido de darnos jalones o uniformes, sino de darnos una especie de organización y planificación»⁽⁵³⁹⁾.

La militarización también se había hecho notar en la ofensiva sobre Teruel de finales de 1936. Para su organización, Largo Caballero había nombrado el 15 de noviembre, como jefe del sector de Teruel a Jesús Velasco Echave, quién era sustituido en la dirección de la Columna Torres-Benedito por Ramírez Jiménez. Del mismo modo, bajo el pretexto de preparar la ofensiva, desarrolló una Orden Ministerial con la que anunciaba que las fuerzas de Teruel pasaban a depender del Ministerio de la Guerra que él mismo dirigía. Por ello, integró en su planificación a figuras importantes que habían participado de lleno en la constitución y desarrollo de las columnas, como lo fue José Benedito, que pasó de dirigir la Delegación de Guerra del CEP a ocupar puestos de mando en la Sección de Organización del Estado Mayor. Con este movimiento se pretendía dar pasos en la configuración del Ejército de Operaciones de Levante, cuyo cuartel central y Estado Mayor se situó en Barracas bajo la dirección del coronel Pérez Serrano y los técnicos rusos Ivón y el ya mencionado Petrov. Se debe resaltar, que el 20 de noviembre, tan sólo unas escasas semanas antes, el emblema de las milicias, Buenaventura Durruti, había caído en combate defendiendo Madrid. Pese a la oposición de buena parte de su columna, su pérdida debe tenerse en cuenta como un elemento más que esquilmo la resistencia a la militarización, al igual que la caída de Málaga en febrero de 1937 y los triunfos del Ejército de la República en Guadalajara contra el Cuerpo de Tropas Voluntarias italianas. Las columnas comenzaron a dar concesiones, a reorganizarse y adaptar nomenclaturas militares. Incluso la propia Columna de Hierro se sentó a discutir sobre ello.

La militarización era una evidencia, se acababa la utopía revolucionaria y con ello, un sector importante de la Columna de Hierro se planteaba abandonar el frente para no volver. El Comité de Guerra de la columna redactó un duro informe⁽⁵⁴⁰⁾ en el que se erigía como único garante de la revolución, ahora apagada por el Gobierno y la propia CNT: «Fortalecido el gobierno [...] se ha estrangulado la Revolución Social»⁽⁵⁴¹⁾. La columna comprendía que su posición la dejaba sola, aislada, sin el apoyo del Gobierno ni de la CNT, con lo que se vieron obligados a declarar «su sistema guerrero como fra-

539. Entrevista a Progreso M.H., Sig.FSV 71...op.cit., p. 500.

540. Paz, Abel...op.cit., p. 138.

541. Paz, Abel...op.cit., p. 138.

casado»⁽⁵⁴²⁾. Los milicianos habían rechazado el sueldo estatal de 10 pesetas al día⁽⁵⁴³⁾ con tal de mantener su independencia y estructura, siempre y cuando los sindicatos siguiesen haciéndose cargo de sus familiares, lo cual parecía que no iba a continuar así debido dos cuestiones. Por un lado, la falta de apoyo de muchos sindicatos, que como el Ramo de la Piel de Valencia⁽⁵⁴⁴⁾, creían conveniente dar pasos hacia la militarización. Y por otro, a que la sobrecarga de la tasa de correspondencia como método de financiación parecía no ser viable por mucho más tiempo, con lo que se remitió la problemática al siguiente Pleno Nacional de Regionales⁽⁵⁴⁵⁾. A todo ello se le unió el 30 de diciembre de 1936 la notificación con la que la Columna de Hierro fue informada de que sólo podrían recibir su sueldo a través de «pagadores de batallón, subordinados a la Pagaduría Central»⁽⁵⁴⁶⁾, lo que indignó sobremanera a los milicianos, hasta el punto de que muchos propusieron abandonar el frente.

La problemática de la militarización también se había debatido en el anterior Pleno Nacional de Regionales donde se aprobó la entrada de la CNT en el Gobierno. En este escenario, la delegación del Sindicato Único de alimentación de Valencia alegó que los sindicatos no podían seguir haciendo frente a los costos de mantener las columnas, aludiendo que esa labor correspondía al Gobierno, donde cuatro compañeros habían ingresado para velar por los intereses de la confederación. Del mismo modo, la delegación del Sindicato de Profesiones Liberales de Alicante propuso la desaparición de las milicias tal y como estaban organizadas, para crear un nuevo cuerpo de «milicias del pueblo o de la revolución»⁽⁵⁴⁷⁾, mantenidas por el erario público en lugar de por los sindicatos. La delegación de la Columna de Hierro trataba de defender la posición de la columna, alegando que al gobierno sólo debía importarle que luchasen, no como se organizaran: «Sería aceptar una movilización fascizante, porque no admite el espíritu de nuestra organización»⁽⁵⁴⁸⁾. Del mismo modo, en el pleno Nacional de las Juventudes Libertarias, celebrado en febrero de 1937 en Valencia, se acordó la necesidad de constituir el Ejército Popular con la condición de que se respetara a todas las organizaciones antifascistas.

En última instancia, al comprender que estaban perdiendo la batalla, la Columna de Hierro, la Torres-Benedito y la CNT 13, propusieron como alternativa a la militarización, la creación de un organismo de enlace que coordinara la acción de las columnas

542. Paz, Abel...op.cit., p. 139.

543. Smyth, Terence...op.cit., p. 60.

544. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 101.

545. Anónimo, «De nuestro importantísimo pleno», *Fragua Social*, 14-11-1936, pp. 9-10.

546. Paz, Abel...op.cit., p. 149.

547. *Ibid.*, p. 108.

548. Paz, Abel...op.cit., p. 109.

en el frente. Los delegados de las columnas conformarían un Comité de Operaciones, que contaría con asesoramiento militar y representación del CEP y actuaría como enlace entre los Comités de Guerra de cada columna. Quizá, esta medida hubiese sido aplicada con eficacia, pero el Gobierno no aceptó la creación de tal organismo. Su línea política estaba clara: Acabar con las milicias y centralizar la acción militar en el mando único del Gobierno. En su lugar, se constituyó el 10 de noviembre, el Consejo Superior de Guerra que debía coordinar y dirigir la contienda y cuyos miembros representaban las diferentes fuerzas antifascistas. Se encontraba; Largo Caballero como Ministro de la Guerra; Prieto como Ministro de Marina y Aire; Uribe, como Ministro de Agricultura; Julio Just como Ministro de Obras Públicas; Álvarez del Vayo, como Ministro de Asuntos Exteriores y Comisario de Guerra y García Oliver, como Ministro de Justicia y miembro de la CNT-FAI. Las propuestas de las columnas confederales caían en saco roto. Ni la reestructuración de la Columna de Hierro en diciembre, pareció convencer al Gobierno de mantener el sistema de columnas. De hecho, en una reunión en el hotel Inglés, Largo Caballero reconoció al Comité de Guerra de la Columna de Hierro que no podía entregarles material debido a que «no se encontraban militarizados y a la presión comunista que controlaba el material proveniente de la URRS»⁽⁵⁴⁹⁾.

Como medida desesperada, la Columna solicitó regresar a la retaguardia para negociar con las autoridades republicanas y militares un encaje alternativo en su proyecto de Ejército Popular. La respuesta que obtuvieron fue la prohibición tajante de abandonar el frente para evitar desmanes y venganzas por los sucesos de la plaza Tetuán de Valencia. No obstante, el Comité de Guerra sí logró convencer a los dirigentes anarcosindicalista y a algunos dirigentes republicanos de desplazarse al frente para dialogar. A la reunión acudió el teniente Benedito, el secretario del Comité Nacional de la CNT, Mariano Vázquez, el ministro de Justicia, García Oliver, González Inestal, comisario de Guerra del Estado Mayor y miembro de la CNT y Gadea como representante del Sindicato de Campesinos. La propuesta de José Segarra de mantener a la Columna de Hierro como la única columna armada y abastecida de víveres no convenció a Benedito, Inestal y García Oliver, quién pese a ser miembro de la FAI, se mostró muy duro con la Columna. Parece ser que unas semanas antes, Oliver visitó el frente y fue retenido por la columna, que pretendió mostrar así su protesta por la entrada de la CNT en el Gobierno. Como respuesta, en aquella reunión, Oliver les retiró cualquier muestra de apoyo: «En seis meses la columna no ha conseguido ninguna victoria. Quienes ahogan la revolución son ellos con sus bajadas a la retaguardia y su incapacidad para la guerra»⁽⁵⁵⁰⁾.

549. Mainar Cabanes, Eladi, «La Columna de Hierro»...op.cit., p. 90.

550. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats*...op.cit., p. 131.

En ese sentido, Eladi Mainar rescata una cita de Oliver con la que se aleja del ideal de la FAI y toda su trayectoria anterior: «No creo en el pueblo en armas, lo cual estimo es un viejo tópico sin eficacia»⁽⁵⁵¹⁾. La reunión debió de ser muy convulsa y la tensión alcanzó tal punto, que Inestal propuso la expulsión de la columna del movimiento libertario si no acataba las decisiones del Comité Nacional de la CNT-FAI.

El argumento de la falta de eficacia de las técnicas de las milicias y la preocupación por asentarse en cargos relevantes del nuevo ejército y frenar el ascenso comunista se convirtieron en *doxa* compartida por los cenetistas partidarios de la militarización, que no dudaron en esgrimirlos ante los milicianos. Incluso, desde *Fragua Social* se reforzaba la idea de estar atentos «para que no se cree un ejército rojo»⁽⁵⁵²⁾. De hecho, su tardanza «en incorporarse a estas políticas, conllevó que los puestos clave de control estuvieran en su mayoría ya copados»⁽⁵⁵³⁾.

Ante esta crítica situación, los milicianos confederales se vieron en la difícil tesitura de abandonar sus ideales o permanecer fuera de la órbita del Ministerio de la Guerra, por lo que el camino a seguir se reducía a dos opciones: Militarizarse o disolver la Columna. La disgregación no era una opción, el colectivo debía seguir unido para evitar la movilización forzada de sus miembros en otros batallones no afines y debilitar todavía más su proyecto. Del mismo modo, entendían que si seguían rechazando la política del gobierno, el ejército podría actuar en contra de la columna, la cual no tenía medios para resistir. Por ello, como decía la prensa afín, se debía transigir, «cambiar el rumbo para obtener la victoria»⁽⁵⁵⁴⁾. Para tratar esta problemática, se celebró una asamblea, pero no se llegó a resolver nada hasta marzo de 1937. Ante tal perspectiva, algunos grupos de la Columna se declararon en rebeldía y abandonaron el frente y protagonizaron incidentes por hacerse con el control de la fábrica de municiones de Burriana, en Vinalesa se enfrentaron contra las fuerzas del orden, y en las localidades de Í Horta y la Ribera, cortaron las comunicaciones⁽⁵⁵⁵⁾. Estos altercados se solucionaron con la detención de 200 individuos, de los cuales, según Nosotros, 92 pertenecían a la Columna de Hierro entre ellos Pedro Pellicer⁽⁵⁵⁶⁾. Tras los sucesos de octubre de 1936 y las presiones para su disolución, la Columna de Hierro no lo tenía fácil para reunirse en la retaguardia, pero recurrieron al ingenio para lograrlo.

551. Mainar Cabanes, Eladi, «La Columna de Hierro»...*op.cit.*, p. 132.

552. La redacción, «Nuestro Pleno Regional sigue sus tareas», *Fragua Social*, 14-11-1936, pp. 6-7.

553. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...**op.cit.*, p. 99.

554. Antona, David, «Hay que cambiar de rumbo», *Fragua Social*, 11-02-1937, p. 1.

555. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...**op.cit.*, p. 133.

556. Un «Incontrolado de la Columna de Hierro, «La Columna de Hierro, la militarización y el provenir revolucionario de España», *Nosotros*, 23-3-1937, p. 6.

La Columna necesitaba ser relevada para poder volver a la retaguardia, por lo que parte de esta se declaró a favor de la militarización y constituyó una nueva Columna, la 2ª Columna Confederal de Levante, que además «incorporó a un batallón de cenetistas alcoyanos y uno del POUM»⁽⁵⁵⁷⁾. El líder de estos, Rufino Rodríguez, del Puerto de Sagunto afirmaba en *Fragua Social* que los milicianos ya no volverían al frente⁽⁵⁵⁸⁾, pero lo cierto es que pudieron relevar a la Columna de Hierro para que volviese a la retaguardia a discutir por última vez sobre la militarización.

La última asamblea general se celebró el 21 de marzo de 1937, en el Teatro Principal de Valencia. La Columna soportó presiones hasta el final, ya que durante la asamblea se mantenían presos 92 milicianos. Tras muchas tensas intervenciones y calurosos debates, la asamblea finalmente acordó por unanimidad la militarización: «la realidad lo exigía»⁽⁵⁵⁹⁾. La Columna formaría una Brigada formada por 4 batallones donde los milicianos tendrían buena parte del control, salvo en la artillería⁽⁵⁶⁰⁾, donde la experiencia y formación militar se imponía. En cuanto a los rangos a ocupar, José Segarra planteó que se designase una comisión que junto al Comité de Guerra propusiese a la asamblea los posibles cargos directivos de la Brigada. La comisión⁽⁵⁶¹⁾ se conformó con los milicianos Martínez, De Gracia, Orea, Durá y Ferrery se propuso el nombramiento de José Pellicer como comandante de la Brigada, a Segarra como Comisario de Brigada, Cortés como Capitán de Estado Mayor, y Rodilla y Ángel Gómez también como capitanes⁽⁵⁶²⁾. De esta manera, los más férreos opositores a la militarización se encontraron con los rangos y galones más elevados.

Así pues, el 21 de marzo de 1937 desaparecía el último baluarte contra la militarización en todo el bando republicano y se constituyó la 83 Brigada Mixta, que junto con las Brigadas 57 y 58 conformaron la 41ª División del XII Cuerpo de Ejército que operó en el frente de Teruel. El grupo liderado por Rufino Rodríguez, la 2ª Columna Confederal de Levante, pasó a formar parte de la 82ª Brigada Mixta y se integró en la 40ª División, con cuartel en Sarrión y comandada al igual que la 41ª División por Eixea⁽⁵⁶³⁾. De ahora en adelante, solo existiría un ejército bajo un único y centralizado mando, el XII Cuerpo de Ejército, comandado por Velasco Echave y compuesto por las divisiones 39, 40, 41 y 42 por fin estaba completo.

557. Siguan, Miquel...op.cit., p. 286.

558. Anónimo, «Columna de Hierro», *Fragua Social*, 23-01-1937, p. 2.

559. El comité de Guerra, «El Comité de Guerra de la Columna de Hierro da cuenta de los acuerdos recaídos en la asamblea del domingo», *Fragua Social*, 24-03-1937, p. 2.

560. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 135.

561. Paz, Abel...op.cit., p. 163.

562. *Ibid.*, p. 167.

563. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...*op.cit., p. 136.

En cuanto a la 42ª División, se encontraba dirigida por el teniente coronel Neto, de tendencias comunistas. Estaba compuesta por las Brigadas Mixtas 59ª, 60ª y 61ª, que antes conformaron la Columna del Rosal, que pasaban a estar lideradas por José Neire Jarabo, Dionisio Fernández López y Bernabé López Calle respectivamente. Su cuartel se situaba en Torrebaja, Ademuz. Finalmente, la 39ª División fue comandada por José Sánchez Ledesma y se articuló a través de las brigadas 22ª, 64ª y 81ª. La primera estaba liderada por Francisco Galán, el cual había absorbido en noviembre a la Columna Peire, liderada hasta entonces por Isidoro Serrano. La 64ª Brigada Mixta se constituyó en diciembre de 1936 en Alicante, Alcoy y Valencia y tomó como base un batallón de la 22ª BM, completado con los mozos de los reemplazos de 1932-1933. Se asignó el mando al comandante de Infantería Antonio Martínez Schiaffino, como Jefe de Estado Mayor estaba Sebastián Zamora Medina y como comisario Isidro Albert Raigada. Para terminar, la 81ª Brigada Mixta se creó en 1937 a partir de la militarización de las Columnas Torres-Benedito e Iberia, no sin tensiones y resistencias internas. Estas columnas se habían mantenido en contra de la militarización y aguantando las presiones durante un tiempo, hasta que el compañero Tomás Sanz, militante de la CNT, dirigente de una Brigada en el frente de Jarama, les convenció de la militarización ⁽⁵⁶⁴⁾.

Ante tantas presiones, las columnas milicianas habían cedido a la militarización, pero mantenían la idea de que las unidades libertarias, reconvertidas en brigadas, siguieran juntas, coordinadas a través de milicianos, ahora oficiales, formados en la Escuela de Guerra que puso en marcha García Oliver. Parece ser que Largo Caballero permitió la homogeneidad en las unidades libertarias como respuesta ante la creciente preponderancia de las fuerzas comunistas. Según Abel Paz, la antipatía de Largo Caballero por las fuerzas comunistas fue en aumento a medida que estas iban tomando el control del gobierno:

«Largo Caballero se había aferrado a la idea de reconstruir el Estado, pero el Estado acabó por aplastarle, víctima de su propia trampa al aceptar colaboración con la URSS y el PCE» ⁽⁵⁶⁵⁾.

Las constantes discusiones con el embajador ruso *Rosemberg*, son una muestra de las tiranteces de Largo Caballero con los elementos comunistas que no cesaban de presionar para obtener más capacidad de dirección. Según Abel Paz, Largo Caballero se encontraba arrinconado y sólo le quedaban sus enemigos anarquistas para contrarrestar el creciente poder comunista y mantener el equilibrio en la retaguardia ⁽⁵⁶⁶⁾.

564. Siguan, Miquel...op.cit., p. 285.

565. Paz, Abel...op.cit., p. 120.

566. *Ibid.*, p. 120.

En algunas Brigadas se integraron elementos marxistas y libertarios, con lo que la homogeneidad no se logró mantener siempre⁽⁵⁶⁷⁾. Algunos de los antiguos milicianos de las columnas confederales nunca percibieron al Ejército Popular como una fuerza del pueblo, sino del gobierno, que no dudaba en utilizar a los compañeros: «Al pueblo sólo se le permite obedecer y siempre se le exige obedecer»⁽⁵⁶⁸⁾.

La Brigada Mixta, «había sido una innovación basada en las tácticas modernas de los estrategas franceses»⁽⁵⁶⁹⁾ con la que pretendían afrontar con mayor eficacia la contienda. Cada Brigada contaba con 3.000 mil o 4.000 mil miembros, distribuidos en cuatro batallones de Infantería y Ametralladoras, a los que se unían una serie de servicios complementarios: Sanidad, Transportes, Intendencia, etc. Las Brigadas se incorporaban a las Divisiones y estas formaban parte de los Cuerpos de Ejército. En mayo de 1937 se contaba con 153 Brigadas Mixtas, todo un ejército que Manuel Azaña definió como el milagro español⁽⁵⁷⁰⁾:

«Emprender la defensa contra el enemigo interior y exterior, partiendo de que no teníamos soldados, ni armamento, ni mando, ni disciplina; y de este caos, en menos de un año, ha salido un ejército formidable, enorme por su número, bien dotado y armado, disciplinado y bien mandado...»⁽⁵⁷¹⁾.

También hubo milicianos que acabaron reconociendo las ventajas de la militarización. Enrique M.N se pronunciaba de la siguiente manera:

«Nos mantuvimos hasta que vimos que con las milicias no conseguíamos nada, era necesario militarizarnos, y por ello se adoptó la militarización. Con ello, se daban los grados militares y se constituían también las Escuelas Militares de guerra. En ellas se enseñaba el truco de lo que era el ejército y como había que manejarlo»⁽⁵⁷²⁾.

La satisfacción del gobierno y de algunos milicianos parecía contrastar con la desaprobación de muchos militantes, que no volvieron a volcarse del mismo modo en la guerra. El valenciano Carlos V.F., fue jefe de centuria en la Columna de Hierro, pero

567. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 137.

568. Paz, Abel...*op.cit.*, p. 180.

569. Siguan, Miquel...*op.cit.*, p. 284.

570. Azaña, Manuel, *Los españoles en guerra*, Barcelona, Critica, 1982, p. 69.

571. *Ibid.*, p. 69.

572. Entrevista a Enrique Marco Nadal, Sig.FSV 01...*op.cit.*, p. 46.

con la militarización se le propuso como comandante, cargo que rechazó: «Yo no quise aceptar el cargo por las ideas, somos antimilitaristas... Entonces pasé a ser maestro herrador, con lo que no estaba en trinchera, sino en retaguardia»⁽⁵⁷³⁾.

De manera similar se pronuncia el miliciano Ximo Q.M., quien alcanzó el rango de Sargento, pero debido a su postura contraria a la militarización, solía presentarse como soldado: «Mi postura era antimilitar siempre»⁽⁵⁷⁴⁾. Incluso el propio José Segarra, comisario de la 83ª BM, tras el fracaso a la hora de defender la posición en Albarracín, decidió abandonar el ejército y huir a Francia. En la frontera fue detenido y condenado a un batallón disciplinario.

De este modo, se ponía punto y final a una experiencia única y singular, en la que ciudadanos corrientes, llevados por el compromiso político, se presentaron voluntarios para marchar al frente y luchar contra el fascismo. La estructura escogida fue la de columna, donde podían desarrollar una relación de igualdad y confianza al margen de la organización militar. A partir de marzo de 1937, daba inicio una nueva etapa en la guerra, en la que los militares y el Gobierno central llevaron el peso de la contienda, aunque sin claras mejoras. La efectividad de las operaciones militares no aumentó durante la primavera y el verano de 1937. De hecho, la República no dejó de acumular derrotar y de perder territorio.

La participación de los valencianos en las Brigadas Mixtas

La nueva estructura militar en la que se insertaban los milicianos valencianos no tardó en realizar sus primeros ataques. En febrero de 1937, desde la posición de Sierra Palomera, se realizaron varias ofensivas con el objetivo de cortar las comunicaciones entre Teruel y Zaragoza. Poco después, en abril, tomarían Celadas tras intensos combates y bombardeos. Los avances se iban produciendo fruto de la reorganización de los efectivos republicanos, lo que conducía a «una mayor aproximación y coordinación de las líneas y a un estrechamiento conjunto del cerco sobre la capital turolense»⁽⁵⁷⁵⁾ que se intensificó con la intervención de las Brigadas Internacionales, a cargo de la 35ª División Internacional y, en particular, de los batallones *Mac-Paps* y *Lincoln* y con las noticias de una posible ofensiva franquista sobre Madrid. Por esta razón, el 15 de diciembre de 1937 comenzó la ofensiva sobre Teruel, una de las más destacadas y mortíferas de toda la contienda. Tres Cuerpos de Ejército que sumaban cerca de 80.000

573. Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Carlos V.F., Volumen 7, Sig.FSV 132 A, p. 513.

574. Entrevista a Ximo Q. M., Sig.FSV 106...op.cit., p. 421.

575. Alfonso Casas Ologaray, «Guerra Civil en la Comarca de Teruel»...op.cit., p. 173.

hombres avanzaron sobre Teruel. Muchas de las columnas ahora reconvertidas en Brigadas Mixtas intervinieron en esta batalla, aunque con anterioridad, desarrollaron diferentes acciones que conviene resaltar.

En el mes de julio la 83ª Brigada Mixta -antigua Columna de Hierro-, fue destinada al sector de Albarracín para hacer frente a la contraofensiva franquista que pretendía recuperar la localidad. A su llegada, sustituyó a la 42ª División, conformada a partir de los miembros de la Columna del Rosal, que había quedado debilitada. Una vez allí, la 83ª Brigada Mixta pasó a formar parte de la 64ª División del XIX Cuerpo de Ejército y logró mantener la posición, pese a los ataques enemigos. La unidad se mantuvo en ese sector hasta la ofensiva de diciembre de 1937, conocida como la Batalla de Teruel. Su intervención fue crucial para la consecución de la toma de Campillo, donde resistió como una unidad de apoyo. El 8 de enero de 1938, las fuerzas republicanas tomaron la ciudad de Teruel, era la primera capital de provincias que la República lograba conquistar, pero se perdió en febrero del mismo año. Con la contraofensiva franquista para recuperar Teruel capital, la 81ª Brigada Mixta, -anteriormente Columna Torres-Benedito- acabó perdiendo el Campillo y arrastrando a la 83ª BM en su retirada. Tras estos sucesos, la unidad no tuvo una actividad destacada hasta la batalla de Levante, cuando fue agregada a la División Extremadura. Se debe resaltar, que como ya habían hecho con anterioridad, crearon su propia publicación, denominada *Columna de Hierro* y que se editaba en Vinaroz.

José Pellicer se había mantenido al mando de la Brigada, pero fue herido tras la operación de Albarracín, con lo que fue trasladado a Valencia. Allí comenzó un camino tortuoso. Al salir del hospital, fue detenido por el -SIM, comandado por Uribarry-, y trasladado a una de las checas de Barcelona y a prisiones como el castillo de Montjuic y el barco Uruguay. Tras su liberación en agosto de 1938, volvió a Valencia para comandar, a partir del 16 de octubre de 1938, el cuarto batallón de la 129ª Brigada Mixta que operaba en el frente de Levante. La unidad se mantuvo en ese frente hasta el final de la guerra, pero Pellicer tuvo que abandonarla a causa de las heridas contraídas en la intervención de Albarracín. Con el fin de la guerra, se trasladó hasta Alicante, con la esperanza de poder salir del País camino del exilio. Allí cayó prisionero junto con su hermano Pedro, comisario de batallón, que se había desplazado desde Alcalá de Henares hasta Alicante⁽⁵⁷⁶⁾. Mientras que su compañero, José Segarra, pudo partir dirección Brasil. Los hermanos Pellicer fueron encerrados en el castillo de Santa Bárbara, reconvertido en prisión franquista. Parece ser que los tres hermanos fueron denunciados por un compañero confederal, por lo que el hermano pequeño, Vicente Pellicer también fue apresado y trasladado a una fábrica abandonada en Elche. Final-

576. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 52.

mente fueron juzgados y condenados el 26 de mayo de 1942 por el tribunal militar de la III División. El 8 de julio de 1942 serían fusilados⁽⁵⁷⁷⁾. Los tres hermanos coincidieron en la cárcel modelo de Valencia, aunque a Vicente, por ser menor de edad cuando se produjeron los hechos por los que le juzgaban, recibió un atenuante, con lo que su pena de prisión se fijó en 12 años. Según las declaraciones que realizó Vicente Pellicer a Eladi Mainar, los hermanos sufrieron malos tratos y vejaciones durante todo este proceso represivo: «A José le hicieron entre diez y doce simulacros de fusilamiento y palizas continuas. A Pedro igual»⁽⁵⁷⁸⁾.

El mando inicial de la 81ª Brigada Mixta, antigua Columna Torres-Benedito lo ostentó el teniente coronel Rafael Trigueros Sánchez-Rojas, poco después sustituido por el comandante de Infantería, Francisco Fayós Casarico. Esta Brigada, apenas entabló combate, ya que fue destinada a la retaguardia, a la localidad de Segorbe. En cuanto a su participación en la batalla de Teruel en el sector de Campillo, desde donde se vio obligada a retirarse ante la embestida de la 1ª División de Navarra, que les causó grandes bajas, entre las que destaca, la de su comandante Fayós. Poco después, fue reorganizada y comandando en la toma de la capital de Teruel por su nuevo comandante, Elisardo Martínez Sánchez. Su mala actuación y las reticencias a la militarización favorecieron que, tras la ofensiva, buena parte de sus integrantes protagonizaran una desbandada que se solventó con el desarme de la Brigada a manos de la 24ª División que debía relevarla. Posteriormente pasó a formar parte de la 64ª División y actuó por el sector costero de Cataluña y de Castellón de la Plana. Al final de la contienda, fue destinada al frente de Extremadura, donde se mantendría hasta el final de la contienda, integrada en la División Zújar.

La 42ª División, como ya hemos mencionado estaba compuesta por las brigadas mixtas 59ª, 60ª y 61ª que a su vez se habían nutrido de las fuerzas de la antigua Columna del Rosal. En julio de 1937 pasó a apoyar la ofensiva de Brunete y se le concedió la misión de capturar Albarracín, la cual culminó con éxito el 7 de julio. El peso de la operación recayó sobre todo en la 60ª Brigada Mixta, pero contó con el apoyo de la 59ª y 61ª BM, que se mantuvieron en la posición hasta el 14 de julio. La División permaneció en el frente, en el sector de Alfambra, pero no tomó parte en la batalla de Teruel. Quizá, la línea que debía defender era excesivamente grande, ya que alcanzó los 60 kilómetros, por lo que no es de extrañar que no fuera capaz de resistir la contraofensiva franquista, lo que acarrió la disolución de la división y el traslado de la 60ª BM al frente de Cataluña para posteriormente participar en la batalla del Ebro.

577. Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo»...op.cit., p. 52.

578. *Ibid.*, p. 52.

Respecto a la Columna Peire, sus milicianos se habían integrado en la 22ª Brigada Mixta, la cual fue asignada a la 39ª División comandada por Francisco Galán y cuya actividad se focalizó en el frente de Extremadura para participar en el previsto «Plan P» que nunca se llegó a implementar. Por esa razón, la 22ª BM regresó al frente de Teruel bajo el liderazgo de Jorge Ibón de la Barbera y cedió un batallón para la constitución de la 96ª Brigada Mixta en Murcia. Su participación en la ofensiva de Teruel de diciembre de 1937 se limitó a mantenerse como fuerza de reserva en los Altos de Celadas, aunque acabó interviniendo en la toma de la capital. Allí se mantuvo hasta la contraofensiva, cuando los tanques y la aviación enemiga destrozaron las líneas republicanas y causaron graves pérdidas a la brigada, que se vio obligada a retirarse progresivamente, para posteriormente actuar en el frente de Levante.

En cuanto a la Eixea-Uribes, sus miembros recabaron en las brigadas 57ª y 58ª de la 41ª División. En julio de 1937, uno de los batallones de la 57ª BM participó también en la ofensiva sobre Albarracín con éxito. Desde julio hasta octubre, ambas brigadas intervinieron en varias acciones militares en los sectores de Las Hoyuelas, la Muela de Villastar y las Lomas de Marimezquita sin grandes éxitos, lo que se saldó con la destitución de su comandante y de su comisario político. Esta brigada también formaría parte de la ofensiva republicana sobre la ciudad de Teruel de finales de 1937. Tras ello, quedarían adscritas a la División Levante, donde la 57ª BM permanecería hasta finalizar la guerra, mientras que la 58ª BM intervendría en el frente de Extremadura.

El final de la Guerra Civil

En definitiva, con la militarización, «las columnas valencianas desaparecieron bajo la impronta militarizadora y centralista del gobierno»⁽⁵⁷⁹⁾. Sus miembros quedaron divididos en diferentes brigadas, destinadas a sectores y frentes diferentes. Además, las bajas se suplían con nuevos reclutas que poco o nada tenían que ver con los antiguos milicianos, ya que no habían vivido la misma experiencia organizativa y bélica. El sueño miliciano había muerto y la victoria, tal y como se había pregonado, no parecía estar más cerca. De hecho, las tropas franquistas lanzaron una gran ofensiva el 9 de marzo, con el objetivo de partir el territorio republicano en dos. Las tropas republicanas, ya desmoralizadas y en constante retirada no lograron frenar el avance de la Cuarta División de Navarra, liderada por Camilo Alonso Vega. La cual, llegó el 15 de abril de 1938 al mar Mediterráneo, concretamente a las localidades de Vinaroz y Benicarló: la zona republicana quedaba dividida en dos. Con ello, la estrategia de resistir del pre-

579. Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats...op.cit.*, p. 139.

sidente Juan Negrín, quien había ocupado el cargo el 17 de mayo tras los sucesos de Barcelona del mismo mes. Con él dirigiendo la zona republicana se intensificó todavía más la política de militarización, con el fin de configurar un nuevo ejército, «el Ejército de la Victoria»⁽⁵⁸⁰⁾. Para lograrlo, movilizó a los trabajadores de la construcción para las fortificaciones, a los reemplazos de 1926-1929 junto con la quinta del biberón. La reorganización se impulsó desde los Centros de Recuperación e Intendencia Militar, desde donde se debía movilizar a los reservistas, recuperar a los desertores e instruir en la técnica militar a ambos grupos. Asimismo, debían realizar tareas de propaganda política sobre la población civil a través de la colaboración con las autoridades municipales. Con la zona republicana partida en dos, Franco tenía la oportunidad de atacar sobre Cataluña y terminar la guerra, pero no lo hizo. Quizá la tensión internacional convenció a Franco de no aproximarse a la frontera francesa, por lo que se dirigió a tierras valencianas, donde se enfrentaría a la línea defensiva XYZ.

En estos momentos se organiza la batalla del Ebro para ganar tiempo, reorganizar el ejército del Centro y detener los avances rebeldes contra Valencia. Esta batalla fue la más cruenta de toda la contienda, en la que participaron la mayor cantidad de aviones, artillería y carros de combate. Como solía ocurrir, los republicanos obtuvieron un éxito inicial, pero no tardaron en verse sobrepasados por la superioridad franquista en cuanto a la aviación y el material bélico. Se cifra en «250 aviones republicanos por 662 franquistas»⁽⁵⁸¹⁾. Pese a esta evidente desventaja, el Ejército de la República resistió siete ofensivas franquistas, hasta el 16 de noviembre de 1938. El Ejército no se encontraba en condiciones morales ni materiales para resistir más tiempo. Tras ello, Franco inicio la ofensiva sobre Cataluña sin demasiada resistencia. El 26 de enero de 1939 caía Barcelona, tres días después de que el gobierno republicano declarase el Estado de Guerra. El paisaje catalán se llenó de miles de civiles, militares y políticos que tratan de huir hacia Francia para salvar la vida. La República quedaba muy tocada. Todavía contaba con la zona centro, con la zona costera que comprendía desde Valencia hasta Almería, Albacete, Cuenca, Ciudad Real y la mayoría del territorio de Jaén y de Guadalajara.

La desmoralización de las tropas republicanas y de su retaguardia era total. El 27 de febrero de 1939, Francia y el Reino Unido habían reconocido a Franco como gobernante legítimo. La República, apenas podía mantener el pulso de la Guerra. Casado. Las posibilidades de ganar la guerra se habían agotado, pero para el presidente Juan Negrín, todavía había opciones de resistir y lograr concesiones para alargar la contienda y enlazar con la II Guerra Mundial. En cambio, el coronel Segismundo Casado,

580. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil» ...op.cit., p. 29.

581. Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil» ...op.cit., p. 30.

encargado de la defensa de Madrid, entendía que la mejor opción era negociar con Franco el final de la guerra. La desunión entre las filas republicanas llegó a tal punto, que el 5 de marzo de 1939, Casado forma el Consejo Nacional de Defensa con el apoyo de fuerzas anarquistas, socialistas y republicanas, lo que supuso todo un golpe de Estado entre las filas republicanas. Con ello, el ejecutivo de Negrín quedó anulado y el presidente partió al exilio al día siguiente. Los combates entre las fuerzas comunistas partidarias de Negrín y el nuevo Consejo formado por Casado se extendieron una semana por las calles de Madrid. A partir del día 12, Casado tenía la situación controlada y se dispuso a negociar con Franco una paz honrosa. El 22 de marzo, Casado acepta la rendición total con la esperanza de conseguir la evacuación para todo aquel que la precisara. Unos días después, el 28 de marzo, Madrid caía sin resistencia en manos rebeldes. Buena parte de los dirigentes del Consejo partieron apresuradamente a Valencia para posteriormente dirigirse a Gandía, desde donde embarcaron en el *Galatea*, rumbo al exilio.

En cuanto a Valencia, los bombardeos seguían dándose a tan sólo una semana del final de la Guerra, pero el 29 de marzo, la aviación franquista se comportó de manera inusual, al lanzar octavillas, en vez de bombas sobre la ciudad⁽⁵⁸²⁾. El fin de la contienda era inminente, a partir de ese momento, cada uno dependía de sí mismo. Durante los últimos días de la guerra, se produjo la descomposición total de la retaguardia republicana valenciana. Los poderes municipales y de las autoridades militares desaparecieron y huyeron en vehículos, mientras que los soldados partieron masivamente de regreso a sus casas o al exilio. La ciudad, se llenó de quintacolumnistas que celebraban su victoria y suprimían las banderas y símbolos republicanos del paisaje urbano, como los escudos que colgaban en la Lonja o en el paraninfo de la Universidad de Valencia. Desde Radio Valencia, los falangistas advertían a la población civil de que no circularan por las calles, a no ser que fuera estrictamente necesario. El espacio público se estaba reservando para el desfile de militantes falangistas, que con sus uniformes se manifestaron cantando el *Cara al Sol*, con el brazo en alto y la pistola en el cinto. También desfilaron las mujeres de Falange.

A mediodía, las tropas rebeldes del Batallón de Arapiles de la 57ª Brigada y el Tercer Tabor de Regulares de Ceuta entraron en la ciudad y recorrieron el paseo de la Alameda. Posteriormente, entraron en la ciudad las Divisiones 56, 58 y 63, provenientes del Frente Norte. Al desfile, también se unió una columna motorizada, compuesta por miembros del Servicio de Orden Público y de la Guardia Civil. Todos confluyeron en la Plaza del Ayuntamiento. Desde su balcón, los generales Aranda y Martín Alonso se

582. ABC, 23-03-1939, p. 3.

Las Milicias Valencianas en la Guerra Civil

presentaron como victoriosos. Con la llegada de las tropas rebeldes, daba inicio la represión franquista en la ciudad. El Estado de Guerra se declaró el mismo 30 de marzo y continuó vigente hasta 1948. Desde ese momento, quedaron sometidos a jurisdicción militar los delitos cometidos a partir del 18 de julio de 1936, independientemente de su naturaleza. La Guerra Civil llegó a su fin de manera oficial al día siguiente, el 1 de abril con la emisión del último parte de guerra de Franco desde Burgos:

«En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército Rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. La guerra ha terminado».

Ilustraciones



**Francisco Largo Caballero El presidente del gobierno de la república del 04-09-1936 al 17-05-1937.
Fecha: agosto de 1936. Autor: Desconocido. Fuente: Ilustrowany Kurier Codzienny, Cracovia, Polonia.**



El Gobierno de la República reunido en el Ayuntamiento de Valencia. Fecha: 9 de noviembre de 1936. Autor: Desconocido. Fuente: https://elpais.com/ccaa/2015/11/16/valencia/1447694968_672284.html.



Entierro de Buenaventura Durruti en Barcelona. Fecha: 23 noviembre de 1936. Autor: Desconocido. Fuente: <http://forget.e-monsite.com/pages/portraits/durrutti-sa-colonne-la-liberation-de-paris-et-la-cnt.html>.



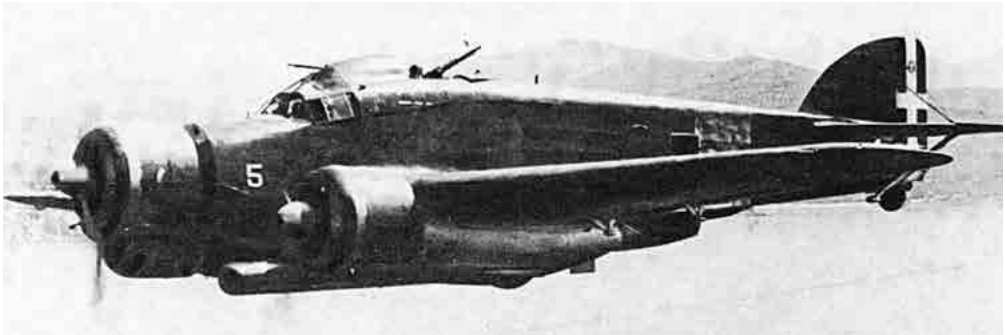
Homenaje a figura Durruti en Valencia. Fecha: 1936. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitu – Col.lecció: BV Fondo gráfico – Ubicació: BFZ – Signatura: Fzas/24-34 Serie G.



Personal recuperando un Savoia Marchetti SM.81 tras un aterrizaje forzoso en un río. Fecha: 1936. Autor: Desconocido. Fuente: http://www.finn.it/regia/html/querra_civile_spagnola.htm.



Savoia Marchetti SM.81 sobrevolando España.
Fecha: 1936- 1939. Autor: Desconocido.



Savoia-Marchetti SM.79.
Fecha: 1936-1939. Autor: Desconocido.



Una escuadra de Savoia Marchetti SM.81 bombardeando la costa mediterránea.
Fecha: 1936. Autor: Desconocido. Fuente: http://www.finn.it/regia/html/guerra_civile_spagnola.htm.



Bombardeo del puerto de Gandía. Fecha: 21 de enero de 1939.

Autor: Stato Maggiore Aeronautica Italiana. Fuente: Stato Maggiore Aeronautica Italiana.



Bombardeo de la Aviación Legionaria italiana sobre la estación del Norte y el barrio de Ruzafa en Valencia. Fecha: 1937. Autor: Ufficio Storico della Aeronautica Militare. Fuente: Archivos libres de la Guerra Civil.



Bombardeos aeronavales de Valencia y poblados marítimos [Fzas/1-38 Serie K]. Fecha: 1936-1939. Autor: Finezas. Fuente: Biblioteca Valenciana Nicolás Primitiu, — Colección: BV Fondo gráfico — Ubicación: BFZ — Signatura: Fzas/1-38 Serie K.



Los refugios antiaéreos republicanos ayudan a combatir los ataques aéreos, Castellón. Fecha: 1938. Autor: Desconocido. Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



**Tanque republicano T-26 durante la Batalla de Teruel. Fotografía retocada usando Photoshop CS6.
Fecha: diciembre de 1937. Autor: Desconocido. Fuente: Narodowe Archiwum Cyfrowe.**



**Soldados republicanos en las calles de Teruel, durante la conquista de la ciudad.
Fecha: diciembre de 1937. Autor: Desconocido. Fuente: Narodowe Archiwum Cyfrowe, 1-E-6906.**



Soldados republicanos en los combates casa por casa que se desarrollaron durante la Batalla de Teruel. Diciembre de 1937. Autor: Anónimo. Fuente: Narodowe Archiwum Cyfrowe, 1-E-6905.



Republicanos frente a la contraofensiva franquista de Teruel. Fecha: enero de 1938. Autor: Desconocido. Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



**Artillería republicana en la batalla del Ebro. Fecha: 1938. Autor: Desconocido.
Fuente: Československý rok 1938.**



**Tropas republicanas cruzan el Ebro.
Fecha: 1938. Autor: Desconocido. Fuente: Aguaita.cat.**



Soldados republicanos en la batalla del Ebro.

Fecha: 1938. Autor: Desconocido. Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Puesto de observación para la prensa.

Fecha: 1937. Autor: Desconocido. Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.



Soldados en la batalla, durante el Asedio del Alcázar de Toledo.

Fecha: 1936. Autor: Desconocido. Fuente: Colección Museo Nacional Centro de Arte Reina Sofía.

Conclusiones

Si bien los golpistas legitimaron su rebelión alegando inestabilidad política y social e inseguridad en las calles, la inmensa mayoría de historiadores han considerado que no existió en 1936 «una primavera trágica», en la que el Gobierno naciente del triunfo del Frente Popular perdiera el control de la situación. Lo que sí parece evidente, es que hubo una intensificación de la violencia política en las calles. La agitación social en el campo y en la ciudad fue constante y se alimentó de las protestas de la izquierda radicalizada y de las provocaciones y actos violentos de la extrema derecha. La otra justificación que utilizaron los golpistas para legitimar su acción, fue la de impedir una hipotética revolución, lo cual todavía es más inconsistente, si tenemos en cuenta la voluntad progresista del gobierno liderado por Casares Quiroga. Realmente, el ejército y las élites socioeconómicas del país, junto con las bases falangistas y carlistas se alzaron en defensa de los privilegios de las tradicionales clases dominantes de la nación. Se oponían a las reformas sociales que el Frente Popular retomaba del primer bienio republicano. A su entender, la acción del gobierno republicano desnaturalizaba la Nación, atacaba a su esencia: el orden, la propiedad, la unidad territorial y la Iglesia.

En el caso de Valencia, la sublevación dirigida por González Carrasco y Barba careció de la suficiente preparación para obtener resultados exitosos. Sin apoyos claros, la oficialidad dividida y el fracaso en Madrid y Barcelona, las expectativas de los rebeldes valencianos parecían venirse abajo. Más si cabe con el decreto de acuartelamiento, con el que el bloqueo político-militar y la situación de tensión se alargó considerablemente. Esta prolongación favoreció a las fuerzas leales republicanas, ya que, durante ese lapso de tiempo, el golpe militar había fracasado en buena parte del territorio nacional, con lo que el desaliento y la zozobra terminó de desanimar a los potenciales oficiales y soldados rebeldes. En ese momento, el bloqueo político se resolvió gracias a la intervención del pueblo en armas. Los militantes de partidos políticos del Frente Popular y de los sindicatos, CNT y UGT habían tomado el control de la ciudad y presionaban por conseguir la supresión de los militares de la III División Orgánica. Los espontáneos milicianos habían recibido armas de sus organizaciones políticas y sindicales y del saqueo e incautación de algunos depósitos de las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Con el fracaso de las negociaciones entre la Junta Delegada, el Comité Ejecutivo Popular y los militares, los ciudadanos asaltaron los cuarteles de la Alameda. Con ello, se ponía final a la rebelión militar en Valencia y se iniciaba un nuevo periodo, en el que el CEP se hizo con el control de la retaguardia y de las milicias a través de sus Delegaciones de Guerra y de Milicias. El exmiliciano Enrique M.N reconoce que tras el asalto, la ciudad recuperó la tranquilidad: «Valencia se había librado del peligro de que se echaran los militares a la calle para juzgarnos»⁽⁵⁸³⁾.

El CEP impulsó transformaciones en todos los ámbitos y trató, ante la creciente presión del Gobierno de Largo Caballero, de asegurar las conquistas revolucionarias. Bajo su impulso, la etapa miliciana daba comienzo y no cesaría hasta marzo de 1937, con la total implantación de la militarización impulsada por el Gobierno. La experiencia de muchos milicianos de tendencia revolucionaria en el Frente de Teruel estuvo marcada por aspectos como la desconfianza hacia los militares y los Cuerpos y Fuerzas de Seguridad del Estado. Ello se debía a las múltiples traiciones por parte de estos colectivos, mantuvieron en tensión y alerta a las columnas, que tenían presente los ejemplos de las columnas salidas de Alicante dirección Córdoba y la de Casas-Sala, junto con los cambios de bando de militares como el capitán Frígola, etc. Pese a las tiranteces iniciales, milicianos y militares estaban condenados a entenderse para ganar la Guerra. La falta de conocimiento táctico y técnico de los milicianos, junto con su falta de experiencia, disciplina y correcto avituallamiento y dirección⁽⁵⁸⁴⁾, hacía del sistema de guerrillas, una táctica poco operativa. Por esta razón, los estancamientos en el frente y los fracasos militares comenzaron a intensificarse hasta llegar a la ofensiva de Navidad de 1936. Aquella batalla terminó de convencer a muchos reacios, de que la militarización debía implementarse con urgencia, si se pretendía combatir eficazmente al ejército rebelde. Las rencillas y conflictos internos entre las fuerzas antifascistas debían acabar.

La asunción de la militarización significaba el fin de la labor transformadora de las columnas confederales, que, desde el frente, hacían la revolución al mismo tiempo que combatían al enemigo. El mando único y la centralización se fue imponiendo y la creación del Ejército Popular de la República acabó integrando a todas las columnas. Con ello, se suprimieron los conflictos en retaguardia, protagonizados por milicianos y por individuos que se hacían pasar por milicianos. Del mismo modo, la línea política del Gobierno puso fin a la presencia de mujeres en el frente. Su participación había sido variada. Muchas se enrolaron en columnas en las que combatieron en primera línea de batalla, aunque la mayoría asumieron roles de enfermera, cocinera, limpia-

583. Entrevista a Enrique M. N., Sig.FSV 053...op.cit., p. 112.

584. Mainar Cabanes, Eladi, «Teruel resiste la ofensiva miliciana...op.cit., p. 105.

dora, e incluso la prostitución. El Estado recuperaba su poder e imponía la legalidad. El exmilitiano Enrique M.N., crítico con la militarización, acabó aceptándola con la premisa de que la CNT pudiera mantener el control sobre sus unidades:

«La CNT se oponía a la militarización, porque consideraba que entrar en un ejército, fuera el que fuera, no era ni más ni menos que dar vida a aquello contra lo que estaban luchando. Finalmente, se abrieron cuando se consiguió concretar con Largo Caballero, el mantenimiento de la estructura, el mando, y los mismos delegados que habíamos tenido como jefes de columnas. Y en efecto, se nos militarizó»⁽⁵⁸⁵⁾.

Para él, una prueba de que los milicianos de la Columna de Hierro, no habían sido malos soldados fue que tras su conversión en la 83ª Brigada Mixta, recibió tres veces la Cruz de Guerra.

Para el Partido Comunista, los sectores moderados del socialismo y las distintas fuerzas republicanas, todas las fuerzas debían consagrarse a un único objetivo: ganar la guerra. Por lo que las conquistas revolucionarias debían aplazarse en un intento por aumentar la eficacia militar y por controlar a los efectivos de los distintos sindicatos y partidos. De esta manera se entiende mejor la apuesta por el mando único y centralizado, ya que de manera soslayada subyacía el interés político de los comunistas por constituirse como la fuerza dominante en la zona republicana, siempre al lado del Gobierno.

En definitiva, el Gobierno realizó con éxito su proyecto político, orientado en sofocar y encauzar los conflictos en retaguardia, protagonizados por grupos de incontrolados, mientras que en el frente imponía la militarización⁽⁵⁸⁶⁾, con lo que ponía fin, a la etapa revolucionaria y a la hegemonía sindical. El conflicto entre las diferentes maneras de entender la guerra y la revolución llegó a su fin.

585. Entrevista a Enrique M. N., Sig.FSV 053...op.cit., p. 113.

586. Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia»...op.cit., p. 50.

Material consultado

Fuentes Orales:

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Álvaro P. G., Volumen 6, Sig.FSV 101.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ángel M.M., Volumen 5, CF146_A.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Carlos V.F., Volumen 7, Sig.FSV 132 A.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Domingo T. M., Volumen 7, Sig.FSV 170.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Enrique M. N., Volumen 4, Sig.FSV 01.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Enrique M. N., Volumen 4, Sig.FSV 53.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Enrique M.N, Volumen 4, Sig.FSV 50.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Gracia V. F.Volumen 7, Sig.FSV.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Isabel M.D. y Angustias L.S., Volumen 4, Sig.FSV 151.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Joaquín O. Julián P., Clodualdo G., José P., Vicente F., Volumen 5, Sig.FSV.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a José H. A., Volumen 3, Sig.FSV 47.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a José M.F., Volumen 3, Sig.FSV 160.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 75 A.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 75 B

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Justa. M., Volumen 4, Sig.FSV 76

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Manuel F.A., Volumen 2, Sig.FSV 26.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Marc T.O., Volumen 7, Sig.FSV 127.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Progreso M. H., Volumen 3, Sig.FSV 70.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Progreso M. H., Volumen 3, Sig.FSV 71.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ramón Q. D., Volúmen 6, Sig. FSV 108.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Ricardo F. G., Volumen, Sig.FSV 30.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Santiago F.S., Volumen 2, Sign. CF 129_B II.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista Santiago F. S., Volumen 2, Sig.FSV 129 A II.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Vicente P. G., Volumen 6, Sig.FSV 82.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València. Entrevista a Vicente G.O. Volumen 3, Sig.FSV 40.

Fons Arxiu de la Memòria-Fundació Salvador Seguí de València Entrevista a Ximo Q. M., Volumen 6, Sig.FSV 106.

Prensa Histórica:

ABC:

ABC, 23-03-1939, p. 3.

Claridad:

Claridad, 22-08-1936.

El Heraldo de Castellón:

El Diluvio, «Fingirse Milicianos es un grave delito», *Heraldo de Castellón*, 5-10-36, p. 4.

El Mercantil Valenciano:

El Mercantil Valenciano, 15-08-1936.

El Pueblo:

Anónimo «El orden público en los pueblos», *El pueblo*, 15-10-1936, p. 3.

En Marcha:

En Marcha, 1-12-1936.

En Marcha, 9-02-1937.

En Marcha, 7-03-1937.

Fragua Social:

Anónimo, «Las mujeres en la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 22-08-1936, p. 1.

El Comité de la Columna Chola, «¡¡Cobardes!!¡¡ Asesinos!!», *Fragua Social*, 24-08-1936, p. 10.

«De nuestro enviado especial al Frente de Teruel», *Fragua Social*, 25-o8-1936, p. 5.

Jiménez, Raimundo, «De nuestro enviado especial al Frente de Teruel», *Fragua Social*, 25-08-1936, p. 5.

Cano, Carrillo, S, «Información del frente de Teruel», *Fragua Social*, 27-08-1936, p. 5

Enviados especiales, «Información del Frente de Teruel», *Fragua Social*, 27-08-1936, p. 5.

Jiménez, Raimundo, «Información del Frente de Teruel», *Fragua Social*, 28-08-1936, p. 5.

Olcina, Arsenio, «Con los de la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 29-08-1936, p. 5.

Un campesino de Levante, «A los campesinos. Salvemos nuestra economía», *Fragua Social*, 29-08-1936, p. 1.

Jiménez, Raimundo, «Aragón para el comunismo libertario», *Fragua Social* 30-08-1936, p. 5.

El Comité Nacional, «La CNT en la lucha armada», *Fragua Social*, 1-o9-1936, p. 1.

Tronchoni, «Del Frente Teruel. Impresiones de Guerra», *Fragua Social*, 3-09-1936, p. 8.

Salcedo, R, «Visita al hospital instalado en Sarrión por el personal del tren sanitario nº 1», *Fragua Social*, 9-10-1936, p. 10.

Fragua Social, 15-09-1936.

Fragua Social, 17-09-1936, p. 2.

Comunicados, «Comité Ejecutivo Popular. Delegación de Milicias», *Fragua Social*, 29-09-1936, p. 4

«Acta de la reunión de administrativas celebrada en el local del sindicato de Metalurgia en fecha del 23 de septiembre de 1936», *Fragua Social*, 30-o9-36, p. 2.

«Acta relación de los hechos ocurrido en Gandía el 28 de septiembre de 1936», *Fragua Social*, 2-10-1936, p. 3.

Manifiesto de la Columna de Hierro, «Saliendo al paso de unas falsedades», *Fragua Social*, 7-10-1936, p. 2.

Anónimo, «Unas horas en el frente Eixea-Uribes», *Fragua Social*, 11-10-1936, p. 4.

«La Columna Fantasma vuelve al frente», *Fragua Social*, 22-10-1936, p. 3

Anónimo, «De nuestro importantísimo pleno», *Fragua Social*, 14-11-1936, pp. 9-10.

La redacción, «Nuestro Pleno Regional sigue sus tareas», *Fragua Social*, 14-11-1936, pp. 6-7.

Fragua Social, 23-11-1936.

Acha, Juan C., «Han empezado las operaciones en el Frente de Teruel», *Fragua Social*, 29-12-1936, p. 2.

Olcina, Arsenio, «Con los bravos de la Columna de Hierro», *Fragua Social*, 22-10-36, p. 5.

«Donativos», *Fragua Social*, 9-01-1937, p. 2.

Anónimo, «Columna de Hierro», *Fragua Social*, 23-01-1937, p. 2

Antona, David, «Hay que cambiar de rumbo», *Fragua Social*, 11-02-1937, p. 1.

Fragua Social, 17-02-1937, p. 5.

El comité de Guerra, «El Comité de Guerra de la Columna de Hierro da cuenta de los acuerdos recaídos en la asamblea del domingo», *Fragua Social*, 24-03-1937, p. 2.

López, Juan, «19 de Julio Levantino», *Fragua Social*, 18-07-1937, p. 13.

«La influencia del jesuitismo», *Fragua Social*, 19-07-1937, p. 3.

La Correspondencia de Valencia:

La Correspondencia de Valencia, 2-09-1936.

La Correspondencia de Valencia, 13-08-1936.

La Correspondencia de Valencia, 15-08-1936.

La Voz Valenciana:

La Voz Valenciana, 13-08-1936.

La Voz Valenciana, 14-08-1936.

Nosotros:

El Secretario, «¿Militarización?», *Nosotros*, 11-02-1937, p. 4.

Un “Incontrolado” de la Columna de Hierro, «La Columna de Hierro, la militarización y el provenir revolucionario de España», *Nosotros*, 12-03-1937, p. 6.

Un “Incontrolado de la Columna de Hierro, «La Columna de Hierro, la militarización y el provenir revolucionario de España», *Nosotros*, 23-3-1937, p. 6.

Bibliografía:

Alfonso Casas Ologaray, «Guerra Civil en la Comarca de Teruel», *De la Historia*, 2018, nº 11.

Alonso Baquer, Miguel, *Franco y sus Generales*, Madrid, Taurus, 2005.

Alpert, Michael, *El Ejército Popular de la República, 1936-1939*, Barcelona, Crítica, 2007.

Azaña, Manuel, *Los españoles en guerra*, Barcelona, Critica, 1982.

Azaña, Manuel, *Causas de la guerra de España*, Barcelona, Critica, 1986.

Bahamonde, Ángel, *La conjura del Coronel Casado*, Madrid, Cátedra, 2014.

Bayo, Alberto, *Mi desembarco en Mallorca*. Mallorca, Palma de Mallorca, Miquel Font Editor, 1987.

Bolloten, Burnett, *El gran engaño*, Barcelona, Luis de Caralt, 1961.

Bolloten, Burnett, *La Guerra Civil Española: Revolución y Contrarrevolución*, Madrid, Alianza, 1989.

Calzado Aldaria, Antonio, «La Evolución militar de la Guerra civil», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006.

Calzado Aldaria, Antonio, «España en armas. El fracaso del golpe de Estado provoca una Guerra Civil con graves repercusiones internacionales», en *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Girona Albert y Santacreu José Miguel (dircs.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006.

Carrionero Salimero, Florencia, «La mujer tradicionalista: las margaritas», en *Las mujeres y la Guerra Civil Española*, VV. AA., Madrid, Ministerio de Cultura, 1991.

Casas de la Vega, Rafael, *Las milicias nacionales*, Madrid, Editora Nacional, 1977.

Castillo García, José Vicente, 2002, «De la Restauración borbónica a la transición democrática», en *Cheste y su historia*, Sánchez Verduch, M^a del Mar, Cheste, Ayuntamiento de Cheste, Valencia, 2002.

Cruz, Rafael, *En el nombre del pueblo: República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006.

Fontana Lázaro, Josep, *Historia: análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Austral, 2013.

Gabarda, Vicente, *La Represión en la retaguardia republicana*. País Valenciano, 1936-1939, Valencia, Alfons el Magnànim, 1996.

García Álvarez-Coque, Arturo, *Los militares de Estado Mayor en la guerra Civil española (1936-1939)*, Tesis Doctoral publicada, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 2018.

García Álvarez-Coque, Arturo, *La Fractura del Ejército ante el 18 de Julio. El Estado Mayor durante la Guerra Civil*, Granada, Comares, 2018.

García, Hugo, *Mentiras necesarias, La batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

García Sánchez, Pompeyo, *Crónica humana de la Batalla de Teruel. Historias y testimonios de 71 días de la guerra civil*, Teruel, Ed. Hijo de A. Perruca S.L., 1997.

Gibson, Ian, *La noche en que mataron a Calvo Sotelo*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986.

González Calleja, Eduardo, «La necro-lógica de la violencia sociopolítica en la primavera de 1936», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, Vol. 1, 2011, n^o41.

Girona Albuixech, Albert, «Algunes Reflexions a l'entorn dels Comitès-Govern de la Guerra Civil española (1936-1939)», en Aurora Bosch, Isamel Saz y Albert Girona (coords.) *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià. La Guerra Civil española*, Valencia, Universitat de València, 1982.

Girona Rubio, Manuel, *Una Miliciana en la Columna de Hierro "María la Jabalina"*, Valencia, PUV, 2007.

González Gullón, José Luis y César Moreno, Antonio, «La propaganda católica en el extranjero de las dos españas durante la guerra civil (1936-1939)», *Stud. hist.*, H^a cont., 2013, n^o 31,

Guarner, Vicente, *Cataluña en la guerra de España*, Madrid, Gregorio del Toro, 1975.

Jackson, Gabriel, *Spanish Republic and the Civil War, 1931-1939*, EEUU, Princeton University Press, 2012.

Juan Luis Porcar Orihuela, «La Columna Casas Sala, Memòria Històrica de Castelló», *Millars, Espai i Història*, vol. 11, 2018, n° 30.

Linz, Juan José, *Crisis, breakdown, & reequilibration*, Londres, Johns Hopkins University Press, 1978.

Llorens, Carlos, *La Guerra en Valencia y en el frente de Teruel*, Valencia, Fernando Torres, 1978.

Llovera, Fernando, *La Columna Uribarry, Crónica de guerra*, Valencia, Gráficas Turia s.d., 1937.

Mainar Cabanes, Eladi, *De milicians a soldats. Les columnes valencianes en la Guerra Civil española (1936-1937)*, Valencia, PUV, 1998.

Mainar Cabanes, Eladi, «El fracaso de la sublevación militar. La incertidumbre marcó las primeras semanas de la Gerra Civil en la Comunidad Valenciana», en *La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Girona Albert y Santacreu José Miguel (dircs.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006.

Mainar Cabanes, Eladi, «Armas para el pueblo», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006.

Mainar Cabanes, Eladi, «Revolució, bombardejos i fam: la València de la Guerra Civil», en *València Capital de la República 1936-1937. Com es viu una guerra? La vida quotidiana d una ciutat de rereguarda*, Navarro, Javier y Valero, Sergio (eds.) Vol 2, Valencia, Ajuntament de València, 2017.

Mainar Cabanes, Eladi, «La Columna de Hierro», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006.

Mainar Cabanes, Eladi, «Teruel resiste la ofensiva miliciana (Navidad de 1936)», en *¡Todos al frente! La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Mainar Cabanes, Eladi (coord.), Valencia, Editorial Prensa Valenciana, 2006.

Manzanera, Elías, *Documento histórico. La columna de Hierro*, Barcelona, Octubre del 36, 1981.

Marí Clerigués, Juan B, «La Guardia Civil en el Alzamiento Nacional», *Revista de Estudios Históricos*, 1969, nº 3.

Martín Blázquez, José, *I helped to build an army*, Londres, Secker and Warburg, 1938.

Moral Roncal, Antonio Manuel, «Auge y caída de una líder carlista en el franquismo: María Rosa Urraca Pastor», *APORTES*, 1/2013, nº 81, año XXVIII.

Nash, Mary, Rojas, *Las mujeres republicanas en la Guerra Civil*. Madrid, Taurus, 1999.

Navarro Navarro, Javier, *Ateneos y grupos Ácratas. Vida y Actividad Cultural de las Asociaciones Anarquistas Valencianas durante la Segunda República y la Guerra Civil*, Valencia, Colección Historia, 2002.

Navarro Navarro, Javier, «El mundo mira a Valencia», en *Valencia, Capital de la República. La Guerra Civil en la Comunidad Valenciana*, Vol 7, Javier Navarro (coord.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006.

Ors, Montenegro Miguel y Soler Santacreu José Miguel, «La violencia revolucionaria en las tres provincias valencianas», en *La guerra civil en la Comunidad Valenciana volumen 9*, Ors, Montenegro Miguel y Soler Santacreu José Miguel (coords.), Valencia, Prensa Valenciana, 2006.

Payne, Stanley, *El colapso de la Republica: los orígenes de la Guerra Civil (1933 -1936)*, Madrid, La esfera de los libros, 2005.

Paz, Abel, *Crónica de la Columna de Hierro*, Barcelona, Virus -Memoria-, 2001.

Pérez Salas, Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939). Bosquejo del problema militar español; de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma*, México, Imprenta Grafos, 1947.

Preston, Paul, *Franco, Caudillo de España*, Madrid, Mondadori, 1994.

Preston, Paul, *Coming of the Spanish Civil War*, London, Routledge, 2004.

Puell de la Villa, Fernando, *Historia del Ejército en España*, Madrid, Alianza, 2000.

Pérez Salas, Jesús, *Guerra en España (1936 a 1939). Bosquejo del problema militar español; de las causas de la guerra y del desarrollo de la misma*, México, Imprenta Grafos, 1947.

Renilla García, Adrián, «¡Por Dios y por España! La segunda cruzada de Franco», en *La Historia, lost in translation. Actas XIII Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea*, González Damián A, Ortiz, Manuel y Sisinio, Juan (eds.), Albacete, Universidad Castilla la Mancha, 2017.

Rodríguez Cortés, Pablo, Preciado Terrádez, Emilio y Verdet Gómez, Federico, *Godelleta y la Guerra Civil (1936-1939)*, Valencia, Ayuntamiento de Godelleta, 2018.

Salas Larrazábal, *Los datos exactos de la guerra civil*, Madrid, Rioduero, 1980.

Smyth, Terence, *La CNT al País Valencià 1936-1937*, Valencia, Eliseu Climent, 1977.

Salas Ramón, *Historia del Ejército Popular de la República*, Madrid, Vol 1, Editora Nacional, 1973.

Sánchez Pérez, Francisco (coord.), *Los mitos del 18 de Julio*, Barcelona, Crítica, 2013.

Siguan, Miquel, «Els Anarquistes valencians al front de Llevant», en *Estudis d'Història Contemporània del País Valencià. La Guerra Civil espanyola*, Bosch Aurora, Saz Ismael y Girona Albert (cords.), Valencia, Universitat de València, 1982.

Thomas, Hugh, *La Guerra Civil, 1936-1939*, Barcelona, Grijalbo, 1976.

Viñas, Ángel, *La Alemania nazi y el 18 de julio*, Madrid, Alianza Editorial, 1974.

Viñas, Ángel, Ull Laita, Miguel y Yusta Viñas, Cecilio, *El primer asesinato de Franco: La muerte del general Balmes y el inicio de la sublevación*, Barcelona, Crítica, 2018.

Zugazagoitia, Julián, *Guerra y vicisitudes de los españoles*, Barcelona, Tusquets, 2007.

DIPUTACIÓ DE
VALÈNCIA
Delegació de Memòria Històrica